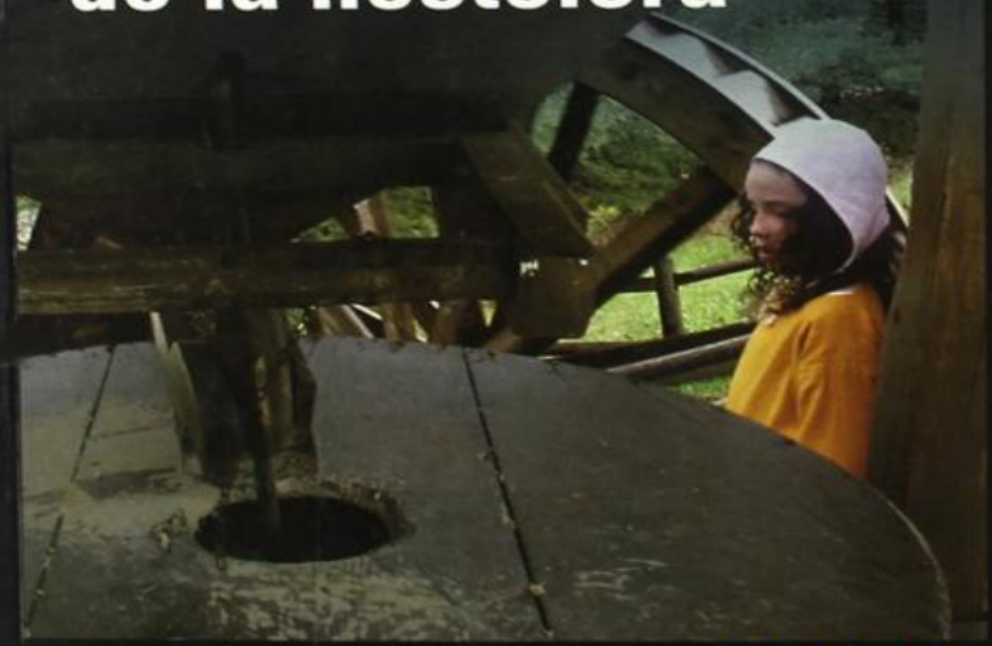
Anna Tortajada

La hija de la hostelera



HISTÓRICA

Las inolvidables protagonistas de esta novela coral ilustran la vida de una ciudad medieval que se enfrenta a un cambio irreversible.

Anna Tortajada

La hija de la hostelera

HISTÓRICA

Las inolvidables protagonistas de esta novela coral ilustran la vida de una ciudad medieval que se enfrenta a un cambio irreversible.

La hija de la hostelera

Anna Tortajada

Acerca de la Autora

Anna Tortajada Orriols es una escritora española y traductora del alemán al catalán y castellano. Nació el 24 de mayo de 1957 en Sabadell (España). Sus obras han sido traducidas al castellano, catalán, alemán, italiano, portugués, japonés, inglés.

Desde 1985 ha realizado traducciones técnicas (Normas DIN) para diversas entidades y empresas.

A partir de 1989 dedicación exclusiva en la traducción literaria y en la realización de informes de lectura para distintas editoriales: EDHASA, EDEBE, GRIJALBO, URANO, CRUÏLLA, EDAF, EDICIONES 62, BAMBÚ EDITORIAL, OXFORD, JPLIBROS, GADIR, con más de trescientos títulos traducidos.

Durante el curso lectivo 2012-2013 y 2013-2014 imparte talleres "exprés" de escritura (de una hora de duración) en numerosos centros de enseñanza de primaria y secundaria de Catalunya y Andorra.

Actualmente reside en Barcelona donde aparte de seguir haciendo de escritora y traductora, imparte talleres de escritura y dirige actividades de fomento de la lectura, así como participa con regularidad en actividades organizadas en bibliotecas y librerías, en

conferencias y tertulias.

Obras

Cruïlla de móns (Barcanova, 2001)

El grito silenciado (Grijalbo Momdadori, 2001) Nahid, mi hermana afgana (Montena Mondadori, 2001) Crónica de una reina (Rosa dels Vents, 2002)

La banda de la placeta (Barcanova, 2002)

Hijas de la Arena/Filles de la Sorra (Lumen/Rosa dels Vents, 2002) Sahar, despierta (plataforma xuvenil d'ayuda muyeres afganes, 2002) L'Home gris del país de les màquines (Baula, 2002) Per fi Brasil/Por fin Brasil, un viaje al país de Lula (Lumen/Rosa dels Vents, 2003) A la muntanya de les ametistes (Barcanova, 2004) Palestina, sinfonia de la terra (Barcanova, 2005) L'Esparver (Barcanova, 2006)

La dama. Titayú.Una mujer íbera (Maeva, 2006) Com a canviat el conte (Barcanova, 2007)

Les habitacions tancades (Ara llibres, 2008)

Un embolic de rates y gats (Animallibres/Algar editorial, 2008) La meva diable porta xanques (Ara llibres, 2008) La filla de l'hostalera/La hija de la hostalera (Ara llibres/Jplibros, 2010) Kalakamake, o lo que no se ha conseguido (Medicus mundi Asturies, 2010) Afganistán. Tras las rejas del burka (Colectivu milenta muyeres, 2010) Rondalles meravelloses que no em de perdre (Columna/Edicions62, 2011) La mort dels cucs de seda (Editorial Base, 2012) El silenci de la por (Edicions 62, 2013)

Resumen

Sabadell, siglo XIV. Los privilegios otorgados por los señores feudales favorecen las libertades y el comercio, los negocios prosperan y la villa crece. Los molinos de paños a la orilla del río se multiplican, lo que desencadena una guerra por el agua con los vecinos de Tarrasa. Mientras las estructuras feudales se van resquebrajando, Arraona, hija de la hostelera; Petronela, hija del carnicero, y Elisendis, hija de una de las familias principales de la villa, son las inolvidables protagonistas de esta novela histórica coral, situada en el momento en que Sabadell pasa a ser propiedad de la corona y se convierte en villa real. Su amistad, sus pasiones y sus desventuras ilustran la vida de una ciudad que nunca volverá a ser la misma.

Donde termina una historia

Hablaban en un susurro apresurado, protegidos por las sombras de la noche, detrás del cementerio, por donde no solía pasar gente.

—Te querría más allá de la muerte, si quisieras casarte conmigo.

—En casa me necesitan.

—Yo también te necesito.

—¿Cómo quieres que me desentienda de todo?

—¿Y te desentenderás de mí?

—Mi padre sabe lo que hace... Quiere lo mejor para mí.

—Tu padre solo quiere lo mejor para él y para su negocio. Tú no cuentas.

—No hables así.

—Escapémonos. Marchémonos a Barcelona y que nos case algún canónigo.

—¿Has perdido el juicio? No quiero ser una fugitiva.

—Piénsatelo. Te esperaré siempre.

—No hay nada que pensar. No quiero pensármelo.

—¿Es que no me quieres?

—Mucho.

—Pero no lo bastante.

—¿Bastante?

—Para mandarlo todo al infierno.

—En casa me necesitan...

—¿Y yo? ¿Es que yo no te necesito?

—No, tú no me necesitas. Solo me quieres.

—Más que a nada en este mundo.

—Pero no puede ser.

—Hablaré con tu padre, todavía estamos a tiempo.

—No, por favor. Júrame que no le dirás nada. Él confía en mí.

—¿Estás decidida?

—Tengo que irme a casa.

—Todavía no. Quédate. Solo un rato.

—No puedo. Me asustas.

—¿Te asusto?

—Me voy. Es la hora de la cena.

—Te acompaño.

—No quiero que nos vean juntos.

—¿Quién sospecharía?

—Quizás nadie. Soy yo, que tengo miedo.

—Dame un beso.

—No. Por la tumba de mi madre, deja que me vaya.

—¿Lloras?

—¡Pues claro que lloro!

—¡Huyamos! Cojo el carro y nos vamos. Espérame aquí. Cuando él volvió, ella ya no estaba. Al día siguiente se casaba. Antes de que tuviera la primera criatura, él también estaba ya casado.

Donde se habla brevemente del nacimiento de la villa

Érance los tiempos de los catorce vientos, de los que siete eran malos y otros siete buenos, en los que la villa de Arraona no existía.

Aunque, bien mirado, de un modo u otro quizás había existido siempre. ¿Acaso no había ya antes gente viviendo y trajinando por aquellas tierras, sufriendo y soñando, regañando a la chiquillería y repartiendo besos por aquellas comarcas? ¿Qué más daba que aquellos que vendrían después lo supieran o lo hubieran olvidado?

Un terciopelo espeso, del color de las granadas más en sazón, caía pesadamente por delante del pasado, las épocas y las conquistas de unos y otros. La historia recomenzaba, nueva y flamante, con los garabatos esmerados de un relato que empieza, no que continúa. Con el afán de ser los primeros. Ser el origen de todo. No tener que agradecer, no tener que recordar, no tener que reconocer que solo eran eslabones de una cadena de la que no se conocía ni el principio ni el final, ni qué papel desempeñaban ellos ni nadie en aquel teatro del mundo.

Era un rincón del mundo. De un mundo que entonces ni sabían que fuera tan grande. A pie de sierra y muy cerca del río. Un rincón, pero era el suyo. Y al mismo tiempo, ¡cada casa era un mundo! Como en cualquier lugar donde vive gente. Hacían historia, pero tampoco lo sabían. La historia que se escribiría en mayúsculas era algo que ignoraban —más allá de las generaciones de los abuelos y de aquellos tiempos dichos de los moros—. Incluso los más redichos de los monjes, encerrados en las bibliotecas de los monasterios, o los señores que corrían mundo la desconocían. Y de lo que sabían contaban lo que les parecía y utilizaban palabras extrañas y frases enrevesadas, para decir cosas bien sencillas. De la gente no hablaban.

¿Qué le importaba la historia a la gente, si la única historia que contaba era la de su supervivencia? Bastante tenían con bregar con el día a día, para que los hijos no tuvieran que deslomarse tanto, para que pudieran reírse un poco más que ellos y toparse con menos

tropiezos, entonces que todo estaba en manos de Dios y de los señores, que los protegían y al mismo tiempo los asfixiaban. Los señores eran un poco como Dios. Su voluntad iba a misa, y ellos, que eran sus vasallos, si podían, se consolaban rezando.

Tampoco hacía tanto que los reyes de Francia habían echado a los sarracenos y los habían perseguido hacia el mediodía hasta rescatar la ciudad de Barcelona y reconquistar las tierras hasta el río Llobregat, aunque casi un siglo más tarde la ciudad hubiera sido tomada de nuevo por las tropas de Almanzor y las fuerzas del conde Borrell, derrotadas entre Cerdanyola y Monteada, en un ir y venir de tropas que no se acababa nunca.

En medio de todo aquel bullicio, Arraona había sido cedida por los reyes de Francia al alodio del monasterio de Sant Cugat, dejándola a su cuidado, que era una manera de consolidar la reconquista de tierras cristianas. La Iglesia, más ansiosa de acabar con las influencias de los infieles que los infieles con las de los cristianos, y tan celosa de su salvación eterna como ellos, ejercía una custodia diligente.

El monasterio de Sant Cugat debía de andar muy atareado con tantas tierras como tenía y por las que había de velar. De ahí que cediera Arraona a otro monasterio de su misma orden —la de San Benito—, más próximo a los territorios: el de Sant Llorenç del Munt, que pronto puso manos a la obra con la reanudación del cultivo de las tierras y la construcción, a la vera de las aguas del río Ripoll, de un par de molinos harineros donde ir a moler las cosechas.

La villa de Arraona todavía no existía. El lugar donde se levantaría era una encrucijada de caminos generales, con casas de labranza dispersas por sus aledaños, que un siglo después de aquella reconquista ya tenía cualidad de parroquia, con sede en lo alto de la sierra, en la iglesia de Sant Feliu d'Arraona. Y como allí donde no llegan los ruegos sí suele llegar la espada, había ya entonces un señor feudal, el del castillo de Arraona, un tal Bernat Amat, señor también de Rubí, que según se sabe y está probado, vendió el feudo de Arraona a los señores de Ódena, en el año del Señor de 1054, por una onza de oro.

A saber qué harían los monjes de Sant Lloren^ para que los señores de Ódena les quitaran la pavordía, porque pronto dieron en alodio las tierras, la capilla de Sant Salvador, que ya se había erigido en el llano, y los derechos que de todo aquello devinieran a los canónigos de la Santa Creu y de Santa Eulalia, de Barcelona, bien entendido que, si no estaban contentos de la gestión que de la pavordía hicieran, se la quitarían. Y eso que los señores de Ódena, que quizás de tantas propiedades que tenían no daban abasto, no residían en el castillo y habían nombrado a un castellano, de la casa de los Baiona, para que rigiera las tierras de cultivo de allá del agua.

Hay que mencionar que no se desentendieron del feudo, a pesar de no poner los pies en él, y, a la vuelta del siglo, no escatimaron los sueldos que hubo menester para la construcción del molino, que se llamaría de Trilla, por el campo que había justo al lado.

Mientras, la villa nacía y crecía en el llano. Y los hombres y las mujeres que les eran vasallos, a remensa o manumitidos, iban tirando, con sus vidas menudas, hechas de grandes trabajos y alegrías pequeñas, de realidades cotidianas y sueños a menudo truncados, que nadie relataría, a pesar de que de la historia solo la gente debería ser protagonista.

EL ALODIO DE LOS TRES SEÑORES

Donde se habla del privilegio del vino

EN EL HOSTAL

En el hostal había luz. Felipa, la hija del hostelero, se había puesto de parto a medianoche. Ya desde la tarde se lo veía venir, con aquellos aguijonazos en la riñonada, pero aun así no había dejado de servir mesas. Si tenía que fiarse de su padre o de Genís, su hermano, estaba bien apañada. La escudella se le pegaría y los clientes no cenarían. Sí que había mandado al chico de las mulas a la viña que cultivaban sus suegros, allá de la muralla, para hacérselo saber a su hombre. No es que él hubiera salido corriendo —tampoco hacía ninguna falta—, pero al volver a casa al anochecer, como solía, lo acompañaban sus padres, el abuelo y la abuela de las Viñas, como los llamaba Iscle, el hijo mayor de Felipa.

La abuela de las Viñas la había obligado a quitarse el delantal y se la había llevado al dormitorio.

—Hombre, Salvador —le había soltado al hostelero, mientras le cogía a Felipa el cucharón de la mano—, ¿es que no te das cuenta de que la chica está de parto? Levanta el culo de la silla y no pierdas más el tiempo. Y manda avisar a la Coja —añadió por encima del hombro antes de abandonar la sala del hostal para acompañar adentro a Felipa, que se había detenido en el marco de la puerta, mordiéndose el labio inferior y respirando hondo.

—Demonio de mujer —había refunfuñado el hostelero, mientras el abuelo de las Viñas y todo el hostal se sonreían, porque ya venía de lejos aquella tendencia que tenía el hostelero a zafarse de sus quehaceres, pero se levantó de un salto y se puso a hacer todo lo que su consuegra María le había mandado—. No sé cómo puedes vivir con esta mujer, Roc.

El abuelo de las Viñas se había encogido de hombros, con una mueca satisfecha.

—No la cambiaría por ninguna otra —se había limitado a decir, y había iniciado otra conversación—. Te he traído un vino para que lo

cates. Uno joven. ¡Ojo, de balde! ¿Eh, Salvador? Para dar un trago cuando nazca la criatura, y si te gusta, ya hablaremos.

Entre Genís y el hostelero —más Genís que Salvador— acabaron de servir las cenas. Entraron aún un par o tres más de arrieros que querían tomar un bocado y mojarlo con una jarra de vino.

—¿Dónde está la moza? —preguntaban todos—. Y Felipa, ¿está mala?

Y cuando se enteraban de que la joven estaba de parto, todos bebían un trago para que tuviera una hora corta.

Felipa era el alma del hostal. Desde bien chica, después de que su madre muriera, se deslomaba trabajando. Si sería pequeña que tenía que encaramarse a un cajón de madera para llegar al mostrador. A medida que se había ido haciendo mayor, había cogido las riendas del negocio, como si fuera suyo o hubiera de serlo algún día, a pesar de que nunca lo sería, que eso ella bien lo sabía.

El hostal estaba cerca del Portal de Caldes, a un tiro de piedra de la muralla. No era, desde luego, el único hostal de la villa. Con la de gente que iba de acá para allá, sobre todo cuando había mercado o para las ferias de ganado, la hostelería daba para que viviera de ella más de una familia. De hecho, había quien decía que el nombre de la villa se debía a un hostal que había habido en aquel lugar antes de que hubiera ni casas ni nada, aunque entonces tampoco se entendía qué sentido tenía abrir una hostería allí en medio. Decían que era de uno que había venido de la población de Collsabadell. Vete a saber. No, el hostal que regentaba la familia de Salvador no era en modo alguno tan antiguo como aquel, que de tanto que lo era ya nadie sabía dónde se encontraba exactamente, pero sí era uno de los que hacía más tiempo que existía y estaba bien situado.

Felipa sabía guisar y tratar con la gente. Era limpia y la sala de dormir no apestaba. Parecía arisca y mandona, pero cuando se la conocía saltaba a la vista que, si fuera de otra manera, entre Genís y Salvador quizás habrían hundido el negocio. A Salvador le gustaba estar de palique y, por una jarra que servía, dejaba de servir dos; no llegaba a sentarse con la parroquia, pero se entretenía con unos y con otros mientras Felipa se desgañitaba regañándolo para que espabilara. Genís, al que a veces llamaban el Gemelo, porque había salido del vientre de su madre agarrado a los talones de Felipa —dos criaturas de una sola tanda—, era lo más opuesto a su padre y a su hermana. No tenía demasiado arrojo. Sí que era trabajador, pero alguien tenía que irle diciendo lo que tenía que hacer. Iba a remolque de Felipa, trabajaba mucho, que eso ya le gustaba, y apenas hablaba.

Entre los tres sacaban adelante el negocio.

Era un hecho que los hombres, cansados de los caminos, disfrutaban de lo lindo charlando con Salvador, y él no tenía la menor

duda de que si el hostal marchaba era porque en eso de dar conversación se daba tan buena maña. Genís puede que creyera —aunque de lo que pensaba Genís nunca nadie sabía nada— que si no fuera por él, que era tan esforzado, no podrían dar abasto. Y Felipa estaba convencida, porque lo había dicho más de una vez y de dos, que menos mal que estaba ella, que sabía bien de qué pie cojeaba cada uno, y les andaba detrás todo el día. Así pues, los tres contentos de cómo dependía todo de cada uno de ellos.

Los hombres habían ido tirando para casa o a echarse en la sala dormitorio. Genís había enjuagado los vasos y las jarras, y había dejado la olla grande con un culo de agua, para que se ablandara la costra de guiso del fondo. Ya se entretendría a la mañana siguiente con el estropajo. Salvador, después de haber pasado un trapo por las mesas, se había sentado con su consuegro, delante de una jarra llena de aquel vino nuevo que había traído el abuelo Roc. Dio un trago y chasqueó la lengua contra los dientes de un lado mientras meneaba la cabeza en un gesto de aprobación.

—Sí que es bueno, este vino. Hasta se podría aguar...

—Qué rata llegas a ser, Salvador —le soltó Roc, el abuelo de las Viñas, en un tono que no dejaba entrever si lo decía en broma o molesto de verdad—. ¿A la buena gente de tu parroquia quieres engañar?

—Lo digo con la mejor intención, para que no se me marchen borrachos del hostal o me armen un alboroto y hayan de acudir los hombres del banter.

—Sí, sí, con la mejor intención —replicó el abuelo de las Viñas—. Y la cebada que vendes a los arrieros, ¿también se la cortas con grano de poco precio? ¿O les llenas el fondo del saco de arena?

—¡No, hombre, no! —protestó, escandalizado, el hostelero—. No fastidies, Roc, ¡que soy un hombre honrado!

—Sí, y el almotazaf pasa a menudo... —añadió el abuelo de las Viñas.

Corría el siglo XIV para aquellos pueblos que contaban el tiempo a partir del nacimiento del niño Jesús en Belén. La villa pertenecía entonces al alodio de los Tres Señores: a Roger Bernat, conde de Foix y vizconde de Castellbó, casado con Margarida de Monteada, que era el señor principal, y a sus dos feudatarios. Aunque no toda, porque muchas de las tierras donde se había ido erigiendo la ciudad, en torno al Mercadal, eran de la pavordía. Los señores del alodio nombraban bailes que los representaban, y también tenían uno los señores del castillo de Arraona; pero, de hecho, quien regía la villa era el baile del señor principal. El pavorde, que administraba los bienes de las tierras y de las propiedades que entonces pertenecían al monasterio de l'Estany, también podía nombrar un baile, pero no solía hacerlo y de

todos los asuntos de su competencia se ocupaba personalmente. Aparte del baile, que se hacía asesorar en las tareas de gobierno por un consejo de prohombres que él escogía, había también un puñado de otros cargos oficiales, responsables de que todo fuera como quería el señor. El almotazaf era uno de ellos y debía velar para que nadie, en una villa como aquella, que vivía del comercio, engañara a ningún comprador con las medidas.

Los hombres iban por el segundo pote de vino cuando entró Nasi, el hijo de Roc y de María, marido de Felipa y padre de Iscle y de la criatura que iba a nacer. Había ido a buscar a la Coja al molino que tenía arrendado Rafel, el pelaire, donde la mujer vivía recogida con su hermano, al que llamaban Ramón de los Papeles, más por la generosidad del pelaire que por nada.

—Buenas noches —saludó la Coja, levantando la barbilla hacia los hombres, sin detenerse, mientras se desataba el pañuelo grande que le cubría los hombros.

Los hombres mayores le respondieron, mientras que Genís se limitó a hacerlo con un movimiento de cabeza.

—¿Está en el cuarto, la chica? —preguntó la Coja, dejando el pañuelo encima de un taburete y acercándose al fuego para avivar las brasas.

Nadie dijo nada. A ver dónde iba a estar Felipa si no. Eran ganas de gastar saliva. La Coja tampoco había esperado ninguna respuesta. Incluso le habría chocado que le contestaran. Iba a lo suyo, y a menudo hablaba sola. O eso decían. Se puso a trastear, fregando el fondo de la olla con un manojo de esparto y tirando los restos grasientos al patio. Luego puso a calentar agua de la tina grande y echó dentro, para que hirvieran, unas hierbas que sacó del zurrón de tela que llevaba cruzado, mientras rezongaba oraciones o encantamientos, que nunca nadie lo había sabido con certeza ni había querido averiguarlo. Nasi encendió una luz y se sentó con los hombres de la familia. Su padre, Roc, le llenó un pote.

—Toma, bebe.

Pero, quitando eso, nadie dijo nada hasta que la Coja hubo salido de la sala para ir al cuarto donde estaban Felipa pariendo y María haciéndole compañía.

—Ya se veía que este vino sería bueno, padre, teníais toda la razón —dijo entonces Nasi.

—Mal iríamos si después de toda una vida no tuviera buen ojo —se rió Roc.

—¡Toda una vida dice este ahora! —saltó Salvador—. ¿Ya no te acuerdas de cuando cultivabas coles?

—Viñas siempre he tenido, aunque no como ahora, que entonces solo hacía vino para los de casa.

—¡Ya tienen buenas ocurrencias, ya, los señores!

—Por eso ellos son señores y nosotros no, mira tú.

—Hombre, de entrada, todo el mundo se alarmó cuando el vizconde otorgó aquel privilegio que llamaron del vino, porque más que un privilegio parecía una amenaza —refunfuñó Roc.

—Si es que los payeses sois desconfiados por naturaleza... Ya se veía que aquello estaba muy bien pensado —le replicó Salvador, dándole unas palmadas en la espalda con afecto.

—Yo no sé si se veía o no se veía, pero vos, suegro —metió baza entonces también Nasi—, siempre encontráis la manera, una vez han pasado las cosas, de decir que ya lo sabíais, que ya lo habíais dicho o que ya os lo esperabais. A mí no me parece recordar que nadie, en su momento, a excepción del señor, lo viera claro, y vos también os llenasteis la boca de reniegos, tanto como quisisteis.

—Tú eras muy joven, muchacho.

—No tanto, no tanto, que ya hablabais de casarnos a Felipa y a mí.

—Y si protestaba —siguió el otro sin querer parar mientes en la interrupción de su yerno— era porque la prohibición de vender y de tomar otro vino que no hubiera sido cultivado y producido en el término era de locos, que entonces, fuera de las viñas del pavorde, que tampoco eran gran cosa, de cuatro piezas de tierra que daban uvas y de cuatro payeses como tu padre que hacían vino para bebérselo ellos, aquí viñedos no había, así que tampoco estaba tan claro que pudiera hacerse vino suficiente. Y yo tengo un negocio, muchacho. Un negocio que pide vino a todas horas para enjuagar tanto la escudella como la polvareda de los caminos, para matar las penas o festejar lo que sea: un buen trato en el Mercadal o haber colocado bien a la hija. Pues no tardaron poco todos en plantar vides. ¡Mira a tu padre! Ni una sola acelga más sembró, ni legumbres, ni nada de nada. Le cogió la fiebre del vino y yo me tuve que buscar a otro que me trajera las hortalizas para la olla.

—Como otros hicieron, hice yo.

—Como otros, sí, ya lo dices bien. Pero nadie del término del castillo, que los señores, por señores que sean, también saben un rato, y el vizconde, que es un vivo, excluyó del privilegio a las campiñas y a las casas de labranza de allá del agua, para fastidiar al castellano.

—¿Creéis que era para fastidiar al señor de Arraona, padre? Más bien debía de ser porque él no tiene ninguna jurisdicción sobre las tierras del castillo... ¡Cómo iba a otorgarles privilegios a los que no pertenecían a su feudo!

—Déjate de jurisdicciones, muchacho. Qué sabrás tú de lo que se traen los señores entre manos...

—¡Ah, y tú sí, Salvador! —Roc se echó a reír—. Será que te vienen

consultar a ti lo que decidirán hacer o dejar de hacer con nosotros.

—No me fastidies, Roc, no me fastidies. —Y como cada vez que alguien le callaba la boca, que por otro lado no era nada fácil ni sucedía a menudo, Salvador se hizo el desentendido. Se levantó y fue hacia la despensa—. ¿Qué os parece? ¿Hace un poco de queso?

Así iban pasando el rato los hombres, no se sabe si para esconder el miedo de que Felipa se les muriera en aquel mal trago del parto o porque ya ni siquiera se acordaban del parto de Felipa. Al fin y al cabo, aquello de parir criaturas era cosa de mujeres.

Donde se habla del nacimiento de Arraona

EN LA HABITACIÓN

Felipa lloraba.

—Ay, madre María, ¡que no puedo!

—No llores, que entonces sí que no podrás empujar fuerte —la regañó la Coja, llenándole una vez más de tisana el pote de barro cocido—. Bebe, que esto te ayudará.

—¡Está muy amargo! —gimió Felipa, apartando la cara.

—No me vengas con memeces de señorita remilgada y tómatelo, que te vendrá bien —le replicó la Coja agarrándole la barbilla con una mano—. Escúchame bien. Mírame, Felipa. Te digo que me mires —repitió mientras Felipa volvía el rostro—. Ahora mismo vas a dejar de lloriquear, que me vas a ahogar a la criatura, y te vas a poner a caminar de aquí para allí para hacerla bajar. En cuanto te entre un ansia como de cagar, que no te podrías aguantar ni aunque quisieras, y el cuerpo te pida agacharte, ya estará.

Felipa se rehízo y dejó de llorar en seco. Se había angustiado. Bien sabía que angustiarse no llevaba nunca a ninguna parte, porque entonces no se tenía la cabeza en su sitio y no se hacían las cosas como debían hacerse. Y si aquel razonamiento valía para meterse en la cocina y llevar el hostal, también habría de valer para parir aquella criatura que no quería acabar de nacer. La Coja tenía razón. Ahora no podía perder la cabeza.

—Tan rápido que fue con el niño —dijo la abuela de las Viñas a la Coja—, y eso que era el primero...

—Estas cosas van como van, María, y nunca se sabe —respondió la Coja, a quien no le harías decir nunca nada que luego pudiera llegar a echarle nadie en cara. Incluso cuando decía que sí o que no, que pocas veces ocurría, ya se cuidaba ella de añadir un «pero» o un «siempre y cuando», para que, pasara lo que pasara, siempre pudiera lavarse las manos. Como hacía apenas unos pocos días, cuando la mujer del carnicero había parido una niña y la cosa había ido mal. Sí

que las dos estaban vivas y no parecía que ninguna fuera a morirse, pero lo más seguro era que la mujer del carnicero no pudiera tener más criaturas.

—¿Qué es eso que he oído decir? ¿Que la mujer del carnicero, aquella moza mofletuda de cara redonda, ha quedado lisiada después de parir? —preguntó entonces la abuela de las Viñas, como si siguiera el hilo de sus pensamientos.

—Lisiada, lisiada... —replicó la Coja, como si no fuera con ella, porque la habían mandado avisar a última hora, cuando ya no se podía hacer gran cosa y aún la harían cargar con el muerto. Ya podías pasarte la vida cosiendo virgos, trayendo criaturas a este mundo de asco y despreñando preñadas que se habían dejado hacer el regalito con aquella alegría y a las que luego se les venía el mundo encima. Alguna había de esas que, si se veía con fuerzas, llegaba a parir la criatura, pero entonces, hecha un llanto, la dejaba en el portal de alguna buena casa, de las de la plaza, por si los señores se apiadaban de ella y la criaban a fin de que los sirviera, como criada o como mozo, cuando fuera un poco mayor; pero muchas otras bien que acudían a ella, de noche y de tapadillo, para que les arreglara la vida. Claro que, si alguna vez la cosa no salía bien, entonces era ella quien pasaba por pécora y chapucera y a quien miraban con malos ojos—. Lo raro —añadió, sacudiéndose las pulgas— es que la carnicera se quedara preñada. No está bien hecha, esa moza. Ya es un milagro que la criatura saliera sana y sin taras. Pero que tenga más, lo veo más complicado. Está mal hecha por dentro. Tendría que estar contenta de haber podido parir una. Lo que le digo, María, que lisiada no se ha quedado, que ya nació así.

No como ella, que había sido una niña fuerte, con dos piernas como es debido, antes de que una se le secara y quedara lisiada para siempre por culpa de aquellas fiebres. Ya nadie volvió a acordarse de que se llamaba Roser y todo el mundo, desde entonces, la llamó la Coja. Nadie tenía la desvergüenza de decírselo a la cara y se dirigían a ella sin tener que mentar su nombre, pero vaya si lo sabía: para todos era la Coja. La Coja aquí, la Coja allá; la Coja esto, la Coja aquello. No se acostumbraba. Todavía le dolía y a veces habría querido ponerse a chillar, gritarles en medio de la plaza: «¡Me llamo Rosó, gente de mala piel! ¡Soy Rosó, la del molino! ¡Seré coja, pero no es así como me llamo!». A pesar de la rabia, callaba. Aún se habrían dado una panzada a reír, toda aquella gentuza, y los mozos habrían hecho burla de ella, poniendo cara de rufianes, canturreando: «Rosó, Rosó, llum de la meva vida..., luz de mi vida...».

—Voy a hervirte más hierbas, Felipa. María, avisadme si hubiera algo. Me da que esto ya no va a durar mucho más —dijo la Coja después de tocarla, llevándose la jarra y el pote.

Felipa daba grandes zancadas por el cuarto y se agarraba a los tabiques, al marco de la puerta o al brazo de María, según dónde le pillara el aguijonazo. Casi corría. Llegaré hasta el jergón, se decía. O hasta el umbral. Y solo pensaba en alcanzar aquel objetivo.

—¿No quieres echarte un rato, hija? —le preguntó la madre de su hombre, que también le había hecho de madre a ella cuando la suya murió, hacía ya casi toda una vida.

—Ay, no, no, madre María, que la Coja me ha dicho que camine y ella de esto es la que más sabe. ¿Qué hace el niño?

—El niño duerme como un angelito del cielo. Me he asomado a mirarlo hace un rato, mientras la Coja te tocaba. ¿Sabes qué me ha dicho cuando he llegado y lo he acostado?

—¿Qué? —sonrió Felipa, con el corazón tierno, como siempre que se hablaba de Iscle.

—«Quiero irme a dormir enseguida, yaya de las Viñas, porque mañana, cuando me despierte, las cigüeñas me habrán traído un hermanito para jugar.»

—¿Eso os ha dicho? ¡Y de dónde ha sacado eso de las cigüeñas, si nosotros nunca le hemos dicho esta bobada! ¡Bien sabe él que la criatura la llevo en la tripa!

—Cosas de críos. Vete a saber, alguno de los huéspedes. Gente de esa que cree que hay que esconder a las criaturas las cosas de la vida.

La Coja regresó con un tazón humeante.

—Bébete las hierbas ahora que aún están calientes. Te las he preparado con un buen chorro de miel para que te las tomes más a gusto, pobrecilla.

—Gracias —respondió Felipa, que estuvo en un tris de echarse a llorar de nuevo, de tan floja como estaba. Lo de la miel, después de que la Coja le hubiera hablado con tanta aspereza, hacía apenas un rato, le había tocado el corazón.

—¿Qué hacen esos? —preguntó María señalando la puerta con un cabezazo, como si la sala estuviera justo detrás.

—Beben y le dan a la lengua.

—¿Y de qué hablan?

—De la guerra. De si el rey Pedro ha hecho o no ha hecho bien en embarcarse hacia Mallorca, y con los almogávares, precisamente, para escarmentar como es debido al rey Jaime, que no quiere ser su vasallo.

—¡Huy, de la guerra! ¡Qué sabrán ellos de la guerra! —resopló María—. ¿Eso es cosa de la que hablar mientras nace una criatura? Si es que a los hombres tanto les da. Pobres de nosotras, que mira cómo tenemos que sufrir para traer a una persona a este mundo, para que luego ellos se vanaglorien, como hace tu padre, Felipa, de tener un

hijo guerrero que se dedica a matar gente y al que pueden matar cualquier día. Para nada, al fin y al cabo, que con los reyes ya se sabe... Después de tantos muertos, ellos hacen las paces, echan un garabato en un papel y lo celebran con un festín, como si no hubiera pasado nada, mientras que un montón de madres han de vestirse de luto y preguntarse todos los días a santo de qué tuvieron que sufrir tanto y esforzarse en sacar adelante a sus hijos, para que luego, de un golpe de espada, se les derrame toda la sangre por el suelo. ¿Sabéis algo de tu hermano, Felipa? —preguntó entonces María a la mujer de su hijo.

—No. Nada.

—¿Ni si está en Mallorca con el rey?

—Suponemos que sí. Habiendo jaleo, ¿dónde va a estar, si no? ¿Haciendo maldades por las campiñas? Vergüenza debería darle.

—Mujer, no hables mal de tu hermano. Es un almogávar, ya se sabe.

Porque los almogávares eran magníficos soldados, tan feroces en la lucha como en la paz, pero mientras andaban desocupados y rondaban por el país, esperando el momento de entrar en combate, no hacían vida de persona corriente, ni tenían oficio más que el de la guerra, así que cogían lo que se les antojaba por allí por donde pasaban. Mientras andaban por el mundo, a nadie le molestaba que vivieran del saqueo, pero cuando se encontraban en tierras del rey tampoco se privaban de hacer lo mismo, y vivían todos juntos, con las mujeres y la chiquillería, como un pueblo errante, apoderándose de lo que precisaban y de lo que encontraban en los campos de cultivo, y eso gracia no le hacía a nadie.

No era cierto que Salvador se hubiera tomado con alegría que el mayor de sus hijos, su hereu, se metiera a almogávar. Había tenido un buen disgusto, porque quería que el hostal fuera para él, que era un chico alegre, fuerte y osado, que habría sabido llevarlo con brío; porque Genís, ya se veía, brío tenía más bien poco. Pero tener un hijo almogávar, aunque apenas supieran de él, era un tema de conversación muy, pero que muy goloso y, a estas alturas, hasta parecía que hubiera sido Salvador quien le había metido al chico en la cabeza eso de hacerse almogávar.

—¡No, no! —gritó la Coja al ver a Felipa ponerse en cuclillas—. María, ayudadme a levantarla y que se eche en el jergón. Espérate, Felipa, un suspiro solo, muchacha. ¡No empujes, que aún le vas a abrir la cabeza a la criatura contra el suelo! Ven, preciosa, ven, échate, así, levanta las piernas. Muy bien, mira, ya saca la cabecita. Ahora empuja, bonita, empuja con toda tu alma, que esto ya se acaba. Ahora, otra vez, así, fuerte, fuerte. María, alzadle la cabeza y los hombros, que pueda hacer más fuerza. Así, así, ¡mira qué maravilla!

Es una niña, Felipa, una niña preciosa y bien hecha. Mira. Con las piernecitas y los brazos enteros, y cinco deditos en cada sitio. Mirad, María, qué nieta más bonita.

María tenía los ojos empañados.

—¿Qué nombre le pondrás a la niña, hija?

—Arraona —dijo Felipa, cansada y complacida.

María cogió a la criatura que le alargaba la Coja envuelta en un paño. La miraba y la miraba, y se puso a canturrearle cancioncitas de las que se cantan a los niños y nanas de las que tararean las abuelas, y con un trapo húmedo la fue limpiando, mientras la Coja ayudaba a Felipa a sacar la bolsa y comprobaba que no se le hubiera quedado nada dentro que se le pudiera pudrir. Con una palangana de agua tibia lavó bien a la muchacha. Era buena paridora, la hija del hostal. No como aquella vaca gorda de la carnicera, que todo fueron bramidos y gritos, como una marrana por San Martín. Luego recogió los trapos y la porquería, y con todo hizo un hatillo que enterraría cerca del río, mientras quemaba hierbas en un brasero para ahuyentar el olor de la sangre, como de herrumbre, y el del sudor, que olía a angustia y a miedo. ¡Pues no habían de tener miedo! Si cada vez que parían se jugaban la vida. Podían morir a medio esfuerzo, derramarse enteras si la sangre se les escapaba por aquel agujero grandioso, o, incluso, días después, si les sobrevenía una calentura. Que de los calenturones de después de parir no se salvaba ni una. Contenta tendría que estar ella de no haberse podido casar por ser tan coja, aunque a veces el vientre y los pechos llegaran a dolerle de tanto como habría deseado que la tomara un hombre y le masticara al oído aquello que los chicos le habían cantado de jovencita, de muy jovencita, en la plaza, para burlarse: «Rosó, Rosó, llum de la meva vida...».

Donde se habla del nacimiento de Elisendis

EN LA COCINA

Elisendis había nacido, como quien dice, en aquellos mismos días en que lo había hecho Arraona, no muy lejos del hostal, en una de las casas buenas de los señores de la mano mayor, los señores que vivían en la villa y ocupaban cargos oficiales en representación del verdadero señor, el vizconde de Castellbó. La familia de Elisendis no era de las de toda la vida, de esas que ya dos siglos largos atrás habían sido las primeras en comprar, por censo, tierras y casas de la pavordía o de alguno de los señores del alodio, cuando empezó a vislumbrarse con claridad que aquel lugar, encrucijada de caminos generales, podía llegar a ser fuente de riqueza y ganancias. Decían que ya entonces existía el Mercadal, en tierras de la pavordía, que por eso el pavorde, que debía administrar sus bienes, reclamaba el pago de toda clase de derechos para poder mercadear y baratar allí: el derecho de pesaje y medida sobre cualquier cosa que pudiera pesarse y medirse, y también el derecho de lezna sobre la carne. Y aquello, como decía la madre de Elisendis, por fuerza tenía que rentar, con el barullo que había en la plaza cada sábado, que era el día de mercado, por no hablar de las ferias, que entonces era un no vivir, no solo por el ruido, sino también por los olores del ganado. También se mercadeaba y barataba con otros muchos productos, pero para las ferias llegaban a la villa rebaños enteros. La madre de Elisendis se encerraba a cal y canto en su estancia, con las cortinas echadas, a oscuras. Decía que sufría de migraña y hasta que no terminaba el alboroto no se le quitaba.

La familia de Elisendis hacía tan solo un par de generaciones que se había instalado en la villa, pero eran de buena casa, aunque no poseían ningún título nobiliario, y se relacionaban con aquellas primeras familias que habían comprado con tan buen ojo y a tan buen precio casas o solares o tierras de cultivo, como los Rosseta o los Saltells, señores de Cerdanyola; los Burgués, los Pla o los Clasquerí,

señores de Castellar; o los Pou del Mas Pou de Junqueres y un puñado más. La madre de Elisendis se sabía todos los apellidos y la procedencia de cada uno, así como la de los que habían llegado después; sabía qué parte de la villa les había pertenecido y qué casas, y con quién habían emparentado casando a las hijas. Y estaba más que ufana, a pesar de las molestias del Mercadal, de tener la casa junto a la de los Rosseta, y, aún más, de la de los Togores, que, según decía siempre la madre de Elisendis, eran más importantes que los Rosseta, por más notarios que estos fueran y por más en exclusiva que tuvieran la tahona.

«Los Togores son señores alodiales, ¡no se puede comparar!»

Porque, si los señores principales del alodio habían sido los señores de Monteada y uno de sus dos feudatarios —los señores de Sentmenat—, el otro había ido cambiando de tiempo en tiempo y ahora lo eran los Togores.

No solo cambiaban los feudatarios. Más de una vez los señores principales habían empeñado la villa o la habían vendido a carta de gracia, una manera de reservarse la opción de volver a comprarla cuando mejor les pareciera. Como los señores de Arraona, que habían vendido el castillo a los Monteada. Un embrollo que la madre de Elisendis gozaba desenredando los miércoles, cuando recibía en el salón de su casa a otras señoras de su mano y mandaba servirles dulces y vino, también dulce, en unas copitas menudas y preciosas. Luego las sirvientas, cuando la doncella volvía del salón con la bandeja llena de vasitos sucios, los enjuagaban con mucho tiento, mientras se daban una panzada a reír, escarneciendo a las señoras, fingiendo tomar unos traguitos de los vasos vacíos, muy finas, ellas. El mismo hartón de reír que se habían dado entonces, cuando nació la niña y la señora organizó todo aquel jaleo.

Para el parto de Elisendis, no habría ni que decirlo, nadie mandó comparecer a la Coja.

—¿Os imagináis a la Coja en la estancia de la señora? —les daba la risa a las sirvientas en la cocina.

Una le copiaba los andares, arrastrando la pierna, y ponía una voz grosera:

—¡Oh, señora, si queréis que salga la criatura tendréis que abriros de piernas como cualquier mujer de la mano menor, por fina que seáis!

Y se reían como bobas.

Incluso a la cocinera, que las ataba corto, se le escapaba la risa.

Las señoras de la villa disponían de un médico, tan fino como ellas, cuando parían y de alguna mujer del servicio, con el delantal inmaculado, que las asistía en todo. Así pues, Elisendis nació en una cama alta, con colchón de lana y el cielo cubierto con cortinas;

mientras, fuera, ante la puerta de la estancia como quien dice, ya esperaba el ama que habría de criar a la criatura —si no nacía muerta— y que la señora había escogido personalmente hacía pocos días, después de hacerse mostrar los pechos y derramar un chorrito de leche de los cántaros hinchados de todas las aspirantes a ama que hacían cola, para comprobar el color, la crema y el olor, por si la tenían agria, porque la señora de los hijos no se cuidaba, pero les elegía lo mejor que pudiera comprar con dineros. Para las amas, aquello era una rifa. La que saliera elegida se instalaría en la casa con su criatura, porque, eso sí, la señora no había tomado nunca a ningún ama a la que se le hubiera muerto el recién nacido, para que no fuera dicho que los hijos se le habían criado con la leche que pertenecía a un muerto. Cosas de rica y bobadas, porque la señora quizás no caía en que aquellas criaturas, una de la mano mayor y la otra de la mano más baja, serían hermanas de leche. Con lo tiquismiquis que era la señora con eso de las manos. Tampoco pensaba la señora que, si aquellos pechos habían de criar a dos criaturas en lugar de a una sola, bien podría suceder que no hubiera bastante para ambas.

«¡Qué poco sentido común, la señora!»

Sin embargo, por mucha jarana que armaran, a las sirvientas todo aquello también les parecía de lo más natural. Lo que de verdad fue blanco de sus burlas vino después, cuando la señora le negó al señor el paso a su estancia y a su cama. De eso hasta en los lavaderos del río se habló, aunque a media voz y en secreto, y solo con otras mujeres de mucha confianza. Una cosa así no se podía ir contando sin que te echaran de una casa y no te cogieran jamás en ninguna otra, que los señores, para sus cosas, eran muy quisquillosos y más si eran asuntos de cama. Aun así, no pudieron abstenerse de murmurar.

Elisendis tenía dos hermanos mayores y no tuvo ninguno pequeño porque el nacimiento de la niña dejó a la señora harta de partos.

—¡Con estas orejas lo he oído! —contaba la doncella aquel escándalo en la cocina—. Que una cosa era parir chicos que llevaran los títulos y heredaran los bienes de la familia, y otra muy distinta, parir niñas que, después de lo pesado que era un embarazo y del mal trago del parto, había que criar para que fueran a parar a otra casa y se llevaran incluso un buen pellizco del patrimonio; que las niñas no daban herederos a la propia casa, sino a la de otro, ni perpetuaban títulos o linajes. Delante de mí lo decía —insistía la doncella—. Tan fresca, como si yo no fuera más que un mueble, que no sabía si debía retirarme o qué.

—Y el señor, a todo esto, ¿qué decía?, ¿cómo se le ha quedado la cara? —preguntó una de las sirvientas.

—El señor, nada. Ni pío. Que el señor es muy señor.

—Yo hasta diría que más que ella —dijo otra.

—Tú no hace falta que digas nada. ¡Qué vas a saber tú de señores y de señoras! —le soltó la cocinera.

—Así que la señora —prosiguió la doncella, sin perder el hilo— ha dicho que basta y que fuera el señor a desfogarse con las payesas o con las mozas del servicio. Que ella ya había cumplido y no tenía ninguna necesidad de servirle, siendo como es de mejor casa que él.

—¿Eso ha dicho? ¿Con las mozas del servicio? —se enfureció la cocinera—. Menuda cara tiene la señora.

—Pues mira que el señor ya tiene años —dijo una de las sirvientas —, pero está de más buen ver que uno joven.

—Tú a callar, desvergonzada, que si yo me entero de que haces alguna estupidez, y ya puedes tener por seguro que me enteraré, se lo contaré a tu madre —la amenazó la cocinera—. Y del sopapo que te endilgará, si no te saltan los dientes, seguro que te pone la cabeza en su sitio.

Así que Elisendis no tuvo ningún hermano más. Ni ninguna hermana. Ya le habría gustado tener una hermanita pequeña y jugar con ella y acicalarla y manejarla como a una muñeca. Pero la muñeca era ella. No para su madre, que se la hacía llevar después del desayuno y antes de la cena, y los miércoles cuando recibía, para que la vieran las otras señoras. Pero sí para las sirvientas, sobre todo para las más jóvenes, que jugaban con ella y la cogían en brazos y la lanzaban por los aires. Elisendis se reía y se reía hasta atragantarse. Entonces el ama se la quitaba y las regañaba, pero ahí intervenía la cocinera, porque a las sirvientas solo les soltaba cuatro gritos ella. Y que el ama se metiera en sus asuntos, que bastante trabajo tenía, y a ver si se ocupaba de su hijo, que lo tenía esmirriado, en lugar de dejar que la niña distrajera a las sirvientas de sus quehaceres mientras ella se tocaba el higo y se hartaba de pan con aceite y de pan con vino, allí sentada, a la mesa de la cocina; porque por mucho que se dijera por aquellas tierras que «el vino hacía sangre», que puede que sí, nunca se había oído que hiciera leche. Y cuando Elisendis empezó a caminar, también fue en la cocina donde hicieron fiesta mayor. Aquella tarde, a última hora, cuando el ama fue a enseñársela a la señora y se lo hizo saber, toda ufana, la señora la miró como si le hablara de los pájaros que se marchan en otoño.

—Yo le he dicho: «Señora, sabed que la señorita Elisendis hoy ha dado sus primeros pasos ella sólita». Y la señora: «Bueno, de eso se trata, ¿no te parece, ama? Y supongo que un día u otro hablará y sabrá usar un orinal. Es tu trabajo». ¡Eso me ha dicho la señora!

—¡Desde luego, la señora! ¡Qué cosas dice! —respondieron las otras, atareadas colando el caldo y colocando las viandas sobre una bandeja, con gracia, para que lucieran, que la hora de la cena de los señores era sagrada y el ama, con tanta cháchara, les distraía.

—Anda, ve y pon a dormir a la niña —se la quiso quitar de encima la cocinera—. ¿No ves que está muertecita de sueño, pobrecita mía? Me la vas a hacer llorar de tanto besuquearla y estrujarla.

Porque el ama eso también lo tenía. Era tan niñera y cariñosa que a veces Elisendis, menuda como era, se hartaba y berreaba para que la dejara tranquila.

—¡Mirad cómo se ríe! —decía el ama.

—¡No miréis nada, que lleváis mucho retraso! —saltaba la cocinera, que se inquietaba con cada comida que había que servir, tanto si los señores tenían invitados como si no, porque, al fin y al cabo, era a ella a quien la señora regañaría si algo no iba como tenía que ir o no estaba a su gusto; a las mozas, nada.

—Porque es de buena pasta, esta niña, y no quiere hacerte un feo. Ya tendrías que saber que si se agarra la oreja es que tiene sueño. Lo sabemos todas menos tú, que representa que eres el ama.

Era verdad que Elisendis se reía, porque ya de tan pequeña le gustaban el bullicio y las risas, oír voces y ajetreo a su alrededor, y hasta griterío. Y eso hasta las sirvientas comprendían que no era apropiado en una pubilla de la primera mano. Y que, si su señora madre no la enderezaba, la niña le daría más de un dolor de cabeza, y algún que otro berrinche.

Donde se habla de los conflictos por las aguas del río Ripoll

EN EL HOSTAL

-¡P

onme un pote de vino, mestressa! De ese bueno de la bota de atrás. Del que te trae el suegro.

—¿Y eso, Rafel? ¿Así, a palo seco? ¿Sin comer? —respondió Felipa con sorna, mientras se recolocaba las peinetas que usaba para recogerse el pelo. Llevaba a Arraona pegada a sus faldas, que desde que había nacido Guillem, que ya andaba a gatas, estaba la niña la mar de enmadrada.

El pelaire la contempló a sus anchas. Le gustaba, Felipa. Era un pedazo de mujer, que le sostenía la mirada por más que la mirara, mientras se reía, burlona, de soslayo, y se le hacía un hoyuelo en la mejilla que a él le habría gustado tocar con el pulgar hasta llegar a la comisura de sus labios. Pero se contenía. No se perdería por una mujer. Además, Felipa era la hija de Salvador, que era un buen hombre, y la mujer de Nasi, que aún lo era más. Y él, el pelaire, era un hombre respetado en la villa. Pero mirar no ofendía, sobre todo si ella se reía y se dejaba mirar.

—Deberías buscarte una buena moza y volver a casarte, pelaire —le dijo Felipa al dejarle la jarra sobre la mesa.

—Búscamela tú, Felipa, y no le encontraré ningún reparo —se rió Rafel—. Una que huela como hueles tú, con este olor a tomillo.

—¡Como si no tuviera otra cosa que hacer! Te lo digo de verdad, Rafel, tendrías que vivir en una casa como es debido y que tu chaval se criara con una madre y no allí, en el molino, con la Coja y Ramón de los Papeles.

—Ya empieza a hacerse mayor, el chico. —El otro hizo oídos sordos—. Le estoy enseñando a desengrasar la lana. Será un buen pelaire. —Echó una ojeada a la sala—. ¿Dónde está Salvador? ¿Es que tu padre ya no se asoma a dar conversación y a pasar el rato con

los que venimos a echar un trago?

—Es temprano, Rafel, ¡si acabo de poner la olla al fuego! Y mi padre, este invierno, ha perdido mucho. No sé si es que no está bueno o que se está haciendo viejo, pero...

—¡Aquí lo tenemos! —la interrumpió el pelaire al ver entrar al hostelero, mientras le guiñaba un ojo a Felipa, que estaba de espaldas a su padre, pensando que a Salvador no le haría ninguna gracia oír que se estaba haciendo viejo. Pero tuvo que esforzarse para ocultar la impresión que se llevó, porque sí que hacía mucho que no se pasaba por el hostal y era muy cierto que el hombre había dado un bajón. De la panza gruesa que se le hacía al atarse el delantal por debajo del vientre, le quedaba un pingajo, y los brazos, ahora que se arremangaba la camisa, se le habían quedado fláccidos—. Justamente le decía a tu hija que hacía días que no te veía.

—Oh, eso tú, que no vienes a hacer gasto, que yo no me muevo de aquí —se rió el hostelero.

—¿Qué se sabe del almogávar?

—Pues qué se va a saber. Nada. ¿Verdad, niña?

—Ven, Salvador, siéntate y toma un trago. Tú también, Felipa, mujer, que ahora no tienes gente y no quiero celebrar las alegrías solo. ¿Y tú, bonita? Ven con el pelaire, chiquitina, que...

Pero Arraona ya había echado a correr y se había metido detrás del mostrador.

—¡No, que tú vives con la bruja del molino! —replicó la niña desde su escondrijo.

—¡Demonio de niña! —se rió con ganas el pelaire—. ¡Sí que parece una bruja, la Coja! Cada día que pasa, lo parece más. Por eso no sufras, Arraona. Como muy bien dices, vivo en el molino. Y si quieres que seamos amigos, ya me encargaré yo de que la bruja no te haga ningún hechizo.

—Eso, sí, tú hínchale la cabeza a la niña, Rafel. Qué poca gracia tienes. Y a ti, Arraona, ya te pillaré, ¡que eso no se dice!

—Anda, siéntate un rato, Felipa, que me gustas cuando te enrabietas —insistió el pelaire—. Qué hija tienes, Salvador. Menudo genio, la moza.

—Tengo faena —respondió Felipa, y se fue hacia el fuego, donde la olla ya ha empezado a borbotear.

El pelaire suspiró como si se doliera mientras meneaba la cabeza. Salvador le siguió la corriente:

—Dices bien, que, si se le antoja, hasta a mí me pega cuatro gritos. Más de una vez me ha soltado alguna de las gordas, ¡y sin pararse a pensar si había o no había gente delante! Ay, si no se me hubiera muerto la mujer. Ella, ¡que era como un pajarito! Nunca replicaba, pobrecilla. Nunca se quejaba.

—¡Pobre madre! —rezongó Felipa desde el fuego, revolviendo el guiso con una cuchara de madera.

—Pues lo celebraremos tú y yo, Salvador —exclamó festivo el pelaire, siguiendo con lo suyo.

—¿Y qué se celebra, si se puede saber? —dijo Salvador acercando un taburete, con el gesto de un viejo.

—Un par de cosas. Y bien sonadas —anunció Rafel mientras cogía la jarra y servía al hostelero—. Me ponen tan contento las dos que no sé de cuál me alegro más. Aquí donde me veis, vengo de casa del notario.

—¿El notario? ¿Qué notario? —preguntó el hostelero.

—Bernat Rosseta. ¡Qué otro notario tenemos, Salvador!

—¡Ese al que se veía a menudo con el hereu Saltells, padre! —intervino Felipa desde la despensa. Y salió haciendo girar la mano al lado de la cabeza, como para darle a entender al pelaire, mientras su padre no la veía, que al hostelero se le iba la cabeza.

—¿Saltells? ¿Viene mucho por aquí? Ahora no le pongo cara...

—Por aquí no vienen, padre, que los señores beben en casa o si quieren jarana se van un par de días a Barcelona. Y dejad que Rafel se explique. —Felipa detuvo cualquier otra pregunta mientras se sentaba a la mesa y daba un trago del pote del pelaire.

—¡Así me gusta, Felipa! —se rió Rafel, y los ojos le chispearon—. Acabo de firmar los papeles...

—Pero ¿tú sabes escribir? —se maravilló la mujer.

—¡Cómo quieres que sepa escribir, yo, mujer! Rosseta me ha leído lo que ponía y yo solo he tenido que hacer un garabato al pie de la hoja. He pedido un crédito para poder ampliar el negocio y trabajar con más tejedores.

—¡Virgen santísima! —Felipa se cubrió las mejillas con las manos —. ¡Como un señor!

—No, Felipa, como un pelaire, que es lo que soy y de lo que me siento más que satisfecho.

—Pero...

—El notario es de balde, ya lo sabes, desde que el vizconde otorgó aquellas franquicias, hace un par de años. Cualquiera puede hacerle levantar un acta, o como quieran llamarlo ellos, de un negocio. Y aquí en la villa, aparte de ganado, lo que más se compra y se vende son sueldos.

—Pero ¿no es muy arriesgado? —dijo Felipa, con ademán preocupado—. ¿Y si no los puedes devolver? —Entonces le vino un pensamiento que encendió sus ojos—. Espera, que quiero que mi hermano lo oiga, que ya hace días que me ronda una cosa por la cabeza... —Felipa, ligera, fue hasta la puerta, asomó la cabeza y gritó —: Genís, ¡ven un momento! —Luego se volvió y mientras regresaba

hacia la mesa se explicó—: Está en el almacén con un arriero que quería cebada, ahora vendrá.

Genís entró a continuación y dejó unas monedas encima del mostrador. Llevaba al arriero pegado a los talones, que quería tomar un bocado antes de ponerse en camino.

—Ahora os sirvo. —Felipa se levantó de la silla—. Tú siéntate y escucha bien lo que acaba de hacer Rafel.

El pelaire, satisfecho, lo volvió a contar. Con los sueldos que había pedido a crédito, podría apalabrar a más tejedores para que trabajaran para él y quizás hasta se decidiera a pedir a alguno que solo tejiera sus paños. El dinero del crédito lo invertiría en comprar más lana y en pagar a los tejedores. Había calculado que podría doblar con holgura las ventas. Y por el acabado de los paños tampoco se preocupaba, porque él, en el molino, ya ni sabía los años que llevaba. Tendría que trabajar el doble, pero el chaval empezaba a echarle una mano y, si todo iba como pensaba, aparte del chico, quizás hasta pudiera tomar otro aprendiz o pagar un jornal a algún hombre joven que ya conociera el oficio. Si todo iba bien, devolver los cuartos no debería ser ningún problema, y en cambio las ganancias... La competencia era grande, porque había muchos pelaires en la villa.

Los que lo escuchaban —gente que había entrado para comer y un par de alfareros que habían llegado con el carro repleto de toda clase de recipientes para poner el puesto al día siguiente, que era día de mercado— estaban admirados. Y entusiasmados. Que uno de los de su mano se embarcara en una historia como aquella les ensanchaba a todos; les parecía que a cada uno de ellos, de golpe y porrazo, se le abría un mundo de posibilidades y, en caliente, mirando al pelaire, les parecía que cualquier cosa que soñasen podía hacerse realidad. Bebían y pagaban ellos el vino, porque el pelaire tenía que ahorrar y todos querían que lo consiguiera.

Entonces, Salvador, que hacía un rato parecía no atinar demasiado, le palmeó la espalda y le dijo:

—¿No eran dos las cosas que querías celebrar?

—¡Eso he dicho!

—¿Una tan sonada como esta?

—Tan sonada o más —se jactó el pelaire—. Corre el rumor de que el gobernador de Cataluña, ojo, de toda Cataluña, por fin le ha parado los pies al maldito baile de Tarrasa, para que no vuelva a intervenir en los pleitos que los de su término promuevan contra nosotros. A partir de ahora, los que haya se encargará de juzgarlos el baile de Barcelona.

—¿Y eso, qué? —dijo uno de los hombres que estaba de paso por la villa.

—¡Cómo se nota que vos no trabajáis en ningún molino, maestro!

Que desde que la villa es villa y los de Tarrasa existen, o sea, desde siempre, bien puede decirse que nos la tenemos jurada. Unos y otros, no os mentiré; hay que reconocer que si no son ellos somos nosotros, aunque nosotros con más razón, por la maldita cuestión de las aguas del río Ripoll. Si por ellos fuera, la querrían toda para sus molinos y harían lo que fuera para que nosotros la dejáramos pasar, río abajo, por nuestro término, sin sacarle provecho. Y como si eso no fuera bastante, encima el rey Jaime metió la pata hasta el fondo, que sería tan conquistador como se quiera, pero de nuestros enredos poco sabía, y les otorgó, hace ya casi cien años, que se dice pronto, el privilegio de no tener que rendir cuentas a nadie, más que a su baile, de ningún crimen ni de ninguna maldad que cometieran.

—¿Y vosotros qué ganaréis con esto?

—¡Qué ganaremos, decís! Pues que ahora, cuando vengan los de Tarrasa y nos destrocen las esclusas, y nosotros levantemos el somatén para pillarlos, su baile ya no podrá protegerlos. ¿Cómo iba a juzgarlos su baile de un perjuicio que nos hicieran a nosotros? ¡Figuraos! Siempre les ha dado la razón. Así que ahora, ni ellos ni nosotros. Será el baile de Barcelona quien tendrá que encerrarlos entre rejas si dañan algún molino más o se les ocurre algún otro modo de perjudicarnos.

—¿Esto os parece tan digno de celebrarse?

—¡Ya lo creo! Mirad, tengo un hijo que ahora tiene doce años. Y será pelaire. Si las cosas me van bien, hasta un molino podré dejarle. Un molino de paños que sea suyo. No quiero que tenga que vivir como yo, en un molino de paños y harinero al mismo tiempo. Y, por si fuera poco, con Ramón de los Papeles de por medio, haciendo pliegos de los trapos viejos. Una bobada que se le ha metido al pavorde en la cabeza, pero quien paga manda. Mi molino, el molino que construiré para dejárselo al chico, no quiero que esté expuesto a las malas entrañas de los de Tarrasa; no quiero que el chico ni sus hijos tengan que vivir con el alma en vilo, que los paños requieren mucho trabajo y el molino no puede quedarse parado porque un puñado de gente de mala raza lo dañe mientras su baile les cubre las espaldas.

—¡Bien dicho, pelaire! —dijo un molinero que se había sumado a la mesa, y brindaba por él y por el gobernador. Era bonito pensar que por fin se acabarían las trifulcas y la mala sangre que arrastraban desde hacía tantos y tantos años, pero por mucho que bebieran y se alegraran y se las prometieran tan felices, en el fondo nadie se creía que en adelante las cosas cambiaran. El gobernador estaba en Barcelona y Barcelona quedaba bien lejos, mientras que a los de Tarrasa los tenían, como quien dice, pegados a la muralla.

—Venga, un trago más y a trabajar, que el día todavía no se alarga y con tanta celebración perderemos las horas de luz.

Donde se habla de los primeros años de la vida de Elisendis

EN LA COCINA

Elisendis había ido creciendo con la sensación, cada vez mayor, de que la vida, la vida de verdad, pasaba, bulliciosa, fuera. Fuera de ella y de los espacios acotados de la casa donde vivía con su familia. Tan solo había un lugar entre aquellas magníficas paredes donde la vida existía: la cocina. El mundo exterior, del que se sentía excluida, se colaba allí lleno de viveza, de colores, de olores, de voces. Desde que a Arnau y a Jofre, sus dos hermanos mayores, se les permitía sentarse a la mesa con sus padres —su madre decidió un buen día que los chicos ya tenían la edad suficiente para comer y cenar en el comedor— y ella se había quedado sola, única usuaria de la habitación de los juguetes que los tres habían compartido, Elisendis bajaba a la cocina, donde las sirvientas le hacían carantoñas y la cocinera la llamaba señorita, pero la trataba de tú. Ay, si su madre la hubiera oído. Habría puesto el grito en el cielo, porque decía que aquella gente del servicio pertenecía a la tercera mano, la mano menor, y ellos, a la mayor, y que la diferencia entre ambas era insalvable. Eso lo decía cuando venía alguna otra señora a pasar el rato en el salón, conversando. El ama, entonces, si había visitas, ponía a Elisendis de punta en blanco, la peinaba y la acompañaba al salón, para que saludara a las amigas de la señora. Solo un momento. A decir «buenas tardes», hacer una pulcra reverencia y regresar a la habitación. A aburrirse. Elisendis se aburría mucho. De ahí que bajara a pasar el rato a la cocina, donde siempre había mucha actividad y un considerable barullo.

La cocinera hacía ir a todo el mundo de cabeza y tenía ojos en el cogote. Se parecía un poco a su madre, que mandaba en toda la casa. Pero no en la cocina. En la cocina solo mandaba la cocinera, que tenía una carcajada fuerte, era ordinaria y regañaba a voces a las sirvientas. O al chico de los recados, aquel chaval esmirriado, el hermano de leche de Elisendis, que dormía en el suelo, siempre

disponible, por si los señores tenían que mandar un recado urgente o por si a la cocinera le era menester cualquier cosa que hubiera que ir a buscar a la plaza o a la bodega o a donde le apeteciera mandarlo, y con quien no recordaba haber jugado nunca. Desde que eran pequeños, el niño la miraba de reojo, como si fuera de cristal, y nunca le dirigía la palabra si no se veía forzado a hacerlo. En tal caso, le hablaba con los ojos clavados en el suelo y la voz ahogada, como si tuviera miedo, o como si solo por mirarla o hablarle fuera a ensuciarla o estropearla.

Las sirvientas se burlaban y le hacían la pascua diciéndole lo bonita y lo señorita que era su hermanita de leche. Que quién iba a decir que los habían criado los mismos pechos y que ya podía mirar bien a la señorita, que cuando fueran mayores, si la niña salía a la madre, no le dirigiría la palabra, porque ni se acordaría o no se querría acordar de que se habían amorrado a las mismas tetas. Eso le decían las sirvientas entre risas, y otras cosas que hacían sonrojar al chiquillo, a pesar de que muchas ni las comprendía; pero, solo por el modo en que se reían las locuelas, ya podía imaginar que no debía de tratarse de nada que pudiera halagarle ni ponerle contento. El ama, su madre, también se reía. Y él callaba y se encogía todavía más, la cabeza gacha, la mirada esquinada.

Allí en la cocina siempre había algo asándose en el fuego o cociéndose en grandes perolas ennegrecidas que las muchachas fregaban con arena y sal. Y encima de la mesa de madera, grande como una cama de señores, nunca faltaba un montón de conejos por despellejar, palomos o perdices por desplumar, o verduras por cortar. Sobre todo si era día de mercado o si alguno de los proveedores de la casa había traído el pedido.

Los payeses llegaban temprano a la villa. Entraban al romper el alba, por los diferentes portales, según de dónde vinieran, para instalar su puesto en el Mercadal y, en cuanto se habían hecho con un buen sitio, si tenían una casa a la que servían, antes de que empezara el bullicio en la plaza, se acercaban a llevar los víveres que las cocineras ya les habían encargado el sábado anterior. Ellas refunfuñaban un poco: que si aquella col ya tenía días, que si las acelgas estaban mustias o las cebollas viejas. Lo decían, aunque fuera mentira. Así se hacían valer para que el payés se esmerara y eligiera siempre para ellas lo mejor de la cosecha. De hecho, no era más que un juego, y tanto unos como otros lo sabían y lo practicaban con una seriedad formal, como si fuera de veras, porque los payeses del vizconde estaban manumitidos, iban con la cabeza muy alta y no se les podía decir cualquier cosa, como si aún sufrieran los malos usos de los señores y fueran de su propiedad —como las tierras y el ganado— y pudieran hacer con ellos cuanto quisieran. Por otro lado,

las cocineras tampoco eran nadie; casi todas procedían también del campo y tenían allí la familia, a no ser que los abuelos o los padres se hubieran instalado en la villa cuando quedaron libres de la remensa y pudieron marcharse a vivir a donde quisieron sin tener que pagar nada al señor por el rescate de su libertad.

Elisendis miraba y escuchaba fascinada desde los escalones de la cocina, pegada a la pared para no estorbar, o sentada en lo alto del taburete donde la subían las sirvientas de pequeña y donde ya sabía subir sola desde que era una niña mayor, como decían ellas.

De todos los proveedores de la casa, el más esperado era el carnicero, Pep, que era muy guasón y parlanchín como pocos. Siempre hacía reír a las mozas y les soltaba piropos, y nunca hacía rabiar a la cocinera. Bien sabía él quién mandaba en aquella cocina. De vez en cuando hasta la hacía sonrojarse, no de vergüenza, que habría sido un descuido lamentable, sino con halagos, alabando los aromas que se escapaban por la puerta de la cocina de aquella casa, diciendo que los invitados de los señores tenían que morirse de envidia por no tener a aquel pedazo de mujer al frente de sus fogones, y cosas por el estilo. A Elisendis le gustaba el carnicero, que siempre le decía algo afectuoso o le daba unas palmaditas dulces en la mejilla si andaba por la cocina cuando él iba a llevar alguna espalda de cordero, un filete entero o un costillar, unos huesos cortados para el caldo o butifarras o lo que fuera. Y le contaba, con el tono que algunas personas mayores utilizaban para hablar con la gente menuda, que él también tenía una muñequita como Elisendis en casa, y que su niña era bonita, bonita, como la señorita. La mar de avispada era su Petronela, su mayor tesoro.

Pero de todo lo que abarrotaba aquel mundo apartado del salón de su madre, quizás lo que más fascinaba a Elisendis era la Niña de la Plata. Una niña hosca, con la piel de cera y unos ojos muy grandes. Las manos siempre negras de lustrar. No tenía nombre. Solo era la Niña de la Plata. Eso era lo que más maravillaba a Elisendis. Que en aquel mundo en el que vivía, donde oía hablar siempre a su madre —cuando la veía— de unos y de otros, de los Sola y de los Mir, de los Burgués y de los Salvany, de los Ferrer de Puigjuriguer y de los Bou, como si el nombre lo fuera todo, hubiera una persona sin nombre viviendo bajo su techo. ¿Sabía su madre que la Niña de la Plata vivía con ellos?

—Pues claro que lo sabe tu madre, que esta vive aquí. No se le escapa nada, a la señora, y es por su buen corazón que esta todavía respira y se menea. —La cocinera se había echado a reír cuando Elisendis se lo preguntó.

A la Niña de la Plata se la había encontrado una de las mozas una madrugada en el portal, cuando salía para llevar a la tahona la harina

amasada con agua y levadura, bien envuelta en trapos. Un bebé, pringoso aún del vientre de su madre, que vete a saber quién era, la desdichada, le había contado la cocinera. Aquel día, hubo un buen desbarajuste en la cocina, porque a raíz del hallazgo todo el trabajo se atrasó: el pan se coció tarde y la señora bajó a echar un vistazo a la criatura, y eso fue otro alboroto. Y es que la señora nunca ponía los pies allí, pero, ya que estaba, aprovechó para dar una ojeada a la despensa y a la pila. Dijo que había polvo y que no podía ser que la cocina fuera una cochiquera. La cocinera había tenido que morderse la lengua, y fuerte, porque le sentó muy mal que la señora se metiera en sus dominios. ¿Acaso no le había dicho, cuando la había tomado a jornal de jovencita, que la cocina sería su feudo y que ella no quería saber nada de cómo se las apañara, que no le fuera con quebraderos de cabeza, que a ella tanto le daba cómo se las compusiera, y que era ella, la cocinera, quien tendría que hacer y deshacer para que todo estuviera siempre listo y las comidas se sirvieran a su hora? No bajaba nunca a la cocina, la señora, pero aquel día vaya si había ido. Había echado un vistazo a la niña y había dicho que se ocuparan de ella como buenamente pudieran, que los señores eran buenos cristianos, y, si la Providencia les había hecho llegar aquella criatura, quién eran ellos para oponerse a sus designios. Que cuidaran de ella y, si no se moría, le enseñaran a echar una mano y a ganarse el pan.

—Para mí que la señora debió de creer que la criatura era alguna hija bastarda del señor, porque desde que ella le dejó claro que no volvería a abrirse de piernas... —había empezado a decir una de las sirvientas, pero la cocinera le había mandado callar. No porque le pareciera que decía nada feo, sino porque cuando ella hablaba no le gustaba que nadie metiera baza.

La criatura había salido adelante y allí la tenían, lustrando la plata en aquel rincón. Un día los cubiertos, otro las copas o las bandejas, el juego de tocador de la señora o los candelabros. A Elisendis le parecía que la Niña de la Plata no hacía otra cosa en la vida que bruñir todo el día, sin salir de aquel rincón.

Se había pasado gran parte de la infancia en la cocina, Elisendis. Las horas muertas en la habitación de los juguetes, donde también recibía lecciones para llegar a ser una señorita como es debido; las apariciones esporádicas en el salón y en el comedor cuando sus padres recibían a alguien, antes de que fuera autorizada a sentarse a la mesa; las salidas, de vez en cuando, con su padre, cuando la llevaba con él, y las visitas a casa de otras señoras de la villa y de otras niñas que también vivían recluidas en la habitación de los niños eran para ella mucho menos reales, mucho más descoloridas que las horas que pasaba con el servicio. O tras los ventanales del salón, donde, mientras fue pequeña, se le había prohibido entrar, porque

estaba lleno de objetos y fruslerías de mucho precio, como decía su madre. Durante mucho tiempo, Elisendis estuvo convencida de que decir que algo era de mucho precio significaba que se rompía. Y cuando tuvo más edad, recordaba la emoción de infringir alguna vez aquella prohibición, si mientras las sirvientas quitaban el polvo y las cortinas se agitaban, con todo abierto, se deslizaba dentro y con las manos a la espalda para no caer en la tentación de tocar nada, de alargar la mano hacia todas aquellas filigranas tan frágiles, curioseaba o se asomaba a la ventana hasta que alguna de las mozas le decía que las señoritas no fisgonean desde los balcones. Pero desde el balcón se veía la plaza y los días de mercado aquello era una fiesta de colores y sonidos, de aromas que Elisendis olisqueaba con los ojos cerrados y que, cuando empezó a hacerse mayor, le hacían sentir por dentro un montón de emociones que no sabía explicar. También los días de cada día encontraba allí distracción, porque delante de la tahona de los Rosseta siempre había colas y se apiñaban las sirvientas de las casas buenas y las muchachas de las casas de los comerciantes y de los pelaires, y las hijas de los menestrales y los jornaleros que vivían en la villa, porque nadie podía cocer pan en casa desde que, hacía cien años largos, el pavorde Guillem de Montoliu había concedido a Berenguer Rosseta, el notario de entonces —que los Rosseta eran notarios desde hacía tiempo y tiempo—, y a sus sucesores el derecho de construir el horno, pagando un censo, en un solar que, como el Mercadal, también pertenecía a la pavordía.

Año tras año, desde detrás de los ventanales que daban a la plaza, Elisendis contemplaba la vida. Aquella vida por la que ardía en deseos y a la que algo le decía que no pertenecía ni llegaría a pertenecer.

Donde se habla de la historia de la familia de Arraona

EN LA VIÑA

El abuelo del hostal, Salvador, había acabado muriéndose de aquel mal que nadie sabía, pero que se le veía en la panza desaparecida, en el color de la piel y en el marchitarse de los brazos. Se había ido mustiando como un racimo de uva olvidado en la cepa o como las matas de flores que a Felipa le gustaba tener a cada lado de la puerta del hostal, metidas en un tiesto alto, pero que a menudo se olvidaba de regar. Entonces, los tallos amarilleaban tiesos y las hojas se enroscaban crujientes, hasta que no había nada que hacer.

Salvador solo se quedó tres días en el cuarto, sin ánimo de levantarse del jergón, vencido. Dijo que no podía más, que aquello se había acabado.

—Felipa, hija, me muero —dijo a la madre de Arraona, mientras ella, quisiera o no, le daba un tazón de guiso con la cuchara de madera, porque no debía abandonarse, le decía; que si no comía sí que se moriría y todavía tenía que dar mucha guerra y hacerle rabiar un montón de años dando palique a la parroquia en lugar de estar por la faena; que los arrieros no querrían que nadie que no fuera él les despachara la cebada y el negocio se iría al traste si él no procuraba restablecerse.

«Me muero», había dicho Salvador cuando ya no se veía capaz de levantarse de la cama, y se murió. Lo dejó todo dispuesto con el notario Rosseta, de modo que Genís pudiera hacerse cargo del hostal sin complicaciones y que la hija, Felipa, pudiera vivir allí con su marido y los críos hasta su muerte.

—Tú ya sabes, muchacho, que Felipa tiene más brío que tú —le había dicho a Genís, al regresar de hacer las gestiones, cuando aún podía ir de aquí para allí pero ya empezaba a darse cuenta de que aquello que lo consumía, fuera lo que fuera, no tenía remedio y solo podía ir a peor—. Eres un buen hombre y eres trabajador, pero escucha a tu hermana, porque ella es la que sabe hacer prosperar un

negocio. Ya se vio entonces, cuando vuestra madre, en gloria esté, se nos murió y volvisteis a casa, después de que Roc y María se os llevaran a la casa de labranza. A pesar de ser tan chiquitina, Felipa trabajaba en el hostal como una mujercita.

El abuelo del hostal murió a finales del verano, cuando empezaba el tiempo de la vendimia. Cada año, al acercarse el otoño, Nasi metía en un hatillo una muda para cada uno y se llevaba a Iscle, a Arraona y al pequeño Guillem a las viñas, a casa de sus padres. Mientras duraba la vendimia, no volvía a dormir a la villa, como hacía el resto del año, ni iba tampoco a menudo a ver a Felipa, excepto los domingos, cuando comía con la mujer y la familia en el hostal. Cada verano, Arraona esperaba como agua de mayo que llegara el tiempo de la vendimia, porque entonces podía pasarse los días y las noches con la abuela de las Viñas, que era zalamera, les contaba rondallas y cuentos, y siempre cantaba. Los días que pasaba en los viñedos, con su padre y sus dos hermanos, Arraona se sentía otra. Allí podía campar a su aire; echar una mano a la abuela o a su padre, cortando racimos algún rato; tumbarse bajo un árbol a la hora del calor o sentarse en el porche con la abuela, sin hacer nada, mirando a las golondrinas que entraban y salían de los nidos de barro de debajo del tejado; ir al huerto a coger calabacines, meterse en el gallinero a buscar los huevos que las gallinas escondían entre la paja o pelar guisantes del cesto y hacerlos tintinear en la fuente de barro cocido, sin que su madre la vigilara en todo momento y le encomendara alguna tarea en el hostal en cuanto la veía sin hacer nada. Para Arraona era una fiesta ir a pasar la vendimia a casa de los abuelos de las Viñas.

El año en que murió el abuelo del hostal también fueron.

—A tu madre le gustaba mucho, como a ti, corretear por el huerto —le decía la abuela María, entre risas, si Arraona, con la cara tostada por el sol, volvía de sus correrías y se lanzaba a sus brazos para decirle que había visto esto y lo otro, y que no quería marcharse nunca jamás de la casa de los abuelos—. Felipa tampoco quería marcharse.

—Abuela, ¿por qué mamá vivió aquí con vos, de pequeña?

Y su abuela se embelesaba, fuera lo que fuera lo que estuviera haciendo —siempre decía que no podía charlar y hacer otra cosa a la vez—, y, con aquella maña que se daba enhebrando historias, le contaba a la niña y a sus hermanos, si también andaban por allí cerca, la historia de la familia. Porque la abuela de las Viñas era incapaz de contestar con pocas palabras las preguntas que le hacían y siempre tenía que remontarse a vete a saber qué épocas y a hechos que nunca parecía que tuvieran ninguna relación con aquello que le habían preguntado, pero que después, ¡vaya si tenían algo que ver!

—El abuelo Roc y yo nos casamos cuando los señores ya habían comprendido que la tierra rendía mucho más si los payeses podían llegar a creer que les pertenecía y la habían repartido entre las familias por piezas.

—¿Es verdad que el abuelo y vos sois primos? —le preguntó Iscle.

—Pues claro que somos primos. Nuestros padres nos casaron por eso que os decía de la tierra. Así las piezas que cultivábamos los unos y los otros no cambiarían de manos.

—Nosotros no tenemos primos —suspiró Arraona.

—Por lo menos, que se sepa. —La abuela no la desengañaba del todo—. Quizás tu tío, el almogávar, tiene un puñado de chiquillos que viven con su madre en los campamentos y van de acá para allá, por esos mundos de Dios, detrás de su padre.

—Y el tío Genís no tiene hijos.

—No. No se ha querido casar nunca, Genís. Pobre chico, ni para casarse tiene espíritu.

—Pero entonces...

—Cállate, Iscle, que no le dejas contar la historia a la abuela.

Arraona se impacientaba. A ella le gustaba escuchar los relatos de corrido. Tiempo habría después de preguntar lo que se les pasara por la cabeza. Le parecía que las interrupciones de Iscle o de quien fueran rompían el hechizo, porque Arraona se recreaba en los cuentos y, a medida que la abuela hablaba, ella se lo iba imaginando todo. Iscle le estorbaba, porque le distraía.

—Para entonces ya conocíamos al abuelo Salvador, claro —había continuado la abuela de las Viñas—. No hacía demasiado, se había hecho cargo del hostal y nosotros, tal como habían hecho nuestros padres con los suyos, le llevábamos las verduras y los huevos, y alguna gallina de vez en cuando, para la cazuela con la que daba de comer a la parroquia. Salvador, Dios se apiade de su alma, siempre fue como lo conocisteis vosotros. Le gustaba la gente y estar de palique. Era un poco como tú, Arraona, que te gusta tanto que te cuenten historias, y la sala del hostal, donde entra gente de todas partes que trae noticias y chismes de otros lugares, era su reino. El trabajo, todo hay que decirlo, le gustaba menos, como le reprochaba a menudo tu madre, Felipa, desde que empezó a ser mayorcita y a encargarse de todo. Ya de joven Salvador era tal cual sería de viejo. Así que pronto se dio cuenta de que necesitaba una cocinera y, como teníamos tanto trato con él, le propusimos mandarle a Felipa, mi hermana de leche. Nos habíamos criado juntas, porque su madre murió de parto y mi madre la ahijó enseguida, por lo amigas que habían sido las dos toda la vida. De modo que le preguntamos a Salvador si quería que habláramos con Felipa y él dijo que vaya si quería, que cuanto antes mejor; y para allá que se fue ella, con un

hatillo pequeño. Nos hartamos de llorar por tenernos que separar. Éramos jóvenes y atolondradas, porque la verdad era que si queríamos podíamos vernos todos los días, que la villa no queda tan lejos. Bien que tu padre, que entonces ya había nacido, va y viene todos los días.

Iscle ya se había ido a perseguir lagartijas, porque pronto se perdía si las historias de la abuela de las Viñas se iban llenando de personajes, y Guillem se había quedado dormido, como cada vez que la abuela les contaba una historia junto al fuego, al ponerse el sol, antes de acostarse.

—No tardaron mucho en casarse, aquel par. Salvador no tenía queja de tu abuela Felipa y ella, que no decía nunca esta boca es mía y rehuía a la gente, aunque parezca mentira, se encontraba a gusto en el hostal. Estaba a sus anchas entre las ollas porque no tenía que servir mesas ni alternar con la parroquia, que de eso ya se ocupaba Salvador. Enseguida les nació tu tío, el almogávar, y un par de años después, o tres, los gemelos. Todavía tuvieron otro chiquillo, pero se les murió antes de que anduviera a gatas. Los gemelos debían de tener unos diez años cuando Felipa cayó enferma, un invierno muy malo. Yo iba todos los días sin falta y estaba con ella, que tenía unas calenturas que hasta decía cosas que no sabíamos ni de qué iban. Sudaba, pobrecita mía, y acababa chorreando; después temblaba como una hoja, y daba espanto ver cómo le castañeaban los dientes. Cuando se murió, pobrecilla, la peiné, le pasé un trapo por todo el cuerpo para quitarle aquel sudor de enferma y la amortajé con un paño. La velamos toda la noche, allí en el hostal. No te puedes figurar, Arraona, la de gente que pasó para lamentarse de su muerte, porque Felipa no era parlanchina, ni se relacionaba demasiado con la gente, pero era dulce y tan buena mujer que todo el mundo la quería. La enterramos en el cementerio pequeño que hay detrás de la iglesia de Sant Salvador, y aquel mismo día, cuando nos fuimos para casa, el abuelo Roc y yo nos llevamos a los críos, a tu madre y a tus tíos. Salvador bastante tendría con el hostal, y a ver, qué iba a saber él de cómo ocuparse de tres criaturas pequeñas. Un par de años bien buenos tuve conmigo a los hijos de Felipa, como si fueran míos, y eso me consoló de haberla perdido, pobre Felipa, con lo que nos queríamos. Y con el tiempo, al cabo de un buen puñado de años, el abuelo Roc y el abuelo Salvador dijeron que por qué no habrían de emparentar, con lo mucho que se apreciaban, y que si el negocio, que si esto, que si aquello... Total, que entre bromas y veras acabaron casando a vuestra madre con vuestro padre. Tu madre era jovencita, no sé si tenía siquiera dieciséis años. Y mí Nasi ya tenía ganas de vivir en la villa...

La abuela de las Viñas se había quedado un poco mustia, pero

entonces sacudió la cabeza y se echó a reír, al darse cuenta de que tenían toda la ropa por tender, que el sol se había movido un buen trozo por el arco del cielo y se les echaba el mediodía encima.

—¡Mira el sol, Arraona! ¡Ya podemos darnos prisa, que vendrán los hombres de la viña y nos van a pillar con la comida sin hacer!

Les pasaba a menudo, eso de distraerse, la una charlando y la otra escuchando, hasta que el tiempo las apremiaba. Entonces Arraona bajaba de las nubes y las dos corrían hacia la casa. La niña echaba una mano y ponía la mesa fuera, en el porche, mientras la abuela avivaba el fuego y removía la olla, rebanaba el pan y llenaba la jarra con el vino de la bota que tenían en la bodega. Cuando los hombres llegaban secándose el sudor de la frente con el brazo, con el faldón de la camisa o con la punta de la faja, lo encontraban todo listo, y, mientras ellos engullían hambrientos como si hiciera días que no comieran y alababan a la abuela porque todo estaba tan rico, Arraona y ella se miraban y se reían un poco, por lo bajo, porque habían conseguido apañárselas y no parecía que hubieran estado contando historias durante media mañana.

—Si eres lista, hija, como tu abuela —le decía luego, cuando los hombres se marchaban y ellas vaciaban los platos y recogían la mesa —, no hará falta que te deslomes a todas horas. Solo hay que organizarse bien las tareas para no tener que bregar de sol a sol y poder disfrutar también un poco de la vida. No te olvides de esto, Arraona, que la vida es para disfrutarla y el trabajo, para poder disfrutarla. —Y en voz baja, como si fuera un secreto, añadía—: No te creas nunca eso que dicen los monjes, que hemos venido a este mundo a sufrir, hija; que, si Nuestro Señor hizo el mundo tan bonito de la nada, seguro que quería que lo disfrutáramos. No los escuches nunca cuando quieran hacerte pasar por el aro metiéndote el miedo en el cuerpo con las penas del infierno. Tú solo finge que los escuchas. Y haz siempre lo que el corazón te diga, pero procura que no se den cuenta.

Donde se habla de la pavordía y de los celos del párroco

EN EL COMEDOR

La madre de Elisendis siempre había querido que su hijo segundo, Jofre, fuera canónigo o incluso obispo. Que llegara a ser el santo padre y obispo de Roma, no se había atrevido a planteárselo. Incluso a ella le habría parecido excesivo. Una ambición que lindaría con el pecado de soberbia, que era uno de los más gordos. ¿No era acaso de orgullo el pecado de aquel simplón y calzonazos de Adán, el de la Biblia, y de la alocada de su mujer? Ambos se habían perdido, y con ellos toda la humanidad, porque, según decían los hombres de Iglesia, aquel par habían querido ser iguales a Dios. ¡Eso sí que era tener pretensiones! Y a ver si no había sido porque el ángel más precioso del cielo también había tenido la perra de ser más que nadie por lo que ahora existía el infierno y las calderas que allí tenía el diablo, todo el santo día haciendo «chup, chup», para atormentar a todos los que se pasaban de la raya. No, no se atrevía a aspirar a tanto, la madre de Elisendis, y disfrazaba su ambición diciendo que ella solo quería lo mejor para sus hijos y que solo velaba por su futuro como una buena madre, que era lo que debía hacer.

Su hijo mayor, Arnau, no le preocupaba demasiado, por no decir nada. Si no se acababa el mundo, y no parecía que fuera a acabarse, heredaría de su padre el cargo oficial que ejercía en la villa, la casa y la fortuna. Era el futuro del segundo, de su Jofre, que, como todo el mundo sabía, era el ojito derecho de su madre, el que le quitaba el sueño.

Los segundones de las casas, de buena casa, se entiende —la gente de la mano mediana, y no digamos ya de la menor, no tenía esos quebraderos de cabeza; por ellos, cuantos más hijos mejor, para dar abasto a la faena—, preocupaban a las buenas madres como ella, aunque también las había que se desentendían de todo. Los segundos, como su Jofre, venían muy bien y eran muy bien recibidos para asegurar el título, la herencia o el apellido si el mayor, ¡Dios no lo

quisiera!, se moría. Pero si los dos alcanzaban la edad adulta, como era el caso, el segundo, o soldado o monje. O por siempre jamás a la sombra del hermano mayor o casado con alguna hija poco afortunada de alguna otra casa, a menudo no muy relevante, y, ¡hala!, a pasar la vida sin pena ni gloria. No era eso lo que ella quería para su chico, y se había emperrado en que tenía que ser canónigo o abad. Lo de ser obispo o lo de la tentación de soñarlo obispo de Roma no se lo comentaba a nadie, para que no la criticaran por darse demasiados humos, puesto que no era hija de ninguna de las familias de renombre, las más antiguas de la villa. Sí, su Jofre tenía que ser canónigo o abad, porque los monasterios gozaban de una bendición de tierras y posesiones. Más de lo que tenían muchos señores. Ya hacía tiempo que hablaba del tema, aunque ni su esposo, el almotazaf, ni su Jofre hacían el menor caso de lo que ella dijera sobre ese asunto, y si lo sacaba a relucir —de vez en cuando, que tampoco era cosa de hacerles aborrecer la idea a fuerza de insistir—, hacían como quien oye llover.

—Puesto que por nacimiento nos corresponde, nos conviene estar ligados tanto al poder terrenal de los señores, que de eso ya se ocupará Arnau, como al religioso de la Iglesia, y mantener buenas relaciones con unos y otros, de la misma manera que estamos hechos de cuerpo y alma, ¿me oyes, Jofre? —decía la madre de Elisendis mientras comían.

Su esposo, el almotazaf, se reía mientras meneaba la cabeza y se admiraba, con sorna, de cómo la madre de sus hijos se las componía para hacer cuadrar el catecismo con sus obsesiones. Pero la dejaba hacer, divertido, porque ella tenía razón, sin que fuera menester que lo disfrazara de tantas teologías. De ahí que todas las semanas tuvieran al pavorde comiendo en su casa. Y si no cada semana, que el hombre andaba muy solicitado, sí cada diez o quince días. Entonces la madre de Elisendis se deshacía en amabilidades y aquel día la niña sí podía comer con los mayores y sentarse a la mesa. Cuando era más pequeña, el ama solo la hacía entrar a saludar, hacer una reverencia y besarle la mano al pavorde. Tenía que esperar a recibir su bendición distraída y a que el hombre le diera unos cachetitos en la mejilla y dijera «¡Qué mona!» antes de que el ama se la llevara.

El párroco, que vivía instalado allá arriba, en lo alto de la sierra, donde se encontraba la iglesia de Sant Feliu, también iba a comer a veces —decía la madre de Elisendis que había que estar a buenas con todo el mundo—, pero ni mucho menos con tanta frecuencia. El señor párroco no era como el pavorde, que parecía un señor de buena casa, y andaba siempre lloriqueando. O eso decía la madre de Elisendis, poniendo los ojos en blanco y cara de estar harta de aquella comedia y de las lamentaciones del párroco, cuando se lo contaba al

almotazaf, si precisamente aquel día se le había acumulado el trabajo y no había podido ir a casa a comer.

Elisendis, cuando empezó a pensar por su cuenta, ató cabos. Sospechaba que su padre se las arreglaba para no tener que asistir a aquellas comidas aburridas, en las que el señor párroco, siempre quejoso, gimoteaba, desde el primer plato hasta los postres: que si la gente no subía a la parroquia más que para el papeleo cuando tenía que casarse o recibir algún otro sacramento, y que eso estaba feo; que si la iglesia de Sant Salvador, que pertenecía a la pavordía, claro que era un templo, pero no era la parroquia... Y era verdad que la gente no subía a la parroquia; en eso llevaba toda la razón. Elisendis no recordaba haber subido nunca. Quizás había estado allí alguna vez, de pequeña, pero si la habían llevado, ni se acordaba, porque, a misa, toda la villa iba a Sant Salvador.

—Pero señor párroco —lo pinchaba la madre de Elisendis, que prefería mil veces al pavorde, tan señor, con una cara de beata que no casaba con ella, pero que el párroco se tragaba, y un punto de malicia que el pobre hombre no pescaba—, ¿no se nos enseña siempre que Dios Nuestro Señor está en todas partes?

El párroco entonces parpadeaba, desconcertado o nervioso —Elisendis nunca llegó a averiguarlo—, sin saber a ciencia cierta si la señora de la casa hablaba desde una santa inocencia o se estaba pitorreando de él, así que prefería hacerse el sordo. Fue a raíz de estas cosas cuando Elisendis empezó a encontrarle la gracia a su madre, porque ella sí sabía con certeza que la señora de la casa, tan puesta, se estaba burlando del pobre señor párroco, que siempre echaba pestes del pavorde, mientras que el pavorde ignoraba por completo al párroco, como un buey del Mercadal que ni se percata cuando un tábano se le posa sobre los callos del yugo.

La disputa era tan antigua como la villa.

Hacía más de un siglo, cuando los señores de Arraona la vendieron a los señores de Monteada, también donaron el alodio de la pavordía al monasterio de l'Estany, un monasterio de monjes agustinos. Los señores no estaban nada contentos con la gestión de los canónigos de Barcelona, que era una de las condiciones con las que se la habían cedido. La pavordía, por mucho que la tuvieran los monjes y abarcara las tierras y los derechos ligados a la iglesia de Sant Salvador, no tenía nada que ver con cuestiones de orden espiritual. El pavorde administraba los bienes materiales, las casas y las ganancias, como el castellano de la casa de los Baiona hacía con los bienes y las tierras de los señores de Ódena, que fueron los señores del castillo de Arraona hasta que lo vendieron todo. De las almas cuidaba —o debería cuidar— el párroco. Por aquel entonces, en los primeros tiempos, tanto daba si la parroquia, tan antigua como

los primeros molinos harineros de la vera del río, estaba en lo alto de una cumbre o bajo tierra, porque las almas vivían desperdigadas por las campiñas. Pero desde que las casas y la gente se habían ido afincando alrededor del Mercadal y estando la iglesia de Sant Salvador tan cerca, a ver si la feligresía iba a subir a la sierra para ir a misa o para los oficios. Que no les fueran con historias de jurisdicciones y galimatías de derecho canónico. De ahí que el párroco y la rectoría se hubieran ido quedando solos, allá arriba, y más bien parecían una ermita con su ermitaño.

De todo esto se chismorreaba en la villa. Y mucho.

Hablaban los señores en sus salones, los comerciantes y los pelaires en el hostal, y las mujeres en los lavaderos del río, en la tahona o en las fuentes. De vez en cuando, a raíz de algún sermón encendido que hubiera lanzado el señor párroco aprovechando que la gente había ido a la parroquia el día del santo patrón o algún otro día señalado, la disputa resurgía e iba subiendo de tono. La villa ya se dividía entre los partidarios del párroco y los que defendían que la parroquia, dijeran lo que dijeran los papeles y los archivos, tenía que ser la iglesia de Sant Salvador, allí en el llano, que era donde vivía la gente. Alguna vez, incluso, los más exaltados habían llegado a las manos.

—¡Qué vergüenza! —exclamaba entonces la madre de Elisendis, con aquella actitud de mujer piadosa que adoptaba cuando se hablaba de asuntos de Iglesia—. ¿No te parece un escándalo, esposo, que un hombre de Dios tenga estos celos de otro y que los buenos cristianos se peleen como gente sin principios para decidir dónde deben rezar para que sus plegarias sean más legítimas y se levante acta oficial de sus ruegos en el cielo?

—Sabes muy bien que no es por eso por lo que andan a la greña, ni es tampoco lo que el párroco le discute al pavorde, por mucho que digan unos y otros, querida. No es más que una cuestión de poder. De quién manda más y, sobre todo, por encima de quién.

—Eres un descreído —replicaba la madre de Elisendis escandalizada—. Irás al infierno si dices semejantes disparates.

Entonces el padre de Elisendis se reía y meneaba la cabeza. Se reía, porque, aunque iba a misa y alguna vez había hablado de establecer algún beneficio en la iglesia de Sant Salvador, desde luego no lo hacía por Dios, sino para exhibirse, y no lo ocultaba. Tal como, a su vez, hacía la distinguida madre de sus hijos por su cuenta, invitando al pavorde a comer y también al párroco, por lo que pudiera llegar a suceder, que nunca se sabía. Sí que era necesario llevarse bien con todo el mundo, como bien decía su querida esposa. Convenía estar a buenas con el pavorde, que se ocupaba de las cosas de este mundo, aunque fueran propiedad de un monasterio de monjes

dedicados a la oración o a lo que fuera que hicieran los monjes. Por decirlo de un modo comprensible, el pavorde era como un señor alodial más, que si no disponía de un baile que lo representara en el consejo no era porque no le correspondiera, sino porque los pavordes nunca habían hecho uso de ese derecho. No como los señores.

—Y no me refiero a los caballeros ni a los prohombres de la villa, sino a los amos de verdad, a los que no se les ve el pelo, a los que ni siquiera están en la villa, ni en el castillo, ni nadie sabe qué cara tienen —se extendía el padre de Elisendis.

En cambio, el pavorde no perdía de vista los bienes que le correspondía administrar, y a ese sí que podían tenerlo, y de hecho lo tenían, sentado a aquella misma mesa cada dos por tres. Con él tenían que llevarse bien. En eso su mujer no se equivocaba. Con él y con los señores de las otras casas buenas y con sus señoras, a las que su mujer recibía los miércoles en el salón. Que a los amos, a los Monteada y a los de Ódena y ahora a los Foix, a los señores que empeñaban la villa o la vendían como si fuera una sortija o un brazalete, con la cantidad de propiedades y castillos y señoríos, todo aquello les importaba un rábano.

—¿Y el párroco? —preguntaba la madre de Elisendis, como si pidiera instrucciones.

—El párroco, querida, en todo esto no pinta nada. Déjate de comedias con los representantes de la Iglesia y no les atribuyas más devociones de las que tenemos todos. Buscan lo mismo que nosotros. El poder. Como las señoras que invitas a merendar y sus señores maridos. Todos participamos de este juego y lo sabemos. Y tú mejor que nadie, que da gozo mirarte, por cómo lo disfrutas. No es necesario que pretendas disfrazarlo de ninguna otra cosa.

Entonces ella defendía a los señores del alodio, de quien su esposo también renegaba. ¡Qué más hubiera querido la madre de Elisendis que poder recibir en su casa siquiera a uno solo de aquellos señores que su esposo mencionaba! Ella, que había puesto a la niña el nombre de la última señora del castillo, Elisendis de Arraona. ¿No se decía que los señores del castillo, los de Ódena, habían sentido predilección por la villa?

—Pero tampoco se instalaron aquí. Nombraron a un castellano que les administrara su parte del alodio, las tierras de cultivo de más allá del río, y acabaron vendiéndolo todo a la casa principal de los Monteada y a sus feudatarios de entonces, los Jorba y los Sentmenat —la aleccionaba el esposo—. No pierdas la cabeza ni el tiempo pensando en la nobleza a la que no conocerás nunca y que tanto te deslumbra. Nunca formaremos parte del alodio, ni nosotros ni nuestros hijos. Ni falta que hace. Que esta villa es más de los señores de la mano mayor que de los nobles, y a los señores de nuestra mano,

querida, sí que los tenemos a nuestro alcance; incluso puedes casar a tu hija con alguno, si te apetece. Pero, si crees que por haberle puesto el nombre de la última señora del castillo vas a casarla con algún señor alodial, con un baile o con un castellano que represente y administre sus bienes, más te vale bajar de las nubes y que te lo vayas quitando de la cabeza, que eso es solo el cuento de la lechera.

La madre de Elisendis se reía también, porque todo eso ya lo sabía, pero de cuando en cuando le gustaba soñar que casaría a su hija, no con un señor del alodio, sino con el mismísimo rey de Cataluña, que estaba viudo de nuevo.

A Elisendis todo aquello del poder y las influencias aún ni le iba ni le venía, pero le gustaba llevar el nombre de la última señora del castillo. Elisendis de Arraona. Y antes de dormirse, a veces, lo decía en voz alta. Y no era mentira, porque así se había llamado la villa, Arraona, durante mucho y mucho tiempo, que eso de llamarse Sabadell era algo bastante reciente y nadie sabía del todo de dónde había salido. ¿Acaso no había nacido allí? ¡Pues a ver si no podía llamarse, con todas las letras, Elisendis de Arraona!

Donde se habla de las novedades que corren por la viña

EN LOS LAVADEROS DEL RÍO

Era primavera en la villa y, de la misma manera que las golondrinas y otros pájaros regresaban de donde fuera que se escondieran durante los meses fríos, las mujeres volvían a los lavaderos del río, con los cestos llenos hasta arriba de ropa sucia. En invierno, si de verdad no era menester, iban poco y procuraban darse prisa. El agua helada no les hacía reírse como en verano, cuando sí que se entretenían en la orilla. Las manos les quedaban enrojecidas, los sabañones les dolían hasta decir basta y se les agrietaba la piel. Ya podían untarse con la manteca que preparaban de un año para otro. La fundían con flores de caléndula, cerca del fuego, vigilando que no llegara a hacerse líquida y menos aún que hirviera. Luego la dejaban enfriar y reposar en la despensa, cubierta con un trapo, durante unos cuantos meses. Pero ni con aquella pomada se les calmaba la comezón. En verano, en cambio, ir a lavar la ropa era casi una fiesta. Hasta se quitaban los vestidos y se salpicaban, y chillaban y se reían como niñas, aunque fueran mujeres mayores.

Aquel día todavía no hacía calor, pero tenían las mejillas encendidas y, mientras dejaban la colada en remojo y ablandaban la suciedad de la ropa sudada y manchada con las palas de madera, no daban abasto a comentar las novedades, que de pronto eran muchas y de peso. No se trataba de los chismes habituales de la villa. Ni tampoco de las noticias que llegaban durante las ferias, que también solían ser chismes, pero de otros lugares. Habladurías que contaban los que iban a mercadear y a baratar, gente de otras comarcas que entraba a chorros por los portales de la muralla, como si fuera un cántaro lleno de bocas, hasta llenar la plaza a rebosar. Gente que procedía de Granollers, de Caldes o de Manresa, de Sant Quirze o de Castellar, y hasta de Sant Cugat y de Barcelona, de Cerdanyola y a saber de dónde más. Los de Tarrasa, a pesar de estar a un tiro de piedra, no se atrevían. Habría sido mucho descaro dejarse ver por allí,

que se la tenían bien jurada con el embrollo del agua y los destrozos en los molinos.

—¿Sabe alguien de qué va todo este alboroto con el hereu Saltells?

—¿El hereu Saltells? ¿No estaba muerto?

—Por muerto lo dieron. Pero por lo visto está vivo y muy vivo.

—No vaya a ser algún sinvergüenza que quiera hacerse pasar por él.

—¡Qué simplona eres! ¿No ves que entre ellos se conocen? Dicen que es muy amigo del notario Rosseta.

—¿Los Saltells del molino?

—Si no era suyo, que solo lo tenían arrendado.

—¿Qué molino dices que tenían los Saltells? ¿No son señores de Cerdanyola?

—Sí que lo son, o lo eran, que ahora ya están todos muertos.

—¡Y uno resucitado!

—¡Qué boba eres!

—Pero ¿qué molino?

—Ay, qué pesada te pones con el molino.

—Mujer, como su hombre es tejedor...

—Uno de los molinos de la Horta Major, pegado al río, de los más antiguos, de los que construyeron los monjes.

—Ah, uno harinero.

—Harinero, sí, que en tiempos de los monjes esos, y de aquel Saltells del que hablamos, el que lo alquiló, me parece que lo llamaban Ramón, molinos de paños, no se sabe si había, que de eso hace más de cien años.

—¡Huy, cien años! ¡Y más!

—¿Y aún lo tienen?

—Ahora seguro que no, porque el Saltells padre hace tiempo que murió. Y el tatarabuelo lo subarrendó a uno de Barberà, calla, ¿cómo se llamaba?...

—Berenguer de no sé qué.

—Sí, señora, Berenguer de Riera.

—Y vosotras, ¿cómo lo sabéis, si decís que hace más de cien años de ese asunto?

—Mujer, porque la gente lo comenta, y de los molinos todo el mundo, menos algunas que siempre están en la luna, y no miro a nadie, conoce las historias, que las que no vamos a moler la harina una cosa u otra tenemos que ver con los paños.

—Quién más, quién menos, casi todas hilamos lana para un pelaire u otro, y los pelaires ya te digo que no saben hablar de nada más que de los molinos, de los paños, de los de Tarrasa y del agua, y vuelta a empezar con los molinos, el agua, los paños y los de Tarrasa.

De ahí no los sacas, no tienen más conversación, siempre están con la misma cantinela.

—¿Y qué? Digo que qué pasa con el chico Saltells, que estaba muerto y ahora está vivo.

—Mujer, chico, chico, no sé yo si lo será mucho, que ya tendrá sus años.

—Qué más da si es joven o viejo...

—De la edad del notario tiene que ser, que siempre se han llevado bien.

—Y ahora más, que, por lo visto, desde que ha vuelto a dar señales de vida, el hereu Saltells está que se sube por las paredes, porque el padre, al darlo por muerto, lo dejó todo al monasterio de Sant Cugat.

—¿Qué me dices? ¡Pues va listo!

—Eso, que, si su patrimonio lo tiene el monasterio, ya se puede ir despidiendo...

—¡Pobre chico!

—¿Pobre, dices? ¡Que no se hubiera marchado y se hubiera ocupado de lo que había de ser suyo! ¿Dónde andaba todos estos años? Para pobre, aquel payés de la quadra Togores.

—¡Ay, sí, pobre gente!

—Ya es mala suerte ir a nacer en el único rincón de por aquí donde los payeses aún sufren los malos usos, como si los tiempos no hubieran cambiado.

—Dicen que el mismísimo amo lo azotó delante de todo el mundo.

—Se dicen muchas cosas.

—Cuando el río suena...

—A ver si todo un señor se pondrá a azotar a nadie.

—¡Ay, chica, qué bien acostumbrada estás tú! Mi abuelo contaba...

—Si es que no debería haber huido de esa manera...

—¿Con qué me vienes tú ahora? ¿Te parece cristiano que un hombre tenga que comprar su libertad como si fuera un esclavo de los que se llevaban los sarracenos para pedir un rescate?

—Pues el baile bien que le dio la razón al señor.

—¡Mira esta con qué me sale! ¿Y a quién iba a darle la razón, el baile, eh, chica? ¿A un muerto de hambre o al señor que lo ha puesto en el cargo? No los han puesto para que nos defiendan a nosotros, los señores a los bailes, sino para que velen por sus intereses, que esto es así desde que los bailes son bailes y los reyes se sientan en tronos.

—¿Y qué me decís de eso de que el rey Pedro se haya vuelto a casar?

—Ya podrían habernos invitado, aunque solo fuera a tomar un trago.

—¡Sí, a ti!

—Muy bien que ha hecho, que de la pobre María de Navarra solo tenía niñas.

—Y la nueva, ¿dicen que es prima suya?

—Sí.

—Pues a ver si le dura, que la segunda, la portuguesa, se le murió enseguida.

—Pobrecilla, de la peste que llaman negra.

—¿Ves? En eso sí que tanto da que seas rey o un desgraciado de remensa.

—Ésta también se llama Leonor.

—Qué bonito es este nombre. Vas a ver la de niñas que nazcan este año que se llamarán así.

—¿Y esta de dónde es?, que los reyes siempre las van a buscar bien lejos...

—De Trinacria.

—¿Y eso dónde queda?

—Yo diría que es una isla, de allá de Mallorca.

—Me parece que hay quien la llama Sicilia...

—Qué manía con cambiar los nombres de los sitios.

—Como aquí, que antes esto era Arraona y ahora lo llamamos Sabadell, y a Egara, Tarrasa.

—¿No es donde hay todo ese follón que tiene el rey con los pendencieros de los de Anjou?

—¡Huy, pues sí que estás tú al corriente de los asuntos del rey! Será que viene a contártelo...

—Sí, cada noche.

—¡No seas desvergonzada!

Y las mujeres se reían y pasaban el rato, porque, al fin y al cabo, nada de todo lo que sucedía lejos de la villa, tan ajeno a su mundo, les quitaría el sueño, ni sacaría de apuros a aquellas que los tuvieran, ni les amargaría las alegrías; que los señores iban a lo suyo y ya podían pisar las mismas calles, unos y otros, que, lo dicho, era como si vivieran en otro mundo.

Donde se habla de la reaparición del hereu Saltells

EN EL SALÓN

La madre de Elisendis andaba desazonada. Le había costado mantenerse entretenida toda la mañana con sus ocupaciones habituales. Lo había intentado, sentada frente al bastidor, pero, a cada cuatro puntadas que daba al bordado, el hilo se le enroscaba, se le hacía cordoncillo y se le trababa. Había cogido a la aguja las puntas de encaje que estaba tejiendo, con las que se distraía desde que era bien pequeña. Le había enseñado su ama en las largas tardes en las que se aburría, aislada del mundo, en la casa solariega de la que era hija y donde nunca ocurría nada. Tejer siempre la relajaba, pero aquella mañana se había hecho un embrollo con los hilos, así que acabó desistiendo, hastiada, y volvió a retirarse a su habitación.

Era miércoles. Había dejado dicho que, sobre todo, se cerraran las cortinas del salón durante todo el día, a fin de que el calor y el sol de la plaza no recalentaran el aire, porque a pesar de estar ya a principios de septiembre, el sol todavía pegaba fuerte. ¡Lo despacio que llegaba a transcurrir el día! No veía el momento de que llegaran las señoras. Por un lado, las bodas del rey Pedro —su rey viudo— con la hija de otro Pedro, el rey de Trinacria, aquella isla que entre los papas, los de la casa de Anjou y los reyes de Aragón andaba de guerra en guerra. Por otro, estaba aquella noticia —más un rumor aún que otra cosa, y que les tocaba bastante más de cerca— de que había aparecido el hereu Saltells, así, de golpe y porrazo.

—¡Ya lo creo que es él! Mi hijo Bernat —decía la señora Rosseta— podría dar fe, sí fuera necesario.

—Claro, siendo el notario...

—¿Es que lo habéis visto?

—Berenguer de Saltells acudió a mi Bernat, para que lo asesorara —se le notaba en los ojos la fruición con la que hablaba, a la señora Rosseta—, en cuanto llegó a la casa solariega y se encontró con que su padre, el pobre, Dios lo haya perdonado, ya hacía lo suyo que

estaba muerto y enterrado, y que él se había quedado sin nada.

—Pero ¿dónde se había metido todo este tiempo?

—Eso sí que no os lo puedo contar, porque no sé nada de nada. Bernat no me ha comentado ni media palabra. Estoy segura de que él sí lo sabe, porque el hereu Saltells y mis hijos siempre han sido muy amigos. Como hermanos.

Las señoras se miraron y alguna puso cara de querer decir que ya sería menos, pero la señora Rosseta estaba eufórica.

—Mi Bernat le ha aconsejado que hable con el abad.

—¿Quién es ahora el abad del monasterio?

—Arnau Ramón de Biure.

—No querrá ni escucharlo, el abad.

—Habiendo un patrimonio de por medio..., difícil lo tendrá el hereu.

—No andáis nada desencaminada. Muy difícil.

—¡Buena la hizo, el señor de Cerdanyola!

—Pobre hombre, ¿qué queríais que hiciera? El chico, desaparecido. Tanto tiempo sin tener noticias suyas... Es natural que acabara dándolo por muerto.

—Y él que se iba haciendo viejo...

—Ya se sabe que, en la vejez, ¿quién es el valiente que no teme al infierno y se quiere asegurar un rinconcito en el cielo?

—Así es como hacen crecer el patrimonio, los monjes. Con lo que cuesta levantar una casa y conservar las tierras, para que después se lo queden todo estos hombres de Dios que representa que renuncian a las cosas del mundo...

—Sí, sí... ¡Al mundo y a la carne dicen que renuncian!

Las señoras se miraron fingiendo muecas escandalizadas ante el atrevimiento de la que se había permitido decir en voz alta lo que todas, unas más que otras, pensaban, y se santiguaron de cualquier manera.

—¿Todo lo dejó al monasterio de Sant Cugat, el viejo Saltells?

—Eso dicen.

—Si no todo, una gran parte de los bienes.

—¡Qué pérdida!

—¡Tiene que estar muy molesto, el hereu!

—Al parecer, está que se sube por las paredes. No sé si habrá cambiado mucho en todos estos años en los que no se le ha vuelto a ver el pelo, pero de jovencito ya era de los que se encienden con facilidad.

—Huy, eso con los años no mejora; más bien va a más.

—Pues ya os podéis figurar lo mucho que debe de andar maldiciendo...

—¡Menudo genio tenía! Es de esos hombres a los que ciega la ira y pierden el mundo de vista. Cuando venía por casa...

—Entra, hijo —dijo entonces la madre de Elisendis, interrumpiendo a la señora que hablaba, al ver a su Arnau en la puerta del salón—. Ahora hablábamos del caso del hereu Saltells.

—Esto traerá cola —suspiró el joven después de haber saludado a las señoras y de hacer cumplidos a cada una, como cabía esperar de un hijo de buena casa, que tenía que calcular que alguna de ellas habría de ser su suegra—. Berenguer y vuestro hijo Bernat, señora Rosseta, fueron el otro día a consultar a un jurista de Barcelona para estudiar la mejor manera de iniciar un proceso contra el monasterio.

—¡Hasta qué extremos hemos llegado!

—¿Creéis que lo conseguirá?

—No se puede decir.

Y como no había más datos que los que tenían, la conversación decayó.

—¿Qué opináis, Arnau, de las bodas del rey con su prima?

Arnau tomó asiento, reclinándose en el respaldo de la butaca, con un gesto estudiado, aparentemente natural, a caballo entre la formalidad exigida y un punto de familiaridad, sin rozar ni de lejos la falta de modales, que a todas las señoras que tenían hijas en edad de ser las posibles candidatas a casarse con el joven que heredaría de su padre el cargo de almotazaf les pareció encantador. El joven lo sabía. Sabía que las señoras lo estudiaban, como sabía que, habiendo un hombre en el salón, aunque fuera joven, su opinión valía más que ninguna otra y que la de todas ellas juntas.

—Pobre de mí, señoras, que en cuestiones de estado no soy un experto, dada mi juventud.

—Qué juicioso es vuestro hijo —felicitaron las señoras a la madre de Elisendis.

—Y qué prudente, ¡con lo joven que es!

—Yo, si he de hablaros con franqueza, creo que casándose con una Anjou... —inició Arnau, porque tampoco se trataba de que las señoras lo tomaran por un bobalicón. No pudo terminar porque ellas se apresuraron a quitarle la palabra de la boca.

—La abuela era una Anjou —le puntualizó una de las señoras.

—Tanto da, la cuestión es que los derechos de la corona de Trinacria debían volver a los de Anjou.

—Eso fue hace mucho, cuando se firmó aquel tratado que después el propio rey Federico rompió y convirtió en agua de borrajas al dejar la corona a su hijo, el padre de Leonor de Sicilia.

—Nuestra reina.

—Tenéis razón, ahora es la reina.

—Me da miedo que entre el embrollo que tienen allí, con aquel rey-niño... ¿Cuántos años tiene ahora, esa criatura?

—Pues si tenía cinco cuando lo hicieron rey..., once o doce debe

de tener.

—¡Imaginaos!

—Oh, el rey Jaime, el conquistador de todas las tierras, ¡tenía seis!

—Sí, ¡pero al rey Jaime el santo padre no lo excomulgó como a este inocente!

—Es que los papas, con este asunto de Trinacria, parece que hayan perdido los rezos. ¡Todos! Que ya hace tiempo que esto...

—¡Porque quieren quedársela ellos! ¿No hablábamos hace un rato de abades y monasterios, y de su afán por acumular bienes materiales? Pues los papas igual, pero al por mayor. Los papas están a favor de los de Anjou.

—¡Los papas! ¿Qué papas? Si ya hace no sé cuánto que tenemos un papa en Roma y un papa en Aviñón. ¡Es un escándalo!

—¡Solo faltaría que nuestro rey tuviera que enredarse en sus guerras!

— El rey no se meterá en líos de papas. No está para monsergas.

—Dicen que Leonor le hizo renunciar, antes de casarse, a cualquier aspiración al trono de Trinacria.

—Sí, pero no hace ni cien años que el rey Jaime, el segundo, el abuelo del rey Pedro, ya anduvo bien liado con eso, que el papa de entonces le dio Cerdeña y Córcega para que se olvidara de Trinacria precisamente, y así poder coronar rey de la isla a Carlos de Anjou.

—El mismísimo papa le entregó la corona, en Roma.

—Pero los de allí, por mucho que diga el papa, no quieren a los franceses en la isla; menuda escabechina hicieron de la guarnición angevina de Palermo, y entonces todo eran prisas.

—A mi entender, estas nupcias también traerán cola.

—Ay, hija, no tiene por qué.

—Oh, ya se sabe que con la familia...

—Tenéis razón. Mirad qué descalabro con Mallorca, hace unos años, y eso que el rey Pedro, según cómo se mire, era a la vez cuñado y tío del rey de la isla.

—Ay, las islas...

—Y lo que no son las islas, que también, poco después...

—Un año.

—Sí, un año después se fue a conquistar el Rosellón.

—¡Y esperaos!

—Mujer, no llaméis al mal tiempo.

—Tiempo al tiempo, os lo digo yo, que los poderosos, cuanto más tienen, más quieren; no como nosotros, que somos gente corriente.

Y se observaban y no parecía que ninguna creyera en absoluto que fueran gente corriente, que, según se mirara, se tenían incluso en más que a los reyes y las reinas.

—Si se hubieran casado en Barcelona, podríamos habernos

acercado.

—Ya lo creo.

—Lástima.

—Sí, Valencia queda demasiado apartado.

—Ay, quiera Dios que la reina Leonor nos dé pronto un heredero para la corona, que infantas ya tiene bastantes nuestro rey.

hablaban del rey como si fuera hijo suyo, las señoras, en el salón de la madre de Elisendis, mientras Elisendis escuchaba y callaba, porque su madre ya le permitía asistir —de hecho, la obligaba— a aquellas reuniones de los miércoles, con el objetivo de que la niña empezara a acostumbrarse a comportarse como correspondía a una hija de buena casa.

Donde se habla de Bernat Pastor

EN EL MATADERO

Pep, el carnicero, proveía las cocinas de algunos de los señores que tenían casa en la plaza o en las calles más antiguas, cerca de la iglesia de Sant Salvador, a las que había quien seguía llamando las casas del pavorde, por años que hiciera que la pavordía las había vendido. Allí vivían señores como los Rossa, entre el Portal del Camí Sant Cugat y el Portal del Mas Mateu, los Deganet, los Tries o los Sa Muntada, que eran gente muy respetada en la villa, porque el abuelo Sa Muntada había donado una casa para el hospital. Pero además, los sábados, cuando había mercado, Pep ponía puesto en el Mercadal, que para eso pagaba a la pavordía el derecho de lezna sobre la carne.

Tenía el matadero en el patio que daba al callejón de atrás, en el lado opuesto a la fachada principal de su casa. Felipa, la del hostal, solía ir siempre que le era menester un hueso para el caldo o una pieza de carne para la escudella, y Pep le arreglaba el precio, porque en el hostal —sobre todo los días de mercado, y no digamos ya durante las ferias— guisaban para mucha gente. Eran buenos clientes, los del hostal, pero, aparte de eso, la niña de Felipa, Arraona, era amiga de su hija, de su Petronela, y con eso ya estaba todo dicho, porque el carnicero tenía delirio con su hija.

Pep era un hombre grueso, robusto como un ogro, con unos brazos como troncos de encina y unas manos que a Arraona le daban miedo cuando pensaba que, si le cogiera la cabeza, se la podría aplastar como a una nuez. Pero el carnicero era un hombre afable, muy de la broma. Conocía a todo el mundo y llamaba mestressa a todas las mujeres. Tanto si lo eran como si no. Y ellas, tan huecas.

En cambio, su mujer, la madre de Petronela, siempre andaba con cara de perro y maldita la gracia que le hacía que su hombre se pasara la vida haciendo cumplidos a las mujeres. Así que, en cuanto oía llegar a alguien desde el interior de la casa —que ella al matadero no bajaba a no ser que hubiera mucha faena—, asomaba la nariz y la fruncía tan pronto como su hombre empezaba con los piropos, que era

enseguida. ¡Menudo vocinglero! Y no paraba. Si es que parecía que no pudiera contenerse y se diría que el demonio le llenaba la boca de palabras: que si «reina» aquí, que si «bonita» allí, que si «mestressa», que si «¿qué va a ser?» y que si «tengo un redondo tierno como la mantequilla», «una sangre que no puede ser más fresca» o «unas patas de cordero, que ya vendrás a decírmelo, que tu hombre se chupará los dedos si se las pones con una buena chanfaina, y dará las gracias al cielo por haberse casado contigo». A la mujer del carnicero se le revolvían las entrañas, porque no lo soportaba. Se quedaba detrás de los postigos escuchando la cháchara de su hombre y cómo se reían ellas, las mujeres, que le seguían la corriente, todas un hatajo de descaradas.

—¿Cómo está la niña, Pep? —le preguntaban todas.

La niña, la niña... Su hombre solo sabía hablar de la niña y ni se daba cuenta de que las mujeres le tiraban de la lengua para que dijera bobadas de su Petronela. Seguro que solo lo hacían para poder reírse después, en la fuente o en los lavaderos del río o en la tahona. ¡Pandilla de brujas! Pep siempre andaba diciendo que la niña sería todo un partidazo, porque su pubilleta heredaría todos los sueldos que él ganaba, y que sería tan rica que los hijos de las casas buenas se la disputarían para casarse con ella y sería una señora, como la niña de los Rosseta o cualquiera de las hijas de la casa de los Mirot o de los Botet o de los Llonch. Petronela, de tanto oírselo decir, se daba ciertos aires de señorita, porque su padre le llenaba la cabeza con aquellas historias. Aquellos delirios de su hombre les acabarían costando un disgusto; ya se lo veía venir, la carnicera. Y tanto palique y tanto hablar de sueldos no les traería más que envidias. Pero él, ¡dale que te pego! Bien que se lo decía ella...

—¿Qué me cuentas, Felipa, la hostelera más bonita de la villa? Te he apartado unas mollejas y unas criadillas, que vendrán de Manresa y de Granollers, solo para comer en tu casa.

—Ay, no sé, Pep, yo venía más con la idea de...

—Créeme, Felipa, que son de primera calidad; si no, no te lo diría.

—¡Qué me vas a decir tú, Pep! —se reía Felipa.

—Porque puedo, mujer. Que de cordero y de cabrito no tengo nada que no me traiga Bernat Pastor, ya sabes quién digo.

—Ya lo creo.

—Mira si estoy seguro del ganado de Bernat que ya no compro la carne a nadie más.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes. Con lo que me trae Bernat puedo estar seguro de que todo el mundo quedará contento. Miro tanto por vosotras como por mí, que yo tampoco puedo permitirme que me venga nadie a quejarse o que dejéis de comprarme porque la carne apeste a animal

viejo, tenga la grasa rancia o salga correosa como una bota. Y eso que a mí es difícil engañarme, que ya soy gato viejo. Aunque siempre puedes encontrarte con alguno que sepa latines. Y yo, Felipa, desde que Bernat empezó a tener ganado suyo y a hacer crecer el rebaño, cada vez me he ido fiando más y más de él, y ahora sí que ya no voy a volver a comprar ni un lechal a nadie más.

—Así pues, ¿lo ha conseguido? —le preguntó una mujer que debía de estar enterada con más detalle de la historia de Bernat Pastor.

—¡Vaya si lo ha conseguido! Desde que se rescató, a él y a los críos, y pudo ir a donde quisiera, solicitó pagar el derecho de menado en las tierras del castillo, de allá del agua, para llevar a pastar el rebaño y se construyó allí mismo una barraca.

—¿Qué tiene, dos criaturas?

—Sí, un chico y una niña. Los dos algo mayores que mi Petronela.

—¿Y los ha criado él solo? Ya hace años que se le murió la mujer. ¿Por qué no volvió a casarse?

—Cómo quieres que volviera a casarse, el desgraciado, si entonces aún no estaba manumitido de nada y habría tenido que volver a pagar el uso de esponsales.

—¿Y eso qué es? —preguntó una moza.

—¡Ay, zagala, cómo se nota que eres joven cita y que ya has nacido en otra época! Tiempo atrás...

—No hace tanto, Pep, no hace tanto... —intervino una vieja que había pedido la vez y esperaba a que el carnicero la despachara.

—Pues digamos entonces que no hace mucho, abuela —rectificó el carnicero, y acabó de explicarle a la moza aquel uso—. Los señores, además de todos los tributos y los trabajos que obtenían de sus payeses y sus vasallos, cobraban por cualquier cosa. Cuidado con que un payés muriera sin testar, que el amo se lo quedaba todo. O si moría sin hijos o hasta si la mujer se la pegaba con otro, el señor cobraba. Y si querías casarte, pues también.

—¡Válgame Dios!

—Dios ahí no tenía nada que hacer, que Dios está en el cielo y los señores, aunque no se les vea, están en todas partes —se rió el carnicero—. ¡Pero vete a saber si, ahora que hará dinero, Bernat se buscará una buena moza como tú para que le caliente el jergón!

Felipa se llevó las mollejas. No era un día de excesivo trabajo y podría entretenerse rebozándolas y friéndolas con manteca de cerdo; si hubiera sido un día de mercado, ni se le habría ocurrido, que esos días todo iba a la olla y a correr.

—¿Quieres que me lleve a Petronela, Pep? Que se quede a comer con nosotros. Hoy no hace falta que Arraona haga gran cosa en el hostal —le dijo al carnicero mientras metía la carne en el cesto. Y añadió aún con un suspiro—: ¡Ya se les va acabando el tiempo de

poder jugar! Se nos están haciendo mayores, las niñas.

—¡En eso llevas toda la razón! Luego, cuando venga del horno, la mandaré para allá.

—Ah, bueno, si está en la tahona, seguro que ya se habrá encontrado con Arraona. Si mi hija pasa por aquí antes de volver al hostal, díselo tú a las dos, ¿quieres?

Hacía ya más de dos años que las niñas se conocían y se llevaban bien. A veces Arraona perdía la paciencia, porque Petronela se tenía muy creído eso de que de mayor sería una señorita de buena casa, de tanto como se lo oía decir a su padre. Pero, a pesar de sus aires de niña rica y de los vestiditos bonitos que su madre le cosía, era una buena amiga y a menudo no le importaba echar una mano a Arraona si esta andaba atareada en el hostal, con su hermano pequeño, Guillem, del que tenía que cuidar, pegado a los talones. A Petronela, que no tenía ni hermanos ni hermanas, le gustaba ir al hostal y jugar a hacer de madrecita de Guillem. Y tan señoritinga que parecía cuando jugaban en la plaza a pillar, no era nada pavisosa y se enfadaba mucho si perdía.

—Cuando seamos mayores y tú seas la hostelera, Arraona, y yo una señora, te prometo que vendré al hostal. Llegaré en un carruaje y me alojaré aquí unos cuantos días, en una habitación para mí sola, mientras mi marido hace negocios en el Mercadal.

—¿De dónde vendrás, Petronela? ¿De la plaza hasta aquí, con tu carruaje, o del matadero? ¿Dónde lo guardarás, tu carruaje, mientras? ¿Allí donde tu padre cuelga la carne de un gancho? —se burlaba Arraona.

Y Felipa, si las oía, sonreía un poco, pero con los ojos tristes, porque las niñas crecían y Arraona no podría ser hostelera y Petronela, pobrecilla, con aquellos delirios alocados que Pep le metía en la cabeza, a ver cómo acabaría. Sí, las niñas crecían y pronto se les terminarían todas aquellas fantasías de rondallas y cuentos, donde hasta la más harapienta encontraba a un príncipe y acababa siendo reina.

LAS MANOS

Donde empieza lo que podría acabar siendo una rondalla

-¿Q
ué ha sido de las rondallas?

—¿Las rondallas?

—Los cuentos maravillosos que las mujeres contáis mientras hiláis juntas. Las historias mágicas que desovillan las abuelas cerca del fuego las noches de invierno, en la penumbra.

—Ya no somos criaturas que se deslumbran con cualquier fantasía.

—Solo los más osados triunfan, en las rondallas.

—La vida no es una rondalla.

—¡La vida es aquello que nosotros hagamos de ella!

—Eres un soñador. Habríamos sido desgraciados si hubiéramos ido en contra de la voluntad de nuestras familias.

—¿Debemos sacrificar la vida a la familia?

—Y lo que haga falta para preservar su buen nombre.

—¿Sigues tan convencida como entonces?

—Tanto o más. Por mucho que me duela.

—¿Te duele?

—¡No sabes cuánto!

—¿No quieres ser mi princesa de cuento de hadas y que podamos comer perdices?

—No digas bobadas... Siempre te han gustado los romances y lo que cantan en las plazas.

—Pero he conseguido que te rías. Dime, ¿qué haré con mi vida, si no la puedo compartir contigo?

—Ya me lo dijiste entonces.

—Y volvería a decírtelo cada día.

—Tú aún, que eres un hombre con coraje. Yo solo soy una mujer.

—Si no puedo dedicar mi vida a estar pendiente de ti...

—No. No puedes.

—Me da igual. Te querré más allá de la muerte.

—No me digas estas cosas.

—Quiero decírtelas hoy como te las dije mil veces aquellos días.

—No lo hagas. Seamos buenos amigos.

—No puedo. Por mucho que me haya empeñado. No puedo.

—¿Y qué harás?

—Me dedicaré a hacer dinero. Me haré un nombre.

—Otra rondalla...

—Es una lástima que no creas en ellas...

—¡Cómo voy a creer! Si lo hiciera, el desencanto sería aún mayor.

—Puede que sí, puede que no... Qué te parece: «Érase una vez un pelaire que un buen día, triste y desencantado porque no podía conseguir a la princesa de sus sueños, decidió enriquecerse con aquello que mejor sabía hacer...».

Donde se habla del inicio de la venta de grano

EN EL HOSTAL

Ya hacía tiempo que a Felipa le rondaba por la cabeza un negocio. ¡Si pudiera tener algo que fuera suyo! No depender de Genís para ganarse la vida. Poder decidir. ¡No como la Coja! Ella y su hermano Ramón, que nunca había sido muy despierto, recogidos en el molino de Rafel, porque ni el uno ni el otro podían valerse del todo. Porque Rafel era una buena persona, que obligación, obligación..., la de un buen cristiano. Sí que la Coja le había echado siempre una mano con el niño, que para eso era sobrino suyo, pero de ahí a que los tuviera en casa como cuando vivía su mujer... Claro que ni la Coja ni el bendito de Ramón tenían a dónde ir.

¿Y adonde podía ir ella? En el hostal podía dar su parecer y era ella quien mandaba, pero el amo era su hermano. De sobra sabía que Genís era un pedazo de pan. Pero también podía dejar de serlo. O decidir casarse y tener una familia. Una que fuera suya. ¿Qué sería entonces de ellos? Su padre había dejado dicho que ella y los suyos podrían quedarse allí, en el hostal, mientras vivieran, pero, al fin y al cabo, todo dependía de la buena voluntad de Genís. Nasi tampoco tendría nunca nada. Las viñas no serían nunca suyas. De ahí que ya de muy jovencito hiciera lo que fuera para vivir en la villa. Pero a pesar de vivir allí, en el hostal y en la villa, seguía de jornalero en la viña. No tenía otro oficio. Poner un negocio le gustaría a ella. Ser ella quien firmara con un garabato los papeles que le leyera el notario Rosseta. Claro que tendría que firmar su marido. O Genís. Que a ella, siendo mujer..., seguro que no se los dejarían firmar.

De hecho, hacía años que le daba vueltas. Desde que el pelaire había pedido aquel crédito para poder pagar a más tejedores que trabajaran para él. Le había salido redondo. A estas alturas ya había acabado de saldar la deuda —lo habían celebrado no hacía mucho en el hostal—, y todo lo que ganara sería, como quien dice, limpio. Tampoco podía decirse, sin exagerar, que se hubiera hecho rico, que

tampoco era lo que él había pretendido, o no del todo, pero tenía sueldos y había hecho crecer el negocio, que era lo que de verdad quería. Hacerse un nombre. Había empezado a hacérselo. Con todo y con eso, no había cambiado de vida ni un tanto así. Seguía en el molino, con la Coja y Ramón de los Papeles. Felipa no le había visto hacer ningún gasto, quitando una camisa nueva, y todo el mundo sabía que obligaba a su hijo a trabajar, casi como si lo tuviera a remensa.

Le venía a la mente la Coja. Arraona le tenía miedo. La veía de vez en cuando, por la villa o en el hostal, con un saco al hombro, porque se dedicaba a recoger trapos viejos por las casas, tan gastados y deshilachados que ya no valían para nada. Ni siquiera podían zurcirse, de tan finos como se habían quedado los hilos del tejido; si se les pasaba una aguja se hacía un agujero o se desgarraban solos, como si estuvieran hechos de telarañas, sin tener que tirar siquiera de ellos. A Arraona le daba miedo, como si viera pasar al hombre del saco que se llevaba a las criaturas. No, Felipa no quería acabar como la Coja, viviendo de la caridad de los parientes.

—¿Qué hace, mamá, la Coja con todos los trapos viejos que recoge? —había preguntado un día la niña, mientras cenaban.

—¿Qué va hacer, Arraona? Se los lleva a su hermano.

—¿Para hacer hechizos? —preguntó entonces Guillem, con la boca llena.

—Pero ¿qué dices, criatura? —se alteró Felipa, soltando la cuchara y limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Dice Arraona que la Coja es una bruja —replicó Guillem, que aún no había alcanzado la edad de la malicia.

Arraona se avergonzó cuando vio la cara que ponía su madre, entre alarmada y decepcionada.

—Arraona, hija, ¿de dónde has sacado ese disparate?

—Lo dijo una mujer en la tahona —dijo Arraona con un hilo de voz, sin poder distinguir por el tono si su madre estaba triste o enfadada o las dos cosas a la vez.

Arraona ya tenía suficiente edad para ir sola por la villa y si su madre no la mandaba a la fuente era porque el cántaro lleno todavía le habría resultado demasiado pesado —quizás se le habría caído y entonces habrían salido perdiendo—. Pero al horno sí que podía ir, a llevar la harina amasada dentro de un cacharro de barro cocido tapado con un trapo. En la tahona, con el calor de la leña que ardía y ardía, las mujeres dejaban subir la masa. Después, transcurridas unas horas, cuando había aumentado hasta alcanzar al menos el doble de su tamaño, los panaderos, con las palas largas de madera, ponían a cocer las hogazas, porque nadie en la villa podía cocer pan en casa.

—De lo que digan las mujeres, tú ni caso. Como de lo que dicen

los hombres en el hostal. Pobre mujer, la Coja. ¡Bruja! Que no te vuelva a oír decir eso. No quiero que hables mal de nadie. ¡Qué poco discernimiento, hija! ¿Es que no te das cuenta de que es muy gordo decir de una mujer que es bruja? Entérate de que hay sitios donde persiguen y matan a las mujeres que los ignorantes tildan de brujas. Las brujas no existen, quitando a las que salen en los cuentos y en las rondallas que os cuenta la abuela de las Viñas, y me parece, Arraona, que ya eres mayorcita para creerte todas esas bobadas de duendes y hadas y ninfas. ¡Parece mentira! ¡Si se entera tu padre! ¡Tan juiciosa que dice siempre que eres! La Coja es una buena mujer, es partera y te ayudó a nacer, porque entiende de partos y de cosas de mujeres. Cuando seas mayor y vayas a tener un bebé, ya me gustará ver cómo corres a llamarla, y llorarás de vergüenza por haber dicho estos disparates. ¡Si ella lo supiera! El disgusto que tendría, la pobrecilla, que bastante pena tiene con ser coja.

—Y fea —dijo Guillem, que no entendía que su madre armara tanto alboroto.

—¡Tú sí que eres feo! —replicó Felipa, y se le escapó un poco la risa—. Y si tanto quieres saber qué hace la Coja con los trapos que recoge, entérate, pedazo de tarugo, de que su hermano trabaja para el pavorde y le hace papeles con los trapos.

—¿Papeles? —se maravilló el niño.

—Papeles. ¿Por qué crees que lo llaman Ramón de los Papeles? ¿Sabes qué haremos? Le diremos a papá que un día os lleve al molino y que Ramón os lo enseñe. Pena me da ver lo ignorantes y cortos de luces que son mis hijos, ¡Vir-gen San-ti-si-ma! Hala, comed, que esto se enfría y luego os dolerá la barriga. —Y aún añadió, mientras meneaba la cabeza como si no saliera de su asombro—: Ay, Arraona, Arraona.

—Déjala, Felipa —intervino al final el tío Genís, viendo que la muchachita se mordía el labio para no romper a llorar—. Ya está. Ya lo ha entendido y se acordará para siempre, ¿verdad, nena?

Arraona asintió, compungida, y Felipa no insistió. Otras cosas tenía en la cabeza. Quería hablar de una vez por todas con Genís de lo que estaba ansiosa de llevar a cabo. Pronto empezaría a llegar gente que querría cenar, su hombre y el chico regresarían de la viña —Iscle ya hacía tiempo que había empezado a trabajar con su padre— y entonces ya no tendrían ni un solo rato de tranquilidad.

—Venga, acabaos la sopa. Tú, Arraona, acuéstame a este, que se le cierran los ojos, y luego vienes y recoges todo esto antes de que llegue tu padre, que yo tengo que hablar con tu tío de una cosa. Y tú no te vayas —dijo agarrando de la manga a Genís, que ya estaba de pie—, que tenemos que hablar.

Felipa quería vender grano. Estaba decidida. Si la venta de cebada

a los arrieros iba bien y la cebada se había vendido desde siempre en los hostales, ¿por qué no podían vender también otros granos o, mejor, legumbres?

—No me mires como si estuviera perturbada, Genís. A ti tanto te da pesar cebada que garbanzos. Solo tendríamos que hacer sitio en el almacén, meter un par de sacos más y listos. Mira, Genís, desde que el vizconde se preocupa por la villa y le da privilegios y los renueva y la hace prosperar, todo el mundo se lía la manta a la cabeza. ¿Qué me dices de Rafel, el pelaire? ¿Y de Bernat?

—¿Bernat Pastor?

—¡Bernat Pastor estaba a remensa!

—Ya lo sé, Felipa, que yo también vivo aquí —replicó Genís con cierto desasosiego. Una cosa era que no fuera demasiado parlanchín y otra, que Felipa, a veces, lo tratara como si fuera un papanatas.

Bernat, a quien llamaban Bernat Pastor por el oficio que tenía, había estado sometido a los malos usos que todavía estaban vigentes en la quadra Togores, los nuevos feudatarios del señor principal, desde que el abuelo, Francesc, había ocupado el lugar de Garxi de Pera en el alodio de los Tres Señores.

—No me preguntes cómo, pero consiguió redimirse. Y en el Mercadal, en la primera feria que pudo, ya empezó a hablar con unos y otros, hasta que encontró a un ganadero con quien se entendió y acordaron aquello... ¿Cómo se llama? Cuando el ganadero te deja los animales para que los atiendas y tú te repartes con el amo las crías y todo lo que saques, ya sean quesos, pieles o carne. Y al cabo del tiempo, solo tienes que devolverle al amo tantas cabezas de ganado como dejó a tu cargo, y tú ya te has hecho con un rebaño.

—Un contrato de socada.

—Sí, eso mismo —respondió Felipa—. Bernat lo ha conseguido. ¿Sabes el carnicero?

—¿Pep?

—Sí, Pep. ¿Sabes qué me ha dicho hoy, cuando me he acercado a por un hueso para el caldo y la carne para la pilota?

—Que su Petronela será marquesa —bromeó Genís.

Felipa se rió. Todos en la villa conocían el delirio del carnicero por su niña, que tenía la misma cara redonda que la madre, aquella mujer que siempre andaba con cara de malas pulgas, y las manos grandes y rojas, y los dedos como butifarras, nada propias de una marquesa.

—Aparte de eso, y no me distraigas, que esto pronto estará lleno de gente pidiendo una jarra de vino.

—¿Qué?

—Pues me ha vuelto a poner al pastor por las nubes. Dice que le tiene mucho aprecio a Bernat y que fue una buena decisión hacer tratos con él. Que Bernat Pastor es un hombre ambicioso, nada

resignado, que es del parecer que la suerte no existe, que la suerte debe hacérsela uno mismo, y que por eso se ha dedicado en cuerpo y alma, durante los últimos años, a aumentar el rebaño. Y como es un buen pastor y le echa ganas, a pesar de tener que pagar el derecho de menado al castillo, ha llegado a hacerse con un montón de cabezas de ganado. Pep me hablaba de esto con tanto entusiasmo, ya sabes cómo es Pep, como si lo hubiera hecho él mismo. Hay que ver lo trabajador que es él también. ¡Y no salía de ahí! Que Bernat es un hombre como es debido, que se fía de él, porque nunca le ha llevado ningún animal enfermo o demasiado flaco, ni ha tratado de engañarlo. Que con otros pastores no las tenía todas, que había más de uno que no era agua clara, o que maltrataba al ganado, y entonces la carne no era buena. Y que Bernat ha nacido de pie, que le gusta la gente con proyectos y ambiciones, que se esmera y disfruta de su oficio.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto, Felipa? ¿Qué tiene que ver toda esta historia con el grano y las legumbres?

—Pues todo y nada, Genís. Todo y nada —respondió Felipa, y cayó en la cuenta de que tenía que concretar—. Lo que te vengo a decir es que la gente que se lanza sale adelante y prospera, que hay que aprovechar que el vizconde está de buenas y lo ve con buenos ojos.

—Si a nosotros ya nos va bien. El hostal siempre ha sido un buen negocio.

—Si no te digo que no, hombre, pero atiende, yo tengo tres hijos. Iscle trabaja con su padre, pero las viñas no serán nunca suyas y no quiero que sea un jornalero toda la vida, que entonces mi chico pasaría a ser de la mano menor. A la niña tendré que casarla y quiero casarla bien. Y el pequeño... A ver qué podemos darle al pequeño su padre y yo, que no tenemos nada.

—Felipa, ya sabes que ni a ti ni a los tuyos ha de faltaros nunca nada mientras el hostal exista.

—Si no es eso, Genís. Si eso ya lo sé...

No se sabía explicar.

—Si ya te entiendo, Felipa. Si ya te entiendo —dijo Genís mientras se levantaba para atender a un arriero—. Ya hablaremos de todo esto, Felipa. No te preocupes, que ya lo hablaremos.

Donde se habla de las manos y Elisendis conoce a Arraona

EN EL HOSTAL

-Mamá, ¿cuándo pasará el hombre que compra los meados para desengrasar la lana?

—Ay, yo qué sé, Arraona, un día de estos. ¿Y qué quieres tú del hombre de los orines?

—Yo nada, pero la tina ya está casi llena y ya me dirás dónde voy a vaciar los orinales.

—¡Pues en la calle, hija, en la calle, que pareces lela!

Al regresar del cobertizo donde tenían la tina que el hombre al que llamaban de los orines pasaba a recoger de vez en cuando, con un carro descubierto, Arraona se quedó boquiabierta, con los orinales vacíos en la mano, al encontrarse en la puerta del hostal un carruaje tal cual decía Petronela que tendría cuando fuera una señora y pasara unos días allí mientras su marido rico compraba y vendía dineros en el Mercadal como si fueran alpargatas, porque en el Mercadal, aparte de las cosas más corrientes y habituales de un mercado, lo que más se vendía era ganado y dinero. Tanto que, años atrás, también se habían trasladado a vivir a la villa dos familias judías, la de Jaume de Caldes, que tenía casa en la calle de la iglesia de Sant Salvador, y la de los Estruc de Bellcaire, aunque no era menester ser judío para dedicarse a aquel negocio, que había muchos cristianos en la villa que se dedicaban a aquello y daban los créditos y las hipotecas que el notario Rosseta registraba. De eso se ufanaba Petronela: de que su padre la casaría con un señor tan rico, tan rico que vendería dinero. Pero que, como eran amigas, el tiempo que pasara alojada en el hostal como una señora, echaría una mano a Arraona y serviría mesas.

Todas aquellas bobadas que decía Petronela le vinieron a la mente cuando vio aquel carruaje, con el caballo de pelo castaño, quieto y reluciente, y un mozo sentado en el pescante, detenido en la puerta.

Los carros de los arrieros eran de otra clase. Y los animales también, que los había que iban tirados por bueyes o por mulas. Pero un caballo como aquel... Sí que Arraona había visto por la villa caballos bonitos, pero pertenecían a los señores.

En cuanto entró en la sala del hostal, se encontró con que su madre y el tío Genís estaban hablando con un señor, y entonces se acordó de que durante el desayuno, antes de que su padre y su hermano Iscle se marcharan a las viñas, su madre había comentado que vendría el almotazaf, para aquello de la venta de granos que querían poner en el hostal. Era él. Sin duda. Pero el almotazaf no había ido solo. A su lado, un poco retirada, como para no estorbar a los mayores, había una niña, alta y delgada, con el pelo oscuro y la piel muy blanca, los ojos muy grandes bajo la frente plana, la cara estrecha, como de pájaro, que no sabía muy bien qué hacer y lo miraba todo, disimulando para no parecer fisgona, con una mirada glotona y brillante.

—Ah, Arraona, hija, deja los orinales en la trasera y ven un momento, cariño —le estaba ya diciendo su madre, al verla allí plantada.

Luego todo sucedió muy deprisa. Aquella niña —que sí iba vestida como una princesa, no como Petronela, que tanto presumía— se dio la vuelta del todo y Arraona, que habría querido quedarse más rato observándola a sus anchas, sin que la otra se diera cuenta, se aturulló y se sonrojó, allí quieta, con los orinales en la mano. Cuando se percató, se apresuró a salir de la sala para deshacerse de ellos. Se enjuagó las manos y se tocó la cara, que le ardía, mientras pensaba en lo tostada por el sol que la tenía. Y mira que su madre le decía que se peinara cada mañana, pero ella no la obedecía y ahora debía de tener un aspecto de lo más desastrado. Pero no se podía quedar todo el día allí, en la parte de atrás, y su madre le había dicho que fuera.

—Saluda al almotazaf, Arraona.

—Hola, Arraona —le dijo el señor, que era un hombre mayor, con el pelo casi blanco.

Ella le hizo una reverencia un poco torpe, porque no tenía demasiadas ocasiones de practicar reverencias allí, en el hostal, donde siempre se encontraban entre iguales.

El cargo de almotazaf era uno de los oficios públicos que había instituido el vizconde de Castellbó para favorecer la villa y facilitar su buen gobierno. Estos oficios los ocupaban señores de la mano mayor. A menudo, un solo señor ostentaba más de un cargo, y más de dos, y quizás ni los ejercía, sino que encargaba la tarea a algún otro, aunque para eso había que pagar un censo. Aquel señor que había en la sala del hostal quizás no era el titular oficial, pero como si lo fuera.

—Ven, bonita —dijo entonces Felipa a la niña aquella, como si

fuera la hija de cualquier vecina. A la madre de Arraona no le impresionaban los cargos, y menos las riquezas, porque lo que contaba, decía, no era lo que cada cual tuviera o dejara de tener, sino ser gente como es debido, que la gente como es debido era la que podía ir por la vida con la cabeza bien alta. En cuanto Arraona se acordó de lo que decía su madre, se le pasó la desazón y el sudor que le humedecía las manos se le secó solo, sin que tuviera que pasarse las palmas por el delantal—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Felipa a la niña.

—Elisendis —respondió la muchacha. Y como si le pareciera feo que el almotazaf hubiera pasado por alto la formalidad de efectuar él las presentaciones, que era lo que había visto hacer a su madre cuando recibía a alguien a quien las señoras de su salón no conocían, copió su mismo gesto con la mano, que indicaba pero no señalaba, porque eso ya había aprendido que era incorrecto, y se apresuró a añadir—: Soy su hija pequeña.

El almotazaf se lo tomó bien. Sonrió a Elisendis y también a Arraona, y dejó un momento de lado la actitud distante que correspondía a un oficial del señor del alodio al que servía.

—Tenéis una hija muy agradable, Felipa, debéis de estar contenta con ella.

—Mucho, señor, me es de gran ayuda. —Entonces la hostelera dio por acabadas las cortesías—. Arraona, ¿por qué no le enseñas a Elisendis el hostal? Si lo permitís, señor, claro.

—Por supuesto, gracias. Elisendis, ve.

A Arraona la zozobra se le había convertido en gozo dentro de la barriga. Por primera vez se dio cuenta de que su madre era verdaderamente la señora del hostal, como solían decir, para armar bulla, los arrieros y los pelaires y toda la parroquia que pasaba por allí. El hostal era su casa y en su casa era Felipa quien mandaba y hacía los cumplidos, tanto si los que entraban eran de una mano como si eran de otra, porque su madre había tratado a Elisendis, que era la hija del almotazaf, como trataba a Petronela, que era la hija del carnicero, como la trataba a ella, que era su hija, y como trataría a cualquier niña que tuviera la edad que ellas tenían, que debía de ser más o menos la misma. Así pues, ella también se quitó de encima aquel peso de no saber qué tenía que hacer ni cómo había de comportarse, y después del primer impacto ya no se sintió nada incómoda, porque estaba en su casa y el hostal tenía tanto renombre como podía tener un hostal o, ya puestos a decir, el notario o el pavorde.

—Ven —le dijo a Elisendis, y le alargó la mano, como se la habría alargado a Petronela, y la otra la tomó, con una sonrisa amplia que le engalanaba la cara de pájaro y le subía hasta los ojos, de un verde tan

oscuro como el bosque.

Elisendis sabía con certeza que a su madre no le haría la menor gracia que su padre la hubiera llevado al hostal. De hecho, ni ella ni su padre se lo contaron, sin siquiera haberse tenido que poner de acuerdo. Para ella había sido una fiesta. Arraona le había gustado mucho, y su madre, Felipa, y el hostal. Luego, a la hora de irse, que ya empezaba a entrar gente, se habría quedado todo el día, mirando y escuchando, fascinada por la vida que bullía en él, como en la cocina de su casa, pero de un modo distinto, porque allí, en el hostal, el bullicio de la calle entraba y salía por la puerta con cada persona que cruzaba el umbral. La gente se reía o maldecía, nadie mandaba ni tenía miedo ni estaba al servicio de nadie, como las sirvientas de su casa, que habían de acatar a la cocinera, o la Niña de la Plata, que vivía en aquel rincón con los dedos siempre negros, todas bajo el mismo techo, de un techo que no era suyo, sino de la madre y del padre de Elisendis, que eran de la mano mayor, como no se cansaba de recordar su madre, mientras que las criadas y todo el servicio pertenecían a la mano menor. Elisendis descubrió aquella mañana que la mano mediana estaba repleta de gente diferente y que todo el mundo parecía ir a su aire y tener una vida propia que le pertenecía, como la hostelera, Felipa, la madre de Arraona.

Y Arraona...

Había tenido un ligero encontronazo con Arraona, sin querer, allí, en el hostal, porque, como para hacer una gracia —a ella le había parecido gracioso—, había jugado con sus nombres y le había soltado que la última señora del castillo de Arraona había sido precisamente Elisendis de Arraona y que entre las dos reproducían su nombre. Pero Arraona la miró mal y le replicó que ella no era vasalla de nadie ni lo sería, y que no creyera que, porque ella, Elisendis, perteneciera a la casa de unos señores y se llamara como la antigua señora del castillo, ella, por llamarse como la sierra de Arraona, que se alzaba allá del río, le sería feudataria. Se lo había dicho riéndose, pero Elisendis, que tampoco lo había dicho con mala intención, había sentido un aguijonazo de vergüenza en las tripas, y se dio por advertida. Entendió de golpe qué era lo que le incomodaba tanto de su madre, que siempre estaba distinguiendo a la gente por su pertenencia a una mano o a otra, y fue entonces cuando empezó a mirar el mundo al que pertenecía y el mundo que estaba fuera de las paredes de su casa y, sobre todo, fuera del salón de su madre de otra manera y con otros ojos. Aquel descubrimiento le entusiasmó e hizo que se sintiera como si de verdad fuera un pájaro y pudiera volar tan alto como las nubes.

De hecho, ambas quedaron tan fascinadas, la una con la otra, que, cuando Guillem fue a buscarlas para decirles que el almotazaf se iba y reclamaba a su hija, se prometieron que volverían a verse. No sabían

ni cómo ni cuándo, porque Elisendis no iba a la fuente a buscar agua con un cántaro, ni a la tahona a cocer el pan ni a los lavaderos del río con la colada, pero le aseguró a Arraona que ya se las compondría para convencer a las sirvientas para que la llevaran con ellas y que, si no, se escaparía. Y eso, a Arraona, le pareció de lo más emocionante.

Donde se habla del sonado asesinato del abad del monasterio de Sant Cugat

EN LA TAHONA

En invierno en la villa de Sabadell, a la que nadie sabía de dónde le venía este nombre, si siempre, desde antes de que la villa fuera villa, se había llamado Arraona. El frío había llegado tras un otoño dulce y lo había hecho con fuerza. Penetrante. Glacial. Costaba salir del jergón para iniciar un nuevo día al romper el alba, recoger las cenizas frías de la lumbre, que se guardaban para preparar jabón, y salir a los patios o a los cobertizos, si no se había tenido la previsión de entrar la leña la noche antes para que no estuviera humedecida, helados los troncos también, y entonces costaba que ardiera, y humeaba.

Las mujeres rezongaban mientras se frotaban los ojos, que les lagrimeaban como si picaran cebollas. Había que abrir la puerta de par en par para ventilar y entonces el frío se colaba dentro. Había disputas. Se buscaba el modo de poder acusar a alguien de haberse despistado y se abroncaba a la chiquillería, que mucho jugar y hacer fechorías, pero no era buena ni para entrar la leña, que mira que tenían poco que hacer las criaturas y ni las cuatro responsabilidades que se les encomendaban eran capaces de cumplir. Ni para eso eran de fiar. El frío y el humo ponían de mal humor a las madres y también les daban ocasión de pelearse con sus hombres si ya hacía días que les guardaban alguna, y echaban ahí también el cansancio, que ellos poco sabían qué era llevar una casa, que ellos iban a lo suyo y se marchaban a la huerta o se metían en sus talleres a hacer sus cosas: los cacharreros, a pastar barro y modelar ollas; los tejedores, a sentarse frente a sus telares a pasar el hilo, de un lado a otro, y de vuelta; los zapateros, a cortar y arreglar calzados, y los que se dedicaban al comercio, a colocar la mercancía y a despachar. Todos la mar de entretenidos y sin otra cosa en la cabeza, mientras que ellas tenían que bregar con todo.

Pero aquel día, que empezaba como tantos otros, habría de ser sonado.

Después, nadie supo decir dónde se había empezado a propagar la noticia. Si en el hostal, adonde la habría llevado alguien venido de fuera; si en el campo, donde, a pesar de vivir apartados, siempre estaban enterados de todo; si en el río, en alguno de los molinos adonde la gente llevaba el grano a moler. Eso sí, como si fuera un gran mérito, todos pretendían haber sido los primeros en enterarse: un arriero que venía precisamente de Sant Cugat; un payés que se había desvelado de noche, con retortijones, pensando que al día siguiente no podría comer la escudella con carn d'olla, y que había visto pasar a unos jinetes al galope allá a lo lejos, por los campos de trigo, y hasta un molinero, con la nariz roja y las mejillas y los ojos hechos una telaraña de hilillos de sangre, que desayunaba vino por aquello que se decía por aquellas tierras de que «el vino hace sangre», llegó a contar que había visto bajar una barca con hombres embozados, manchados de sangre, río abajo. Pero eso sí que no se lo tragó nadie y la gente se hartó de reír. ¡Una barca río abajo! ¿Y no los había visto cielo arriba, montados a horcajadas sobre el lomo de un dragón, quizás?

El hecho era que habían matado al abad del monasterio de Sant Cugat y en ninguna parte había otro tema de conversación. Pena que hiciera aquel frío y nadie fuera a los lavaderos del río. Pero las colas en la tahona nunca habían sido tan largas ni estuvieron tan concurridas, y nunca tantas mujeres se habían quedado a esperar a que la masa subiera y se cociera el pan, sin volverse para casa a adelantar la faena.

—¡Pues no hay días en todo el año que tenían que matarlo en Nochebuena, precisamente!

—¡Qué malas entrañas!

—Pero ¿cómo ha sido?

—Delante de todo el mundo, ¡qué poca vergüenza!

—¡Y qué poco respeto! ¡En misa!

—¡En misa como en la letrina! ¡No se mata a un abad!

—Ni a un abad ni a nadie, ¡mira esta con qué sale!

—¡No me vengas con historias, que nunca ha sido lo mismo matar a un hombre que a un señor!

—¡Y menos aún a un hombre de Dios!

—Un hombre de iglesia, dirás, que Dios bien que dicen que lo somos todos, aunque Dios, como cualquier padre de la Tierra, también haga diferencias.

—¡Huy, si te oyera el párroco! Seguro que eso que has dicho es una blasfemia.

—Más blasfeman ellos, que se ríen de la caridad que Nuestro Señor predicó.

—Calla, calla, deslenguada, no vayamos a tener un disgusto, que, cuando a los señores les pasa algo gordo, siempre acabamos recibiendo los mismos.

—Pero entonces, ¿ya es seguro?

—Mujer, seguro, seguro...

—Pero ¿alguien los vio?

—¿Tú eres boba? ¡Toda la parroquia de Sant Cugat y sus aledaños lo vio! ¿No has oído que lo mataron en el altar, mientras cantaba la misa de gallo?

—¡Señor, qué disparate!

—Pero ¿no dicen que iban con la cara tapada?

—Puede haber sido cualquiera.

—Sí, mujer, sí, unos bandoleros habrán sido.

—Pues sí, ¿por qué no?

—¡Porque los bandoleros no entran en las iglesias, que son salteadores de caminos, y no se expondrían de esa manera!

—¿Y qué iban a ganar unos bandoleros, una pandilla de desarrapados, con asesinar al abad, delante de todo el mundo y en una fiesta tan señalada?

—Os digo que eran señores. Que irían tan embozados como queráis, pero la ropa no engaña: harapientos no iban y las capas eran de buena lana.

—¡Y las botas, hechas a medida!

—Anda estas, ¡como si hubierais estado allí!

—¡Ladronzuelos no eran, los asesinos eran de buena casa!

—En eso lleva razón, esta, porque no se llevaron nada. Que si hubieran querido habrían podido robar el cáliz y la patena y la cruz y hasta el sagrario, si me apuras, para acercarse luego a Barcelona a vender todo ese montón de oro.

—Y las piedras buenas.

—¡La cruz, dice esta! Si se dice que la hicieron astillas, que, por lo visto, el abad, en un momento dado, mientras lo corrían por el altar, trató de protegerse detrás de la cruz.

—Ya ves tú, menuda protección.

—Puede que creyera que la cruz podía ahuyentar al demonio.

—Al demonio puede que sí lo ahuyente, pero no a ningún hombre.

—Y menos aún a unos descreídos.

—Así que, ¿dices que lo corrieron por el altar?

—¡Como un conejo, corría!

—Y la gente, ¿qué hacía?

—Qué iba a hacer, la gente. ¡Pobre gente! ¡Patitiesa debió de quedarse la feligresía!

—¡Menudo susto!

—Y que lo digas, que te abrigas y te acicalas para ir a celebrar

cristianamente el nacimiento del Salvador y te encuentras con una cosa así... ¡Para no poder pegar ojo en muchas noches!

—¿Y los monjes?

—¡Los monjes, cantando maitines!

—¡No fastidies!

—Eso dicen.

—Pero ¿está muerto, el abad?

—Y bien muerto, que entre todos lo trincharon a golpes de espada y, por si fuera poco, ¡lo remataron con una lanza!

—¡No me lo puedo creer!

—Ya se sabe, con los señores, poca broma.

—Pero ¿seguro que ha sido él?

—Mujer, ¡si se la tenía jurada!

—No son maneras.

—No, claro que no son maneras, pero los señores no tienen espera.

—Pues ahora sí que el hereu Saltells se habrá quedado sin camisa.

—¡Qué ofuscación!

—No me parece a mí que lo hiciera en caliente, que, si alguien se altera, ya se sabe que se ciega y no sabe qué hace.

—Muy bien sabía lo que se hacía, con la de días que han pasado desde que pilló aquel berrinche, al volver de no se sabe dónde y encontrarse sin la herencia...

—Es verdad. ¡Y todo tan preparado y dispuesto! Un crimen como este no es fruto de un arrebato. Tal y como ha ido, por fuerza tenían que estar conchabados y tener muy claro que iban al monasterio a matar.

—Sí, claro...

—No es que pasaran por allí y, mira tú por dónde, perdieran la chaveta y cometieran esa fechoría, así, al buen tuntún, todos ofuscados, como decía aquella.

—Cuánta razón tienes.

—Estaban compinchados.

—¿Cuántos dicen que eran?

—¡Seis!

—¡Seis! ¡Qué barbaridad!

—¡Seis malas piezas para matar a un monje!

—¿Y se sabe el nombre de alguno más de la cuadrilla?

—El hereu Saltells seguro que estaba.

—Vete a saber, puede que solo haya pagado a los que lo hicieron.

—¿El chico Saltells? No me hagas reír. Este no es de los que se priva del gusto de hacer las cosas por su propia mano.

—¿Quiénes debían de ser los otros?

—¡Qué misterio!

—Sí, chica, porque una cosa sería que el hereu Saltells hubiera pagado a un puñado de muertos de hambre, de malhechores sin escrúpulos, que por una bolsa de monedas mataran al abad o lo acompañaran a hacerlo, si tanto decís que le gusta resolver él mismo sus asuntos de sangre. Pero que todos fueran señores... Eso sí que es gordo.

—Igual andaban borrachos todos. ¡Era Nochebuena!

—Borrachos o no, fueran quienes fueran, están perdidos, que una cosa es matar a un payés de remensa y otra muy distinta, a todo un señor abad.

—¡Y del monasterio de Sant Cugat!

—¡No te digo!

—¡Un alodio con tantos bienes, que llegó a tener cuatro pavordías!

—¡La nuestra, sin ir más lejos!

—La nuestra solo durante un tiempo, mientras perteneció al monasterio de Sant Llorenç.

—Sí, porque ahora el pavorde ha de rendir cuentas al monasterio de l'Estany.

—Qué enteradas estáis de los asuntos de los monasterios y de las pavordías, vosotras.

—¡Mujer, si eso lo sabe todo el mundo!

—Pues ya ves, por unas tierras ha muerto el abad de Biure.

—Y no eran ni suyas, porque ellos, si no ando equivocada, ¿no renuncian a las posesiones terrenales?

—Sí, sí, eso dicen...

Las mujeres hablaban, y no acababan, del rumor que corría de que el hereu Saltells había matado al abad del monasterio de Sant Cugat, Arnau Ramón de Biure, durante la misa de gallo, harto de que el abad le diera largas con aquel asunto de la herencia.

Donde se habla del crimen y de alguna repercusión en la villa

EN EL SALÓN

El escándalo fue mayúsculo, pocos días después, cuando se hizo público que el notario de la villa, Bernat Rosseta, había desaparecido. Desde la víspera de Navidad, nadie, ni en su casa ni fuera de su casa, había vuelto a verlo ni sabía dónde paraba. Y como todo se acababa sabiendo y la villa tampoco era tan grande como para que las noticias no corrieran —y menos según qué diligencias, por muy en secreto que se llevaran o por más discreción con que se efectuaran— y se propagaran como el fuego si sopla el viento o como el agua si se rompe un cántaro, aún se armó más alboroto cuando se supo que el baile principal había enviado al saió a casa de los Rosseta.

El baile era la máxima autoridad en la villa. Era, ante todo, quien impartía justicia, asesorado por su camarilla de prohombres, que él mismo elegía, pero, en definitiva, era él quien tenía la última palabra. De hecho, el baile no era el baile, es decir, ejercía el cargo, pero no era el titular, como pasaba con otros oficiales del señor de Castellbó desde que tiempo atrás, haría ya por lo menos toda una generación, un año después de que los papas de Roma hubieran trasladado la sede de la Santa Madre Iglesia a Aviñón, la villa había pertenecido al hijo del conde d'Armanac, Gastó, conde de Fossaguell y Bruillós. Aquel Gastó había establecido a perpetuidad bailes de la villa a los señores de Castellar, en la persona de Pere de Clasquerí. Los Clasquerí eran, pues, los bailes naturales de la villa, con el derecho y el privilegio a nombrar sustitutos. Y eso no le gustaba a nadie. El baile era capital para el gobierno y el buen funcionamiento de la villa, y todos habrían preferido que se les diera la posibilidad de escogerlo. Pero los señores hacían lo que les parecía y lo que más convenía a sus intereses, aunque el tal Gastó no era el señor natural de la villa, que lo eran los de Monteada, por más que la empeñaran o la vendieran a carta de gracia hasta que las cosas volvían a irles mejor y la recuperaban tras enjugar sus deudas. Fuera como fuera, que eso, a

la hora de la verdad, daba lo mismo, el baile era el baile y había mandado al saió a casa de los Rosseta.

—Bien podría haber ido él en persona, que los Rosseta no son unos cualesquiera. —La madre de Elisendis frunció la nariz—. Pobre gente, qué vergüenza. ¡No se habla de otra cosa en toda la villa! ¡Mandar al saió, como si fueran unos malhechores!

El saió ayudaba al baile en cuanto fuera menester para la administración de la justicia, realizaba las diligencias y se encargaba de todas las gestiones que fueran necesarias, que bastante trabajo tenía el baile, sin mencionar que no habría resultado demasiado adecuado que anduviera de acá para allá resolviendo trámites como un recadero.

—Nadie ha dicho que los Rosseta sean malhechores, que eso todo son interpretaciones tuyas, mamá —replicó Arnau—. Si el notario ha desaparecido, es de pura lógica que el baile se preocupe y trate de averiguar qué ha pasado, y que la gestión, como es habitual, la haga el alguacil, que para eso se instituyó ese cargo.

—Pues, por lo que parece, todo el mundo sabe qué ha pasado —dijo entonces Jofre, que disfrutaba escandalizando a su madre, más por la gracia que le hacía su devoción incondicional por los señores de su mano que por malicia, y siempre la pinchaba, mientras le guiñaba el ojo a Elisendis, sentada con ellos en el salón, quieta y callada, mientras miraba y escuchaba y se reía para sus adentros cuando Jofre provocaba a su madre para que saltara, porque su madre siempre picaba—. ¡Si se dice que Bernat Rosseta era uno de los que acompañaba a Berenguer de Saltells la noche del asesinato!

—Habladurías de las malas lenguas —replicó de inmediato la madre de Elisendis sin apercibirse del juego que sus hijos se llevaban.

—La cuestión es que el notario desapareció esa misma noche. Demasiada coincidencia, madre —insistió Jofre.

—¡Pobre señora Rosseta! Tener que oír estas cosas, a su edad. ¡Con lo orgullosa que ha estado siempre de sus hijos! Tendré que ir a verla. ¿Te parece, esposo, que debería visitarla?

—¿Para qué? —respondió sorprendido el padre de Elisendis, mientras daba sorbos a una copita de vino bueno y cogía un pastelito de la bandeja de dulces.

—A darle el pésame, no sé, a apoyarla. —La señora se aturulló.

—¿El pésame? —El almotazaf enarcó las cejas.

—Mamá, que a quien han matado es al abad, no al notario —quiso bromear Jofre.

—Eso no es necesario que me lo recuerdes, que todavía me espeluzno. ¡Pensar que yo quería para ti una vida tranquila en un monasterio rico y bien situado como el de Sant Cugat! Ya te lo puedes ir quitando de la cabeza, Jofre, eso de ser canónigo.

—Pero, mamá, ¡si yo nunca he querido serlo! —se echó a reír el joven.

—Da igual. No te lo permitiré. ¡Si va a resultar que es más peligroso ser abad que almogávar!

—Tampoco hay ninguna necesidad de exagerar, no hay para tanto —intervino el padre de Elisendis.

—¡Pobre gente, los Rosseta! El hijo desaparecido y sospechoso de haber sido cómplice de un crimen espantoso. ¡Un sacrilegio! ¿Debería suspender la reunión del miércoles?

—¿Por qué habrías de suspenderla? —se extrañó Arnau.

—Después de lo que ha pasado, podrían tomárselo a mal.

—Mamá, darás un disgusto a media villa si anulas tu merienda de los miércoles —añadió Jofre.

—¿Tú crees? —respondió ella con un punto de esperanza en la voz.

—¡Ya lo creo! Si todas las señoras deben de estar ansiosas precisamente de que llegue la tarde del miércoles para poder chismorrear.

—No seas insolente —replicó su madre haciéndose la ofendida.

—Incluso la señora Rosseta vendrá, para no perdérselo, y sobre todo para no daros pie ni ocasión de que habléis mal ni de ella ni de sus hijos a sus espaldas.

—¡Qué desgracia! —exclamó la madre de Elisendis con cara de circunstancias.

—Ya ves adónde lleva la avaricia —no se privó de aleccionarla su esposo.

—¿Qué avaricia? —se sorprendió ella.

—La de todos.

—No sé a qué te refieres.

—Y sobre todo la de la iglesia —prosiguió el almotazaf haciendo caso omiso de la interrupción—, que, si el abad hubiera devuelto la herencia a su legítimo heredero, no habría pasado nada.

—¡No digas disparates, esposo, que todavía tendremos un disgusto! Si el señor de Cerdanyola testó en favor del monasterio...

—Porque dio al hijo por muerto, pero, si el muerto no está muerto, es natural que reclame aquello que le pertenece, y el abad y sus monjes así deberían haberlo entendido, como lo entiende cualquiera, y por más testamento y más romances que hubiera de por medio, lo que correspondía era devolver las tierras y los bienes a Bernat.

—No, si tú, con tal de renegar de los clérigos... —suspiró la señora de la casa—. A mí lo que me inquieta es que acaben pagando justos por pecadores.

—¿Quiénes son los justos según tú, mamá? —preguntó Arnau.

—¡Pues quiénes van a ser, hijo! ¡Los Rosseta! Pere, su madre, las

niñas. Que si, puestos a decir, Bernat Rosseta se contara de verdad entre los conspiradores, solo faltaría que tuviera que pagarlo la familia. Una familia de las de toda la vida. De las más antiguas.

—¿Por qué se lo tendrían que hacer pagar a ellos? —no pudo evitar intervenir Elisendis, a pesar de tener prohibido interrumpir a los mayores, aunque, como aquella tarde, solo fueran los de casa y no tuvieran ninguna visita de fuera.

—Ay, hija —le respondió su madre sin regañarla, tanta era su desazón—, porque la gente es muy mala y ya se sabe que del árbol caído todos hacen leña.

—No les pasará nada, a los Rosseta, mujer, si eso es lo que te preocupa. Puedes estar segura de que no les pasará nada —trató de restar importancia al asunto el almotazaf.

—¿Cómo puedes saberlo? —lo desafió su mujer.

—Pues precisamente por lo mismo que tú dices, porque son una de las familias más antiguas de la villa, de las mejor consideradas. ¿Crees acaso que les quitarán la tahona o la notaría? Los señores siempre hacemos piña, querida. Los señores no se dejan moler las costillas por nadie y basta con que alguno de ellos sea sospechoso de algo para que todos se vuelquen. ¿Quieres que te diga yo lo que pasará?

—Ya sabes que sí. Cuéntame, esposo.

—No pasará nada. Verás cómo, dentro de un par de días, el vizconde establecerá su parte de la escribanía a Pere Rosseta, como si nada hubiera sucedido y Bernat estuviera simplemente ausente, de viaje, o hubiera muerto en su propia casa de unas fiebres. Y atiende a lo que te digo: no solo el vizconde distinguirá a la familia con este acto público de confianza, sino que, mucho tendría que equivocarme si no es así, el pavorde hará lo mismo, y tu querida familia Rosseta tendrá aún más poder que antes de este crimen. Ni se te ocurra suspender tus meriendas. Y con la cabeza bien alta. Como si no hubiera pasado nada y toda esta historia del hereu Saltells y el notario Rosseta fuera una bagatela.

—Qué feo todo.

—¿Feo?

—No me digas que no está feo que unos jóvenes de buena familia como Bernat Rosseta y Berenguer de Saltells se hayan visto involucrados en un crimen tan grosero, de tan poca clase.

Los tres hombres, el padre y los hermanos de Elisendis, no pudieron contenerse y rompieron a reír. Ni la madre ni Elisendis comprendieron qué provocaba tantas risotadas. Elisendis, porque aún era demasiado joven. Su madre, porque no daba para más, por lista que se tuviera.

—Este es el espíritu, querida, no lo olvides —concluyó el almotazaf

cuando se calmaron sus risas—. Precisamente este. Lo que han hecho el hereu Saltells y el notario con los otros cuatro, fueran quienes fueran, está feo. Es de mal gusto. Impropio de unos señores. Lo que tendrían que haber hecho, si tanto querían quitar de en medio al abad, era pagar a alguien, en lugar de ensuciarse las manos.

—¡Alfred! —se escandalizó la madre de Elisendis, mientras que la joven, cuando comprendió a qué se refería su padre, no supo si reírse o alarmarse, que ella sí lo pescó de inmediato.

Pero el almotazaf sí se reía. Aquella esposa suya, aun habiéndolo echado de su cama, continuaba haciéndole tanta gracia como cuando se casó con ella, él un hombre ya hecho que no quería quebraderos de cabeza pero sí un heredero. Por aquel entonces ella era una muchacha joven, ambiciosa y lista como una raposa que ya sabía él que sabría hacerse un buen lugar entre la gente de su mano. Y no se había equivocado. No habría podido elegir mejor para aquello que pretendía. Todo un acierto. Lástima eso de la cama, porque era una mujer fogosa y había sido un placer follar con ella y hacerle hijos. Pero no se podía tener todo, y, si tenía el capricho de atrancarle la puerta, la muy majadera, peor para ella, pero que mantuviera su casa y su nombre —y a sus hijos y a la niña— entre los mejores linajes de la villa, que para eso se había casado con ella.

Donde se habla de prosperidad

EN EL MATADERO

Bernat Pastor había prosperado. De hecho, en aquellos días, con los privilegios que el vizconde de Castellbó había otorgado a la villa años atrás, cualquiera, quién más, quién menos, prosperaba.

—Y los señores también prosperan, con estas libertades que nos dan, que, si no, a santo de qué iban a dárnoslas. No es por buenos cristianos ni por la grandeza de su corazón, sino por lo que ellos sacan. De todos es sabido que un amo tacaño se pone solo la soga al cuello si aplasta demasiado a los de abajo, porque, en definitiva, somos nosotros quienes los enriquecemos o los que podemos hacérselo perder todo —decía Pep, el carnicero, en el patio del matadero, mientras daba un vistazo a los corderos y los cabritos que le había llevado Bernat aquella semana y les palpaba las papadas y las ancas, más por hacer algo que porque no se fiara, que con Bernat tenía tanta confianza que ni habría mirado a los animales antes de degollarlos. Pero hacían todo el teatro, porque ambos disfrutaban de la comedia y Bernat se ponía más que hueco cada vez que, después de aquella inspección, Pep lo miraba, con aquella panza y los ojos francos, le estrechaba la mano y, con cara de satisfacción, le palmeaba la espalda con la mano grande de dedos rechonchos—. Buena carne, sí, señor. La mejor.

Ya hacía un par de años que Bernat trabajaba por su cuenta y su chico, Iu, ya era un jovenzuelo desgarbado que acompañaba a su padre a todas partes, aunque eso de ser pastor a él no le hacía ninguna gracia. Esperaba con ansia el día que iban a la villa a entregar los animales. Entonces, su padre, una vez acabado el trabajo, que consistía en aquel ritual en el matadero de Pep, lo dejaba campar a sus anchas.

—Este chico no está hecho para el rebaño —le decía Bernat a su amigo cuando veía a Iu alejarse como si lo persiguieran las brujas, meneando la cabeza, mientras se preguntaba qué iba a ser de su ganado cuando él fuera viejo.

—Con los años viene el juicio —trataba de consolarlo Pep—, aún

es joven.

—No sé si llegará el día en que este zagal tenga algún juicio. Siempre ha tenido la mollera llena de pájaros y no dice más que sandeces. Desde que era un mocoso tiene la obsesión de hacerse almogávar.

Pep se reía y sacudía la cabeza, divertido, mientras Bernat también la sacudía, preocupado.

—Deja que diga, el chico, ya se le pasará. Eso son bobadas de crío. ¿Almogávar, dices? —Y le entraba de nuevo la risa y hasta tenía que secarse los ojos con el pulgar, que le lagrimeaban de tanto reírse —. ¡Ay, almogávar! Señor, estos zagales, qué cosas tienen. ¡Como si te dice que quiere ser el rey de Cataluña! ¡Majaderías de crío!

Era cierto que Iu solo hablaba de hacerse almogávar. Desde que frecuentaba la villa, que entonces comía con su padre en el hostal, había trabado amistad con Iscle, el hijo de Felipa. No siempre coincidían, porque Iscle trabajaba con su padre en el campo, en las viñas de sus abuelos, pero a veces, por una cosa o por otra, Iscle se quedaba en el hostal, y entonces se escapaban juntos. Se pasaban la tarde por la villa, trepando por las murallas. Más de una vez los hombres del capdeguaita, encargados de la vigilancia, los habían reprendido y amenazado con llevarlos al calabozo cogidos por una oreja, que ya eran mayorcitos para andar zascandileando de esa manera. Pero después, una vez les habían metido el miedo en el cuerpo, se hartaban de reír. Los chicos tampoco se tomaban muy en serio aquellas amenazas, y en cuanto se alejaban de la guardia fanfarroneaban de nuevo, sobre todo Iu, que era el más audaz.

—Te lo digo de verdad, Iscle, prefiero morir en un campo de batalla que pudrirme de aburrimiento vigilando los rebaños de mi padre —decía siempre Iu a su amigo.

Iscle se maravillaba de la osadía del hijo de Bernat Pastor, porque una cosa era jugar a los almogávares de pequeños, como jugaban sus hermanas a ser señoras y hasta princesas, y otra muy distinta, decirlo en serio, como hacía Iu. Pero cuando Iu hablaba, con aquel entusiasmo, hasta le entraban ganas de marcharse con él a tierras de conquista para hacerse con un gran botín.

De hecho, Iscle era así: solo con alguien al lado se atrevía a hacer según qué cosas. Era más bien apocado. Si lo animaban, parecía otro, pero siempre necesitaba que alguien tirara de él, porque solo no habría hecho nunca nada. Era reservado y tímido, se sonrojaba enseguida. Ya lo decía su madre, que era tal cual su tío Genís. Buena gente y muy trabajadores, pero con poco arrojo. Su madre siempre le decía que tendría que buscarle una moza espabilada que sirviera de contrapeso a aquella especie de letargo que gastaba aquella rama de la familia. Iscle no replicaba.

Nunca se lo había dicho a nadie y se habría dejado matar antes que reconocerlo, pero a él le gustaba Ermengarda, la hermana mayor de su amigo. Le gustaba mucho, quizás porque ella lo miraba como si no existiera, con aquel cuello largo y la cabeza allá arriba, en lo alto, desde aquellos ojos grises, tan pegados a la nariz. Tampoco ella era de demasiadas palabras. Quizás por eso le gustaba. Iscle ya se veía con ella en la viña, que a él sí le gustaría volver al campo, aunque fuera como jornalero de su tío, el hijo mayor del abuelo de las Viñas, que ya era muy viejecito. Porque así como Iu se moría por vivir en la villa, con toda aquella gente por las calles, el bullicio del Mercadal y la actividad constante de unos y otros, Iscle amaba la tierra y el silencio, se embelesaba con las contorsiones de una lombriz descubierta mientras cavaba con la azada alrededor de las cepas y se conmovía con los vástagos tiernos de las vides o con los colores del cielo.

Aquello de ser almogávar no había sido más que un juego, aunque de vez en cuando aún pensaba que, si lo fuera, quizás impresionaría a Ermengarda y la muchacha lo miraría de otra manera. Bueno, quizás lo miraría, que ya sería mucho, porque le daba la impresión de que la hermana de su amigo no sabía ni que existía, de que para la joven él era absolutamente transparente, como si estuviera hecho de aire y ella solo mirara a su través lo que se encontraba detrás. Pero era lo bastante juicioso como para saber que aquello eran ensoñaciones ilusas, que nunca se decidiría a marcharse para ir a la guerra. Ya tenían un almogávar en la familia.

De pequeño, había visto al abuelo Salvador alardear ante la parroquia del hostal, pero, por mucho que presumiera delante de la gente, el viejo siempre había echado de menos a su hijo y, si llegaban noticias de las muchas campañas y escaramuzas de los ejércitos del rey —siempre metido en algún conflicto—, el abuelo Salvador sufría, sin saber nunca si su hijo estaba vivo o muerto, o si lo habían herido. Seguro que más de una vez el almogávar había recibido lo suyo, con aquella fama que tenían los almogávares de hombres duros y fieros, que no guerreaban como los señores, sino que atacaban de noche, en grupos pequeños, a pie y sin coraza, porque en la guerra contra los sarracenos habían inventado una nueva manera de luchar, que no se había visto nunca hasta entonces.

A Iu le podía parecer tan maravilloso como le viniera en gana lo de ser almogávar, pero a Iscle aquella vida dura, hecha de penalidades, por los bosques y las montañas, sin hogar ni cobijo, sin saber si al día siguiente estaría vivo, no le atraía ni pizca. Claro que nadie sabía si mañana seguiría vivo, pero ponerse a propósito tan al alcance de la muerte a Iscle le parecía una bobada. A veces le hablaba a Iu de sus consideraciones acerca de eso de ser almogávar, pero Iu se reía. No se lo tomaba a mal, pero a él tampoco le cabía en la cabeza que Iscle

quisiera pasarse la vida siendo un labrador, en unas tierras que no llegarían a pertenecerle nunca, obligado a pagar un censo a los señores para poder cultivar la tierra y a entregarles una parte de todo cuanto diera el terruño.

—¿A cuánto asciende el agrer de tasca que tenéis que pagar al amo? —lo provocaba Iu.

—La onceava parte de la cosecha, y aún gracias, que las tierras que cultiva mi tío son del vizconde, que nos tiene manumitidos, o por lo menos más manumitidos de lo que están los campesinos del término del castillo de Arraona. Y ya no te digo los de la quadra Togores, que tienen otras cargas añadidas y dos veces al año están obligados a trabajar de balde las tierras del amo, para la siembra y para la trilla, además de ocuparse del molino de Trilla, proveerlo de muelas nuevas y reparar la esclusa, tanto si se estropea sola como si la destrozan los de Tarrasa.

—¿A mí me lo cuentas? Mi padre ha estado sometido a todo esto y a cosas peores desde que nació.

—Sí, pero a tu padre, desde que empezó a dedicarse a la cría de ganado, hay que ver lo bien que le han ido las cosas.

—Sí. Hambre ahora no pasamos.

La villa prosperaba y las familias que se habían liado la manta a la cabeza y metido en créditos para poner un negocio o ampliar el que ya tuvieran, o los ganaderos que se habían acogido a contratos de sòccida para engordar los rebaños, empezaban a ver resultados. La vida y el trabajo ya no eran solamente una cuestión de supervivencia. Sí había gente que se marchaba, porque el vizconde, ya fuera porque se hacía viejo y se volvía miserable o porque se le habían reblandecido los sesos, con lo que había mirado por la prosperidad de la villa, había ido desentendiéndose de todo, y había quienes no estaban dispuestos a que nadie volviera a pisotearlos. Los que estaban manumitidos se iban a servir a otros señores, o a Barcelona, que era la nueva sede de la corte de los reyes, y allí oportunidades tampoco faltaban.

Se hablaba en aquellos días de que el rey Pedro tenía la intención de otorgar a la villa un privilegio que, si se llegaba a concretar, supondría un gran qué. Todo el mundo lo llamaba el privilegio de la feria de verano.

—No sé por qué solamente tiene que dar ese privilegio para la de verano —refunfuñaban los arrieros en el hostal—. Puestos a otorgar, ¡que lo haga para las dos ferias!

—¿Qué perra le ha dado ahora al rey con la villa?

—Vete a saber si el vizconde no ha vuelto a vendernos a carta de gracia y ahora la villa pertenece al rey.

—¡Sí, al rey! —se burló uno—. ¡Más quisiéramos que ser villa real

y no tener ningún otro señor que nos asfixiara!

—Ni falta que hace que la villa sea suya para que el rey mire por la gente, ¿no es el rey de todos?

—¿Te crees que los reyes son monjes que se dedican a hacer caridades? ¡Por cada privilegio que dan, un provecho u otro piensan sacar!

—Si se llegara a concretar el privilegio de la feria y todo aquel que quisiera pudiera venir desde cualquier lugar hasta el Mercadal, con la seguridad de no tener que pasar ansia por el camino, porque nadie, ni los salteadores de caminos ni los mismos oficiales del rey, los molestará ni les estropeará las mercancías, ni los asaltará o prenderá con cualquier excusa para quitarles el género o llevarlos presos..., la feria sería una locura de gente y de comercio.

—¡Si ya lo es ahora!

—Más lo sería, que me parece a mí que no nos podemos ni figurar cómo prosperaría la villa sí los caminos fueran seguros.

La gente soñaba con aquel privilegio, incluso rezaba para que el buen rey Pedro no cambiara de parecer o, con lo ocupado que estaba con tantos y tantos asuntos de la corona, que le traían más de un quebradero de cabeza, no se olvidara de aquella buena ocurrencia.

Pep, el carnicero, que había hecho muy buenos sueldos, pero que necesitaba más para casar a su Petronela con un señor de buena casa, empezó a considerar seriamente la posibilidad de establecer un beneficio —como un señor— para que desde el cielo le dieran un empujoncito al rey e instituyera de una vez aquel privilegio del que tanto y tanto se hablaba. Pero como era uno de los que, en aquella disputa entre la pavordía y la parroquia, daba la razón al párroco y se pegaba la caminata hasta la parroquia, con su mujer y su hija, para ir a misa, no lo establecería en la iglesia de Sant Salvador, que de beneficios andaba sobrada, sino en la de Sant Feliu, en lo alto de la sierra.

Donde se habla de cómo Arraona empieza a trabajar para el pelaire

EN LOS LAVADEROS DEL RÍO

Las niñas también se iban haciendo mayores. Elisendis había encontrado el modo de que las sirvientas se la llevaran con ellas cuando iban a los lavaderos del río. Entonces mandaba al hijo del ama, que se había quedado en la casa como mozo, acercarse hasta el hostal y al matadero, para que Arraona y Petronela se las ingeniaran para poder coincidir con ella y fueran ellas también a los lavaderos del río aquel día y aprovechar así sus escapadas. A la madre de Elisendis aquello no le hacía ninguna gracia, como tampoco le hacía gracia que su hija pasara alguna tarde en el hostal con la hija de la hostelera. Pero el almotazaf no se oponía y le paraba los pies a su mujer.

Decía que, si bien era conveniente tener muy claro a qué mano se pertenecía, tampoco se podía pretender vivir de espaldas a la realidad que los rodeaba y a los tiempos que les habían correspondido. Por muy señores que fueran, en la villa de Sabadell en concreto, la mano mediana tenía peso y nadie conservaba ni la sombra del recuerdo de haber sido siervo de nadie, que de los señores eran vasallos. El padre de Elisendis no veía mal que su hija se relacionara con la chica del hostal y con la hija del carnicero, que era proveedor de la casa. Convenía estar a bien con la mano mediana, que estaba cogiendo fuerza y enriquecía a la villa. Distinto habría sido que le saliera a la niña algún pretendiente de entre los comerciantes y los pelaires, que eso sí que no lo habría consentido. También había que decir, sin embargo, que a nadie se le habría ocurrido tampoco ir a pedir su mano.

—¡Solo faltaría! —había protestado la madre de Elisendis cuando su esposo le había expuesto su parecer respecto a las escapadas de la joven, rematando su discurso con aquel comentario. Ya que le había parido una hija, que aquel montón de trabajo que suponía subir a una niña sirviera al menos para casarla bien y emparentar con alguna de

las casas antiguas, de las mejores de la viña, o quizás incluso conseguir un título nobiliario, que de hecho para eso servían las hijas.

Así que Elisendis se veía con las amigas y medio creía que lo hacía a escondidas, porque su padre no lo desaprobaba, pero tampoco lo fomentaba, que una cosa era mantener cierta liberalidad y otra, abrir la mano al caos y al desbarajuste.

Petronela estaba encantada de haber conocido a Elisendis y, como su padre le había hinchado tanto la cabeza con que la casaría con un señor y entonces sería una señora, ya le parecía serlo, y enseguida trató a la hija del almotazaf —que lo era de nacimiento— como a una igual, sin por ello tener en menos a Arraona, que era su amiga más antigua. En los lavaderos del río, las tres se hartaban de reír y de charlar. Tanto, que las mujeres de más edad, que tampoco se callaban, a veces, mientras se echaban atrás los mechones de pelo mojados que se les escapaban de los moños o de las trenzas recogidas en lo alto de la cabeza y les venían a la cara, las miraban, socarronas, y alguna decía, como si no saliera de su asombro:

—¡Qué pasa, chicas! ¿Es que habéis comido lengua?

Las mayores y las jóvenes se reían y se salpicaban, cantaban juntas mientras batían la ropa con las palas de madera y la frotaban contra las piedras, que les servían de pilón. La cháchara nunca decaía, sobre todo si era verano. Entonces las mujeres se entretenían y hasta se quitaban los vestidos, y, en enaguas y corpiño, frotaban y frotaban, y enjabonaban y enjuagaban, con las carnes blancas, allí donde nunca les daba el sol, bailándoles y los pechos rodándoles por los escotes, gozando de la frescura del agua que les chorreaba por los codos y les aliviaba los sudores de aquel sol que, por otro lado, les hacía la tarea menos ardua, porque la ropa quedaba seca en un santiamén.

Aquel día Arraona estaba tan enrabietada que las mujeres se reían.

—Arraona, cariño, no hace falta que piques tan fuerte, ¡que vas a agujerear la ropa y verás tu madre cómo te arregla!

—Ay, esta gente joven, menuda energía gasta —suspiró una vieja —. ¡Deja que la chica se desfogue!

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó al final Petronela, harta de morros.

—¡Nada! —replicó Arraona.

—No, nada no —saltó también Elisendis, dejando el jabón sobre la piedra.

—¡El jabón, muchacha! —la regañó una mujer mayor al verlo resbalar hacia el agua.

Elisendis se había apresurado a recuperarlo antes de que cayera en la poza. Se había pasado toda una tarde con Arraona en el hostal,

revolviendo la mezcla de agua y cenizas de la lumbre con grasa vieja, para hacer jabón, en una perola grande, cerca del fuego, de modo que se calentara pero no se arrebatara, venga a revolver, hasta que empezó a espesarse y a formar una pasta que después pusieron a escurrir en un cajón de madera, para que perdiera el agua sobrante. Al cabo de unos días lo sacaron del molde, de una sola pieza, y lo cortaron con un cuchillo grande.

—Venga, Arraona —le dijo luego con la voz dulce, cogiéndole las manos para que dejara de dar golpes—, cuéntanos qué tienes.

Arraona la miró y volvió a maravillarse de aquellos ojos que tenía Elisendis, de un verde tan oscuro que no parecía verde, unos ojos que se reían solos, aunque la joven, con aquella cara de pájaro que la hacía tan especial, tuviera una expresión seria.

—El pelaire —dijo por fin Arraona, con la voz cargada de rabia—. Va listo si cree que soy una de esas que callan y obedecen, como Ermengarda... ¡No he visto nunca a nadie tan resignado y descolorido como la hermana de Iu!

—¿Verdad que Iu es muy amigo de tu hermano? —preguntó Petronela.

—Sí. Por eso la tengo más que vista, a Ermengarda, que a veces viene al hostal y allí se queda, como un pasmarote, sin decir ni pío, como si nada le diera ni frío ni calor.

—¿Y qué pasa con el pelaire? —Elisendis les hizo retomar el hilo.

—Esta misma mañana, cuando ha venido a recoger las madejas, después de contarlas y darles una ojeada, de probar el grueso del hilo y pegarle algún tirón para asegurarse de que resistía, va y le suelta a mi madre, con ese aire burlón que gasta Rafel: «Te lo digo de veras, Felipa, la chica me gusta y, cuando sea su tiempo, la casaremos con mi hijo, que ya se ve que la moza es trabajadora y dócil». ¡Trabajadora y dócil! —Arraona volvió a alterarse—. ¡Como si yo fuera una bestia de carga!

—Mujer, es un modo de hablar. Estará contento de cómo le sacas la faena —dijo Elisendis, tratando de restarle importancia.

—¡Dócil! —protestó Arraona.

—¡Déjate de bobadas! —se impacientó Petronela—. ¿Qué es eso de que quiere casarte con su hijo?

—Eso sí que son bobadas —replicó Arraona—. Desde que lo conozco se lo oigo decir: «Venga, Arraona, espabílate a crecer, que mi hijo espera». ¡Ya ves tú, su hijo! ¡A mí qué me importa su hijo! Siempre con la misma cancioncilla.

—¡Será guasa, mujer!

—Pues ya cansa, que al principio no decía nada, pero cuando se dio cuenta de que no era necia y de que hilar sabía...

Puede que hiciera ya un par de años, cuando Arraona empezó a

hacerse mayor y tuyo que dejar de lado los juegos, como todas las chicas de su edad. Además de las tareas que le encargaba su madre en el hostal, de llevar el pan a cocer a la tahona o de ocuparse de Guillem y cuidar de que no le pasara nada malo, justo cuando empezó a poder acarrear, lleno, el cántaro grande de la fuente a casa, su madre dijo que debía aprender a hilar. Hasta ahí, nada, todas tenían que hacerlo, pero en cuanto supo bastante su madre habló con el pelaire. Después de discutirlo con su marido, Nasi, y de acuerdo con Genís, que representaba que llevaba el negocio de la venta de grano, aunque toda la villa supiera que aquello era cosa de Felipa, habían decidido que la mejor manera de poder enjugar la deuda antes era que Arraona trabajara para alguien de fuera, y su madre había sugerido hacer una propuesta al pelaire. Que Rafel le trajera la lana y Arraona la hilaría por un precio, a destajo, a tanto la madeja. Primero a prueba. Si Rafel quedaba satisfecho, ya se pondrían de acuerdo.

Rafel había escuchado la proposición de Felipa, sin quitarle los ojos de encima, como solía, pero sin distraerse de lo que se hablaba, porque por encima de todo era un hombre de negocios. Si la chica valía, aunque solo fuera la mitad que la madre, se entenderían. De hecho, no necesitaba hilanderas. Todas las mujeres hilaban. Bastaba con pasarse por las casas. Tejedores sí, siempre le habían hecho falta. Pero Felipa le gustaba. Le había gustado siempre y más desde que se había emperrado en poner la venta de grano. Tenía coraje. Era como él, se decía el hombre cada vez que la veía. Entendía su deseo de devolver el crédito lo antes posible y si podía ser antes de plazo, mejor. ¡Cómo le habría convenido a él tener una mujer como aquella a su lado! Se desenvolvía bien solo, no había ni que decirlo, pero con aquel pedazo de mujer cerca aún habría estado más satisfecho de todo cuanto hacía. Y si ella le pedía que diera trabajo a su hija, y si la muchacha respondía —él la conocía desde que era chiquitina y siempre le había parecido juiciosa, buena chica, nada pavisosa—, ¿por qué no habría de hacerlo? No tenía nada que perder. Si la muchacha estropeaba la lana, lo dejarían estar, pero, si lo hacía bien, tampoco malgastaría los cuartos.

Hacía ya tiempo de los tratos que había hecho el pelaire con la madre de Arraona, y la cosa había ido bien. Arraona tenía maña para hilar, tampoco tenía ningún misterio, y todos contentos. Pero ya hacía un año que el pelaire había empezado con aquella historia de casar a su hijo con la chica de Felipa, y Arraona estaba más que harta de oírlo. Y aquello que había dicho aquella misma mañana, hablando de ella como si fuera una mula...

—¡Dócil! —volvió a quejarse a las amigas.

—¡Tampoco es ningún insulto! —protestó Petronela.

—Si cree que andaré detrás de su hijo, como van algunas mujeres,

con la cabeza gacha y dos pasos por detrás, que no abren nunca la boca y a todo dicen amén, amén, ya se puede ir olvidando.

—Pero entonces, ¿es que piensas casarte con el hijo del pelaire? —Petronela abría los ojos como platos.

—¡Pero qué dices, tú, ahora! Es un decir, mujer —se apresuró a aclarar Arraona—. ¡Si es mayor que nosotras! ¡Ya hace días que podría haberse casado!

—¿Y qué? No significa nada, que sea mayor. Tampoco lo será tanto.

—¡Anda que no! Tendrá, por lo menos, cinco o seis años más que yo.

—¡Eso no es nada! —Elisendis se echó a reír—. ¡Mis padres se llevan muchos más! Me extraña que no sea el pelaire quien quiera casarse contigo. ¿Verdad que es viudo?

—¡Anda esta! —Y Arraona tuvo que reírse también, por fin—. ¡El pelaire! Si debe de tener la edad de mi padre, ¡y a mí hace dos días que me han salido tetas! ¡Tú estás tonta!

—El pelaire con quien querría casarse es con tu madre —dijo entonces Petronela, maliciosa—. Nunca ha ocultado que la Felipa del hostal le gusta a rabiar.

—Pues mira qué mala suerte, porque mi madre sí que no es viuda.

Y con grandes carcajadas las chicas volvieron a la faena, a pesar de la pereza que les daba tener que seguir con la colada. La única que podía dejarlo a medias si se hartaba era Elisendis, que iba a los lavaderos del río porque quería, a estar de palique con ellas, pero que tenía sirvientas, que eran las que de verdad tenían que bregar con la ropa sucia. Pero eso a las amigas les daba igual y enseguida replicaban si alguien lo mencionaba.

—Vuestra amiguita sí que, como es una señorita, tiene quien le lave la ropa si ella se cansa de jugar a que no es de la mano mayor, ¡que no sé cómo se lo consiente su señora madre!

—Mejor para ella —contestaba entonces Arraona.

Y Petronela aún añadía:

—Yo, cuando sea una señora, también vendré con mis sirvientas y también lavaré un ratito con vosotras, solo para divertirme. Y estaremos todo el día de cháchara.

—¡Mira la otra con qué nos sale! ¡Ay, tu padre! De cabeza al infierno irá por llenarte los sesos con todas estas bobadas. ¡Dónde se ha visto!

Las mujeres se reían y hacían callar a las envidiosas. Querían ser amables con Elisendis. «Pobrecilla —decían—, que no se sienta demasiado fuera de lugar.» Y Elisendis se daba cuenta de que los lavaderos del río y las colas en la tahona eran exactamente como los salones y los comedores de la mano mayor para las mujeres de la

mano mediana.

Donde se habla de la obsesión de la madre de Elisendis por tener un molino de paños

EN EL COMEDOR

Había ya tiempo que Elisendis podía sentarse a la mesa, como una persona mayor, y aún más que, además de otras cosas, había tenido que aprender a tejer puntas de encaje a la aguja. Una afición de su madre que, según contaba, había adquirido de su ama, la mujer que la había criado y que siempre la hizo ir muy recta, tan celosa o más que la misma madre de la niña de que la señorita que había amamantado llegara a ser una auténtica señora, un orgullo para la casa y el linaje del señor que se la llevara.

Desde que había accedido al comedor para participar de las comidas con sus padres y sus hermanos, y desde que, de grado o por fuerza, asistía a las reuniones de los miércoles, su madre se dedicaba en cuerpo y alma —según ella misma contaba a las señoras, mientras comían dulces— a aleccionar a la joven y enseñarle todo lo que convenía a una señorita, digna de los apellidos que llevaba y de la casa a la que pertenecía, y, en general, cuál era el papel de los señores —como los Mir, que ostentaban la saonia— en aquel mundo en el que les correspondía vivir.

Por quien la madre de Elisendis sentía auténtica devoción era por los señores de Sa Muntada, que —decía, poniendo los ojos en blanco— eran tan buenos cristianos. Su madre era tacaña y puede que por eso admirara tanto la generosidad. El hecho de que, cincuenta años largos atrás, el abuelo Sa Muntada, el señor Pere, hubiera fundado el hospital cediendo una casa de su propiedad en la esquina de la calle que llevaba a la iglesia, donde había una fuente, le parecía una gran cosa. Que también hubiera instituido un beneficio no le impresionaba tanto, porque aquello de los beneficios, al fin y al cabo, se hacía por Dios. Pero que alguien diera parte de su patrimonio por una gente que ni le abriría las puertas del cielo ni podía darle ningún cargo oficial

como el pavorde, aquello sí que era ser buena persona.

Elisendis escuchaba y callaba, y miraba de reojo a sus hermanos, que también escuchaban, educados y respetuosos, pero con una actitud burlona. Sobre todo Jofre, que, sabiendo como sabía que su madre tenía con él una flaqueza, no se contenía, porque su madre le toleraba incluso que de vez en cuando soltara algún disparate y se mofara de lo que ella decía con tanto convencimiento.

El padre de Elisendis resultó tener toda la razón respecto a las repercusiones de la implicación del notario Rosseta en el crimen de Sant Cugat.

La sospechosa desaparición de Bernat Rosseta a raíz del asesinato del abad de Biure y su estrecha relación con el hereu Saltells le habían convertido en uno de los posibles cómplices, porque a aquellas alturas todo el mundo ya los daba por compinchados. Había quien decía que, después de huir del lugar del crimen, se metieron por caminos secundarios y, dando mucha vuelta, lograron alcanzar el mar, y que una vez en la costa se embarcaron.

Hacia dónde fueron no se supo nunca. Con qué dineros iniciaron una nueva vida, allá de la mar, aquellos hijos de buena casa tampoco se supo. Había quien decía que, en previsión, los confabulados hicieron llegar de antemano papeles y cartas de pago a tierras lejanas, quizás a Trinacria, a la que algunos empezaban a llamar Sicilia, a Nápoles o a tierras del rey de Francia, que, siendo familia del de Anjou, no movería un dedo para entregar a los asesinos a la justicia del rey Pedro, sino que aún les daría buena acogida. Otros decían que Pere Rosseta, a escondidas incluso de su madre, hacía llegar dinero a su hermano, que siempre había sabido y sabía por dónde andaba. Pero eso no se probó nunca, y ni el alguacil ni nadie quiso intervenir.

Aquellos que no eran señores pronto urdieron una leyenda y se decía que la faja de aquel campo de trigo, donde las espigas nunca eran demasiado ufanas, si es que prosperaban, marcaba el camino por donde los conjurados habían pasado, pies, para qué os quiero —que era un decir, porque iban a caballo—, con los puñales aún empapados en la santa sangre del pobre abad asesinado, que había dejado la tierra yerma. Decían también, como si hubieran participado en los encuentros, que los asesinos se reunían a menudo en un punto del paraje Junqueres y que había sido allí donde, una vez hubieron decidido matar al abad, concretaron los detalles de su crimen execrable. Tan seguros estaban que pronto se empezó a llamar a aquel lugar el Torrente del Mal, como el campo de trigo se convirtió en la Tierra Maldita.

Sí fue un día de duelo para la casa Rosseta, y para todos los de su mano, aquel en que, un año después de los hechos, se dejó constancia en las actas de las Cortes de Perpiñán, presididas por el

rey Pedro, del nombre de Berenguer Rosseta y del de la villa ligados a aquel asesinato, para vergüenza de todos en Sabadell, fueran de la mano que fueran. El rey, en aquellas Cortes, con el visto bueno y el consejo de los tres estamentos en pleno, el segundo día de febrero del año de gracia de 1351, emplazó a los criminales para que comparecieran, en un plazo de treinta días, citando como culpables reconocidos a Berenguer de Saltells y Bernat Rosseta, de Sabadell; a Ramón Vilader, de Barcelona; a un tal Antoni Figarola, a Pere Seto y a uno al que apodaban el Negro, que vete a saber quién era. Y en aquella misma sesión de las Cortes se derogaron —puntualmente y para aquel caso— las constituciones que no habrían permitido iniciar causa de oficio contra ellos y también la que prohibía la confiscación de bienes, de manera que una vez condenado el delito —tanto por el rey Pedro como por las Cortes que él presidía—, y en ausencia de los malhechores, que no comparecieron ni entonces ni nunca, se procedió a aplicar el castigo, que consistió en el derribo de la casa solariega de los Saltells en Cerdanyola y en la confiscación de todos sus bienes.

Pero, una vez pasado el alboroto de los primeros días, la notaría pasó a manos de su hermano pequeño, Pere Rosseta, que quedó al frente del patrimonio familiar. Y del crimen y de la posible deshonra de la familia ya no se habló más. Y de los confabulados tampoco.

La madre de Elisendis aprovechó que el asunto Rosseta no daba más de sí para volver a tocar uno de los temas que sacaba a relucir, insistente, con una constancia cautelosa. Podía ser tan tacaña y estirada como se quisiera, pero, quizás por eso mismo, tenía buen ojo para los negocios. Desde que Elisendis había empezado a saber cómo funcionaba el mundo más allá de los ventanales de su casa, oía a su madre dar la tabarra al almotazaf para que se hicieran con un molino de paños.

Los molinos iban tan ligados a la historia de la villa como el río, la pavordía o el Mercadal. Desde el principio de los principios, los monjes los habían mandado construir. Entonces solo eran molinos harineros, ya que en aquellos tiempos allí no había más que tierras de cultivo y algunas casas de labranza, pero pronto se utilizaron también para el acabado de los paños, y el oficio de pelaire era probablemente uno de los más antiguos de la villa. La madre de Elisendis, que no era boba y sí ambiciosa, tenía con aquello una fijación. No se cansaba de repetirle al almotazaf que tenía que invertir en paños, que, si no, al cabo de nada, los pelaires se harían con todo y serían más ricos y poderosos que los mismos señores, a quienes correspondía mandar por la gracia de Dios. El padre de Elisendis se reía y respondía que Dios no tenía nada que ver con todo aquello. Y la madre de sus hijos, tozuda con el molino. Que el papeleo les saldría de balde, puesto que eran tanto para los pobres como para los ricos los privilegios y las

franquicias que había establecido Roger Bernat de Foix, hijo de Gastó de Foix y nieto del otro Roger Bernat y de Margarida Monteada, hermana de Guillema, la viuda del infante Pedro... Y ella sola se lo decía todo, porque, cuando empezaba a repasar los parentescos entre los señores y quién había heredado qué, todos, en la mesa, miraban al techo y se desentendían de la conversación, y cada cual se dedicaba a pensar en sus cosas, sin peligro de que su madre los pillara, perdida en sus divagaciones.

—De sobras sé que a nosotros no nos hace falta. Podríamos pagar las escrituras y lo que hubiera menester, sin que nuestro patrimonio se resintiera ni un tanto así, pero ¿por qué no deberíamos hacer uso de los privilegios? ¿No te parece, esposo?

Elisendis no tenía claro si su madre se habría empeñado tanto en invertir sueldos en un molino de no haber existido las franquicias. Pero bien pudiera ser que sí. Le gustaba darse aires de gran señora y le carcomía tanto no tener un título nobiliario que nada podía parecerle mejor que seguir los pasos de los señores de Ódena, que, al iniciarse el siglo, habían construido el molino que ahora se conocía como el molino de Trilla, porque junto a él había un campo donde se batía el grano. La madre de Elisendis quería un molino. Los señores del castillo poseían molinos, los monjes del monasterio de Sant Llorenç del Munt poseían molinos y la pavordía poseía molinos. Dos. Aquellos llamados Des Bessó, que eran los que más encontronazos tenían con los de Tarrasa, por el maldito asunto de las aguas. Ella también quería un molino. No quería asociarse con un pelaire, que eso le parecía rebajarse. Quería ser la señora del molino, de un molino que llevara su nombre y que hubiera mandado construir su hombre. Su esposo, que aquello de hombre lo decía la gente baja.

—No quiero enredos con molinos mientras no se resuelva el conflicto por las aguas del río Ripoll. Traen demasiados quebraderos de cabeza —solía decir el padre de Elisendis cuando ya tenía suficiente y la señora de la casa había conseguido ponerle la cabeza como un bombo, que esa, hasta Elisendis lo sabía, era la peor manera de tratar de convencer a nadie—. Ya hemos hablado otras veces, querida, de este asunto. —Y el almotazaf, aburrido de tanta palabrería, ponía fin a la conversación—. No invertiré dinero en un molino mientras haya que levantar el somatén cada dos por tres.

Con eso daba el tema por zanjado. De momento. Hasta que la señora volviera a la carga, pesada, obstinada, con aquella manía de hacerse con un molino de paños y el almotazaf volviera a decir que no.

Entonces, la madre de Elisendis hacía tintinear la campanita de plata y, con un gesto, indicaba a la sirvienta que trajera agua o sirviera vino al señor o se llevara los platos. Sonreía y cambiaba de tema,

porque una de las tareas de una señora de buena casa era no permitir nunca que la conversación decayera y entretener a la gente que la rodeaba.

Elisendis escuchaba y, exceptuando las escapadas para ir a encontrarse con Arraona y a veces también con Petronela, seguía contemplando la vida desde detrás de las ventanas, aquella vida que se encontraba allí fuera y que empezaba a entender. Se dedicaba a pensar, aunque de un modo vago e impreciso, en las cosas del mundo, de su mundo, que quizás era pequeño, pero que, como la villa, tenía un montón de puertas, quizás aún cerradas, que podían abrirse. No quería dejar ninguna atrancada, porque tenía un gran afán de saber, de conocer, de ensanchar tanto como pudiera aquel mundo pequeño y esmirriado que representaba su madre, que tanto se las daba de saberlo todo, de conocer a todos, pero que en realidad a Elisendis le daba la impresión de vivir —como ella— dentro de una jaula cerrada, sin saber nada, en un universo reducido, cada vez más ficticio, porque el mundo de verdad se movía, y la vida era un cambio, y los cambios traían cosas nuevas, y las cosas nuevas ya no se regían ni con los ritmos envarados ni con las normas establecidas con que se regían las viejas.

Elisendis sentía el anhelo de un mundo nuevo, porque el viejo, el de su madre y las otras señoras de la villa, le parecía aburrido, muy aburrido. Tanto, que no podía comprender que ninguna de ellas se diera cuenta y se muriera de abatimiento.

Donde las muchachas todavía no saben qué les espera

EN EL HOSTAL

El privilegio de la feria de verano, que daba comienzo el primer sábado de julio y se alargaba durante diez días, ya era un hecho. El rey Pedro había establecido que cualquiera que quisiera asistir a la feria que se celebraba en el Mercadal tuviera el paso franco hasta la villa y pudiera transitar por los caminos que conducían hasta ella sin ser molestado. Ni los arrieros ni sus mercancías habrían de sufrir el asalto de bandoleros, ni ninguno de ellos sería llevado a prisión ni detenido por los hombres del rey, a no ser que la hicieran muy gorda.

Y si lo decía el rey, se cumplía.

Durante las ferias, tanto en la de verano como en la de invierno, la villa se llenaba de actividad y de gente que llegaba procedente de cualquier rincón del país. De hecho, la villa, rodeada de magníficas murallas, había empezado siendo solo eso, un mercado, después de que toda la comarca fuera reconquistada a los sarracenos, que habían dominado la zona durante más de cien años. Poco a poco, los dueños de aquellos territorios, los señores feudales de la época, habían cedido tierras a la gente para que las poblara. Tanto les daba a ellos la gente, pero aquel lugar de encuentro de tratantes de ganado, payeses y artesanos, donde mercadear y baratar, ya entonces prometía y las promesas se habían ido concretando en riqueza.

Todo el mundo en la villa esperaba como al santo advenimiento la llegada de las ferias, que llenarían la plaza del Mercadal de barullo y de gente venida de fuera, de payeses mayoristas de grano y de ganado de toda especie. Artesanos de todas partes, que entrarían en la villa por los portales que daban a caminos muy principales, proclamarían las excelencias de los productos que exhibirían y que la mayoría habían fabricado con sus manos: los cacharreros, las jarras y los platos y una ristra de recipientes donde guardar el grano y las legumbres, el aceite y el vino; los esparteros venderían o trocarían cuerdas y capazos, alpargatas y aventadores. Pero los puestos donde

se amontonaba la chiquillería, con los ojos brillantes y el deseo en las manos, eran los de juguetes.

—Qué bien nos vendría que la villa perteneciera al rey por siempre jamás —decía Bernat Pastor en el hostal mientras tomaba un bocado, después de pasar por el matadero—. A él le convendría y a nosotros también.

La gente empezaba a estar harta de que el señor vizconde, cada vez que tenía las arcas vacías, traspasara la villa a cualquier otro señor que estuviera interesado en ella.

—¡Ya me dirás qué diferencia habría! —se quejó un molinero que estaba sentado a la misma mesa—. Los señores son los señores, sean reyes, condes o vizcondes. Nosotros, a pagar y a callar.

—Si solo dependiéramos del rey, no tendríamos que rendir cuentas a ningún otro señor que nos estrujara para poder sacarnos lo que él también tiene que pagarle al rey. Y el rey Pedro está cambiando cosas... —se explicó Bernat.

—Qué quieres que te diga... —El molinero se rascaba el cogote.

—Que sí, hombre, que sí —se entrometió otro—. El rey Pedro ya es otra clase de rey.

—Lo malo es que bastante trabajo tiene con los territorios que no paran de sublevársele —añadió entonces Bernat Pastor.

—¿Lo dices por el levantamiento que hubo en Aragón cuando nombró heredera a la hija?

—En Aragón, en Valencia... Y espérate que el rey de Castilla no organice una buena.

—¡Ay, Bernat, qué ganas de llamar al mal tiempo! —replicó Felipa, que se había acercado a llevarles otra jarra de vino—. Ahora lo que conviene es que el rey establezca para la villa el mismo privilegio que ya nos ha otorgado para la feria de verano, para el Retorn de la Fira, que lo demás... ¿Qué nos va ni nos viene a nosotros en los enredos que los reyes se traigan entre manos?

—Sí, mujer, sí, el Retorn de la Fira —se quejó un hombre que estaba de paso—, ¡así el negocio os saldría redondo! ¡En esta villa solo pensáis en hacer dinero! Pero si hay guerra, mestressa, las cosas se pondrán difíciles. A pesar de que para algunos la guerra es precisamente el negocio más rentable. Tanto los que mercadean con armas y otros artilugios como los que sacan provecho de la desgracia jugando con el precio de la comida celebrarían por todo lo alto que estallara otra. Una guerra da muchas ganancias. Quedarías asombrada, mujer.

—No será para los de abajo, que a nosotros solo nos arrebata a los hijos y nos desazona el alma —le soltó Felipa.

—¡Qué sabréis las mujeres de cuestiones de gobierno ni de lo que conviene al país!

—¡Anda que tú sabes mucho! —se echó a reír Felipa meneando la cabeza y volviendo junto al fuego a revolver la olla, no se le fuera a pegar el guiso.

—Lo que el rey debería solucionar es todo este jaleo que tenemos con los de Tarrasa —dijo entonces el molinero.

Hacía pocos días que Pere d'Om, que tenía un molino de paños en la Horta Major, que antes había sido propiedad de los Botet, se había encontrado la esclusa hecha pedazos. No sería menester mencionar siquiera que aquel mismo día se había levantado el somatén y los hombres habían corrido, río abajo, a dar un buen escarmiento a los molineros del término vecino, tan pegado al suyo que casi se podía tener un pie a cada lado sin salir de la villa. El baile de Tarrasa no dejaba de poner el grito en el cielo, harto de las incursiones del somatén en su término. Ya se encargaría él de meter en prisión a los responsables si se probaba el delito del que se los acusara. Pero como nunca lo hacía, ni los sabadellenses se fiaban de que fuera a hacerlo, con pruebas o sin pruebas, y el baile de Barcelona iba a lo suyo, seguían liándose a pedradas con sus vecinos cada vez que algún molino sufría un desperfecto. Y los días después de la reyerta más de uno andaba con un ojo a la funerala o la espalda baldada.

—¡Algún día nos llevaremos un buen disgusto! —se lamentó Felipa.

—¡Pues que se quede en su casa, esa mala raza de gente! —renegó el molinero, mientras se levantaba—. Mestressa, ¿qué se debe?

—Mamá, voy a la fuente.

—¿Otra vez? —se extrañó Felipa.

Pero Arraona se fue antes de que su madre le encomendara cualquier otra tarea. Y es que apenas hacía un instante el chico de los recados de casa de Elisendis, aquel hermano suyo de leche esmirriado que los señores habían conservado como criado, había asomado la nariz por la puerta del hostal y le había hecho un gesto a Arraona, que enjuagaba escudillas en un barreño. Ahora que las muchachas eran mayorcitas, lo hacían a menudo. Si Elisendis podía escaparse un rato de la vigilancia de su madre, mandaba al chico a hacérselo saber a las otras dos. Entonces Arraona y Petronela se las componían para escabullirse también. Cuando no iban a los lavaderos del río, donde podían pasarse todo el día, se encontraban en la fuente y se sentaban a la sombra de los árboles, en un bosquecillo repleto de tomillo, para charlar mientras oían correr el agua. En invierno se veían en la cola de la tahona. Si Elisendis veía a Arraona o a Petronela abajo en la plaza desde los ventanales de su casa, se apresuraba a echarse por encima una capa gruesa de lana y bajaba a la calle para estar con ellas un rato, hasta que alguna de las sirvientas iba a

avisarla de que la señora la buscaba. De vez en cuando también se veían en el hostal o en casa de Petronela, que a la mujer del carnicero le halagaba sobremanera que la señorita apareciera por su casa.

—¿Cómo está tu pretendiente? —preguntó entre risas Petronela a Arraona nada más verla, para hacerla rabiar.

—¡Eres una mula! —replicó enseguida Arraona mientras colocaba el cántaro bajo el chorro de agua que manaba por el caño de hierro.

En mala hora les había contado aquella bobada que había dicho el pelaire meses atrás, que la casaría con su hijo, aquel chico tan callado que ni parecía hijo suyo. Con lo parlanchín y efusivo que era Rafel, que entraba en el hostal y todo el mundo parecía animarse solo al oírlo saludar. Desde aquel día, la simple de Petronela le daba la lata con eso.

—Déjala, Petronela, ¿no ves que a Arraona le disgusta que digas esas cosas? —saltó de inmediato Elisendis en defensa de su amiga.

—Sois un par de pánfilas —replicó Petronela al instante—. Si Arraona ya sabe que es guasa, ¿verdad que sí, Arraona? Y tú, Eli, ¿siempre tienes que defenderla? ¿Es que no tiene boca, para defenderse sólita si quiere?

Petronela no podía sufrir que Elisendis siempre hubiera preferido a Arraona. Sabía que esas dos se entendían mucho mejor que con ella. Eso le ponía celosa y aprovechaba cualquier ocasión para reprochárselo, aunque siempre fingía estar bromeando. Pero aquel día no quería discutir. Tenía una gran noticia.

—¡Mi padre ha establecido un beneficio!

—¿En Sant Salvador? —preguntó Arraona.

—¡No, mujer, no, en la parroquia, en Sant Feliu!

—Ya me perdonarás, pero me parece que tu padre tiene muy poca vista —dijo Elisendis.

—¿Poca vista? ¿A qué te refieres? —saltó Petronela.

—Pues que ya son ganas de ponerse de punta con la pavordía, que tu padre, que tiene puesto en la plaza los días de mercado y durante las ferias, si quiere estar a buenas con la pavordía, que es a quién pertenece el Mercadal, habría sido más listo estableciendo el beneficio en Sant Salvador y no en Sant Feliu.

—Mi padre tiene muy claro que la parroquia de verdad es la iglesia de Sant Feliu y no se mete en estas disputas mundanas en las que andan el párroco y el pavorde.

—Eso de «disputas mundanas» debe de ser lo que dice tu padre, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque no me parece que sean palabras tuyas.

—Pues sí, es lo que dice mi padre, y ya verás como el tiempo le dará la razón, porque la parroquia es la parroquia y, mientras el señor

obispo no lo diga o no lo cambie, la iglesia de la pavordía no es nada.

—Verás cómo le harán pagar a tu padre que se posicione tan abiertamente en favor del párroco en este asunto... —dijo Elisendis como si nada, porque, de tanto escuchar en su casa, ya empezaba a entender cómo funcionaban las cosas, fueran del poder terrenal o del de la Iglesia, que, según decía su padre, ambos eran iguales, porque unos y otros se aferraban a las cosas de este mundo, por mucho que algunos quisieran disfrazarlo de otra cosa.

—Mi padre es muy devoto de la parroquia. Y de san Feliu —replicó Petronela—. No lo ha hecho en absoluto por intereses mezquinos ni para aprovecharse de nada.

—Tu padre es un buen hombre y me creo que lo haya hecho por devoción, pero con muy poca vista —insistió Elisendis.

—¡Eres una cínica!

—Cállate, Petronela, guárdate de insultar a Elisendis estando yo delante. Solo está diciendo la verdad. Mi madre también dice que esto de la Iglesia es una pantomima.

—Eso, eso, tú ponte de su lado. ¡Envidiosa! ¡Ya te gustaría a ti que en tu casa pudieran establecer un beneficio como hacen los señores! Yo no tengo que trabajar como tú, ni deslomarme para pagar las deudas de mi familia.

—¡Huy, ya ves qué envidia! —se burló Arraona—. ¡A mí me da lo mismo si tu padre paga o no el gasto de un altar allí arriba de la montaña! ¡A mí qué!

La rivalidad entre ambas iglesias, atizada por el señor párroco, había llegado a dividir a la población entre los partidarios de la rectoría y los feligreses que, fuera parroquia o no, tenían por suya la iglesia de la pavordía y era allí a donde iban a rezar y donde, sobre todo los señores, establecían beneficios, que, de hecho, no era otra cosa que meter dinero.

—Pero —se sorprendió entonces Arraona— ¿un carnicero puede establecer un beneficio? Creía que eso era solamente cosa de señores.

—¿Por qué no habría de poder? Si tiene sueldos... —dijo Petronela —, y mi padre...

—Sí, ya sabemos que tu padre los tiene a capazos y que te casará con un señor —remedó Arraona.

Pero sí era cierto que hasta entonces solamente los señores habían tenido suficiente dinero como para encargar la construcción de un altar o pagar alguna mejora o algún tipo de servicio de culto permanente en la iglesia y correr con su mantenimiento económico. Los beneficios de los que pudiera gloriarse una iglesia —o la carencia de ellos— decían mucho de la iglesia en cuestión, y la de Sant Salvador, en la pavordía, aun sin ser la parroquia, contaba con más

que la de Sant Feliu, cosa que hacía hervir la sangre al señor párroco.

—Tengo que volver. El hostal está lleno a rebosar y seguro que mi madre se ha enfadado al ver que me iba, justo cuando había que servir mesas —suspiró Arraona levantando el cántaro y cargándoselo a la cadera. Entonces se acercó a darle un beso a Petronela, que estaba enfurruñada—. No te enfades, Petronela, ¿no ves que bromeamos? —Y mientras se sacudía las faldas, preguntó—: ¿Venís?

Petronela quería quedarse un rato, pero Elisendis dijo que ella también tenía que marcharse a su casa, no fuera a ser que su madre la buscara. Así pues, la hija del carnicero también se puso en pie, a disgusto, y las tres fueron tirando hacia el centro de la villa, donde se separaron.

Donde se habla de la campaña de los reyes en Cerdeña

EN EL MATADERO

Hacía unos años que el rey Pedro se había enredado en una guerra con Génova, dando su apoyo a los de Venecia, a raíz de las revueltas que los genoveses atizaban en Cerdeña. Cerdeña pertenecía a la corona desde que, unos cincuenta años atrás, su abuelo, el rey Jaime, llamado el Justo, que entonces, además de ser el rey de Aragón, de Valencia y de Barcelona, también lo era de Trinacria y de Mallorca, se había dejado engatusar por el santo padre, entonces Bonifacio VIII —que también tenía sus historias con otros príncipes y reyes—, para que le cediera la isla de Trinacria, a cambio de Cerdeña y, sobre el papel, de Córcega. Le faltó tiempo al papa para coronar rey de Trinacria al de Anjou, que estaba de su lado. Entre los papas, los de Anjou, los reyes de Aragón y los príncipes de Nápoles y los de Pisa, que también la querían y se disputaban el dominio sobre las islas grandes de la Mediterránea, la situación nunca había sido estable, ni parecía que llegara a serlo.

—La reina Leonor y sus hermanas están de nuestra parte —decía una tarde de domingo Pep, el carnicero, a Bernat Pastor, mientras charlaban en el patio del matadero.

—¿Nuestra? ¿Tuya y mía? —se echó a reír su mujer, que los escuchaba desde la cocina, con todo abierto, mientras terminaba de preparar la merienda para las amigas de Petronela, que acababan de llegar.

—De los intereses catalanes en Trinacria —se corrigió Pep, haciendo una mueca a Bernat sin que su mujer lo viera.

—Ah, porque nosotros, intereses en las islas de allá de la mar... Si acaso, penas, ¿verdad, niña? —dijo la mujer dirigiéndose con expresión de lástima a Arraona—. Tu tío, el almogávar, debe de andar por allí guerreando y cualquier día nos dirán que está muerto.

—Por muy de nuestra parte que digas que está la reina, bien que exigió al rey renunciar a cualquier derecho sobre Trinacria cuando se

casó con él. La reina Leonor quiere que sigan siendo reyes su hermano Federico y sus herederos. Tal y como prometió el papa Benedicto al otro Federico, su abuelo —añadió Pep.

—Líos de papas y reyes —refunfuñó su mujer, mientras llevaba una torta de aceite a la mesa—. Hala, entrad a merendar.

—La cuestión es que los genoveses no solo provocan alborotos en Cerdeña, sino que han ocupado Alguer, y para allá que se han ido el rey y la reina con los almogávares, a poner orden —retomó la conversación Bernat, una vez se habían sentado todos alrededor de la mesa.

—¿La reina también se ha ido a la guerra? —se horrorizó la madre de Petronela.

—Tendrías que salir más, mujer —le dijo Pep—. No se habla de otra cosa.

—No será en la tahona —se defendió ella.

—Pues sí, la reina también, que es parte interesada y, además, apoya en todo a su marido, no como otras —añadió Pep guiñando el ojo a las niñas.

—No lo dirás por mí —saltó la carnicera.

—Quien se pica...

Y es que a la mujer del carnicero le daba tanto coraje que Pep diera palique a todas las mujeres que iban a por carne, fueran jóvenes o viejas, bonitas o feas —que en eso él no hacía ninguna distinción—, que a menudo acababan teniéndoselas, marido y mujer. Pep estaba más que harto de aquello, pero, como era un guasón, procuraba echárselo todo a la espalda. La dejaba refunfuñar, aunque a veces le gustaba hacerla rabiar, lo que no era muy difícil, porque con cualquier comentario se daba por ofendida.

—Mis hermanos también se querían ir a la guerra de Cerdeña con los reyes —dijo entonces Elisendis, retomando el tema.

—¿De verdad lo dices, bonita? —se alteró la mujer del carnicero.

Le gustaba invitar a las niñas a merendar alguna tarde de domingo. Lo que le hacía sonrojarse de gusto era poder contar después que había tenido a la nena del almotazaf en casa. Se pasaba días y más días alardeando de ello delante de las vecinas, y contaba a quien quisiera escucharla que su Petronela y la señorita Elisendis, de la casa grande de la plaza, eran tan amiguitas. A Arraona la invitaba para que no fuera dicho, porque, de hecho, la hija de la hostelera entraba y salía de su casa cuando quería. A Elisendis, en cambio, no la dejaban campar a sus anchas por las calles y hacían que la acompañara siempre una sirvienta. A su señora madre no le gustaba ni pizca que la niña se codeara con aquellas muchachas de la mano mediana, pero su marido, el almotazaf, le había ordenado prohibírselo a la hija, que todo se sabía.

—Sí, señora. Pero mi madre no dejó que fueran.

—Y muy bien que hizo tu madre, que no traemos criaturas al mundo para que nos las maten en las guerras por los caprichos de los señores.

—¿Has oído, zagal? —le dijo entonces Bernat a Iu, que había llegado con Iscle y ya se estaba atiborrando de torta—. Justo eso es lo que le dije a este cuando los hombres del rey buscaban soldados. Me llegó a casa un día con la bobada de que quería marcharse. Los dos, Iscle y él. ¿Te acuerdas, Iscle?

Iscle se puso como la grana. Vaya si se acordaba. Sobre todo de la vergüenza que había pasado cuando el padre de Iu los cogió a los dos por una oreja y se los llevó al matadero. Una vez allí, le había pedido a Pep que les hiciera matar y desollar a un animal, porque, si no tenían estómago para cortarle el gaznate a un cabrito, que al fin y al cabo era un bicho, y lo degollaban para comérselo, cómo pretendían ir por el mundo a matar a otros hombres.

—¿No me dijo, el desgraciado —Bernat seguía y seguía, y aún se encendía si salía aquel tema—, que se quería hacer almogávar y que tenía que acompañarlo no sé adónde, a un puesto que habían levantado en la plaza para las levas, a dar mi consentimiento? Me ca... Perdón —se interrumpió al ver la mirada amonestadora de la mujer del carnicero—. ¡Le pegué un sopapo que poco faltó para que lo dejara sordo! Eso mismo le dije, que no había levantado el rebaño ni el negocio con el ganado para que el hijo se me fuera a hacerse matar en las guerras que tenían los señores, que a nosotros ni nos van ni nos vienen. ¡Dónde se ha visto!

Iscle, que no había dicho ni en su casa que quisiera ser almogávar, porque en realidad solo se veía capaz de hacer bravuconadas si Iu lo animaba, quedó bien escarmentado con la experiencia. Él no pudo matar al cabrito que Pep les puso delante. Iu sí, pero porque sabía que su padre y Pep habían acordado que el joven trabajara en el matadero y porque, dejando de lado aquella historia de hacerse almogávar, Iu habría hecho lo que fuera con tal de quedarse en la villa, de tanto como aborrecía el oficio de pastor, el silencio de los campos y la modorra de estar pendiente de un puñado de animales cortos de luces. A raíz de aquello, de querer irse a la guerra, su padre, encabronadísimo, después del sopapo que le endiñó, de la bronca y los gritos que le pegó, lo obligó a trabajar con Pep.

—Demasiados pájaros en la cabeza, demasiadas memeces y demasiado soñar despierto como un iluso. Si tuvieras que matarte a trabajar y deslomarte de sol a sol, no tendrías ni tiempo ni ganas de pensar en estupideces.

De ahí que Bernat hubiera acudido a Pep, al que pidió, por la amistad que tenían, por sus muertos y por san Feliu, que cogiera al

zagal como aprendiz, que de otro modo se le iba a echar a perder. Pep se avino y el chico se quedó más contento que nadie, porque, si Bernat Pastor creía que con eso lo castigaba, para Iu era un premio. A él lo que no le gustaba ni pizca era ser pastor, como su padre, y, aunque el carnicero lo hubiera hecho dormir al raso —y no hace falta decir que no lo hizo—, y a pesar de tener que acostumbrarse a aquel hedor de la carne muerta a todas horas en las narices, por fin estaba en la villa y hacía su vida en ella. El amo, Pep, lo hacía ir de acá para allá, a llevar la carne a las casas buenas. Y cuando Iscle regresaba de las viñas, donde trabajaba con su padre, se encontraban y se iban a dar una vuelta por la plaza. Le gustaba, la villa. Le gustaba mucho más que tener que triscar y pasarse el día solo detrás del rebaño, con tantas horas para cavilar. No le gustaba nada cavilar. Y ya no quería otra cosa que no fuera aquella vida como aprendiz de Pep, con quien se entendía mejor que con su padre, porque Bernat no era tan guasón como el carnicero. El joven temblaba al pensar que cualquier día su padre acabaría decidiéndose y, como anunciaba desde hacía ya un par de años —y más desde que Ermengarda era una pollita—, se instalaría en la villa, tomaría a jornal a un pastor más joven que se quedara en la sierra con sus rebaños y se dedicaría a vivir como un señor después de tantas penurias, mientras fue un pastor de remensa, y de haberlas pasado moradas hasta tener su propio rebaño. Así pues, Iu aprovechaba los que él creía que serían sus últimos días de libertad para zascandilear por las calles y andar fanfarroneando por ahí, porque eso de hacerse ver sí que le gustaba, y tenía un arte y una gracia innatos para contar las cosas más simples como si realmente se tratara de las mayores aventuras.

Iscle, en cambio, era tímido y sufría por todo. Hasta él veía que, si el día de mañana tuviera que ocuparse del hostal, no sería el gran conversador que había sido el abuelo Salvador, y quizás entonces la clientela se aburriría y la parroquia se buscaría otro hostal donde darle a la lengua y hacer gasto. También le inquietaba Ermengarda, la hermana de Iu, que le gustaba tanto, pero que no lo miraba nunca. Arraona lo sabía y se reía para sus adentros, pero no lo mencionaba ni bromeaba con eso, porque quería a su hermano.

Sí que se reía, aunque sin malicia, con Elisendis. Se miraban de reojo y tenían que hacer un esfuerzo para no estallar en carcajadas desde que habían descubierto que a Petronela le gustaba Iu. A Iu no se sabía. Aun siendo tan fanfarrón, nunca nadie —a excepción, quizás, de Iscle— sabía nada de las cosas que le pasaban por la mente o de lo que pudiera sentir. Pero, para Arraona y Elisendis, Petronela era transparente y, mucho antes de que ella misma se diera cuenta, era evidente que se había encaprichado de Iu. Estaba deslumbrada. Y el hecho de que Iu quisiera ser almogávar le había

encandilado todavía más. Ya lo veía como un héroe, volviendo de las cruzadas. Le daba igual que las amigas le explicaran que de ir a las cruzadas nada, que como mucho al Ampurdán o a las islas que el rey tenía medio sublevadas. Le daba igual que le dijeran que los almogávares eran una pandilla de muertos de hambre que vivían como salvajes, tanto si estaban en guerra como si no, y que en tiempos de paz eran incluso más temibles que los mismísimos salteadores de caminos.

Petronela se había enamorado locamente de Iu y desde que él trabajaba en el matadero se la veía más que contenta.

Donde se habla de los almogávares y de la repoblación de Alguer

EN EL HOSTAL

La campaña que el rey Pedro y la reina Leonor habían encabezado en Cerdeña contra los genoveses, que habían tenido la osadía de ocupar Alguer, no fue demasiado larga. Un año después ya los habían echado de la ciudad y de la isla. En la villa, todo eso se supo de refilón, pero tampoco gastaron en el asunto muchos pensamientos ni conversaciones. Al fin y al cabo, Cerdeña y todo eso les pillaba muy lejos y bastante tenían con el día a día, con los acontecimientos en la villa y en las casas, como para entretenerse con aquello.

Sí que tuvo repercusiones que nadie nunca se habría esperado para la gente del hostal. Sí que se habló, días y días, cuando el hereu sin herencia del viejo Salvador, que ya hacía tanto tiempo que había muerto, regresó un buen día. Genís se quedó blanco cuando lo vio entrar por la puerta y Felipa, si no hubiera sido una mujer tan juiciosa, se habría caído al suelo sin sentido de la impresión de ver a su hermano mayor plantado allí en medio de la sala, llena de gente que comía y bebía y charlaba, originando un murmullo zumbón de panal de abejas gigante. ¡La de años que hacía que se había ido! Nunca más habían vuelto a saber nada de él. Ni si estaba vivo ni si estaba muerto. Y ahora lo tenían en casa, como si nada hubiera pasado, como si no se hubiera ido furioso, harto, en aquellos tiempos en que los señores oprimían tanto a la villa que muchos la abandonaron para buscarse la vida en alguna otra parte donde los señores fueran más benevolentes. O en Barcelona, donde las cosas iban de otra manera.

Allí en medio de la sala, aquel hombre impresionaba. Fuerte como un roble, fornido y con una musculatura que nadie había visto jamás, ni en los más fuertes de los leñadores, vestía una camisa corta y unas calzas estrechas de cuero, como las abarcas que calzaba y la correa donde llevaba el cuchillo y un mechero, y un zurrón de piel curtida a la

espalda.

—¿Es el Pare Gegantàs? —preguntó Guillem a Arraona con un hilo de voz, mientras se medio escondía tras sus faldas.

Arraona se echó a reír, porque sí que parecía, el hermano de su madre, aquel gigante de los cuentos, el Pare Gegantàs, con una boca como un capazo, una nariz de palmo y un ojo como un cedazo. Solo que su tío tenía dos ojos y no uno como el gigante de la rondalla, que desde que era bien pequeño era el cuento preferido de Guillem.

—No, hombre, no, es el tío almogávar.

No había venido solo. Estaba con una mujer y tres criaturas que dijo a los hijos de Felipa que eran sus primos. Andaban todos, tanto los mayores como los pequeños, sucios de la cabeza a los pies. Felipa, en cuanto se repuso de su asombro, puso agua a calentar en la olla grande y les dio un barreño y trapos para que pudieran lavarse, fuera, en el patio.

—Así estaréis más cómodos, y mientras Arraona y yo prepararemos una buena cena para cuando llegue mi hombre de las viñas con el chico. Y entonces nos lo podrás contar todo, que ahora debéis de estar reventados y las criaturas, mira cómo se rascan, pobrecillas.

La agitación que hubo en el hostal con la llegada del almogávar se propagó al instante por la villa. Toda la tarde fue un continuo de gente que no paraba de pasarse a preguntar, a curiosear, hasta que Felipa dijo que ya estaba bien y que cerraban, que aquella noche no se servían comidas, ni frías ni calientes, ni una triste jarra de vino.

El almogávar, después de cenar, y cuando ya todos se habían recuperado un poco de la sorpresa y él, de la impresión de regresar a la villa y a la casa que había sido el único lugar donde había vivido antes de irse a correr mundo, en cuanto rompió a hablar, ya no hubo quien lo hiciera callar. Que le había costado tanto hacerse a aquella vida errante y más dura que la de un condenado a galeras, que bien podían pasarse dos y tres días sin comer nada o solo hierbajos del campo, como los animales. Que aquella manera de guerrear, de noche y a pie, con el puñal y la lanza, sin siquiera llevar una coraza que les estorbara al moverse como las fieras cazadoras de la noche, tendiendo emboscadas como si fueran talmente saqueadores o mala gente, en grupos pequeños, de una docena mal contada de hombres y un jefe al que llamaban el adalid, que les mostraba el camino, era la clave de sus triunfos contra el enemigo. Que la mujer, que era arisca y aún no había dicho esta boca es mía y los miraba como si fueran a robarle los hijos, era hija de un compañero y se habían conocido en el campamento, ya no se acordaba en qué guerra, porque las mujeres y la chiquillería iban con los hombres. Todos viajaban juntos, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Que su chico mayor, que

apenas debía de tener algún año más que Guillem, que ni siquiera había cambiado la voz, ya había luchado a su lado contra los genoveses, en Alguer, y era una fiera, el orgullo de su padre y de su madre. Aquí sí que la mujer abandonó un instante aquella expresión huraña que tenía su rostro y pareció que sonreía con satisfacción de madre, como si le hubieran aceptado al chico como aprendiz de tejedor o de pelaire, aunque quizás solo lo pareció. Que sí, que acababan de llegar de la isla de Cerdeña, de guerrear al lado del rey, y se habían decidido a dejar aquella vida, porque Alguer les había gustado y el rey, después de echar a los genoveses, quería repoblar la ciudad con buenos catalanes de pura cepa. Las listas de repobladores se harían en Barcelona, porque había que elaborar un censo antes de que toda aquella multitud se instalara en la ciudad sarda. Los barcos saldrían del puerto de la capital y quien llegara por otros caminos no podría acogerse a los privilegios que el rey daría a los que se embarcaran en aquella gesta, que de no ser por eso ya se habrían quedado allí. Ya había tenido guerras suficientes, decía aquel gigantón con los brazos como troncos de encina. Se hacía mayor y tenía ganas de poder dormir en un jergón, de que sus hijos jugaran por las calles y las plazas, y de tener un techo. No, no sabía en absoluto a qué se dedicaría, una vez instalado en la ciudad sarda, algo encontraría. Quizás pondría un hostal como aquel, que tenía tan buena pinta. Y se reía con grandes carcajadas que hacían temblar las jarras.

Se quedaron en la villa y en el hostal todo el tiempo que duraron los preparativos de la expedición de repoblación del rey. Las criaturas, los dos más mayorcitos y la niña menuda y escuchimizada, con las escudillas que Felipa les ponía delante, pronto echaron carnes y aprendieron a vivir entre la gente, aunque lo que más les gustaba era salir por los portales de la villa y dejar atrás las murallas para vagar por la orilla del río, los bosquecillos y la sierra. A veces, también iban con su madre, aquella mujer callada y fuerte que apenas si sonreía muy de vez en cuando, solo pendiente de los ojos y los labios de aquel hombre suyo que hablaba por todos, con voz sonora y un habla cargada de acentos de fuera.

—Deja que me lleve a tu crío pequeño, Felipa —le dijo una noche, de golpe y porrazo, el almogávar a su hermana, cuando la chiquillería ya dormía.

—¿A Guillem? —se sobresaltó Felipa, llevándose la mano al pecho.

—¡No! —se le escapó a Arraona del fondo del alma.

Guillem era como si fuera hijo suyo. Había cuidado de él desde que era pequeño. Ella tampoco era demasiado mayor entonces, pero ya podía cargarlo en brazos, y lavarle la cara, y darle las sopas con una cuchara, y cubrirle de besos los rasguños que se hacía si se caía

mientras jugaba, de modo que su madre pudiera dedicarse de lleno a sus quehaceres en el hostal.

Pero el tío almogávar se lo llevó. Todavía habrían de pasar días antes de que la expedición estuviera lista. Sus padres y su tío tuvieron un montón de conversaciones más sobre aquel asunto, y a Arraona nadie le dio ninguna explicación. Solo supo que lo habían decidido y que el chico se iría con su tío y su familia. Que en Alguer tendría un futuro mejor. Bien habían de velar por el futuro de todos sus hijos. Allí en la villa, Guillem se pudriría, ya que ni las viñas ni el hostal serían suyos. Iscle ya les daba quebraderos de cabeza suficientes, porque tampoco era hereu de nada, puesto que su padre, en las viñas, también estaba a jornal de su hermano desde que el abuelo Roc murió, y el hostal no era de Felipa sino de Genís. Tampoco se sabía qué pasaría con el hostal, porque Genís decía que al muchacho nunca le faltaría un techo, aunque se casara y tuviera una docena de críos, pero con un hijo que se viera obligado a depender de la buena voluntad de su tío había suficiente y de sobras. Arraona no les angustiaba, porque, una vez casada, ya no sería responsabilidad suya, pero el pequeño, si se iba a comenzar una nueva existencia en un lugar donde todo el mundo partiría de la nada, tenía posibilidades de hacerse una vida. Aún era lo bastante pequeño como para adaptarse bien a aquella vida nueva, que pronto le parecería de lo más natural. Además, Guillem había hecho buenas migas con su primito, el pequeño almogávar, que ya había luchado al lado de su padre, con aquella carita de crío que todavía tenía, y seguro que se llevarían bien y se apoyarían el uno al otro en tierra extraña. Y a su tío también le convenía, porque sus hijos eran como bestezuelas salvajes y con Guillem aprenderían a vivir en una ciudad con mayor rapidez que sin él.

—¡Todo esto son pamplinas! —gritó Arraona, con los ojos hinchados de tanto y tanto llorar—. ¡Es una locura! No tenéis entrañas. ¡Mucho peor sois vosotros que estos primos nuestros, que son como fierecillas, mucho peor!

—¡Basta! —la cortó en seco su padre. Nasi no levantaba nunca la voz y parecía dejar que todo lo resolviera Felipa, pero aquel día dejó bien claro quién mandaba—. Aún eres una niña, Arraona, y no tienes nada que decir de las decisiones que tomemos tus padres. Cuando estés casada y tengas tus propios hijos, podrás decidir, si tu hombre te lo permite, cómo quieres que sean sus vidas y ver qué es lo que más les conviene. Y quizás te equivocarás. Quizás tu madre y yo nos equivoquemos al tomar esta decisión, pero la intención es lo que cuenta. Queremos lo mejor para Guillem, como lo queremos para ti y para tu hermano mayor.

—El infierno está lleno de buenas intenciones —se atrevió a

replicar aún Arraona, y ella misma se asustó de su osadía.

—¡Arraona! —la riñó Felipa.

—Déjala, mujer, está ofuscada —intervino su padre, sin enfadarse siquiera un poco—. Se comprende que tengas un disgusto, hija. ¿Crees que a tu madre y a mí no nos duele pensar que quizás no volveremos a ver jamás a Guillem? Pero tenemos que hacer de tripas corazón. Tenemos que mirar por él, por su futuro, y nosotros, mal que nos duela y nos pese, no le podemos ofrecer ninguno. Esto de Alguer parece una gran oportunidad. ¿Querrías que priváramos a tu hermano pequeño de llegar a ser alguien? Un día, antes de lo que crees, estarás casada. Él también se hará un hombre, por mucho que ahora pueda parecerte que siempre será tu nene chiquitín, al que le cuentas rondallas y cuentos. Las rondallas se las contarás un día a tus hijos y la vida irá pasando. Todo se pondrá en su lugar y dejará de dolerte.

Arraona nunca había oído de boca de su padre una explicación tan larga, y la sorpresa le cortó el llanto. Blanca como la luna, dio media vuelta y fue a echarse, porque, dormir, no pudo dormir en toda la noche.

LA VIDA

Donde se habla de la Niña de la Plata

EN EL SALÓN

Aquel año hubo una mala cosecha en las viñas del término. La prohibición expresa de vender y hasta beber otro vino que no se hubiera producido en sus tierras, que Roger Bernat, conde de Foix y vizconde de Castellbó, había ligado al privilegio concedido años atrás para convertir el cultivo de la viña en un negocio que diera beneficios, había inquietado a todo el mundo. Los más perjudicados eran los viñadores, como el hermano mayor del padre de Arraona, que, al fin y al cabo, no podrían vender los frutos de su trabajo, pero también, de rebote, todos aquellos que compraban vino, ya fuera para revenderlo, que era el caso de los mayoristas y de los que lo servían en los hostales y las tabernas, o para bebérselo en casa, fueran o no señores, porque vino tomaba todo el mundo. Aquel año, aunque no habría vino nuevo, aún no lo notarían. Les quedaban las reservas, el vino viejo de las botas. Pero las medidas habían de tomarse antes de que se acabara y hacer una previsión para los años que pudieran darse de escasez, hasta que las viñas se recuperaran y la producción local volviera a ser la que había sido; o, ya puestos, quizás incluso más abundante, si se aprovechaba aquella calamidad para introducir mejoras en el cultivo y en la producción, que cualquiera que tuviera un negocio entendía que un revés también podía ser, si se le sacaba partido, una gran ganancia. Pero, de momento, lo que urgía era que la comisión de los doce, que el vizconde había establecido que decidiera si en años de carestía se podía o no comprar y consumir vino de fuera, se reuniera y se pronunciara.

—Parece mentira, en tan poco tiempo, cómo cambian las cosas —se admiraba un domingo por la tarde el padre de Elisendis, mientras toda la familia se sentaba en el salón, después de comer.

Habían ido a misa de buena mañana, como correspondía a los señores, que debían dar ejemplo, y, después de saludarse con la gente de su mano y de que el almotazaf, por razón de su cargo, fuera

saludado también con respeto por aquellos que tenían negocio de compraventa de cualquier cosa que se pesara o se midiera, como la gente del hostal, habían vuelto para casa, dando un paseo, para aprovechar que hacía buen día y el sol llenaba las calles y sobre todo la plaza de una claridad y un calorcillo muy agradables, por avanzado que estuviera el otoño.

—No sé si para bien, querido —respondió enseguida la madre de Elisendis meneando la cabeza—. Me parece que quizás los señores se estén excediendo con tanto levantamiento de cargas que van estableciendo en la villa. Al final, ni vasallos habrá, que desde que las familias de las campiñas que pertenecen a los señores del alodio, o las de la pavordía, quedaron manumitidas y libres de marcharse cuando quisieran, sin tener que pagar remensa, la villa parece un hormiguero dé gente. ¡Basta con fijarse en los artesanos y los comerciantes! Todos, especialmente los de la mano mediana, se las dan de hombres libres y tienen unos humos que ya veremos a dónde iremos a parar.

Los hermanos de Elisendis habían estado mirándola todo el rato con actitud burlona, aunque, educados como eran, no la interrumpieron, pero en cuanto su madre terminó de hablar Jofre dijo, con actitud falsamente modesta y riéndose a hurtadillas:

—¡Ay, madre, qué observación tan poco cristiana! ¿Dónde queda la caridad que se nos predica? ¿Acaso no dice la Iglesia que todos somos hijos de Dios?

—Una cosa es que todo el mundo sea hijo de Dios, que tampoco lo es todo el mundo, solo los bautizados, y otra, que seamos todos iguales. ¿Acaso no somos nosotros mismos vasallos del señor vizconde o de quien sea que en cada momento tenga la villa en propiedad para hacer con ella lo que se le antoje? ¿Acaso no hemos tenido que hacer todos los señores de la villa el juramento y el homenaje y no debemos mantenerlos con fidelidad? ¿Acaso no debemos respetar todos el orden establecido, seamos de la mano que seamos?

—Sin embargo, es un hecho —intervino entonces Arnau—, que habrás de reconocer, aunque sea a regañadientes, que, con los privilegios y los cambios que van introduciendo los señores del alodio, la villa prospera. No hay que oprimir a la gente, y menos si lo que se pretende es que rinda, madre.

—Ni hay que darle cuerda hasta que se subleve y se levante contra nosotros para quitárnoslo todo.

—Me parece que exageras un poco, querida —se echó a reír el almotazaf—. ¿Rebelarse? Si nunca antes la gente había estado tan bien.

—Papá tiene razón —dijo Jofre, ahora hablando con seriedad—.

Considero un gran acierto haber puesto fin a la remensa y haber dado a cultivar la tierra por piezas. Los malos usos que aún padecen los payeses de la quadra Togores son, a estas alturas, un atraso, y a todo el mundo empieza a parecerle un hecho que avergüenza a la villa.

—¿Estás defendiendo el hundimiento de las estructuras feudales, hijo? —se escandalizó la madre de Elisendis.

—Estoy defendiendo el progreso que ha llegado a la villa de la mano de este nuevo modo de hacer, que se está produciendo en todas partes —respondió Jofre. Y añadió—: El propio rey concede libertades continuamente, y que en las Cortes haya representación de las villas..., eso no se había visto nunca.

—Ni el rey las concedería si no viera en ello una posibilidad de ganar algo, que nadie, y menos aún aquellos que han gozado hasta ahora de la riqueza y el poder, está dispuesto a dar nada por nada ni a renunciar a sus privilegios solo por la grandeza de su corazón —dijo todavía Arnau, mientras el almotazaf asentía, aprobando el discurso de sus hijos, que compartía del todo.

Elisendis escuchaba como solía, sin despegar los labios, que ella de todas aquellas cosas no entendía. Tampoco le parecía ni por asomo que sus amigas de la mano mediana, Arraona y Petronela, fueran unas muertas de hambre, ni que sus padres y sus familias quisieran poner fin, como decía su madre, al orden establecido, que ella consideraba casi de autoría divina. ¿No decían que el rey lo era por la gracia de Dios? Elisendis, de pequeña, cuando se lo oía decir, creía que el rey le hacía gracia a Dios y que por eso lo había colocado en el trono, como para entretenerse.

Todo aquello que decían sus hermanos y que su padre aprobaba a ella le parecía de lo más razonable y de lo más natural, y no dejaba de asombrarle que otros señores consideraran a la gente más baja poco más que como animales a los que someter al jugo, para sacar provecho, a golpe de látigo, de su sudor y de su trabajo. Al mismo tiempo se daba cuenta de que, si aquella había de ser la nueva manera de organizar el mundo, quedaba mucho camino por delante, porque allí mismo, en su casa, todavía se trataba a la Niña de la Plata como si fuera un animalito, un gato recogido en el río antes de que se ahogara dentro de un saco bien atado. Ni nombre tenía, la Niña de la Plata, que la había fascinado desde pequeña y que ya era una muchachita, algo más joven que ella. Bueno, ahora ya sí tenía nombre, desde que Elisendis se lo puso. Argent, se llamaba. Pero, a pesar de todo, pocas veces las sirvientas la llamaban por su nombre, y la cocinera nunca. Se dirigían a ella como habían hecho siempre: «¡Tú!», le decían. O se seguían refiriendo a ella, si hablaban entre sí, como «aquella» o «la Niña de la Plata», como habían hecho hasta entonces.

Eso de ponerle nombre fue de la manera más sencilla. Tiempo atrás, uno de aquellos días en los que Elisendis se sentaba en la cocina a pasar el rato, la niña se le había acercado.

—¿Cómo te llamas? —le había preguntado a bocajarro, superada la timidez que de más pequeña la había privado de poder siquiera dirigirse a ella, convencida de que la Niña de la Plata tenía que ser alguna princesa encantada de aquellas de las que hablaban los cuentos.

La muchacha había levantado un momento los ojos, pero había agachado la cabeza enseguida, toda sonrojada, y había pasado el trapo aún con más fuerza por los brazos del candelabro que estaba lustrando.

—¡No tiene nombre, señorita, esta desgraciada! —gritó desde los fogones la cocinera, que la había oído.

—¿Por qué? —se sorprendió Elisendis—. ¿Es que nadie la ha bautizado?

—Eso es cosa de vuestra señora madre, pero claro que debe de estar bautizada, esta, en una casa tan cristiana, adonde vienen a comer pavordes y párrocos y toda clase de canónigos y clérigos... Pero el nombre no lo hemos sabido nunca. ¿De qué le serviría?

Elisendis se había sentado cerca de la Niña de la Plata, que no había vuelto a levantar la vista. No le gustaba que se hablara de ella. Había aprendido que, cuanto menos se hiciera ver, mejor para ella, ya que, si hacía como si no existía, las otras la dejaban tranquila.

—Me gustaría que tuvieras un nombre. Así cuando viniera a la cocina podría darte los buenos días y dirigirme a ti. ¿Quieres que te lo ponga yo o hay alguno que a ti te gustaría llevar?

La Niña de la Plata se moría de vergüenza.

—¡Tú, contesta a la señorita! ¿Es que no oyes lo que te está diciendo? Aún se va a creer que eres corta de luces o muda o que no entiendes el habla de las personas —la regañó a grandes voces la cocinera.

—No le grites —la defendió Elisendis, irguiendo la espalda. Sin levantarse del taburete, pero con una autoridad nueva, que seguramente copiaba de su madre y que hizo su efecto.

—Perdonad, señorita —respondió de inmediato la cocinera, que si una cosa sabía era estar en su sitio. Elisendis ya no era una niña que corría por la cocina, sino que se había convertido en la señorita de la casa, por monina y amable que fuera, y por más ratos que pasara con el servicio cuando se aburría.

—Dime —le dijo entonces Elisendis a la Niña de la Plata—, ¿te gustaría tener un nombre?

—Sí, señorita —respondió la otra con un hilo de voz.

—¿Hay alguno que te guste más que ningún otro? Piensa que es

una suerte poder elegirlo, que al resto nos lo han puesto porque otros lo han escogido... —quiso bromear.

—No, señorita.

Elisendis pensó durante un momento.

—Yo creo que te sentaría bien llamarte Argent.

—Como la señorita diga.

—¿Sabes qué significa?

—No, señorita.

—Argent es otro nombre que se da a la plata. Pero no te lo pongo porque te pases la vida bruñéndola, sino porque tienes los ojos de este gris tan resplandeciente que hace que parezcan dos monedas nuevas. ¿Te gustaría llamarte Argent?

—Sí, señorita. Mucho.

—Pues ya está. A partir de ahora te llamarás así y me gustaría que todo el mundo te llamara por tu nombre. Que hasta los gatos y los perros tienen el suyo —añadió dirigiéndose más al resto del servicio que a la muchacha—. Y ahora, para celebrarlo, nuestra querida cocinera nos dará un buen pedazo de torta a todas y un vasito de vino dulce, ¿verdad?

La cocinera se secó las manos en el delantal y, sin rezongar ni poner mala cara, hizo lo que Elisendis había dicho, que ya se veía que la hija de los amos sabía muy bien cuál era su papel en aquella casa.

Donde Arraona tiene un secreto

EN LA FUENTE

Hacía días que Arraona parecía otra. Durante meses, después de que Guillem partiera con su tío almogávar y su familia para embarcarse hacia Alguer, había estado triste, afligida. Apenas hablaba y realizaba las tareas que le correspondían en el hostal por inercia, con el corazón apesadumbrado y el cuerpo abatido. Felipa la miraba con inquietud, pero, si hablaba de ello con su hombre, ella misma le quitaba importancia:

—Ya se le pasará. Quería al niño más que a nadie y es natural que lo eche de menos. Pero la vida es así —suspiraba mientras se abrazaba a su hombre antes de dormirse—. En eso debe de consistir hacerse mayor, ¿verdad, Nasi? En toparte con las cosas de la vida que te hieren sin que nadie pueda protegerte de ellas.

Por eso, Felipa no le decía nada a la joven cuando cogía el cántaro y se iba a por agua; nunca antes había ido con tantas ganas y sin que hubiera que decírselo veinte veces:

—¡Arraona, que no queda agua en la tina! Arraona, que si no espabilas te encontrarás en la fuente con todas las mujeres y te vas a pasar allí toda la mañana...

Y lo que era más sorprendente, sin que la muchacha protestara.

—¿No decían que el rey nos daría no sé qué privilegio para que tuviéramos más agua en la villa?

—Huy, hija, la de días que pueden llegar a pasar antes de que eso se haga, porque los reyes y los señores, que no tienen que ir a la fuente para nada, se pueden tirar años hablando de lo que harán, si a ellos no les corre prisa. Y si llegan a decidir que sí, que podemos abastecernos de la fuente de la Rossella, ya veremos qué pasa.

—No habrá más que discusiones, entonces —había dicho el pelaire, que estaba en el hostal y las escuchaba—. Si el rey acaba concediendo a la villa el privilegio del uso de las aguas, aún va a haber peleas, porque todas las familias de renombre querrán delante de su casa la fuente. Por no hablar del gasto que supondrá traer el agua hasta aquí.

—Ya lo oyes, Arraona. De momento, estamos como estábamos, recogiendo el agua de lluvia y teniendo que ir a los pozos y a las fuentes que tenemos, y con los huertos donde Cristo dio las tres voces, a la vera del río, que, si no, ni regar podríamos. A ver, qué le vamos a hacer, andar todo el día para arriba y para abajo, como si no tuviéramos bastante faena...

—¿Tantos privilegios para mercadear y para las ferias, y no nos dan el agua? —protestó Arraona.

—Sí, chica —había añadido Rafel—, de traer agua hasta aquí ni el rey ni los señores sacarían gran provecho. Para ellos la villa significa sueldos y los sueldos salen del mercado y no de tu cántaro. ¡Tanto les da a los de arriba si estas tierras donde ha crecido la villa son más secas que el gaznate de un condenado!

—Pues entonces, no sé para qué queremos reyes y señores —había rezongado Arraona, pero Felipa le había mandado callar.

—¡Arreando para la fuente y no digas disparates!

Pero el pelaire se había echado a reír a grandes carcajadas.

—¡Me gusta esta moza, Felipa! ¡Tiene tu mismo genio! La quiero para mi chico. Con que se haga solo la mitad de mujer que su madre, mi hijo será afortunado. —Y miraba a Felipa con aquellos ojos golosos que a veces la halagaban y a veces la inquietaban.

—Hala, Rafel, termina y ve tirando, tú, también. ¿Es que no tienes faena? —le había replicado Felipa, arisca.

El pelaire había pasado, como solía, a recoger las madejas que Arraona hilaba para él. Siempre se dejaba caer temprano por las casas.

—¡Buenos días a la buena gente de esta casa!

Había quien decía que el pelaire se las sabía todas, porque siempre se presentaba a la hora de desayunar, cuando las mujeres ya habían encendido los fogones y puesto a cocer las gachas. Pero, como era buen artesano, todo el mundo hacía la vista gorda y las mujeres lo hacían sentarse a la mesa: «No iréis a hacerme un feo, Rafel, rechazándome una escudilla de gachas calientes, con el frío que hace, antes de poneros a trabajar». Y él siempre respondía lo mismo allí donde fuera, mientras se quitaba la gorra y se sentaba, dispuesto al palique: «Os lo agradezco, mestressa».

Pero, desde hacía ya unos cuantos días, Arraona no protestaba si tenía que ir a por agua y Felipa estaba contenta.

—Mucho me parece que ya se le va pasando el disgusto a Arraona, Nasi, y que de verdad se está haciendo mayor. Ya no he de decirle las cosas veinte veces y va a la fuente ligera como una corza, ¡con lo que protestaba antes! —Y se dormía, abrazada a la espalda de su hombre, contenta de que todo fuera tan bien.

Lo que no sabía Felipa era que Arraona sí que se hacía mayor,

pero que si iba a la fuente tan contenta, que a menudo se marchaba gorjeando y canturreando, era porque tenía un secreto que le hacía saltar el corazón dentro del pecho.

Hacía ya días que, más divertida que otra cosa, Arraona se había enamorado. Le gustaba el hijo de un molinero del término vecino y con esto ya estaba todo dicho, porque los de Sabadell no se hacían con nadie de Tarrasa. No es que no se hicieran, es que estaban a matar. Todo venía por el agua del río, por los molinos. Había un montón de molinos a la orilla del Ripoll. Harineros y de paños. Ya nadie se acordaba de cómo y cuándo había comenzado todo aquello, pero los de Tarrasa entraban en el término, de noche, a romper las esclusas, con ganas de perjudicar, porque decían que los de Sabadell les quitaban el agua. A los de Sabadell les faltaba tiempo para levantar el somatén y allá que se iban todos, a vengar la fechoría; entonces, el baile de Tarrasa movía pleitos y así se les iba la vida, los unos contra los otros, y siempre había jaleo. Siempre la misma canción. Y ahora Arraona se había enamorado del chico de uno de los molinos. Se encontraban en la fuente cuando ella se acercaba a por agua. Arraona iba y él la esperaba. Vete a saber qué había ido a hacer aquel día a la fuente él, que era de Terrassa. Pero, al parecer, al chico Arraona también le había gustado, aquel primer día que se vieron. Volvía y volvía a la fuente para verla. Bromeaban. Charlaban. Se contaban montones de cosas o callaban y dejaban correr el agua y que el cántaro rebosara. Él se escondía si había gente o llegaba alguna otra muchacha. Esperaba si ella no estaba sola. Hasta que les entró un deseo grande de tocarse, de acariciarse y de darse besos. Y empezaron a dárselos. Torpes, asustados, sin poder contenerse, sin quererse detener.

Arraona se lo había contado a las amigas, con los ojos llenos de destellos, la voz rebosando risas, toda ella feliz de excitación.

Petronela se había alarmado de inmediato.

—¡Un molinero de Tarrasa! ¡Con las disputas que hay de continuo! ¡Estás loca, Arraona! Esto que haces es más que peligroso.

—¿Por qué habría de serlo? No hago ningún mal y él es un buen hombre.

—¡Huy, un hombre! ¿Y cuántos años tiene este hombre tuyo?

—Pues tendrá la edad de mi hermano Iscle, puede que algún año más...

—¡Oh, menudo hombre! —replicó Petronela, exagerando la ironía —. Un bergante, un granuja sinvergüenza que solo debe de querer presumir con los vagos de sus amigachos de haberse trajinado a la hija del hostal de Sabadell.

—No hables así, Petronela —saltó enseguida Elisendis en defensa de Arraona.

Petronela puso los ojos en blanco y torció el gesto. ¡Siempre igual! Elisendis siempre y siempre del lado de Arraona, mirándola como si la Virgen Santa se le hubiera aparecido. Después de callarse un rato, haciéndose la ofendida, añadió, preocupada de verdad, cambiando el tono:

—Tu padre te matará si se entera.

—¿Y quién se lo dirá?

—Estas cosas se acaban sabiendo, Arraona. Algún día, alguien os pillará en la fuente, besándoos, o un pastor que pase llegará al hostal y, mientras se tome un pote de vino, le dirá a tu madre: «No sabía, Felipa, que a tu moza ya la pretenden».

—Me casaré con él.

Entonces sí que Petronela se rió, con los ojos apagados y una risa amarga.

—¡Qué inocente eres, Arraona, pobre!

—Me casaré con él y me iré a vivir con él al molino de su padre, y le coseré los sacos de harina, y tendremos un montón de hijos...

—Sí, hija, sí, tú sigue soñando. Menudo batacazo te vas a pegar cuando caigas de las nubes. Tu padre nunca va dejar que te cases con uno de Tarrasa, por muy hereu que sea de un molino harinero. A ti te casarán con el hijo del pelaire Rafel, y si no ya me lo dirás.

—El hijo del pelaire no me gusta. Es aburrido. No me hace reír como el hijo del molinero.

—¿Reír, dices? Nadie se casa para reírse, Arraona...

—Yo, sí.

—Déjala, Petronela —dijo entonces Elisendis, con los ojos un poco tristes y sin fuerza alguna en la voz—. ¿Es que no te das cuenta de que Arraona es feliz? ¿Cuánto tiempo puede durarle esta felicidad si, como muy bien dices, serán sus padres quienes elijan con quién tendrá que casarse? A todas nos sucederá lo mismo... —Suspiró, pero luego se animó—. ¿Acaso no es bonito ver a Arraona así de preciosa solo porque quiere a un chico desconocido para todo el mundo? ¿Es que no tienes ni un poco de ternura dentro de ti para alegrarte de su alegría y ser feliz con su felicidad? ¿Qué clase de amiga eres tú, que tienes que amargarle la dicha de hoy hablándole de las obligaciones agobiantes del mañana, si nadie sabe si mañana aún vivirá?

—Ay, hija, Elisendis, cómo te pones, tú también... Justo eso es lo que pretendo ser, una buena amiga que no la deja perderse en ensoñaciones y hacerse ilusiones con lo que no ha de ser. No como otras, que aún atizan el fuego y la empujan a alejarse sin la menor sensatez de la realidad de la vida.

—Venga, no os peleéis, vosotras, ahora. Las dos sois mis mejores amigas.

—Pero ¿has yacido con él? —preguntó Petronela.

—¡Hala, Petronela! —se alarmó Elisendis.

—No seas finolis, Eli —replicó la hija del carnicero—. ¿Qué pasa? ¿Es que los refinados como los de tu casa no yacen los unos con los otros como los animales y como el resto de las personas?

Elisendis se calló, porque, de hecho, no tenía mucha idea de qué hablaba Petronela exactamente, porque en su casa de estas cosas no se hablaba ni mucho ni poco, nada.

—El pelaire te matará si no eres virgen, Arraona —añadió Petronela con un hilo de voz—. Te lo repito: esto que haces es muy peligroso. No lo entiendo. No entiendo que tengas tan poco juicio. No está bien...

—Mi padre me matará, el pelaire me matará... ¿Qué pasa? ¿Es que todo el mundo ha de empeñarse en matarme porque quiero al hijo del molinero? —se enfadó Arraona para disimular que estaba una poco asustada con todo aquello que decía Petronela.

Entonces se levantó del tronco en el que estaban sentadas, cerca del río, adonde habían ido a pasear las tres, y, dejando plantadas a las amigas, fue tirando hacia la villa, mientras unas lágrimas como garbanzos le rodaban mejillas abajo.

Donde Elisendis piensa en el amor

EN EL COCHE DE CABALLOS

Desde que había dejado de ser una niña, Elisendis ya no tenía que escaparse de casa con las sirvientas para ir a visitar Arraona al hostal o para acercarse a los lavaderos del río a encontrarse con ella y con Petronela, a pesar de que su madre seguía sin ver con buenos ojos aquella manía de la joven de relacionarse con gente de la mano mediana. Lo consideraba una extravagancia de la hija, que, en cambio, no tenía ni una sola amiguita entre las hijas de buena casa con las que la familia sí se hacía. Pero el almotazaf no veía en ello nada de malo y los hermanos de la joven se ponían de su lado si salía el tema en la conversación. Decían que aquello de los señores tan puestos y tan ajenos a la vida de la villa se acabaría pronto, o, si no pronto, un día u otro, y que el futuro era de los comerciantes y de la gente que tenía un negocio. La madre de Elisendis optaba por callar la mayoría de las veces, y solo apretaba los labios fuerte, fuerte y ponía cara de circunstancias cuando Elisendis salía. Solo había conseguido —ahora que Elisendis ya era una mujer joven— que no saliera a pie y de cualquier manera, y la había autorizado a utilizar el coche de caballos, para que no fuera dicho que andaba por las calles como una payesa. Eso sí, a todas partes debía ir acompañada, como correspondía a una señorita, por el chico del ama, que le hacía de cochero.

Así que, a menudo, Elisendis pasaba con el carruaje por el hostal y, si Arraona no estaba demasiado atareada, en cuanto el hermano de leche de su amiga asomaba la nariz por la puerta, como cuando eran pequeñas —que entonces sabía que Elisendis había podido escaparse—, la hija de la hostelera se quitaba el delantal y se iba a dar una vuelta con cualquier excusa o sin ella.

—¡Mamá, ahora vuelvo!

Y antes de que Felipa pudiera decir algo ya se había subido al coche.

—Déjala que campe —le decía Nasi a su mujer si se le quejaba por la noche, cuando regresaba de las viñas con Iscle—. Dentro de

cuatro días será una mujer casada y, con suerte, cargada de criaturas, y entonces no tendrá ni un momento para distraerse.

—Sí, pero es que la chica del almotazaf no tiene nada que hacer y Arraona no debería dejarme sola con toda la faena, que yo tampoco tengo veinte años ya y estoy deslomada —rezongaba Felipa—. No quiero que se acostumbre a hacer lo que se le antoje, como si no tuviera obligaciones.

—Elisendis es como una hermana para mí, mamá —le replicó Arraona cuando su madre la cogió un día y le habló, muy seria, de aquellas salidas—. ¡Necesito una hermana, mamá! Tú tienes al tío Genís, con quien puedes hablar de tus cosas si te apetece, pero yo no tengo a nadie. Con Iscle no me entiendo, y, además, con alguien tengo que poder hablar de cosas de chicas.

¡Cosas de chicas!, se maravillaba Felipa, que estaba en la luna y no tenía ni la más leve sospecha de lo que le estaba sucediendo a su niña, porque era incapaz de darse cuenta de que Arraona ya no era una niña.

En verano, las jóvenes salían de la villa por los portales de la muralla y, si veían un lugar de los alrededores que les gustaba, se detenían allí y se sentaban a la sombra, mientras contemplaban las huertas o las viñas, el río o la villa, desde lo alto de la sierra, y charlaban de sus cosas.

Elisendis se embobaba cuando Arraona le contaba cómo iba todo con el hijo del molinero. Al principio, las tres, Petronela también, se lo habían tomado a guasa, porque no dejaba de tener su gracia que aquel chaval hubiera tenido la cara de ir hasta la fuente, cerca de la balsa Revella, que no era de su término, y que se hubiera atrevido a decir lindezas a una hija de Sabadell. Después, cuando la cosa fue a más y Arraona volvía de la fuente con los ojos brillantes y contenta como si fuera otra, siempre canturreando, Elisendis se quedaba fascinada. Así pues, aquello era el amor del que hablaban las canciones.

Ella no había sentido nunca nada parecido por ninguno de los jóvenes, amigos de sus hermanos, que pasaban por su casa. En todo caso, cuando cavilaba sobre aquello, después de dejar a Arraona en el hostal, acababa por concluir que ella solo quería de ese modo a Arraona. Era feliz cuando la veía. El corazón le daba volteretas cuando la hija de la hostelera se arremangaba las sayas para subirse al coche y sentarse a su lado, con las mejillas encendidas y los ojos risueños por la escapada. Más risueña aún si Felipa le iba a la zaga y salía por la puerta tras ella, para gritar, por encima del ruido de las ruedas y los cascos de los caballos, con un cucharón en la mano o secándoselas en el delantal, que no se entretuviera demasiado, que había faena en el hostal o que todavía le quedaba un montón de borra por hilar y el

pelaire pasaría a la mañana siguiente. Elisendis quería a Arraona con toda el alma. El tiempo no corría a su lado y no se cansaba nunca de escucharla de tan fascinada que estaba con ella. Solo tenía ganas de volver a verla y contarle sus pensamientos, porque cosas no le sucedían a Elisendis. Las horas que pasaba sola, en casa, que eran muchas, las dedicaba a pensar en Arraona. Repasaba las conversaciones que habían mantenido, las veces que habían estado aquí o allá, las mañanas en los lavaderos del río, cuando se quitaban los vestidos y se refrescaban con el agua del río, y se mojaban el pelo para quitarse el calor de encima, o los ratos que se tumbaban en la hierba, durante la primavera y durante el otoño, mientras veían pasar las nubes y jugaban a adivinar a qué se parecían. O las veces que no les hacía ninguna falta decirse nada y, mientras las otras mujeres charlaban, ellas se miraban y sabían qué pensaba la otra, y se reían de cosas que solo ellas dos sabían, que era algo que enrabietaba mucho a Petronela. Siempre quería saber de qué se reían y todavía se enfurruñaba más si, haciéndose las interesantes, le replicaban que de nada, de cosas suyas. La añoraba si no podían verse. Entonces los días se le hacían largos como semanas y le parecían tan grises que no entendía que alguien pudiera estar contento. Nada la distraía. El pensamiento se le iba a Arraona y se preguntaba qué estaría haciendo o si todavía sería la misma de siempre cuando volvieran a verse. ¡Vaya si la quería! Conocía cada rincón de su rostro y de sus manos, y se maravillaba al mirar cómo las movía, y le parecían poco menos que mariposas. Entendía todas las expresiones de sus ojos, que hablaban, y reconocía en ellos cada chisporroteo, cada mirada. Si estaba enfadada o preocupada, si estaba triste o era feliz, si estaba cansada o le dolía algo, si soñaba majaderías o hacía planes en serio, si estaba furiosa o entusiasmada, si estaba asustada o dispuesta a cualquier cosa. Y si Arraona estaba triste, como cuando le quitaron a su hermanito del alma, Elisendis lo estaba con ella. Y si se enfurecía con las cosas que decía el pelaire de casarla con su hijo, Elisendis la hacía reír y trataba de distraerla. Y si Arraona era feliz con el hijo del molinero, Elisendis también se descubría cantando ella sola o sonreía ensimismada mientras estaba en el salón con su madre, tejiendo puntillas de encaje, o sentada con las señoras que su madre recibía los miércoles; tanto, que, a veces, hasta su madre se extrañaba.

—¿Dónde tienes la cabeza, Elisendis, hija, que sonríes como una boba y sin motivo?

O la reñía, ahora que se había propuesto tan en serio convertir a la hija —según ella asilvestrada como las zarzas del sotobosque— en una señorita.

—No canturrees, Elisendis, que no es propio de una señora. ¡Cantar! Bastante tengo con vigilar que no canten las sirvientas

mientras quitan el polvo, que parece que estén en la era o en la vendimia. Una señora, Elisendis, ni canta, ni llora, ni se ríe con escándalo, como estas vocingleras de mujeres sin educación y sin clase. Una señora ha de ser moderada en todo. Una sonrisa como mucho. Nada de grandes carcajadas. Una expresión serena, que no diga nunca nada de lo que te corra por dentro. Unos ojos empañados en una situación de duelo. La mesura en todo. La contención. Nada debe darte ni frío ni calor.

Elisendis se preguntaba si realmente era cierto que a su madre nada le producía ni frío ni calor. No la había visto llorar nunca, ni furiosa, ni contenta, ni entusiasmada con nada —al empeño de su madre en poseer un molino de paños que fuera suyo y solo suyo, no se lo podía llamar entusiasmo—. Todo en su madre le parecía postizo, falso, artificial, como si todo se lo tuviera estudiado, previsto, decidido de antemano. Se sentía lejos de su madre, muy lejos, como si viviera con una extraña. No habría notado diferencia si, de un día para otro, la hubieran mandado a vivir a casa de los Rosseta o de los Botet o de los Sola. Habría podido vivir con cualquiera de las señoras de los miércoles y nada habría sido distinto. Sus hijas debían de vivir de la misma manera. Ellas sí que habían aprendido y practicaban aquella contención, aquella vida tras una máscara, que su madre le predicaba a todas horas. ¿Cómo quería su madre que se relacionara con aquellas jóvenes que eran como muñecas que podían moverse solas y hablar y hacer reverencias? ¿Cómo quería su madre que no ansiara estar con Petronela y con Arraona, que estaban vivas de verdad?

Sin embargo, sabía adónde pertenecía. Elisendis sabía comportarse con su madre y sus señoras de los miércoles. Era reservada, callaba. Sabía hacer lo que correspondía. Sabía cuándo podía quitarse aquella coraza de encima y cuándo debía ponérsela. Sabía cuándo podía ser ella y cuándo no. Cuándo podía levantar un muro entre ella y el mundo, y cuándo derribarlo. Con Arraona el muro no existía. No había existido nunca, desde que se conocieron en el hostal, le parecía ahora, tanto tiempo atrás. Con Petronela era distinto. Con Petronela sí mantenía una pizca de alerta, un velo de prevención. Porque Petronela era celosa y nunca, ni de pequeñas, había aceptado de buen grado lo que Arraona y ella tenían. La quería mucho, Elisendis, a Petronela, pero no era lo mismo. No, no era lo mismo. Porque a Arraona Elisendis la quería como para casarse con ella. Claro que Arraona no era un chico para poder decir que la quería como para desposarla, y ella misma se rió de que se le hubiera ocurrido aquel pensamiento tan alocado. Pero, después de reírse, los pechos se le estremecieron como si tuviera frío y sintió una inquietud en la barriga y un traqueteo en el corazón que le provocó una especie de tristeza dulce, porque de pronto vio muy claro que, si Arraona

hubiera sido un hombre, seguro que habría querido casarse con él, porque Arraona era... era tan...

—Es la luz de mi vida —musitó, y la voz se le quebró, y los ojos y la nariz se le llenaron de picor, y la garganta, de un dolor que la ahogaba. ¡Cómo habría podido abstenerse el hijo del molinero de ir a la fuente para estar con Arraona! Si ella fuera el hijo del molinero, no habría podido separarse de ella nunca más. Nunca más.

—¡Qué rezongas, hija! Pareces una vieja que haya perdido la chaveta.

A menudo, se dormía pensando en Arraona y en las cosas que harían juntas a lo largo de toda una vida, allí, en la villa. Sus hijos jugarían juntos y ellas estarían siempre unidas, y ninguna madre ni ninguna obligación podrían privarlas de verse cuando quisieran y de reírse juntas, fuera o no fuera adecuado, cuando por fin se hicieran mayores. Seguía haciéndole gracia pensar en cómo sus nombres estaban ligados —por mal que se lo hubiera tomado Arraona cuando se conocieron— por el nombre de la última señora del castillo, Elisendis de Arraona. Y a veces, si le costaba dormirse, sobre todo si su madre la había mortificado más de lo que solía, buscaba el sueño repitiendo su nombre, «Arraona, Arraona», o el de las dos, «Elisendis de Arraona».

Donde la familia de Arraona emparenta con Bernat Pastor

EN EL HOSTAL

-Iscle me ha pedido que hable con Bernat Pastor —dijo el padre de Arraona a Felipa una noche, tras cerrar el hostal, mientras echaba una mano a Genís y a su mujer, colocando los bancos de madera y los taburetes sobre las mesas para poder barrer bien el suelo.

—¿Con Bernat? ¿Y qué quiere Iscle del pastor? —se extrañó Felipa; tanto, que interrumpió lo que estaba haciendo, que de ahí debía de venir la expresión de quedarse de piedra, pensó sin que viniera a cuento.

Nasi suspiró, sin dejar de trastear, y le soltó:

—La hija, quiere, ¡a ver qué iba a querer!

—¿A Ermengarda? —exclamó Felipa con los ojos como platos.

—Que yo sepa, no tiene ninguna otra —se echó a reír su hombre, al ver la cara de Felipa.

—Así que ya hemos llegado a eso —dijo de pronto, pensativa, Felipa.

—¿A qué te refieres?

—Pues que ya está, que nuestros hijos ya se han hecho mayores, que se ha acabado el tiempo en que éramos nosotros los que éramos jóvenes, que ahora empezaremos a hacernos viejos. ¡A mí que me parece que la vida solo empieza, Nasi! Y ahora, de repente, me doy cuenta de que de hecho empieza a acabarse, que pronto seremos abuelos y pronto serán ellos los que manden y cuiden de nosotros, y nosotros...

—¡Felipa, por el amor de Dios!

Nasi se le acercó, con los brazos abiertos en un gesto acogedor y a la vez de impotencia, y la abrazó y le acarició la espalda, mientras Genís pasaba la escoba de ramas de boj por debajo de las mesas y asentía con la cabeza, a pesar de que nadie le había preguntado

nada.

—¿Y qué le has dicho? ¿A ti qué te parece? —Felipa se recuperó enseguida, deshaciéndose de los brazos de su hombre y pasándose un dedo por los ojos cerrados.

—Que tenía que hablar contigo primero.

—¡Ermengarda! —Felipa se hacía cruces, cogida por sorpresa—. Ermengarda...

—Dice que siempre le ha gustado...

—¿Siempre le ha gustado? ¿Qué significa siempre? ¿Cuánto tiempo es siempre, si aún no tiene siquiera veinte años?

—Ya sabes lo que es ser joven.

—No, ya no lo sé. ¡Ya no me acuerdo, Nasi! —se alarmó un poco Felipa con aquel descubrimiento, pero pronto se rehízo—. ¿Y se puede saber qué le ve Iscle a esa moza? ¡Si no habla, si es como una figurita de pesebre, que nunca sabes qué le estará pasando por la cabeza!

—Quizás es eso lo que le gusta. Iscle tampoco es, que digamos, la alegría de la huerta...

—Eso da igual —replicó entonces Felipa—. Ya me parece bien que se case con una que le guste, pero no es eso lo que cuenta. Hay que hablar con Bernat, ver si a él y a nosotros nos conviene, saber qué dote tiene pensado dar a la chica, decidir dónde van a vivir y qué harán. Ermengarda, desde que su padre tiene dinero, no ha hecho gran cosa. Me refiero a que sí, se ocupa de su padre y de su hermano desde que se han instalado en la villa, pero esta niña se ha criado entre ovejas y cabras y sin una madre que le enseñe cuatro cosas. Y tiene esa actitud tan...

—La chica puede venirse a vivir aquí —le dijo entonces Genís.

—¿Estás seguro? —Felipa se volvió hacia él—. Esta es tu casa. El hostal es tuyo. Como si no bastara con que vivamos nosotros aquí.

—Trabajas aquí, tanto como yo, desde que eras niña, Felipa. Ya te lo dije cuando murió nuestro padre. Tú y los tuyos, en el hostal, estáis en vuestra casa.

Iscle se casó con Ermengarda y la chica de Bernat Pastor se fue a vivir al hostal.

—¡No la aguanto! —se quejó pronto Arraona a Petronela.

—Ay, hija, Arraona —protestó la hija del carnicero—, nunca estás contenta. Siempre te quejabas de no haber tenido ninguna hermana y, ahora que tienes una cuñada que vive en tu casa contigo, te pasas el día refunfuñando. Y una cuñada es como una hermana. Ya podrías hacerte amiga suya. Si además a Ermengarda la conoces de toda la vida.

—Y nunca me ha gustado. ¿Me has visto tú alguna vez, ni entonces ni después, con ganas de ser su amiga?

—Pero ¿por qué?

—Porque es una estirada.

—¿Estirada? Solo es retraída. ¿No te das cuenta de que nunca ha vivido con gente?

—Que no, Petronela, ¡que tiene unos humos como si fuera la sobrina del vizconde!

—¿Y a qué se dedica, todo el día?

—¡A nada, no hace nada! Mi madre dice que poco a poco ya se irá poniendo, que la pobre acaba de llegar y de dejar su casa, que tiene que ir cogiendo confianza y tenemos que procurar entre todos que se encuentre a gusto con nosotros y yo qué sé qué más. Y no es que haya venido a pasar unos días o de visita. Lo peor de todo, Petronela, es que se ha casado con mi hermano. ¡Y se quedará toda la vida! ¿Oyes, Petronela? ¡Toda la vida!

—Mujer, por eso no hace falta que te atormentes, que tú también te casarás pronto y te irás a vivir a casa de tu marido, y ya no tendrás que estar nunca más pendiente de Ermengarda ni...

—Yo solo me casaré con el hijo del molinero —le replicó la otra de inmediato—. Y si no puede ser, pienso quedarme en el hostal. No voy a marcharme de casa por eso, ¿no te parece?

—Sea o no con el hijo del molinero, que eso ya te digo yo que es imposible, dentro de dos días estarás casada, y yo también, como todo el mundo...

—¡Pues bien que mi tío Genís no se ha casado! —saltó Arraona enseguida.

—Un hombre es distinto, Arraona. Tú, o te vas a un convento, de monja, o te haces sirvienta o te casas. Y te casarán, ya te lo digo yo, que te casarán. Como a mí, que mi padre...

—Sí, ya sé que tu padre te casará con el hereu más rico de la villa, no me vengas con la cantinela de siempre, que estoy de mala leche.

—¿Por Ermengarda o porque te pasa algo más?

—¡Por Ermengarda, claro! ¡Es que no hace nada, Petronela! Hila, eso sí.

—¿Lo ves?

—¡Solo faltaría que ni siquiera hilara! Y como Iscle está todo el día en las viñas con mi padre, y como mi madre dice que somos de la misma edad, poco más o menos, me la han endosado a mí, y se supone que he de estar pendiente de ella, y tengo que ir con ella a los lavaderos del río y a la tahona, como si no supiera ir sola.

—¿Y a la fuente a por agua también vais juntas? —preguntó Petronela con pillería, con la risa bailándole en los ojos.

Entonces Arraona se echó a reír y chasqueó la lengua, al darse cuenta de que protestaba como una niña pequeña, y le dio un empujón cariñoso a Petronela.

—A la fuente no, que en la fuente me espera ya sabes tú quién...

—Sí, sí, ya lo sé. Allí te espera el hijo del molinero, que te tiene encandilada con su media sonrisa y te ha hecho perder el seso.

—Mi cuñada, como tú dices, es la que me hará perder la cabeza un día de estos, que no sé quién se cree que es, solo porque su padre ha hecho dinero. Mira a Elisendis, que es señora de nacimiento y en cambio no se las da de nada.

—Ya me gustaría a mí que Ermengarda fuera mi cuñada —dijo entonces Petronela con un suspiro y una sonrisa misteriosa y soñadora.

—¿Qué me estás diciendo? ¡Si tú no tienes ningún hermano que hubiera podido casarse con ella!

—Pero me gusta Iu.

Arraona por poco se cayó de espaldas al oír aquella declaración, porque una cosa era que Elisendis y ella se lo imaginaran, y otra, que ella misma lo reconociera.

—¡No me tomes el pelo! ¿Iu? ¡Iu! —repitió—. ¿Ese pelagatos que anda siempre fanfarroneando y que se habría hecho almogávar si su padre no le hubiera atizado un buen sopapo? ¡No me lo puedo creer! —Y se desternillaba de risa, hasta que la abrazó, afectuosa—. ¡Ay, Petronela, ahora sí que te compadezco! ¡Esto tuyo es mucho peor que lo de mi molinero! ¡Si tú tienes que casarte con un señor! Ven, vamos a contárselo a Elisendis. ¿Tú crees que a Elisendis también le gusta alguien?

—Si no lo sabes tú... —aprovechó para pincharla Petronela—. Es más amiga tuya que mía, Elisendis.

—Anda, no digas memeces.

Tiempo después del casamiento de Iscle con Ermengarda, cuando hubo pasado el invierno y los días ya se alargaban, una noche Genís convocó a la familia para hacerle saber que había estado dándole vueltas y, como no tenía previsto casarse y por lo tanto no tendría hijos a quienes dejar el negocio, había decidido, si les parecía bien a todos, ir al notario Rosseta —el hermano pequeño de aquel otro Rosseta, condenado y huido, de quien jamás se había vuelto a saber nada— y arreglar los papeles y las escrituras que fuera menester para que, cuando él muriera, el hostal fuera para Iscle y para los hijos que Ermengarda, que ya estaba preñada, le pariera, y que por muchos años. Todo el mundo se quedó asombrado, porque no se lo esperaban, ni se les habría pasado nunca por el magín.

—Así todo queda en casa —dijo Genís, después de pronunciar el discurso más largo que nunca le hubiera oído nadie.

A Ermengarda se le encendieron los ojos, como si ya se viera señora del castillo, pensó Arraona enseguida. Iscle dio un respingo en el taburete, porque no se habría atrevido a decirlo nunca, pero, desde

que había dejado de ser un muchachito, trabajar en el campo ya no le gustaba tanto como tiempo atrás.

—Convendría, sin embargo —añadió Genís—, que si no te supone mucho engorro, Nasi, el chico se quedara aquí, que dejara de ir a las viñas, para irse haciendo a la faena, que esto de llevar un hostal no es cosa que se aprenda en cuatro días, ¿verdad Felipa? ¿Tú qué dices?

—¿Qué voy a decir? ¡Si me parece todo un regalo del cielo! En pocos días, he sabido que voy a ser abuela, tengo a los dos chicos bien colocados, y Arraona no me preocupa, porque estoy segura de que la casaremos mejor de lo que hayamos podido soñar nunca, ¿verdad, Nasi?

Lo decía porque, no hacía mucho, Rafel había ido a hablarles seriamente y en firme de su eterna propuesta de matrimonio, aunque Arraona todavía no sabía nada. También les habían llegado noticias de Guillem, que estaba bien y bien instalado en Alguer, con su tío almogávar y su familia, en buena vecindad con todos los catalanes con quienes se habían embarcado por la generosidad y la buena ocurrencia del rey de repoblar aquella ciudad. ¿Qué más podía pedir?

Donde se habla de la muerte del padre de Elisendis

EN EL COCHE DE CABALLOS

El rey había concedido por fin a la villa lo que ya todo el mundo esperaba: el privilegio de la feria de invierno o Retorn de la Fira, como se conocía, que empezaba el día de San Salvador, patrón de la iglesia de la pavordía, y que duraba ocho días, a diferencia de la feria de verano, que duraba diez.

—Tiene que haberse dado cuenta de que en estos tres años, con el privilegio, la feria de verano da muchas más ganancias. Al tener garantizado por la corona el paso franco, son muchos más los que vienen a la villa a baratar, mercadear o hacer negocio, de la clase que sea —había dicho el padre de Elisendis, satisfecho.

Durante los últimos años, tal como celebraban los hermanos de Elisendis y mucha otra gente de la villa, de una mano o de otra, el poder absoluto del baile había disminuido, como ya hacía tiempo que todo el mundo deseaba, porque no era nada bueno que un solo hombre, por muy representante que fuera de los señores del alodio, tomara todas las decisiones que afectaban al día a día de la vida de todos. Ahora el baile tenía que hacerse aconsejar por los jurados que se habían instituido como un cargo oficial, a diferencia de tiempo atrás, y los jurados también tenían sus propios asesores, escogidos entre los prohombres de la villa. La universitat, el conjunto de los cabezas de familia de buena casa, intervenía también en las decisiones de gobierno que eran consideradas lo bastante graves o lo bastante importantes como para que se llamara a toda la villa a consulta. No pasaba a menudo, pero era un órgano de gobierno importante, y que en las actas del privilegio del Retorn de la Fira se hiciera mención expresa de la universitat consolidaba su poder y su legitimidad.

También había quien no veía con buenos ojos aquella pérdida de poder de las instituciones establecidas desde el inicio de los tiempos y hacía burla de ello, contando una especie de chascarrillo que, según

decían, había acontecido en una población de Cataluña, cuando se decidió que quien ocupara el cargo de baile de la villa fuera elegido por los que en ella vivían. Como no sabían muy bien cómo hacerlo, tuvieron la ocurrencia de organizar una carrera: se echaría a rodar calle abajo una manzana y aquel que la atrapara y la recogiera del suelo sería el nuevo baile. Así pues, se había arrojado la manzana por la pendiente y todos los que aspiraban a convertirse en el nuevo baile habían echado a correr detrás. Pero hete aquí que, en un momento dado, un cerdo había salido de una de las casas que daban a esa calle y se había zampado la manzana. Una vez digerida la sorpresa y el desconcierto, la gente de la localidad, fiel a la palabra y al compromiso establecidos, nombró baile al cerdo y fue el hazmerreír de las poblaciones vecinas y de más lejos.

Los hermanos de Elisendis se reían con la broma, pero no le daban ninguna trascendencia.

—Que se burlen tanto como quieran. El progreso no puede detenerse sin que haya una revuelta, y llegará un día en que el pueblo elegirá a sus gobernantes.

La madre de Elisendis, cuando les oía decir estas cosas, se santiguaba escandalizada y añadía siempre:

—Dios no lo quiera.

Un par de años después de que la villa hubiera obtenido del rey aquel nuevo privilegio, el padre de Elisendis cayó enfermo. Llegó una noche a casa y dijo a su esposa que había cogido frío y tenía un cansancio muy grande metido en los huesos.

—Me hago viejo —le dijo.

Se hizo llevar un caldo caliente a la cama y a la mañana siguiente estaba muerto.

La casa se puso de luto y fueron muchas las personas que pasaron a dar sus condolencias a la viuda y a los hijos. Todos los señores y señoras principales de la villa se llegaron a la casa de la plaza. Y mucha gente de la mano mediana, que había tenido tratos con el almotazaf por razón de su cargo, también lo hizo, sin que la madre de Elisendis frunciera la nariz en ningún momento, quizás, como sospechaba Elisendis, porque su madre creía ser una gran castellana y consideraba a aquellos hombres y aquellas mujeres, a los que despreciaba, unos siervos de la gleba a quienes concedía el derecho de despedir a su amo y señor. A Elisendis le sorprendió ver hasta qué punto su padre había sido apreciado al contemplar el gentío que se congregó para su entierro en el pequeño cementerio de la iglesia de Sant Salvador y eso le tocó el corazón. Había querido a su padre y lo había respetado, a pesar de que siempre había sido una figura distante, más próxima a sus hermanos que a ella; pero Elisendis se sentía más cercana a él que a su madre, que siempre estaba

pendiente de relacionarse con aquellos a quienes consideraba lo bueno y mejor de la villa, mientras que su padre se hacía con todo el mundo y respetaba tanto a aquellos que se ganaban la vida con su trabajo como a aquellos que vivían de rentas.

—Es la honestidad y el coraje lo que le confiere a un hombre carácter de señor, más que su nacimiento —había dicho siempre el almotazaf.

Y ponía de ejemplo el caso del hereu Saltells o de Bernat Rosseta, hijos de buenas casas y asesinos al fin, a la vez que hacía mención de las riquezas del carnicero, proveedor de su casa, o del arrojo de Bernat Pastor, que, habiendo estado a remensa, él solo se había liberado y había prosperado hasta el punto de tener casa en la villa, aunque fuera en una de las calles más alejadas de la plaza.

Transcurridos los primeros días de duelo, que eran los más ajetreados, ya que las visitas eran frecuentes y aparecían a todas horas, la casa quedó sumida en el silencio. Había que dejar a la familia tranquila para asumir la desgracia y recluirse, como correspondía. No habría sido decoroso que las mujeres de la casa, de negro riguroso, se dejaran ver en ninguna parte, si no era para ir a misa, la viuda velada, respondiendo apenas con una inclinación de cabeza a las salutaciones que se le hicieran de lejos, a una respetuosa distancia.

Elisendis se aburría de lo lindo. Estaba harta de su madre, ahora que la decencia no le permitía organizar aquellas meriendas de los miércoles, en las que, aparte de figurar, las señoras se ponían al día de los cotilleos de su mano, con una fruición que —por muy mesurada y disimulada que fuera entre aquellas mujeres amaestradas para ocultar las turbulencias que las atraparan y para mantener una fachada más sólida e inexpugnable que las murallas de la villa— se delataba en la prontitud con la que aguzaban el oído, como un perro de caza que ha olfateado la presa; en un gesto reprimido que les tensaba los hombros; en el centelleo de los ojos, pronto apagado con una voluntad férrea de mantener una actitud indiferente, distante, inexpresiva.

Aburrida quizás ella también, la madre de Elisendis no se separaba de la hija para nada. El período de duelo exigía de la viuda un cierto desfallecimiento, una tristeza insinuada, un ademán fláccido de mujer desamparada, y la madre de Elisendis sabía interpretar su papel. Había sido educada desde jovencita para que supiera representarlo, como los hijos y las hijas de los reyes eran criados para ejercer las tareas de gobierno, practicar la diplomacia y conducir las guerras si convenía. El duelo de la madre había de ser un aprendizaje para la hija, como había sido siempre. Pero Elisendis, al cabo de los días, ya tenía más que suficiente. Su madre la hacía sentarse a su lado, le

cogía la mano, entrelazando sus dedos blancos y blandos, cargados de sortijas, con los de ella, y podía pasarse horas hablando de su padre o de las noticias del mundo exterior, que a pesar de todo llegaban a la casa, con un gesto compungido y un suspiro que indicaba el final de una frase, a menudo rematada por expresiones como «con lo que le habría gustado a tu padre», «con la de veces que lo había dicho tu padre» o «cómo se habría alterado tu padre».

Elisendis, privada de salir, había vuelto a refugiarse en la cocina, el único rincón de la casa donde no se había detenido la vida. Quizás el servicio voceaba menos o no hablaba con tanta crudeza. Quizás era su manera de respetar el luto de la casa. O quizás era que Elisendis había dejado de ser una niña y las sirvientas empezaban a verla como una joven señora de la mano mayor, de ahí que ya no se atrevieran a decir, delante de ella, según qué cosas.

Elisendis buscaba la compañía de Argent. La joven era tan reservada que a Elisendis, que también lo era, le suponía un cúmulo de pensamientos que quizás aquella desventurada ni siquiera tenía. Lo que sí desbordaba de sus ojos grises, que la señorita había dicho que eran como dos monedas nuevas, era una devoción sin fisuras. Argent se sentía protegida por primera vez en su vida, desde que Elisendis le había puesto un nombre. La hija de los señores le hablaba. A veces, si la señora pedía una tila, Elisendis bajaba a la cocina y le decía a la cocinera:

—Que la suba Argent.

Así, Argent había ido aprendiendo a hacer otras cosas, aparte de lustrar toda la plata que había en aquella casa tan grande o de vaciar los orinales, sacar las basuras y recoger las cenizas de los braseros y los fuegos de la cocina. Se sentía como la Cenicienta, la Cendrosa de las rondallas y cuentos que las sirvientas contaban a Elisendis cuando ambas eran pequeñas y la señorita se pasaba el día allí con ellas. Ahora Argent sentía un cosquilleo por dentro que le hacía pensar que su vida algún día cambiaría, algún día tendría un sentido, y, mientras bruñía y bruñía en su rincón oscuro de la cocina bandejas y copas, cubiertos y jarras, soñaba despierta. Si la Cendrosa había llegado a casarse con un rey, después de tanto padecer, ¿por qué la vida no habría de hacerle a ella un regalo espléndido? Y si Cendrosa era también el nombre de la luna que tenía la cara de plata, ¿por qué ella, que llevaba el nombre de Argent y tenía los ojos como dos monedas nuevas tan claras como la luna, no podía elevarse, cielo arriba, y tener el mundo a sus pies?

Elisendis se aburría con aquel duelo que se alargaba tanto. Echaba terriblemente de menos las salidas con Arraona, añoraba a Arraona, y Argent, que se daba cuenta y había visto a Elisendis, de pequeña, escaparse siempre que podía, después de darle muchas

vueltas y reunir el suficiente coraje, un día que las sirvientas estaban distraídas con una riña que tenían entre ellas, sin que ni la cocinera consiguiera hacerlas callar, le dijo:

—Si la señorita quiere ir a dar una vuelta con sus amigas de la villa, yo podría encubrirla para que la señora no lo supiera.

Elisendis se quedó tan maravillada por la osadía de Argent que al día siguiente, llena de excitación, decidió aceptar la propuesta de la joven y la convirtió en su aliada.

Pocos días después, Arraona tuvo un buen susto cuando vio al chico del ama asomar la cabeza por la puerta del hostal y hacerle un gesto con la barbilla para que saliera. ¿Elisendis? Salió y allí, ante la puerta, estaba el coche de caballos con el que solían ir de paseo las dos, antes de la muerte del almotazaf. Se quedó blanca cuando se encaramó a él y se encontró con una Elisendis vestida de negro de los pies a la cabeza, con un velo que le tapaba la cara, lo que la hizo reír.

—¿Qué haces? —Hasta ella sabía que aquello era un disparate y que Elisendis se exponía a la maledicencia de su gente.

—No podía soportar pasar más días sin verte —respondió la joven quitándose el velo que había cogido de la estancia de su madre para disfrazarse, como le dijo con una sonrisa picara.

Pero entonces se echó a llorar y Arraona la abrazó, mientras el coche de caballos arrancaba y enfilaba la callejuela que conducía a uno de los portales de la villa.

Donde se habla del casamiento de Arraona con el hijo del pelaire

EN EL HOSTAL

A Arraona se le hundió el mundo cuando Felipa le dijo que su padre había aceptado la propuesta de matrimonio que les había hecho el pelaire para casar a su hijo con la moza del hostal.

—«Mi hijo es un buen chico. —Felipa había estado presente en la conversación con el pelaire y por eso ahora podía contarle a su hija de cabo a rabo cómo había ido, sin perder detalle—. Y trabajador. Un poco apocado. No digo que no lo sea. Supongo que se debe a haberse criado en el molino, solo, sin hermanos ni madre, y lejos de la gente. No sabe estar con gente. Puede que no le guste la gente. Puede que piense que conmigo, yendo por las casas y charlando con todo bicho viviente, ya es suficiente. Puede que le venga de la familia de su madre. Ya sabéis cómo es Ramón. Yo qué sé. Puede que sea así y ya está, que nada lo haya hecho de esta manera. Cada uno es como es. Genís, tu hermano, Felipa, tampoco es como tu padre, Salvador, en gloria esté, que sabía meterse a la parroquia en el bolsillo, y pocas veces se le oye la voz. Lo que sí puedo deciros es que no es corto de alcances ni de entendederas. Será un buen marido para vuestra hija. Mi chico es buena persona. Y, yo, como ha de ser, miro por él y creo que una moza como Arraona le vendrá bien. Puede que hasta lo espabile y todo. Me da que la chica le conviene. Conozco a la moza desde que era una cría y os conozco a vosotros de toda la vida. No os hago esta propuesta de matrimonio al buen tuntún. La he visto trastear por aquí, por el hostal. La he visto ocuparse de su hermano, Guillem, como una madrecita. Y la he visto trabajar de lo lindo con el huso; en todos los años que ha hilado para mí, nunca he tenido la menor queja, ni nunca ha fallado en lo que se refiere a tener la tarea lista para cuando hubiéramos quedado, y eso que ha pasado por esas edades atolondradas en la que no sabes nunca por dónde te van a salir. La chica le conviene, a mi hijo. Y a él le convence. Él también la tiene vista y de lo que él no ve ya le he hablado yo. No se

casará con ella a disgusto ni porque yo lo diga, que esto ya es un gran qué.»

—¡No quiero! —interrumpió Arraona a Felipa.

—¿Qué dices? —se sorprendió Felipa, concentrada como estaba en reproducir lo más fielmente posible las palabras del pelaire.

—Digo que no quiero, que no me pienso casar con el hijo del pelaire. Yo sí que me casaría con él a disgusto.

—Espera, Arraona, y escúchame —trató de tranquilizar Felipa a la hija. Ya se figuraba que no sería fácil convencer a Arraona de que se casara con aquel joven que parecía tener tan poco arrojo, aunque quizás solo lo parecía. Con un padre como Rafel al lado, cualquiera parecería poco decidido—. Ven, siéntate —dijo Felipa apresurándose a coger por la muñeca a Arraona, que ya se había levantado del taburete con brusquedad—. Siéntate y escucha. Te conviene.

—¿Me conviene ese pasmarote que no mira de cara y que entra en el hostal con ese aspecto de perro apaleado, como si todo el mundo se le fuera a echar encima para descuartizarlo?

Felipa tuvo que morderse el labio para no reírse.

—Siéntate, Arraona. Nos han hecho una propuesta de matrimonio y tienes que escucharla como es debido.

—«A la chica no le faltará nunca nada», nos dijo Rafel. «Mucho tendrían que torcerse las cosas para que yo no pudiera mantener esta promesa que os hago y, si a mí me va bien, el chico y sus hijos, que ya cuento con que la moza sea buena paridora...»

—¡Ya! ¡Como una gorrina! —Arraona se enfureció aún más, pero Felipa hizo como si oyera llover, porque el pelaire había dicho un montón de cosas más que la joven debía saber.

—«... Y cuando yo me vaya al infierno», nos siguió diciendo Rafel, «tendrán el porvenir más llano que esta mesa. No vivirá como una señora, pero ya me figuro que tampoco no se os habrá pasado por la cabeza. Somos pelaires. Somos gente trabajadora. Y la chica tendrá que trabajar. Tendrá que apoyar en todo a su hombre y ocuparse de la casa. No la pondré a batanar, que eso es una tarea dura y ya tengo a mis bataneros, con eso sí podéis contar, pero, trabajo, en el molino hay siempre. La chica vivirá en el molino, no hace falta que lo diga. Ya os podéis figurar que estará lo bastante atareada como para no poder subir a la villa todos los días. Y las escapadas que hace con la hija del almotazaf, Dios lo haya perdonado, también se le habrán acabado cuando sea una mujer casada. Los artesanos solo tenemos la fuerza de nuestros brazos y nuestro buen nombre, eso ya lo sabéis también vosotros. La mujer de mi hijo no triscará como las cabras de los rebaños por las afueras.» «Eh, Rafel», lo interrumpió tu padre, «que la niña...» el pelaire alzó las manos enseguida como para pedir que nadie se alterara por lo que estaba diciendo, y siguió: «Ya sé que son

cosas de crías y que tener una amiguita rica que te viene a buscar con el coche de caballos es cosa golosa. Cualquiera se deslumbraría. Son cosas de crías», repitió Rafel. «Pero desde el momento en que tú y yo, Nasi, nos demos un apretón de manos y nos pongamos de acuerdo, habrás de vigilármela para que la moza no dé motivo a las habladurías, que cuando la tenga en el molino ya la vigilaré yo. No quiero que nadie tenga nada de que chismorrear de la mujer de mi hijo. Yo la trataré como a una hija. Y ella ha de respetarme como os respeta a vosotros, que sois sus padres.»

Todo eso había dicho el pelaire.

—¡Mamá! —volvió a protestar Arraona—. ¡Quiere tenerme prisionera en el molino! ¡Me moriré si tengo que estar encerrada en el molino! ¡Me moriré si no me deja ver a Elisendis!

—El pelaire no quiere tenerte prisionera, Arraona, no digas sandeces. Lo que dijo es exactamente lo que te digo. —Viendo que la joven estaba furiosa, intentó atraer su interés—. También nos contó un secreto, Rafel. ¿No quieres saberlo? —Y como Arraona no dijo ni que sí ni que no, Felipa siguió repitiendo las palabras del pelaire—. «La chica me conviene también de cara al negocio. Ni que fuera la mitad de emprendedora que la madre, ya me interesaría. Es una moza despierta. Ya sé que tiene mal genio, pero eso ya se le pasará con la edad. La necesito, y mi hijo la necesitará aún más, porque estoy dando vueltas a un asunto que me tiene la mar de convencido y que quiero sacar adelante. Hace un par de años que vengo oyendo aquí y allá, y por las ferias, cuando viene gente de lejos, no digamos, noticias y comentarios sobre una cosa novedosa que se está empezando a hacer y que puede tener futuro. Tanto como para abrir todo un sector de negocio que hasta ahora no ha existido, y que yo quiero poner en marcha aquí. Quiero ser el primero en ponerlo en marcha y tengo suficientes sueldos ahorrados como para lanzarme de lleno sin quedarme sin camisa, aunque todo fuera mal, que ya os digo yo que mal no puede ir. Quiero meterme en eso ahora, antes de hacerme viejo y de que me venza la pereza. Quiero meter al chico desde el principio para que dentro de un par de años se pueda ocupar solo y yo me pueda morir tranquilo.»

—¡Ya ves tú, menudo secreto! ¿Y qué pretende ahora?, ¿moler piedras y vender polvo? —se burló Arraona, que solo ansiaba ponerse a gritar ante el horror de ver como la vida se le había acabado. Aquello iba de veras y el pánico le daba ganas de vomitar.

—Dice Rafel que el futuro es el lino, aunque desde luego la lana no pasará nunca, pero que con la riqueza llega el gusto por la variedad. «Si antes solo podías comer pan de cebada o de habas, en cuanto tienes dinero en la bolsa, bien que de vez en cuando quieres pan blanco o torta. Y si antes solo podías comer carne en fiestas

señaladas, cuando tienes cuartos, puedes darte un buen hartón de costillas a la brasa el día que te venga en gana. Con la ropa acabará pasando lo mismo. Y esta villa, sea por los privilegios de los reyes o de los señores, sea porque está llena de gente con ganas de prosperar, o solo porque estos son los signos de los tiempos y se estrena una nueva época, es una villa rica y más que habrá de serlo. El día que la gente empiece a oír hablar de los paños de lino, quiero que a la vez oigan hablar de mí. Que el primero que quiera comprarse una pieza para hacerse cortar una camisa de lino, aunque solo sea para ver cómo es eso de estos paños que no son de lana, me la tenga que comprar a mí. Y quiero controlar todo el proceso. Del cultivo a la venta y distribución de las piezas acabadas. Eso requiere trabajo. Mucho trabajo. Por eso quiero a vuestra hija para mi chico. No me conviene casarlo con una moza caprichosa, holgazana y poco amiga del trabajo, que rehúya sus obligaciones, aunque sea la más bonita de todas las jóvenes casaderas de la villa.»

—¡Una burra de carga, vaya, es lo que quiere, una sierva, y tenerme a remensa! No podéis hacerme esto, mamá. Por favor, mamá, no me obliguéis a hacerlo. —Arraona estaba asustada de verdad. Ya no mantenía la actitud desafiante. Estaba tan asustada como si hubiera entrado un dragón por la ventana, y se echó a llorar.

Felipa tenía el alma encogida, pero hizo de tripas corazón y le cogió las manos a la hija para apartárselas de la cara.

—Arraona, ¡mírame! No llores y escucha, porque después tendrás que pensar en todo lo que te estoy contando y tomar una decisión.

—¿Qué voy a decidir, si ya lo habéis acordado todo vosotros y el pelaire? ¿No te estoy diciendo que no quiero?

—Tendrás que decidir con la cabeza fría, y con la cabeza fría solo puedes decidir que sí.

Arraona dejó caer los hombros mientras soltaba un gemido, pero Felipa siguió, aparentemente impasible, reproduciendo la conversación o más bien el discurso que les había soltado el pelaire, la tarde de aquel último domingo.

—«Eso es lo que quiero dejar a mi hijo y a mis nietos. Un negocio pionero y prometedor en marcha», siguió exponiendo el pelaire. «Me veo capaz y con fuerzas para hacerlo, y sé que mi chico estará a la altura. No soy un hombre que se haya dedicado jamás a soñar imposibles. Nos conocemos de toda la vida y puede que hable mucho, pero no acostumbro a decir bobadas ni a dármelas de nada, y menos aún a fanfarronear. Sí que me gusta bromear y entonces puedo decir tantos disparates como me salgan por la boca, pero ahora estamos hablando con seriedad y, como bien os podéis imaginar, no os hablo solo por referencias ni por historias que me hayan contado de este negocio. Alguna prueba he ido haciendo, comprando tallos fuera,

claro, que con el cultivo todavía no me he metido. Os lo digo con toda franqueza: las pocas piezas que he mandado tejer a mi mejor tejedor, el hermano del carnicero, con quien hace muchos años que me entiendo, me las han quitado de las manos. Esto tiene futuro. Os lo cuento en confianza, porque tengo la seguridad de que vamos a ser familia, pero de todo esto nadie, ni el notario, sabe nada aún. Os lo cuento para que os hagáis cargo de que mi chico es un buen partido.»

Arraona solo lloraba.

—Y ahora, escúchame a mí —dijo Felipa en cuanto hubo acabado de exponer lo que había dicho el pelaire—. El matrimonio, hija, es un contrato. Un marido es una seguridad para una mujer. En este mundo en que vivimos las cosas son así. Una mujer necesita un hombre al lado. Y un hombre necesita una mujer que esté de su parte. Entre los dos sacan adelante unos hijos y un patrimonio. Un hombre como el hijo del pelaire es una muy buena cosa. Aún tiene un padre emprendedor y Rafel sabe hacer las cosas; tendrán que pasar un puñado de años antes de que el chico tenga que asumir responsabilidades que quizás ahora le vengan todavía grandes. Mientras tanto, Rafel se ocupará de todo. No tendrás que pasar ansia ninguna. Además, el chico es joven. Muchas tienen que casarse con hombres mayores. Con eso quiero decirte que aún puedes hacértelo a tu gusto, para que sea el marido que te convenga y lo lleves por donde tú quieras, porque eres más lista que él. Compras la seguridad y el futuro con el contrato del matrimonio, Arraona.

—¿Y la felicidad, mamá? La abuela de las Viñas siempre me decía que la vida era para disfrutarla. Seré desgraciada, madre, si me caso con el hijo del pelaire. ¡No lo quiero!

—¿Qué bobadas dices, locuela? ¡La felicidad! La felicidad te la tienes que hacer tú, apreciando lo que tienes. ¿Quererlo, dices? Nadie espera que os queráis. Querrás a los hijos, quieres a tus padres y a tus hermanos, y a las amigas. ¿No me estás escuchando? Eso del amor es bonito en los versos de las canciones y en los cuentos, pero no responde a la realidad de la vida. La gente no se casa ni porque se quiera ni para quererse. La mayoría se acaban teniendo afecto, ¡solo faltaría! Si no hay mala fe y ambos ponen de su parte, a la fuerza acabas teniéndote afecto, con los años, de tanto pasar cosas juntos, tristes y alegres, de tenerte que ganar la vida, de hacer crecer un patrimonio y sacar adelante a los hijos, de mirar por el bien del hereu y de los que no lo son. El matrimonio es un contrato que hay que cumplir, Arraona, pero no tiene nada que ver con los sentimientos. Sí que debe haber un respeto, para que no se acabe convirtiendo en un infierno. Pero solo es un contrato, y no quiero decir con eso que sea poco. Ya lo sabes, como en los negocios: un contrato es un contrato, y es sagrado.

Arraona guardó silencio. Dejó hablar a Felipa. Desde luego que escuchaba. ¡Era de su vida de lo que hablaba! Pero al mismo tiempo, rebelde, se decía que aquello nunca sucedería. No se casaría con él. Ni muerta la obligarían a vivir en el molino. No era en aquel molino, con el hijo del pelaire, donde quería vivir.

Donde se habla del viudo rico que pretende a Elisendis

EN EL SALÓN

-¡N

o quiero casarme con él, Elisendis, no quiero! —sollozaba Arraona en el almacén, adonde había conducido a la amiga para poder estar solas un rato y hablar de sus cosas.

Elisendis había sabido por las sirvientas que la hija de la hostelera estaba prometida al hijo de pelaire y, con la complicidad de Argent, se las había arreglado para hacer enganchar el coche. Pero Felipa no había permitido salir a Arraona.

—Estas escapadas se han acabado, Arraona. Estás prometida y debes demostrar respeto por tu futura familia.

Arraona se había quedado blanca, pero Felipa se había mostrado inflexible. Se había acercado al hijo del ama, que seguía allí, en la puerta, y le había dicho:

—Chico, dile a tu señora que Arraona no puede salir. Que, si quiere venir a visitarla, aquí será bien recibida.

Elisendis había descendido del coche y había entrado en el hostal. Saludó a Felipa y a la parroquia, y entonces Arraona se la había llevado al almacén.

—¿Qué es eso que me han dicho de que te casas? ¿Cómo no me has dicho nada? ¿Qué ha sucedido?

Arraona, sentada encima de un saco de grano, se lo contó y acabó llorando a mares.

—¿Qué haré yo, ahora? ¡Quiero al hijo del molinero! ¡Nunca podré olvidarlo! Quiero vivir con él, quiero estar con él todos los días de mi vida, pero me obligan a casarme con ese pasmarote y tendré que vivir en el molino. Tampoco podré ir a verte, Elisendis, porque ese hombre me lo ha prohibido. Ni veré a mi molinero nunca más y...

—¡Oh, Arraona, Arraona! —gimió Elisendis, que no podía sufrir ver a su querida Arraona tan conmocionada, tan triste, tan desesperada—.

Por favor, no llores, que me harás llorar de pena —le decía arrodillada en el suelo delante de ella—. Por favor, por favor, Arraona —susurraba, y Arraona notaba su aliento dulce en las mejillas empapadas en lágrimas mientras Elisendis le cogía el rostro con las manos, le secaba el llanto de las mejillas con los pulgares a medida que le brotaba de los ojos y le daba besos por toda la cara, en los ojos y en la frente, en las mejillas y en los labios—. Arraona, no llores, que me rompes el corazón. —Y lloraba ella también, pero sin aspavientos, con lágrimas que caían sin interrupción de sus ojos, sin que le temblara la voz ni se le ahogara la respiración.

Poco a poco, las dos se fueron serenando.

—¿Qué voy a hacer ahora, Elisendis? —repitió la hija de la hostelera, tras un rato en que estuvieron sin decir nada, ni la una ni la otra, con las manos cogidas sobre la falda de Arraona—. Si no lo hubiera conocido nunca...

—Si no lo hubieras conocido nunca, nunca habrías sabido qué era eso del amor.

—Lo habría preferido, de verdad. ¿Cómo voy a poder vivir de otra manera, sabiendo que esto que siento existe?

—No lo sé, Arraona.

—Tengo que decírselo. ¡Tengo que contárselo todo!

—¡Si no te dejan salir!

Arraona gimió. Ya no se acordaba.

—Arraona...

—Dime, Elisendis.

—Debemos hacer planes.

—¿Planes?

— Me moriré sin ti. Me moriré si te pierdo. Tenemos que encontrar el modo de seguir viéndonos, Arraona.

—¡Ay, Elisendis, no me digas estas cosas, que aún me pongo más triste! ¿Qué podemos hacer? ¡Solo somos dos chicas!

—¡Escapémonos!

Arraona la miró y por un instante le pareció una gran ocurrencia, pero solo por un instante. Después los ojos se le apagaron de nuevo y sonrió con dulzura.

—Ojalá pudiéramos..., pero ahora eres tú la que fantasea, Elisendis. Ven, siéntate a mi lado y abrázame. Mira cómo te estás poniendo el vestido, de andar por el suelo. Ven, ven aquí conmigo y abrázame, Elisendis. Estoy tan asustada. Tengo miedo. Me da miedo esta vida nueva que deberé llevar por la fuerza, sola, lejos de casa y de ti, a la vera del río, en el molino del pelaire. Es como si me mandaran a vivir a la casa de un ogro o de un monstruo. Pero al mismo tiempo sé que no sucederá como en las rondallas y en los cuentos, donde, si te portas muy, muy bien y haces todo lo que te

digan, el monstruo vuelve a transformarse en el príncipe que era antes de que la bruja lo hechizara.

Entonces Elisendis le contó lo que le había sucedido a ella.

—No supe nada hasta el otro día. Mi madre me ha hablado de ello ahora que ya ha terminado el año de luto riguroso. Dice que, poco antes de que muriera mi padre tan súbitamente, un viudo rico, emparentado con una de las mejores casas de la villa, los Mir, ya sabes quiénes son, me pidió en matrimonio.

—¿Para uno de sus hijos?

—¡Para él!

—¿Para él? —Arraona se escandalizó—. Así pues, ¿tú también te casas? ¡Con un viejo, además!

—Tampoco quiero, pero, como tú, no puedo hacer gran cosa. Yo sí he sabido siempre, Arraona, que nadie se casa por amor. El amor es una cosa y el matrimonio, otra muy distinta. Eso yo ya lo sabía. Aun así, nunca he tenido ningún afán por casarme. ¿Sabes lo que me gustaría a mí, Arraona?

—¿Qué?

—Pues poder vivir a mi aire, hacer lo que me pareciera, ir y venir.

—Mujer, eso es un disparate aún más grande que casarse con alguien a quien de verdad quieres... Eso solo le está permitido a un hombre.

—Bien que lo sé. Pero no quería casarme. No quiero llegar a ser como mi madre. Y ahora mira... —Elisendis se sonrió un poco—. Si quieres que te diga la verdad, Arraona, cuando mi madre me lo comunicó, creí, boba de mí, que bromeaba. Pero cuando vi que no... Quiero creer que mi padre al menos me habría escuchado, me habría pedido parecer. Fue mi madre, conociéndola, quien decidió, seguramente ya entonces, que sí que me casaría con aquel viejo, y se lo ha estado guardando todo este tiempo. ¡Es su sueño! Solamente quiere hacer realidad su sueño. Un viudo rico. Dice que es un Mirot de una de las ramas no tan principales, pero un Mir al fin y al cabo. Había enviudado y les dijo a mis padres, cuando me solicitó, que no sabía estar solo y que ahora que se estaba haciendo mayor... ¡Que se estaba haciendo mayor, les dijo, por lo visto! ¡Si entonces ya era viejo!

—Quizás durante el año de luto se haya muerto, si tan viejo era... —trató de bromear Arraona, y Elisendis se rió.

—Dice mi madre que el viejo les contó que echaba de menos la vida de casado que había llevado siempre: sentarse junto al fuego con la mujer y charlar, que a él le gustaba conversar. Figúrate. Que quería una mujer que le llevara la casa, que lo escuchara y lo apoyara; ya ves, una esposa que haga lucir su casa, se ocupe de recibir a las visitas y de gastarse los sueldos que él no se acaba. Que estaba ilusionado con volver a tener una esposa que le alegrara la vejez,

«una mujercita», dijo, a quien poder obsequiar y consentir, por el gozo de verla contenta, y que se había fijado en mí, «la pubilleta de su casa», les dijo. ¡Si yo no soy pubilla, que tengo dos hermanos y mi casa tiene un hereu! Y que la joven, es decir, yo, era educada y bonita, y se la veía una mujer de gusto. Que me asignaría para toda la vida una renta que sería siempre para mí, incluso después de que él faltara y Nuestro Señor se lo llevara al cielo con él, ya ves tú lo claro que tiene que se merece el cielo, y que así lo haría constar delante del notario Rosseta, en cuanto la familia le diera el sí, aun antes de que se anunciara el compromiso si era menester, a fin de que mis señores hermanos y mi señora madre, ahora que mi padre había regresado a los brazos de Dios, tuvieran todas las garantías. Yo me eché a reír cuando mi madre me lo contó, ya te lo he dicho, creyendo que mi madre también se estaba burlando de todo aquello. Pero mi madre me fulminó, apretando mucho los labios, que es en lo único que se le nota que está furiosa, porque mi madre siempre mantiene la misma expresión, y me dijo que yo ya no era una niña y que aquello que a mí me hacía tanta gracia era un asunto muy serio. Que ya antes de que muriera mi padre habían aceptado y que yo lo que debía hacer era callar y obedecer. Que no sabía la suerte que tenía. «Serás una viuda rica, hija», me soltó, con esa frialdad con que mi madre habla de las cosas, «y con la renta que te quedará y el patrimonio que tu padre también te dejó, que algo te dejó aunque los chicos se lo llevaran casi todo, te podrás volver a casar o vivir como una viuda respetable hasta el final de tus días, que Dios quiera que sean muchos». Entonces, no sé si para consolarme o para fastidiarme, se me puso de ejemplo, como hace siempre, y me recordó que ella también se había casado con un hombre mucho mayor que ella, mi padre, y que no tuvo nunca ningún motivo de queja. Y si aún me quedaba una brizna de esperanza, contando con que mis hermanos se pondrían de mi parte y pondrían trabas a este casamiento, aquella misma noche voló como la paja en un campo de trilla, porque, en eso, ambos le dan la razón a mi madre.

—¿Y cuándo...?

—Aún me quedan días. Por una vez, todas esas formalidades del luto juegan a mi favor, porque mira que me aburro, encerrada en casa sin poder salir, pero con todas esas pamplinas que tanto le gustan a mi madre de la decencia y el decoro, primero tiene que acabarse el duelo. Por lo menos este primer año. Aunque está tan ansiosa de emparentar con los Mir, siquiera de lejos, que me da miedo. ¡La veo capaz de saltarse sus propias reglas! Y antes habrá que celebrar el compromiso y dejar pasar un tiempo de cortejo, que, dada la edad del novio, dice mi madre que conviene no alargar demasiado, pero sí lo suficiente para que dé tiempo a hacerme ropa y un ajuar y yo qué sé

qué más, que eso para mi madre también es sagrado. Es una suerte, porque así gano cierto tiempo.

—A mí me casan el mes que viene —dijo Arraona, abatida.

—¿Ya?

—Sí.

—Tienes que prometerme una cosa, Arraona. Que, pase lo que pase, siempre contarás conmigo. Que, sea lo que sea lo que necesites, me lo harás saber.

Arraona tenía un nudo en la garganta que no la dejaba hablar. Tenerse que despedir de aquel modo... Tener que vivir sin las conversaciones con Elisendis, sin que la mirara de aquella manera, con su cara de pájaro y aquellos ojos de un verde tan oscuro, con aquel pelo tan negro y brillante, grueso y abundoso, que daba ganas de pasarle la mano por la cabeza... Los ojos se le desbordaban de nuevo. No podía hablar. Solo asentía.

—No llores, Arraona. Escúchame bien. Tengo una muchacha en casa, Argent, la Niña de la Plata, ¿te acuerdas?

Y Arraona asentía tratando de prestar atención a todo lo que le decía Elisendis.

—Me la llevaré a casa del viejo. Ya me las compondré yo como sea. Ella será nuestra contacto. Argent puede ir y venir por donde le plazca. La mandaré al molino del pelaire para tener noticias tuyas. Y te contará cómo me van a mí las cosas. Puedes decirle lo que quieras, porque podemos fiarnos de ella del todo.

Solamente les quedaba aquello. ¡Cómo tenían que vérselas! Y por todo consuelo, poder contar con la complicidad de la Niña de la Plata, Argent, ¡que se había criado como una bestezuela! Arraona no lo veía nada claro. Todo lo veía de lo más negro.

Donde Petronela es feliz y Arraona no

EN EL MOLINO

Había adelgazado. Arraona, que era una joven lozana, de formas redondeadas y carnes macizas, estaba flaca, desmejorada. Los huesos del escote se le dibujaban bajo la piel, sin afearla, pero sí como nunca, y había perdido aquella expresión feliz, despreocupada, con que contemplaba la vida. Ella misma se daba cuenta de que, en todos aquellos meses que llevaba ya en el molino después de casarse con el hijo del pelaire, se había hecho mayor. No era ni volvería a ser jamás una muchacha. Era una mujer. Su marido era un buen hombre. No la trataba mal, sino con respeto. Era tan soso como había parecido siempre y Arraona había desistido de bromear, porque él se quedaba desconcertado. No pescaba una. Entonces se sentía incómodo. Y Arraona no quería que se sintiera así. Tanto ella como él trataban de hacer que aquello de estar casados, que aquel contrato que le había explicado su madre que era el matrimonio, se resolviera y cumpliera del modo menos conflictivo. Él cumplía y ella cumplía. En el molino, a Arraona no le faltaba nada, ni tenía que batanar los paños, que solamente con ver cómo lo hacían los hombres que el pelaire tenía a jornal ya le dolía todo. Pero había mucho que hacer. Ahora entendía que Felipa acabara cada día reventada y no estuviera para grandes fiestas ni excesos, y que en su casa la hora de acostarse hubiera sido siempre sagrada. También para ella la hora en que podía cerrar los ojos era el mejor momento del día. El peor, cuando los abría con la evidencia de tener por delante todas aquellas horas de luz, con la certeza de que así sería su vida, un día tras otro, hasta que fuera vieja. Hasta que muriera. Aquello, y nada más, era la realidad. El resto, la vida que había llevado en el hostal, en la villa, la emoción de llegarse a la fuente..., todo era un sueño que se había deshecho en niebla. Eso era lo que no existía. Quizás no había existido nunca.

Tenía mucho tiempo para pensar. Las tareas en el molino y en la casa solo ocupaban sus manos y cansaban su cuerpo. Pasaba mucho

tiempo sola o, si no sola, como si lo estuviera. Ramón de los Papeles no hablaba, todo el día abstraído en aquel trabajo extraño de desmenuzar hasta molerlos los trapos viejos que le llevaba la Coja. Los convertía en una papilla que después escurría sobre un cedazo de agujeros casi invisibles, tras extender, muy fina, toda aquella pasta, para conseguir unas láminas rígidas que el pavorde le compraba para escribir en ellas, no se sabía si por lástima de aquel hombre extraño que era el hermano de la Coja o porque realmente le eran de utilidad, que eso Arraona no lo sabía y, la verdad, tanto le daba. Pero Ramón no hablaba. Con la Coja, ante quien de pequeña sentía tanto miedo, creyéndola bruja, tampoco era como para tener muchas charlas. La Coja era menos reservada que Ramón, pero era arisca, malcarada, y miraba a todo el mundo con aquella desconfianza en los ojos que desalentaba cualquier intento de relacionarse con ella. Al principio de vivir en el molino, Arraona le había preguntado cómo se llamaba.

—Mira que hace años que te conozco, y ¿sabes que no sé cómo te llamas? —Arraona había querido entablar conversación.

Pero la Coja le había lanzado una mirada que Arraona percibió cargada de rabia y no le había respondido, así que la joven había desistido. Aquellos dos hermanos de la madre de su marido —que, aparte del pelaire, de su hijo y de los bataneros que iban a trabajar al molino, con quienes poco tenía que ver, eran las únicas personas que vería en muchos y muchos días— no serían para ella ninguna compañía. Pero, en cambio, sí eran una especie de vigilancia permanente: si hubiera estado sola, quizás en algún momento habría cedido al deseo de echarse a llorar. Con aquellos extraños silenciosos rondando por el molino, tenía que contenerse. No quería que luego anduvieran con chismorreos, ni al pelaire ni por la villa.

El mismo año que casó al hijo, el pelaire había arrendado un campo de cultivo cerca del molino, para llevar a cabo aquella obsesión suya de hacer paños de lino. Había apalabrado a un hombre, un jornalero de la mano menor, para que lo desbrozara, lo limpiara de pedruscos, removiera bien la tierra y la abonara. Cuando tuvo el campo preparado, plantó en él una cama de tréboles que daba gusto contemplar y ganas de tumbarse encima, de cara al cielo; y por San Marcos, el 25 de abril, sembró las semillas de lino, que sacaron unos tallos largos y derechos, hasta que con el paso de los días empezaron a ramificarse y a coronarse, cada rama con una flor de un azul intenso, por San Juan.

—Dejaremos que esta cosecha grane. Luego ya veremos, según vaya la producción —había dicho el pelaire un atardecer en que los tres fueron hasta el campo, a echarle una mirada de cerca.

Desde una de las ventanas del molino, Arraona podía ver el campo. Aquella mancha azul de color intenso, no sabía muy bien por

qué, la consolaba. Cuando las flores se marchitaron, para granar, todo volvió a ser como era.

—¿Sabes que tu suegro es el hazmerreír de todos en la villa, con eso que se le ha ocurrido de cultivar el lino para mandarlo hilar y tejer como si fuera lana? —le dijo Petronela, un día que se presentó en el molino con Elisendis en el coche de caballos.

Las amigas iban a verla de vez en cuando. La primera vez, Arraona se había asustado, al límite del pánico. El pelaire había dejado tan claro que no quería que «triscara» por los alrededores...

Elisendis se alarmó.

—Pero, Arraona, ¡ni que estuvieras secuestrada! ¡O prisionera en este molino! Solo te has casado. Bien pueden recibir visitas, las mujeres casadas. Haz el favor de quitarte de encima esta especie de terror en el que vives. ¿Es que te han prohibido recibir visitas?

—No, claro que no —respondió Arraona, confusa.

No se había dado cuenta de que viviera tan temerosa de hacer algo que el pelaire pudiera considerar poco o nada pertinente. Sí, tenía que sacarse del cuerpo aquel miedo indefinido que la llevaba a deslomarse como si de lo contrario fueran a apalearla. Al fin y al cabo, representaba que era la mestressa de aquella casa de hombres. La Coja no contaba. Y sí, ya sabía, por las veces que habían ido a comer al hostal, algún domingo o en alguna fiesta señalada, que en la villa se hablaba de aquello del lino como si fuera un soberano disparate, impropio de un hombre como el pelaire, decían, tan juicioso, tan bien considerado por su talante prudente y su buen ojo para los negocios. ¿No había sido él el primero en enredarse a tener un puñado de tejedores trabajando para él y solamente para él, a destajo? También había quien lo defendía: si tan buen ojo decían que tenía, quizás todos deberían ir pensando en cultivar aquellas hierbas. Pero la gente seguía creyendo que aquello era una bobada: ¡habrase visto, hacer ropa de hierbajos! Y meneaban la cabeza, jocosos o reprobadores, según el modo de ver de cada cual.

Arraona esperaba como al santo advenimiento ver allá lejos, por el camino, la polvareda del coche de caballos de Elisendis. Un par de días antes, Elisendis solía enviar a Argent a avisarla, a preguntarle si le venía bien que tal o tal día Petronela y ella fueran a pasar la tarde. Así ella disponía de tiempo para hacérselo saber al molino. Sobre todo al pelaire. No por nada, sino para que no les sorprendiera la visita. Nunca ninguno de los dos hombres puso mala cara, pero Arraona se daba cuenta de que al pelaire, que era quien más miedo le daba, le gustaba que ella se lo hiciera saber. No pedía permiso, porque era cierto que no tenía que pedirlo, estando como estaba en «su casa». Pero al hombre le gustaba que lo hiciera y lo apreciaba. Le hacía pensar que su decisión había sido un gran acierto. La moza no era tan

rebelde como él se había temido en un principio; era respetuosa y se portaba bien. Trabajaba de firme, tenía el molino como una patena y no era deslenguada ni malcarada. Todo un acierto. Pero no se quedaba preñada. Quizás era pronto. Arraona era jovencita, quizás no estaba bastante hecha. ¡El qué sabía! Y no tenía la menor intención de ponerse en evidencia preguntándole nada a la Coja. O quizás el torpe de su hijo, a pesar de ser trabajador y buen chico, no se daba buena maña en preñar a la mujer. Tampoco le daba muchas vueltas. Tiempo habría. Puede que hasta fuera mejor así. La chica preñada o con una criatura por medio, ahora que se acercaba el tiempo de la recogida del lino, no habría sido de ninguna ayuda, e incluso podía convertirse en un estorbo si no se encontraba bien o si la criatura le daba demasiado que hacer, siendo una madre primeriza. Cuando tuviera cuatro o cinco... Y el pelaire ya se veía como un patriarca, rodeado de nietos y de riquezas, pero sobre todo de halagos, de admiración y de respeto, allá por donde fuera.

—Si esto del lino sale bien, pondremos casa en la villa, ¿qué os parece? —había llegado a decir al hijo y a la nuera una noche, mientras cenaban.

A Arraona se le habían iluminado los ojos, pero no había dicho nada. Al joven se le habían apagado y tampoco había dicho nada.

—¿Y qué cuentan tus amigas, chica? —le preguntaba el pelaire cada vez que Elisendis y Petronela iban a verla.

Arraona medio se lo inventaba desde que se había dado cuenta de que al pelaire le gustaba tener conversación —¡al único en aquel rincón de mundo donde vivían!— y de que le había sentado mal la vez que ella se había limitado a responderle que a ver qué iban a contar, que solamente hablaban de sus cosas. De modo que mientras preparaba la cena ya se iba inventando historias más o menos creíbles, sin olvidar que el pelaire pasaba muchas horas en la villa y muy a menudo. Pero aquel día no tenía que inventarse nada.

—Pues buenas noticias. Petronela se casa.

—Algo de eso había llegado a mis oídos, pero ya se sabe que, de las cosas que se oyen, la mitad de la mitad. Así que la hija de Pep se casa. ¿Y con quién? ¿Ha cumplido el carnicero y casa a la pubilla con un señorón de la mano mayor? —añadió burlón, pero sin mofarse, porque el pelaire respetaba a cualquier hombre que fuera capaz de sacar adelante un negocio y Pep era todo un personaje en la villa y estaba forrado de sueldos.

Arraona sonrió. Hacía ya tantos años que Petronela alardeaba de que su padre la casaría con un señor y de que entonces ella sería una señora...

—No, al final no. Se casa con el ayudante de Pep, con Iu, el hijo de Bernat Pastor.

—Otro hombre como es debido, Bernat, trabajador y con la cabeza en su sitio —afirmó el pelaire meneando la cabeza con aprobación—. Su chico es un cabeza de chorlito. ¿No es ese que quería ser almogávar?

Arraona entonces no pudo evitar reírse. Sí, pobre Iu, quería ser almogávar, quería serlo desde que era pequeño y jugaba con Iscle en lo alto de las murallas.

—Pero no le hace ascos a la faena y es alegre como un cascabel. ¡Santa inocencia! —prosiguió el pelaire—. Pep lo aprecia. Desde que lo tomó de aprendiz, cuando Bernat se trasladó a la villa. Debe de estar contento. Mañana pasaré por el matadero a darle la enhorabuena. Ahora tendrá un hijo. Lástima que la mujer le quedara lisiada cuando parió a la niña, ¿eh, tú? —añadió dirigiéndose a la Coja, porque los hermanos cenaban siempre con ellos.

La Coja le echó una mala mirada y tan solo dijo:

—No fue cosa mía, Rafel. La carnicera está mal hecha por dentro.

Qué seca llegaba a ser aquella mujer. Áspera. Arraona tuvo un escalofrío. ¡Cómo no iba a darle miedo la Coja, de pequeña, con aquellas miradas furiosas que se le escapaban de las pupilas y aquel tono rabioso que gastaba! ¡Si incluso ahora la temía!

Donde el carnicero pone la felicidad de Petronela por encima de todo

EN EL MATADERO

-¡Qué te cuentas, almogávar! —saludó el pelaire al entrar en el matadero.

A Iu no le molestaba que los hombres de más edad, la mayoría amigos y conocidos de su padre —porque era su padre quien se había dedicado, tiempo atrás, a contar por todas partes que el chico se le quería hacer almogávar—, aún siguieran con la guasita. Es más, le gustaba que se dirigieran a él de aquel modo, y sonrió al pelaire de oreja a oreja.

—Hombre, Rafel, ahora sí que hacía días que no nos veíamos —lo saludó el carnicero dejando los cuchillos de desollar sobre una madera y secándose la sangre de las manos con un trapo.

—Tocamos sectores demasiado diferentes, Pep. Si fueras tejedor, como tu hermano, te tendría a sueldo.

—No soy hombre para estar a sueldo de nadie, amigo mío. Me gusta ser dueño de mí mismo.

—¡Así se habla! Tú eres de los míos. Pero dependes más de los señores del alodio que yo.

—Más del pavorde, que el Mercadal pertenece a la pavordía.

—Tienes razón.

—¿Ya sabes la mala jugada que me ha hecho el pavorde? Ven, sentémonos en el cobertizo y tomemos un trago. ¡Niña! Trae algo de beber —gritó a las ventanas que daban al patio de atrás de la casa.

—No, no sé nada de lo que pasa en la villa; ahora hace días que no vengo por aquí. He estado Hado con el campo de lino.

—La gente se ríe de ti, Rafel, por eso del lino.

—Eso me han dicho.

—No debes hacerles el menor caso. Son gente sin coraje. En

cuanto consiguen un poco de seguridad, se encogen como caracoles dentro de la cáscara y ya no quieren correr ningún riesgo, no vaya a ser que pierdan las cuatro cosas que han conseguido reunir y a las que se aferran. ¡Y qué, si te estrellas con el lino! Al menos lo habrás intentado, que es más de lo que cualquiera de ellos es capaz de hacer, acojonados como viejas ante un golpe de viento. ¡Pero si te sale bien, amigo mío...! ¡Ay, si te sale bien, Rafel! Serás el hombre más ufano de la villa y de todo el Vallés, ya ves qué te digo. Y yo me alegraré.

—Esto es un amigo.

—Pues ya puedes dolerte conmigo, Rafel, si eres mi amigo, porque el pavorde me ha negado una mesa de despachar en el Mercadal.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—No tenías que haber establecido el beneficio en la parroquia de Sant Feliu, Pep. Deberías haberlo instituido aquí en la villa, en la iglesia de Sant Salvador, hombre. ¿No te das cuenta de que para tratar con esta gente hay que ser más listo que una ardilla, que si no te joroban? —le replicó el pelaire, sacudiendo la cabeza—. Ya te podías suponer que el pavorde te lo haría pagar, estando como está a matar con el párroco, hombre.

—¿Qué tendrán que ver, Rafel, la devoción de cada cual y la casa de Dios con un puesto en el mercado? —preguntó entonces Pep, con una candidez que, por un lado, conmovió al pelaire y, por otro, lo exasperó.

—¡Todo, Pep, todo! ¿No ves que aquí se mezcla todo, emperadores, reyes y papas y Dios y el pavorde y la madre que los parió a todos juntos? Parece mentira que seas tan bobo para estas cosas.

Petronela había bajado una jarra y dos vasos.

—Buenos días, Rafel. ¿Está bien Arraona?

—Pues claro que está bien. Carajo de mozas, si no viven en la villa ya les parece que se las tiene que comer el lobo. ¿Es que no ves lo bien que está, cuando vienes a merendar con la chica del almotazaf?

—El almotazaf está muerto, Rafel —le recordó el carnicero.

—Eso ya lo sé, pero ¿no es su hijo el que ahora oficia como tal? —Entonces el pelaire, señalando hacia donde se encontraba Iu, que después de saludarlo seguía trabajando con ganas, mientras silbaba, y con aquella sonrisa que nunca se borraba de su rostro, comentó—: ¿Siempre está contento, este chico?

—Siempre —contestó Pep con satisfacción, y Petronela se puso colorada.

—¿Y qué es eso que se dice? —insistió Rafel con una medio sonrisa maliciosa que hizo poner a Petronela como la grana; tanto,

que tuvo que marcharse.

—Ya veo que las noticias vuelan —se rió el carnicero—. Pues sí, amigo mío, he prometido a mi hija a este pilluelo. Mira, Rafel, yo tenía planes para mi princesa, lo sabe toda la villa, pero... la chica se me ha encaprichado de este y «papá, por favor» y «papá aquí» y «padre allá», no ha dejado de darme la lata un día tras otro. Y como tengo una debilidad con esta niña, pues me dije: «¡Qué demonios! Si mi Petronela no quiere ser una señorita y se ha prendado del hijo de mi amigo, Bernat Pastor, a ver quién soy yo para empeñarme en otra cosa y hacerla cambiar de mano por fuerza». De hecho, ¿a santo de qué habría yo de querer cambiar de mano? Pensé, Rafel, te lo digo de verdad, que qué se nos había perdido a nosotros entre los señores, si tanto Bernat como yo nos ganamos bien la vida y somos gente como es debido. No como algunos de buena casa, que mira, huidos y proscritos por haber matado al abad de Sant Cugat, que hay que tener pocos escrúpulos y poco respeto para matar a un clérigo en plena misa de gallo.

Porque, de vez en cuando, de aquel asesinato todavía se hablaba, aunque sin levantar demasiado la voz. Nadie quería enemistarse con los Rosseta, que tenían la sartén por el mango en muchas cuestiones fundamentales, y, al fin y al cabo, aun teniendo ese garbanzo negro de quien nadie había vuelto a saber nada, eran gente respetable y de las primeras y principales familias de la villa. Ellos, los Rosseta y la gente de su mano, sí que no hablaban del asunto, que los señores, eso de hacer piña, vaya si lo tenían claro.

Total, que el carnicero había acabado dándole un sí, porque él solo quería que Petronela fuera feliz y jamás tuviera que llorar por nada. Así se lo había hecho saber a Iu, que se comprometió solemnemente a no hacerla sufrir.

Y sí, sí. Petronela se casó con su Iu.

El carnicero le encargó en Barcelona un vestido como de princesa y le compró un ajuar que las chicas del vecindario se morían por tocar. Aquellos paños tan finos, con bordados y puntillas, que ellas solo habían visto en los lavaderos cuando las sirvientas iban a lavar la ropa de las casas donde trabajaban. Todas menos Elisendis, que de aquella ropa y aún mejor tenía los armarios llenos, había pensado Petronela, mientras las amigas y las vecinas se admiraban y tocaban, solo con las puntas de los dedos, para no estropear nada.

El día del casamiento Pep pagó un fiestón, sin escatimar nada, con comida y bebida a espuertas, un ternero, que asó entero, y un sinfín de golosinas y confites. Se cantaron canciones y se contaron rondallas. Se bailó y se rió mucho, y también fue mucho el vino que se tomó y las viandas y los dulces que se sirvieron.

Algún gracioso hubo que salió con la broma de siempre:

—¡Eh, Iu! ¿Es que no sabes que el rey anda necesitado de almogávares? ¿Qué haces aquí, casándote con la pubilleta de Pep, si tendrías que estar camino de Aragón para echar a las tropas del rey de Castilla?

Y todo el mundo se reía, a pesar de que aquella nueva guerra no era para reírse. Hacía ya mucho que duraba. Desde un par o tres de años atrás, cuando el rey Pedro de Castilla, al que llamaban el Cruel, había invadido las tierras de Aragón y de Valencia, y andaba detrás de anexionarse las de Elche, de Alicante y de Orihuela, de manera que el rey Pedro había tenido que reunir más y más dineros, por todos los rincones del territorio, para pagar los gastos que originaban sus tropas. Era una guerra similar a un incendio en la montaña, tan pronto se avivaba como parecía haber sido sofocado. Sí, ya hacía mucho que duraba. Y lo que habría de durar aún. Entonces las Cortes, quizás viendo que aquello iba para largo y que el dispendio sería fabuloso, designaron a una docena de diputados que no solo se ocupaban de cobrar lo que llamaban las generalitats, sino que también vigilaban muy de cerca las cuentas reales de aquella contienda a la que pronto la gente empezó a llamar la guerra de los Dos Pedros.

Las Cortes habían empezado a cobrar importancia ya durante el reinado de otro Pedro, el Grande, el heredero del Conquistador, pero eso de que pudieran tener un control sobre los gastos del rey y vigilar a los funcionarios reales por cuyas manos pasaba dinero, por medio de aquella diputación —conocida como Diputación del General—, era nuevo y diferente.

—¿No controlo yo que nadie estafe en el peso? ¿Por qué no habría que controlar qué es lo que hace el rey con nuestro dinero? —había dicho el hermano mayor de Elisendis, el que ejercía como almotazaf—. Me parece de lo más sensato que se haya aprobado inspeccionar de cerca cómo se lleva a cabo la recaudación para las arcas reales y, sobre todo, el uso que haga de los caudales el rey.

Había otros a quienes eso tanto les daba o que quizás ni lo sabían, pero la gente estaba harta de guerras.

—¿Sabéis qué os digo?, que los dos Pedros se busquen a otro para sus campañas y que no me fastidien con sus disputas, que yo bastante trabajo tengo —había respondido Iu, con aquellos aires que se daba y que tenían embobada a Petronela, que lo miraba como si fuera un prodigio.

Petronela e Iu se quedaron a vivir en el matadero. A la hija del carnicero se la veía radiante de felicidad. Las amigas se reían, aunque también se sentían un poco conmovidas, porque Petronela tenía los ojos todavía como de niña, que resplandecían cuando oía a su Iu fanfarronear. Y si la quería o no, Iu a ella, nadie lo sabía, pero cumplía la promesa que le había exigido su suegro. Petronela no tenía ni un

solo motivo para llorar.

Arraona sí que se daba buenos hartazgos. A escondidas y sin que nadie lo supiera, aparte de sus amigas, Petronela y Elisendis. Más Elisendis que Petronela, porque Petronela era tan feliz que daba hasta reparo ir a contarle penas. Arraona nunca había querido casarse con el hijo del pelaire. No tenía nada contra su marido, que era un buen hombre, pero no lo quería nada y, por más días que pasaran, no se podía quitar de la cabeza al hijo del molinero.

Donde se habla de la muerte de la madre de Arraona

EN LA HABITACIÓN

Aquel invierno fue helador. La gente se encerraba en casa y no salía si no era menester, esperando a que pasara aquel frío intenso.

—Chica, recoge tus cosas, que tengo que llevarte a casa.

Rafel, el pelaire, había entrado por la puerta de la cocina, donde Arraona andaba atareada. Él sí que, hiciera calor o frío, tenía que andar de un lado para otro si no quería que las hilanderas y los tejedores que trabajaban para él aflojaran y el ritmo de producción bajara. Ahora que había invertido en aquello del lino, estaba más pendiente que nunca del negocio seguro que suponían los paños de lana. Traía el frío pegado a la ropa y se secó la nariz con la manga mientras se acercaba al fuego.

Arraona se había quedado desconcertada. ¿Qué se traía entre manos ahora su suegro? ¿A casa? ¿Es que estaba echándola del molino? ¿Acaso, sin darse cuenta, había hecho algo que no debía haber hecho? El pelaire solo podía reprocharle que no hubiera parido ninguna criatura. Pero ¿qué podía hacer ella si no se quedaba preñada? Tiempo atrás, había llegado incluso a recurrir a la Coja. Había tenido que vencer aquella especie de repulsión que le provocaba la partera. De sobra comprendía que aquel miedo que siempre le había producido aquella mujer era una bobada infantil, y ahora ya era mayor. Pero, aun así, tuvo que hacer un esfuerzo. Una cosa era hablar de esas cosas con las amigas, y otra muy distinta —por mucho que la Coja fuera por las casas asistiendo a las mujeres a la hora de parir, y preparando hierbas y brebajes—, exponerle aquella inquietud a una extraña, por días que hiciera que vivían bajo el mismo techo.

La Coja la había tocado y le había puesto cara de aquí no pasa nada.

—Todo está en su sitio, muchacha —le había dicho mientras Arraona se tapaba y ella se lavaba las manos—. Esto va como va. Ya

te quedarás preñada. A lo mejor todavía eres demasiado joven. O quizás es el hijo de Rafel el que no es capaz de ponerte una criatura en el vientre. También pasa, eso, no te creas. Por corpulentos y peludos que sean, hay hombres que no tienen buena semilla. Claro que de esto ellos no quieren ni oír hablar y siempre somos nosotras, las mujeres, las que pasamos por tener el vientre seco. —Entonces se había echado a reír—. A malas, si tanto quieres tener retoños, siempre te puedes buscar a otro que te los haga. Eso sí —había añadido, con una mueca que había dado escalofríos a Arraona—, que tu hombre no lo sepa nunca.

Arraona se había sonrojado hasta la raíz de los cabellos, para quedarse después blanca como la cal, al tiempo que le sobrevino un sudor frío por todo el cuerpo.

La Coja, que la miraba, se había reído aún más fuerte.

—¡Ay, Señor, Arraona bonita, qué inocente llegas a ser todavía! —Y se había marchado a hacer sus cosas, meneando la cabeza de un lado a otro, mientras seguía riéndose por lo bajo.

No, Arraona no estaba empeñada en tener criaturas. Pero estaba harta de que todo el mundo, si se acercaba a la villa, la mirara de arriba abajo, deteniendo los ojos en su vientre y en sus pechos, y le preguntara:

—Qué, Arraona, ¿para cuándo será ese molinerito?

O de que su madre la agobiara con sus lamentos:

—¡Ay, Arraona! ¿Es que no piensas hacerme pronto abuela, con las ganas que tengo?

Ya era abuela, Felipa. Ermengarda, la mujer de Iscle, sí que se había quedado preñada enseguida. Y aunque el primer niño que tuvo se le murió a los pocos días de haberlo parido, ya hacía un par de meses que había tenido otro, también un chico, como el primero, al que habían puesto el mismo nombre que al niño muerto, y este sí que parecía que saldría adelante.

—¿Me oyes, Arraona? —le preguntó entonces el pelaire—. ¡Apresúrate, mujer, que es para hoy!

Arraona se quitó el delantal. El pelaire estaba afectado. Se le había desencajado el rostro como si un rayo le hubiera calcinado el molino hasta los cimientos, o el río se le hubiera llevado todas las partidas de paños que tenía almacenadas en el cobertizo de piedra, o un aguacero hubiera estropeado la lana de los sacos o inundado los campos, pudriendo todo el lino que tenía plantado, y el hombre se hubiera arruinado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —preguntó Arraona.

—Felipa... Tu madre está enferma.

A Arraona le dio un vuelco el corazón. El domingo habían ido a comer al hostal y su madre estaba bien. Ahora, viendo lo trastornado

que estaba el pelaire, Arraona se asustó. El pelaire siempre había apreciado mucho a Felipa, y ahora, a la joven, su suegro le pareció un marido angustiado.

—¿Mamá está enferma? —preguntó aún allí plantada.

—¿No te lo estoy diciendo? ¡Demonio de moza! Coge una muda o lo que te haga falta, que te llevaré al hostal. No sé cuántos días tendrás que quedarte, pero tu madre te necesita. Tienes que cuidar de ella, Arraona.

Ahora sí que se apresuró. ¡Su madre enferma! Tan enferma que Rafel estaba tocado como nunca. Tan enferma que Rafel la mandaba a casa para que estuviera con ella.

—¿Se está muriendo? —preguntó Arraona con un hilo de voz.

—Mucho me temo que sí, hija —le respondió el pelaire, y se le quebró la voz. Pero se rehízo al instante. Se había frotado los ojos, había carraspeado y con la voz algo más dulce había añadido—: Anda, date prisa, que te llevaré con el carro.

Todo el hostal olía a tomillo y a hierbas.

El padre de Arraona no había ido a las viñas. Ermengarda trajinaba junto a los fogones y el tío Genís servía a los cuatro parroquianos de los que no había podido deshacerse, que ponían cara de circunstancias, con la buena voluntad de acompañar a la familia, sin darse cuenta de que más que ayudar estorbaban, y sin pensar que quizás la gente del hostal prefería estar sola. Iscle los miraba como si quisiera estrangularlos.

—¡Arraona! —Se vino abajo al ver entrar a su hermana con el pelaire—. ¡Menos mal que has venido!

Nasi también se había acercado a la hija, con los ojos nublados.

—Tu madre se muere, Arraona —le dijo sin tapujos—. Se la come la fiebre y nadie cree que salga de esta. El otro día cogió frío y no hay manera de hacérsela bajar. Pasa las horas amodorrada, con la piel ardiendo y los labios hechos una costra. Tan pronto tiembla como una hoja como se quita las mantas, empapada en sudor, castañeando los dientes y murmurando cosas incomprensibles, como si ya estuviera más en el otro mundo que en este. De vez en cuando, sin embargo, todavía conoce.

Arraona, que se había quitado el manto de lana con el que se había envuelto la cabeza y el cuerpo para protegerse del frío y del viento cortante, y más en lo alto del carro que el pelaire había hecho volar por el camino, azotando a la mula sin tregua, sintió un nudo en la garganta que le producía un dolor espantoso, mientras se notaba el corazón encogido. Pero pensó que no era el momento de echarse a llorar y se fue derecha a la habitación donde sus padres tenían el jergón.

Felipa yacía con los ojos brillantes como dos brasas y los labios

secos. Cada aliento, un silbido y un gemido fino.

—¡Mamá! —Arraona se acercó y la llamó sin levantar la voz, solo con un susurro.

Felipa volvió la cabeza, tratando de incorporarse un poco, y sonrió mientras le alargaba la mano.

Arraona se había sentado a su lado, estrechando la mano que su madre le tendía. La tenía seca y caliente. Muy caliente.

—Has venido —le dijo, con una sonrisa que le cortó los labios y hundiendo la cabeza en la almohada.

—Ya te he dicho que te la traería enseguida, Felipa —dijo entonces el pelaire, que había seguido a Arraona hasta la habitación, sin que nadie se lo impidiera ni lo considerara impropio, ahora que todos eran familia.

Felipa sonrió con esfuerzo.

—Siempre has sido un hombre de palabra, Rafel.

—Pues aquí te la dejo. No te preocupes. Que se quede contigo los días que haga falta, hasta que te pongas buena. Ponte buena pronto, ¿eh, Felipa? Que en el hostal toda la parroquia te echa de menos.

Entonces Rafel hizo algo que espeluznó a Arraona. Se inclinó y le dio un beso a Felipa en la frente, y ella cerró los ojos y le cayeron dos lágrimas por las sienes. Luego el pelaire salió de la habitación sin decir nada más ni a Felipa ni a Arraona.

¡La quiere!, pensó Arraona con una punzada en el corazón. El pelaire quiere a mi madre. Y se dio cuenta entonces de que Rafel la había querido siempre. ¡Aquel hombre siempre había estado enamorado de su madre! Arraona se conmovió. Quizás su madre también lo amaba, como ella amaba a su molinero de Tarrasa, a pesar de haber tenido que casarse con el hijo del pelaire. Aquel pensamiento la hizo sentirse mayor de pronto. Con aquel descubrimiento, una vez más Arraona se daba cuenta de que dejaba de ser una muchachita para ser una mujer. Y su madre y todas aquellas otras personas de su entorno, a las que siempre había visto como si pertenecieran a otro mundo, un universo compuesto de gente sensata y responsable, a quien pedir ayuda y consejo, eran, de repente, más o menos como ella. También tenían sus secretos, sus dudas, sus angustias, sus miedos, sus anhelos nunca cumplidos.

Se quedó en el hostal hasta que enterraron a Felipa.

La veló como si fuera una hija amada, una criatura que no podía valerse. No la atosigó con sus quebraderos de cabeza. Arraona se había hecho mayor. Tenía que resolver ella sola sus cosas. Debía guardarse para sí sus angustias, sus esperanzas y, sobre todo, sus penas. Ya no podía correr a su madre para que la consolara, como cuando era pequeña y tenía miedo o se había rasguñado las rodillas o los codos al caerse. Y había mentido. Había mentido a su madre en su

lecho de muerte.

—¿Eres feliz, cariño, en el molino con tu hombre, en casa del pelaire?

—Sí, mamá.

—Me alegro, hija —había dicho Felipa, con esfuerzo, y después había cerrado los ojos, tranquila, y se había vuelto a dormir, como solía hacer mientras la fiebre, que la dejaba agotada, no la sacudía.

¿Y su madre?, se preguntaba Arraona mientras permanecía sentada al lado del jergón de la moribunda. ¿Había sido feliz su madre con ellos, viviendo en el hostal y llevando el negocio con aquella energía, cuidando del abuelo Salvador y de sus hermanos desde tan jovencita, y después casada con su padre? ¿O había echado siempre de menos la vida que habría llevado en el molino si los abuelos la hubieran casado con Rafel?

Cuando Felipa dejó de respirar y le colocaron la hoja de un cuchillo delante de la boca y de la nariz, y la hoja no se empañó, Arraona rompió a llorar desconsolada, no porque su madre hubiera muerto y no fuera a volver a verla nunca más, sino por tanta felicidad perdida, por tantas vidas vividas de un modo y no de otro, si hubieran podido elegir.

VILLA REAL

Donde se enreda la madeja

Habría querido que la muchacha fuera nuestra.

La he querido tener en el molino como si fuera hija nuestra. Para vivir con sangre de tu sangre y de tu carne, bajo el mismo techo.

Nunca me canso de mirarla.

Le gusta llegarse a los campos de lino. Sobre todo cuando están en flor.

Así, de lejos, contemplo a tu hija.

La contemplo de lejos, y eres tú veinte años atrás.

Tuve que llevar a la Coja con el carro por una emergencia, allá de la fuente. Teníamos que pasar por una callejuela demasiado estrecha y ella que me decía que no hacía falta que diera toda la vuelta, que no estábamos muy lejos y ya iría a pie.

Me dijo que regresara al molino por el camino de la fuente, que tardaría menos sin tanto rodeo. No he querido averiguar nunca si lo hizo a propósito o solo fue una coincidencia. Si lo hizo porque me casé con su hermana y no con ella, porque estaba lisiada, o no hubo intención.

La vi fornicando. Gemía como una pelandusca. Toda desnuda.

No pude evitarlo. Atónito. Me quedé mirándola.

Estuve contemplándola y me pareció preciosa.

Una mujer que desconocía. Tan joven. Tan viva.

Tan diferente de la moza apagada que tenía en casa, casada con mi hijo.

Así debía de ser tu espalda entonces, cuando descubrimos que nos queríamos y tú no quisiste.

Preciosa. Era preciosa.

Blanca de piel como la pelusa más fina de la mejor lana.

Fina como un huso que resbala de los dedos, la piel se deslizaba por las yemas de los dedos largos de las manos tostadas de él.

Preciosa. Era preciosa, encaramada a horcajadas de un hombre joven que suspiraba, entregados ambos a aquel baile de cuerpos que los asemejaba a un paño agitándose al viento o arrastrado por el río, convertido en nube y en remolino de aguas.

Eran una sola cosa. La urdimbre y la trama de un paño perfecto.

Tu pelo castaño, largo y ondulado, como dicen que es la mar salada, meciéndose por aquella espalda, derramándose por los flancos, abierta la esclusa.

Tu olor a tomillo llenaba aquel rincón de bosque, cerca de la fuente.

Preciosa.

Redonda de nalgas. La cintura delgada. Los pechos como palomos de ojos rosados. Las piernas prietas. La carne también.

Se estremecía entera con cada caricia.

Los dedos oscuros por el sol del hombre recorrían su espalda de luna. Le agarraba con toda la mano el nacimiento de los muslos, como si el río fuera a llevársela, allá de la corriente, si la soltaba. Las manos de él... ¡tan glotonas!

Sus labios... Ay, sus labios quemaban como quemaban los tuyos.

Caía hacia delante, abatida de deseo, y se aferraba al cuerpo de él envolviéndolo con huesos y piel. Atrapándolo entero con su pelo.

Tu pelo.

Podríamos haber sido tú y yo.

Se marcharon mucho antes que yo.

Se hizo de noche y yo seguía allí, oyendo manar la fuente.

Triste como nunca.

Donde se habla de las condiciones que pone Elisendis para casarse

EN EL SALÓN

Finalmente, Elisendis también había tenido que casarse con aquel señor a quien solo le salía llamar de vos y que tenía hijos de más edad que ella. Había alargado el luto tanto como su madre le había permitido.

—Parece mentira, mamá —le decía Elisendis cuando su señora madre le hablaba del ajuar y, deprisa y corriendo, insistía en enseñarle cómo llevar una casa y cómo tratar con el servicio; cómo debía velar por el buen nombre de la casa del esposo y ser una señora como era debido—. Mi padre todavía está caliente en el panteón —hacía como que se escandalizaba Elisendis—, y solo piensas en casorios y fiestas. Vergüenza debería darte. ¡No es esto lo que siempre me has enseñado!

Pero aquel argumento, que las primeras veces su madre había aceptado complacida, convencida de que Elisendis iba volviéndose juiciosa y empezaba a asumir sus obligaciones, fue perdiendo fuerza, hasta que ya solo la irritaba.

—Ya basta. Tu prometido y yo hemos fijado el día para vuestro casamiento. El tercer domingo del mes entrante.

Elisendis le había contado a Arraona que aquel día se le había hundido el mundo. Aquello iba de veras y no tenía escapatoria. Pero aún se había permitido una última pataleta.

—Haz saber a mi prometido —dijo a su madre una noche, mientras cenaban— que solo me casaré con una condición.

La madre de Elisendis dio un respingo en la butaca y estuvo a punto de atragantarse, mientras miraba a su hija con los ojos desorbitados. Aquella niña la mataría a disgustos. ¿Con qué le salía ahora? Por supuesto, se repuso enseguida; ya eran muchos años —toda una vida— aprendiendo a disimular, a ocultar tras una fachada complaciente y sosegada las tempestades del espíritu. Así que se limitó a enarcar una ceja —la máxima expresión que se permitía ante

una noticia repentina— y dirigió a Elisendis una mirada interrogante, dura, que revelaba al mismo tiempo que no estaba dispuesta a ceder.

Elisendis ya pasaba por extravagante en todos los salones de la villa por aquella manía que tenía de relacionarse con la chica del hostal y la hija del carnicero. A su madre le había costado muchas meriendas de los miércoles conseguir que aquellas salidas de Elisendis con el coche de caballos, para pasar la tarde en el campo, fueran aceptadas con una sonrisa condescendiente por las señoras de su mano, como una excentricidad de jovencita caprichosa.

—Todas estas bobadas se le pasarán cuando se case y tenga que sentar cabeza. Todavía es demasiado jovencita y mi esposo, en gloria esté —decía la madre de Elisendis, con un suspiro afectado—, la tenía consentida en exceso, a la niña. Con lo intransigente que se mostraba con los chicos —se lamentaba—, y a la niña le daba todos los caprichos, por mucho que yo intentara educarla como corresponde.

—Quiero que Argent se venga conmigo —exigió Elisendis.

—¿Argent? —preguntó su madre, tratando de ganar tiempo para pensar con mayor rapidez que su hija.

—La Niña de la Plata, la niña que recogisteis y que se ha pasado la vida encerrada en la cocina de esta casa —se impacientó la joven —. Quiero que me dejes llevármela para que sea mi doncella.

—¡Pero si Vicenç tiene la casa llena de servicio! —se quejó la madre de Elisendis, que ya llamaba a su futuro yerno por el nombre de pila.

—Y no quiero ver ni un solo objeto de plata en toda la casa —añadió la joven, mientras sus hermanos la miraban sorprendidos, como si hubiera perdido el juicio.

—¿Estás loca, hija?

—Ya me has oído, madre. No quiero que Argent...

—Argent, Argent —la interrumpió entonces su madre con un gesto de impaciencia, aunque comedido.

—Y quiero que tengamos habitaciones separadas, como tú y mi padre.

—¡Señor! —estalló su madre, que había dejado los cubiertos sobre el plato para colocar, con un golpe seco, ambas manos sobre el mantel con las palmas muy abiertas.

Pero Elisendis se salió con la suya.

La doncella de su madre enseñó a Argent cuatro cosas en cuatro días, para que supiera al menos cuáles serían sus obligaciones para atender como era debido a la señorita. El viudo rico había soltado una risita que había exasperado a Elisendis cuando su madre le hizo saber el capricho de la hija, y mandó retirar de la vista todos los objetos de plata, dando así cumplimiento a aquel deseo estrafalario de su prometida.

—Ya os dije, señora mía —respondió a aquellas exigencias de última hora que le comunicaba su futura suegra, ocultando hasta qué punto le sofocaba aquella situación tan penosa—, que ansió contentar a vuestra pubilleta y no quiero que mi esposa, que es talmente una muñequita que me tiene robado el corazón, tenga la menor pena mientras esté a mi alcance contentarla. Si ha aborrecido la plata, lo pondremos todo de oro. Por eso que no pase la menor ansia.

Por supuesto, y como cabía esperar, las excentricidades de la niña del almotazaf, Dios lo tuviera en su seno, fueron la comidilla de todos los salones.

Durante los primeros tiempos de casada, Elisendis no quería más que morirse. Su madre la había tenido bien engañada. Le había dado a entender, cuando le había endosado aquel matrimonio, que solo se trataba de convertirse en una especie de señora de compañía de aquel abuelo.

—Tú síguele la corriente y podrás hacer de Vicenç lo que te venga en gana, porque lo tienes encandilado —le dijo el día anterior a la celebración del casamiento—. Piensa que debes ser la alegría de su vejez. Es un hombre mayor, cargado de sueldos, que no quiere morirse solo. Pórtate bien con él, sé amable, haz que siga tan ufano de ti como lo está ahora, y llevarás una buena vida, sin sobresaltos ni quebraderos de cabeza. Por encima de todo, debes mantener una conducta irreprochable. Tienes la suerte de que tus extravagancias le hacen gracia. Aun así, no te excedas ni un tanto así. Los primeros tiempos nadie te quitará los ojos de encima. Menos aún tus hijastros, que con este casamiento tardío de su padre ven recortada su herencia.

Todo esto trató de hacerle comprender su madre, pero no le dijo nada de las cosas que tendría que dejarse hacer en la cama.

Elisendis no sabía nada de todo aquello. Ni siquiera había visto nunca a los perros acoplándose en la calle. Ni nunca los comentarios subidos de tono de las sirvientas en la cocina o de las mujeres en los lavaderos del río habían sido lo bastante explícitos como para que pudiera hacerse una idea de eso que a todas les parecía tan gracioso o a veces escandaloso. Sabía que los matrimonios dormían juntos, y ya eso de tener que dormir con aquel señor le resultaba extraño, pero que la tocara y se le pusiera encima y dentro le pareció horroroso.

Se espeluznaba si por la noche, mientras estaba con Argent en su habitación, antes de acostarse, aquel hombre llamaba a su puerta y entraba con una sonrisa que quería ser amable y a ella le resultaba aterradora.

—Tu señora ya no te necesitará más esta noche —le decía su esposo a Argent para despacharla, y la muchacha hacía una reverencia menuda y desmañada y se retiraba.

Ahora Elisendis ya sabía que eso formaba parte de sus obligaciones. Se lo dijo su madre, cuando ella, descompuesta, quiso contarle lo que aquel marido suyo le hacía: tenía que comportarse y no poner mala cara, porque yacer con el esposo era uno de sus deberes.

Lo único que lo hacía algo más soportable era tener una habitación para ella sola. Aquello de las habitaciones separadas la madre de Elisendis no se atrevió a mencionarlo. Fue cosa de él:

—No te lo tomes a mal, nenita, bonita mía —le dijo el viejo el primer día, una vez estuvieron casados y se hubieron despedido de los invitados—, pero estoy acostumbrado a dormir solo y me gusta estar a mis anchas. Iré a verte tan a menudo como pueda, pero después tendrás que dormir sólita.

A Elisendis le parecía mejor que bien que aquel yayo con quien la habían casado no quisiera que durmiera con él. Vicenç iba a su habitación, le hacía todo eso y se marchaba a su dormitorio. Entonces, Elisendis saltaba de entre las sábanas y se pasaba la noche lavándose.

Se ganó fama de excéntrica también entre las sirvientas de la casa, porque, en cuanto su marido se retiraba a roncar a su dormitorio, ella despertaba al servicio, fuera la hora que fuera de la noche, y ponía a todo el mundo en danza. Les hacía cambiar toda la ropa de la cama, porque no soportaba el olor que aquel hombre dejaba en sus sábanas, y les mandaba calentar agua para bañarse de cuerpo entero.

Pronto se hablaba de aquello incluso en los lavaderos.

Cada vez que la jovencísima Mir dormía con su hombre lo sabía toda la villa, porque entonces había luz en las ventanas de la señora hasta altas horas y las sirvientas no tenían descanso.

—Una excéntrica, la niña del almotazaf —decían las señoras cuando merendaban en los salones.

—Cosas de ricas —decían las mujeres cuando se reunían junto al río a lavar.

Donde Arraona se niega a ser desdichada

EN EL MOLINO

-Nunca hubiera imaginado que ser mayor fuera tan espantoso —le dijo un día Elisendis a Arraona, una tarde que había ido a visitarla al molino con el carruaje de su esposo, mientras paseaban cerca del campo de lino del pelaire, que florecía de nuevo, tan azul.

El pelaire ya había marcado los tallos de las plantas que le parecían más adecuadas para aquel proyecto que se le había metido entre ceja y ceja de tejer el lino. Cosecha tras cosecha elegía solo las semillas de las mejores plantas. Cada flor daba ocho o diez habitas oscuras, de color marrón.

—La Coja muele harina con las semillas de rechazo que Rafel le permite quedarse, una vez ha apartado las que haya menester para resembrar el campo. Dice que, pastada con agua, va tan bien para cataplasmas. O las prensa para sacarles el aceite, como si fueran aceitunas, para dar friegas, que dice que arreglan casi todos los males —dijo Arraona distraída, señalando las flores, tan azules que semejaban un cielo pegado al suelo. Después de un silencio, miró a Elisendis y esbozó una sonrisa triste—. Yo también lo pienso a menudo. Con lo que ansiaba hacerme mayor para poder hacer lo que me pareciera, sin que mis padres me estuvieran todo el día encima...

—¡La vida no puede ser solo esto! —se quejó Elisendis en un tono tan desesperado que Arraona no pudo evitar reírse.

—Pues me parece que sí, que es esto —replicó en voz muy baja, y se echó a llorar.

—¿Qué tienes? ¡Arraona, no llores! —se asustó Elisendis.

Pero Arraona no podía detener aquel llanto.

—Oh, Arraona, Arraona. —Elisendis la abrazó y, mientras la mecía un poco, le dio besos en el pelo—. No llores, Arraona. ¿Qué tienes? ¿Echas de menos a tu madre? —preguntó, sin saber ya qué decir,

viendo que la pena no se le pasaba y que los sollozos de la otra, que rebotaban contra su pecho, eran cada vez más desesperados.

Arraona, entonces, se deshizo de su abrazo y se secó los ojos, como si con las manos quisiera arrancárselos, para librarse a la vez de aquella angustia, y con el aliento medio ahogado por fin arrancó a hablar:

—No puedo vivir sin él, Elisendis, no puedo más con esta vida que llevo. Lo echo de menos cada día del mundo, cada segundo. Me despierto por la mañana y el primer pensamiento que me viene a la mente es él, y solo querría morirme al pensar que no lo veré más, que no es él el hombre que yace a mi lado, ni lo será jamás. Me levanto como si mi cuerpo cargara siempre con un saco de pedruscos. Trato de distraerme, empeñada en hacer lo que debo hacer, y me obligo a pensar tan solo en las tareas de cada día. Presto atención a las conversaciones que mantienen mi marido y el pelaire cuando hablan de los paños, del lino y del precio de la lana; o escucho, cuando corresponde, los chismes que corren por la villa y que la Coja se muere por contar cuando regresa con el saco lleno de trapos viejos, para que Ramón los convierta en papeles para el pavorde. Y doy gracias al cielo cuando oscurece y ya lo tengo todo listo, y sé que podré dormir y olvidarme, al menos, de que llevo esta vida que no he querido, que no he elegido. Y querría irme río abajo cuando me pongo a lavar y las camisas no son las suyas, y este molino no es el suyo, ni es su voz la que me llama, ni su cuerpo el que me abraza a oscuras, sin decir nada, ni es él quien ronca y me desvela, mientras la luna entra por la ventana.

Elisendis la comprendía. Vaya si la comprendía. Ella tampoco podría vivir sin Arraona. No habría querido separarse nunca de ella. Ni de día ni de noche. La de veces que —si no podía dormirse, allí en la casa de su esposo, metida en aquel lecho tan grande y tan frío, donde lo único agradable era el olor de las sábanas limpias— se imaginaba que vivían juntas, que Arraona dormía a su lado o que se pasaban la noche charlando hasta que el sueño las rendía y se dormían abrazadas. Claro que quizás no era lo mismo, pero le daba la impresión de que aquello que sentía se parecía mucho a lo que Arraona le contaba.

—Arraona —le dijo con la voz ronca—, yo lo arreglaré. No quiero que llores. Arraona, no llores, ¿oyes?

En cuanto regresó a casa, mientras se quitaba la toca, tomó una decisión. Echó una rápida ojeada al comedor, donde una de las sirvientas ponía la mesa para la cena.

—¿El señor ha salido?

—Está en el despacho, señora, con el administrador.

—Pídele por favor a Argent que suba a mi habitación.

La criada dejó sin dilación lo que estaba haciendo y Elisendis se maravilló, una vez más, de que, solo por el hecho de haberse casado con el amo de aquella casa, todo el mundo hiciera al instante cualquier cosa que ella dijera.

—Señora —dijo Argent al entrar en la habitación.

—¡Ya no sé cómo decirte que no me llames señora si estamos solas, Argent!

Pero a Argent le gustaba mucho su papel de doncella, después de haberse pasado la vida en aquel rincón de la cocina lustrando la plata, y pocas veces osaba llamar a Elisendis por su nombre.

—Ven. Cierra la puerta —añadió enseguida Elisendis sin dar tiempo a la otra a replicar—. Tenemos que organizar una cosa que ha de ser un secreto. No me puedo encargar yo, pero me fío de ti completamente.

Elisendis sabía que podía contar con la muchacha. Que la joven la apoyaría en todo. Argent sentía auténtica devoción por Elisendis. Como si su señora le pedía que se tirara de cabeza a un pozo. Allá que se iría. Cuanto más confiaba Elisendis en Argent, más la adoraba la Niña de la Plata. Así que Elisendis la envió a averiguar qué había sido del hijo del molinero a quien amaba Arraona.

—Np, señora, el hijo del molinero no se ha casado ni, según dicen, tiene la menor intención de hacerlo, a pesar de que es un hombre la mar de apuesto, agradable y risueño. Dicen que es tan buena persona. Por lo visto, siempre que le preguntan cuándo piensa casarse, dice que una dona d'aigua, una ninfa, le robó el corazón en la fuente y que ya nunca jamás podrá deshacerse de ese encantamiento. A día de hoy él es ya el molinero. Su padre todavía vive, pero está tan viejecito que se pasa el día al sol, sentado en el banco de piedra.

Después, Elisendis la mandó al encuentro del molinero.

—Yo, señora, no entiendo de estas cosas, pero diría que el molinero está muy prendado de vuestra amiga, la señora Arraona. La he mencionado como por casualidad y el molinero, aunque se esforzaba en no poner a nadie en un compromiso, trataba de tirarme de la lengua y los ojos le brillaban como carbones encendidos, justo antes de que brote la llama, si se les sopla la poca ceniza que los cubre con el aventador.

Elisendis sentía el corazón ligero cuando pudo decirle a Arraona que, si aún quería, podía volver a verse con su amado molinero. Que ella, Elisendis, le cubriría las espaldas, que para eso estaban las amigas, y Arraona era la persona a quien más quería en este mundo y en el otro. Que fuera a verlo. Que hablaran de aquello que les sucedía y «que sea lo que Dios quiera», había añadido, sin percatarse de que quizás no era el modo de hablar más adecuado, ya que eran precisamente las leyes de Dios las que dejaban bien claro que aquello

que estaban tramando estaba más que prohibido.

Pero Arraona, después de darle muchas vueltas, con el corazón acelerado por una mezcla de miedo y de emoción, cuando Argent le hizo saber que el hijo del molinero volvería a esperarla cada tarde en la fuente donde se conocieron, se fue para allá. Elisendis hizo la comedia de mandarle el carruaje con el recado de que fuera a verla sin falta, porque se encontraba mal y necesitaba, por favor, que fuera a hacerle compañía.

—Vete, vete —le dijo el pelaire, que desde que Felipa había muerto parecía otro—, que así te distraerás.

Ni Elisendis supo qué se contaron aquel par ni cómo había ido su reencuentro. Tampoco quería saberlo. Le bastaba y sobraba con ver aquel chisporroteo de gozo en los ojos de Arraona.

Arraona y su molinero siguieron viéndose. El deseo que habían estrenado tiempo atrás, cuando los dos eran aún tan jóvenes, volvía a cosquillearles la piel. No daban abasto, en aquellos encuentros, a contarse todo cuanto habían vivido, todo cuanto habían sentido y todo cuanto habían pensado en todo aquel tiempo en que no se habían visto. Las penas y las alegrías. Los sueños y las pesadillas. Hasta que pasó lo que tenía que pasar y se liaron, con un ansia que Arraona no sabía ni que existiera. Con una desazón como si les fuera la vida en ello. Con un júbilo que nada enturbiaba. Armaban de prudencia su osadía.

Elisendis se maravillaba. Nunca su Arraona había estado tan preciosa. A pesar de los peligros de aquella aventura, que había escandalizado tanto a Petronela cuando Arraona quiso hacerla partícipe de su dicha, se la veía tan segura, tan serena..., feliz. Y Elisendis solo podía alegrarse.

Petronela se había alterado mucho. No como solía, si oía chismorreos en la tahona o en los lavaderos del río, que entonces se le notaba a la legua que exageraba y que se deleitaba tanto como todo el mundo cotilleando. Aquello de Arraona con su molinero la había escandalizado de verdad. Estaba horrorizada.

—Pero, pero... ¡esto es pecado! —fue lo único que se le ocurrió decir—. ¡Te tendrás que confesar!

Elisendis creyó que Arraona se echaría a reír, pero tampoco le sorprendió su respuesta.

—No puedo —dijo Arraona, con expresión seria y con una firmeza que le proporcionaba el recuerdo de aquello que le había dicho más de una vez la abuela de las Viñas. Que la vida era para disfrutarla y no para sufrirla, y que tratara de hacer siempre lo que el corazón le dijera.

—¿Cómo que no puedes? —protestó Petronela.

—Esta vez no pienso echarme atrás. —Y añadió, seria aún, pero con un deje de sorna—: ¿No te acuerdas de que en catecismo nos

enseñaban que para confesarse de los pecados y para que quedaran perdonados había que tener propósito de enmienda y no querer hacer nunca más eso que hubieras hecho mal? No puedo, Petronela. No quiero volver a perderlo.

—¡Por el amor de Dios, Arraona, que te la juegas!

—Pues me la juego.

—No quiero saber nada de toda esta historia. Y tú, Eli, tú eres una imprudente. ¡Estás loca! —Y parecía que Petronela fuera a echarse a llorar.

—¿Es que no quieres que yo también sea tan feliz como lo eres tú con Iu, Petronela? —le preguntó entonces Arraona, que no entendía todo ese alboroto.

—¡No es lo mismo! —replicó la hija del carnicero—. ¡Iu es mi marido! Y tú estás casada con el hijo del pelaire.

—Lo quiero. No puedo evitarlo —dijo Arraona en voz baja.

—No quiero saberlo —gritó Petronela—. No quiero saber nada de todo esto. Estás chiflada. Tu marido es un buen hombre. No se merece que le hagas esto.

Petronela las dejó plantadas a las dos.

—No debería habérselo mencionado siquiera —dijo Arraona, un poco entristecida.

—No —estuvo de acuerdo Elisendis—. Petronela es feliz con la vida que lleva. Todo le ha salido bien. No tiene ni idea de cómo se puede llegar a sufrir.

—Sí que es un buen hombre, el hijo del pelaire, pero no le quito nada. Todo lo que él pueda esperar de mí lo tiene. Soy su mujer. Hago todo cuanto se espera de una mujer casada. Es mi marido, pero mi esposo, mi hombre de verdad, es mi molinero.

Donde el pelaire vende la primera partida de paños de lino

EN EL MOLINO

Pep, el carnicero, no había vuelto a ser el mismo desde que se le había negado toda opción a las mesas de despachar que la pavordía había hecho levantar en la plaza, sin la menor explicación ni justificación, fuera, como le decían los amigos, de su devoción por san Feliu y del beneficio que en mala hora se le ocurrió establecer en la parroquia. A pesar de su talante decidido y de su apariencia corpulenta, era un hombre sin malicia, confiado y creyente. Que los intereses terrenales del párroco y del pavorde, ambos hombres de Dios, y las cuestiones espirituales y las devociones anduvieran tan enredados unos con otros que no se los pudiera distinguir le escandalizaba, porque era piadoso de verdad.

—¿No nos han predicado siempre en los sermones que hay que dar a Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey? ¿Acaso la parroquia de la villa no es la iglesia de Sant Feliu? ¿Quién se ha creído que es el pavorde para castigarme por establecer un beneficio que nada tiene que ver ni con el mercado, ni con el oficio, ni con él? ¿Adónde vamos a ir a parar si ni los que se llaman y se consideran hombres de Dios distinguen entre los asuntos de Dios y los negocios de este mundo?

Aquello le amargó. Se pasaba el día renegando de los curas y contando a quien quisiera escucharlo que por las rencillas y los celos que había entre el pavorde y el párroco, que tenían dividida y enfrentada a la feligresía entre los partidarios de la iglesia de Sant Salvador y la de Sant Feliu, en lo alto de la sierra, él había perdido una buena oportunidad de trabajo.

—¡Dios debe de tirarse de las barbas viendo la mezquindad de sus representantes en este mundo podrido! —se quejaba a menudo.

Perdió el gusto por su trabajo y aquella alegría con la que despachaba a las mujeres. Decidió que ya era viejo, así que puso a Iu al frente del negocio y a Petronela a despachar en el mismo matadero.

—No necesitamos para nada tener uno de sus malditos puestos en la plaza, ¿verdad, almogávar? —rezongaba Pep si le volvía a la mente el agravio sufrido.

—¡Que les aprovechen sus mesas! —solía responderle Iu, tan fanfarrón como cuando era un jovenzuelo que iba a comerse el mundo.

Entonces Petronela se embobaba mirándolo y le parecía que el pecho se le rajaría en cualquier momento, de tan y tan orgullosa que estaba de aquel hombre suyo. Los ojos le hacían chiribitas en cuanto lo veía entrar por la puerta, porque, aunque no volvió a hablar de ser almogávar desde la colleja que le soltó su padre, sí que contaba las cosas, cualquier nimiedad que hiciera, como si fuera una gran hazaña, y cuando regresaba del matadero parecía que volviera de matar sarracenos, si aún quedaran sarracenos por los aledaños de la villa. Y Petronela embobada. Siempre pegada a su Iu. Lo adoraba. Era su héroe. Iu cumplía el pacto con el carnicero: Petronela era feliz.

Arraona, después de mucho tiempo de no serlo, también.

No hacía mucho que, por orden de las Cortes de Cervera, se había llevado a cabo en todo el territorio de Cataluña la fogueación, el recuento de fuegos que permitiría saber al rey cuántos hogares había en cada una de las villas en las que reinaba y hacerse una idea del número de súbditos que tenía. Un fuego por cada casa. Una familia por cada fuego. Entre la villa y el castillo de Arraona, ciento sesenta y dos fuegos. En todo el Vallés solo los sobrepasaban los de Tarrasa —cosa que picó a más de uno— y Sant Cugat, de donde aún se recordaba con espanto el asesinato del abad de Biure a manos del hereu Saltells, aquel crimen en el que, para vergüenza de la villa, había participado el notario Rosseta, desaparecido desde entonces, sin que nadie supiera por dónde andaba.

Durante aquellos días de la fogueación, la Coja había mirado a Arraona, un día que estaban solas en el molino, y le había soltado, socarrona:

—Veo que has hecho lo que te dije.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Arraona, que tendía la ropa.

—¡Que ya te has buscado quien te preñe! —Y ante la cara pasmada de la moza, se echó a reír con grandes carcajadas—. A mí tanto me da de quién sea, pero tú, niña, estás preñada.

—Ay, no sé de qué me hablas. —Arraona fingió no darse por enterada.

—No me seas necia, ahora tú, mujer. ¿No ves que yo me dedico a esto? Me basta con mirar a una mujer para saberlo. Los pechos, las caderas... —entonces le cogió la barbilla con la mano— y este resplandor en los ojos que te está poniendo tan y tan rebonita.

—No me gusta que hagas burla de esto. Si tienes razón y espero

una criatura, es de mi hombre —replicó Arraona apartando la cara y haciéndose la ofendida.

—Pues claro que sí, mujer. Hablaba por hablar. —Pero aún añadió —: A mí, ya te lo he dicho, tanto me da. No es algo que me incumba y por mí nadie ha de saberlo ni lo sabrá. ¡La de secretos que me llevaré al otro mundo!

El pelaire se alegró más que su hijo cuando, a la hora de cenar, la Coja dijo:

—Hala, pelaire, ya puedes estar contento, que antes de que vuelvas a plantar el lino serás abuelo.

Entonces el pelaire había hecho traer a Ramón de los Papeles una jarra de vino de la bota de debajo de la escalera y habían bebido, para celebrarlo. Pero, después de dar un trago, había mirado a Arraona y se había quedado medio mustio.

—Lo contenta que se habría puesto Felipa...

Luego había chasqueado la lengua y había salido al fresco, como hacía a veces, cuando estaba preocupado o quería estar solo, a sentarse cerca de la esclusa del molino, donde solamente se oía el estrépito del agua.

Fue un niño. Con una constelación de lunares muy oscuros, bajo la paletillita derecha, calcada a la que tenía su padre, el hijo del molinero.

La Coja no dijo nada. Miró un momento a Arraona, mientras la criatura aún estaba saliendo, y esbozó una sonrisa comprensiva.

El domingo subieron a la parroquia a bautizar al niño. Le pusieron Rafel, como su abuelo, el pelaire, que fue el padrino. La madrina fue Elisendis.

—¡Déjame ser la madrina de tus hijos, Arraona! —le había pedido durante todo el embarazo.

El pelaire no se había opuesto cuando Arraona le había hablado de ello en el molino.

—Me parece bien. ¿Verdad, muchacho? —había dicho, dirigiéndose a su hijo, que nunca abría la boca ni parecía tener una opinión propia en nada, siempre a la sombra de su padre—. No porque nos sea menester, como si fuéramos unos muertos de hambre y necesitáramos la protección de algún señor, que un día u otro el mundo será de la gente que trabajamos y no de los que viven de rentas —había querido dejar claro—, pero la señora Mir es amiga de tu mujer desde que las dos eran unas mocosas y, si las cosas se nos torcieran, que no se nos torcerán, o si la desgracia nos cayera encima, que tampoco tiene por qué, es bueno saber que se ocupará de tu chico como si fuera suyo, que de eso se trata.

No, no eran unos muertos de hambre, pero el pelaire se había jugado todo cuanto tenía en aquel proyecto del lino y todo el mundo en la villa —y en el molino no digamos— sabía que, si aquello que los

unos calificaban de disparate y los otros seguían con el corazón en un puño acababa siendo un fracaso, el desastre para la familia estaba servido y les costaría años recuperarse.

—Este año, Arraona, es nuestro año —dijo el pelaire cuando las flores del lino empezaron a marchitarse—. El pequeño va a traernos suerte a la fuerza, aunque la suerte debamos forjárnosla cada uno.

La cosecha estaba a punto. Rafel había echado sus cálculos y había aprendido —tras muchas pruebas y ensayando diferentes modos de tratar los tallos del lino— a cardarlo, a hilarlo y a tejer paños con él. Aquel año era el bueno, decía. Aquel año quería obtener una buena partida de paños. Trabajaría al por mayor. Quería dar la campanada para la feria de verano, si no podía ser en invierno, para el Retorn de la Fira, que quizás era demasiado pronto.

—Si todo va bien —decía el pelaire, que aquellos días ya no podía hablar de otra cosa que no fuera el lino, mientras miraba cada día cómo se iban formando las semillas—, tú, Coja, esta vez te quedarás sin una sola habita de estas para preparar tus potingues. En abril las plantaremos todas. Ya le he echado el ojo al campo de al lado.

Tan pronto como las semillas estuvieron en sazón, Rafel apalabró jornaleros para la cosecha. El lino no se segaba, había que arrancarlo. Los jornaleros tiraban de las plantas con las manos y sacudían la tierra de las raíces. Las mujeres, detrás de ellos, las ataban en gavillas que habría que dejar secar de pie, hasta que cayeran las semillas.

Trabajaban de sol a sol, con el calor del verano. Cantaban para marcar el ritmo, como cantaban las mujeres cuando se reunían para hilar la lana. Arraona les guisaba el almuerzo, como había hecho la abuela de las Vinas para los jornaleros, durante el tiempo de la vendimia; les llenaba los cántaros de agua fresca, y al atardecer contemplaba todo aquel ajetreo con el niño en brazos.

Al cabo de los días, cuando los jornaleros ya se habían marchado allá donde quisieran darles trabajo, cuando las gavillas se hubieron secado y hubieron recogido las semillas del suelo, metieron los tallos en remojo, atados como estaban, con unos cuantos pedruscos encima, para que no flotaran, sus buenos ocho días. Y luego de nuevo al sol.

Entonces el pelaire mandó llamar una vez más a una cuadrilla de hombres que, con un mazo de madera, machucaban los tallos, mientras las mujeres, a cubierto, iban separando la paja de la estopa.

Las veces anteriores, mientras tan solo realizaban pruebas y aprendían, todas aquellas tareas las habían hecho ellos, el pelaire y su hijo, con Ramón de los Papeles, que les echaba una mano, y Arraona y la Coja, porque había dicho el pelaire que de aquello se beneficiarían todos. Pero aquel año, que la cosecha era grande y la cosa iba ya en serio, el pelaire había solicitado otro crédito en los

puestos del Mercadal en los que se compraban y vendían dineros.

Después, con el rastrillo, se cardaba el lino para separar las diferentes calidades. El que daría paños más ordinarios, la parte más basta de lo que quedaba de los tallos; la estopa y las fibras más finas, que se utilizarían para tejer los paños con los que podrían cortarse paños y camisas. Y ya solo era cuestión de hilar el lino cardado, como si fuera lana. En eso Arraona se daba más maña que nadie y colaboraba, trabajando como había hecho siempre, desde que era pequeña, bajo la atenta vigilancia del pelaire, que había convencido a un puñado de mujeres para que le hilaran lino en lugar de lana y le liaran madejas que pudiera entregar a los tejedores.

El hermano del carnicero, que era uno de los mejores tejedores de la villa, se contaba entre los pocos que se habían ido entusiasmando con aquella osada ocurrencia del pelaire y, desde el principio, mientras el pelaire sacaba muestras y realizaba pruebas, había tejido para él aquel hilo nuevo, diferente de la lana. Las telas de lino eran fuertes, lisas y frescas, y se secaban al sol con mayor rapidez que los paños de lana. Así que, cuando el pelaire le contó que aquel año la cosa ya iba de veras, quiso asociarse con él, sí o sí.

—Ya te buscaré los mejores tejedores y los pagaré de mi bolsa —le había dicho. Y el pelaire se había mostrado de acuerdo.

El tejedor y el pelaire habían acudido al notario Rosseta para que pusiera por escrito los tratos que habían pactado en el hostal y diera fe también de los créditos que tanto el uno como el otro habían solicitado.

Y justo es decir que transcurrido un año, cuando para la feria de verano el pelaire vendió todas las partidas de paños tejidos con lino, desde los más toscos hasta los más finos, de ser el hazmerreír del sector pasó a ser, durante un tiempo, porque estas cosas nunca duran, el más admirado y envidiado. Y también el más temido, sobre todo por aquellos que más se habían burlado de él.

Donde se habla de cómo Elisendis decide sacar partido de su vida

EN EL COCHE DE CABALLOS

Arraona seguía yendo a la fuente, que era un modo de decir que se seguía viendo con su molinero. Bastante había tratado de quitárselo de la cabeza, los primeros años de casada, sin conseguirlo. Desde que había vuelto a verlo, y se había liado con él —como decía Petronela—, se reunían tan a menudo como podían. Arraona ya no se veía capaz de renunciar. Le parecía que no podía hacerse eso a sí misma, que no quería volver a sentirse tan desdichada nunca más. Lo amaba. Si no lo veía, saber que se encontrarían de nuevo le alegraba cada minuto del día. Todo cuanto le sucedía era importante, porque cuando se vieran se lo contaría. Entonces, cuando se encontraban en el refugio de pastor abandonado que habían convertido en su madriguera —que allí, por los alrededores de la fuente, cualquier día los habría acabado pillando alguien—, el tiempo transcurría deprisa y no daban abasto a hablar de todo, reírse y amarse. Tras el nacimiento del pequeño Rafel, que ya corría de acá para allá y era la alegría del molino, había tenido otro hijo más, con la misma salpicadura de lunares bajo la paletilla derecha. El pelaire estaba más que contento.

—Has tardado en tener prole, Arraona, pero a la vista está que eres buena paridora, ¿verdad, muchacho? —añadía siempre, palmeando la espalda de su hijo, que nunca soltaba prenda y por cuya mente nadie sabía nunca qué le rondaba, ni si estaba contento o agobiado.

El hijo del pelaire sabía que Arraona no lo quería, pero eso tampoco le causaba ni frío ni calor, porque lo que contaba era que la mujer cumpliera: que le tuviera respeto; que cuidara del molino y de la familia; que pariera un buen puñado de hijos y apoyara a su hombre en todos sus quehaceres; que lo atendiera y no diera pie a que se hablara mal de ella. Y Arraona cumplía en todo.

El pelaire estaba muy unido al pequeño Rafel. Aquello de ser abuelo le tocaba el corazón, y el niño era zalamero y lo adoraba. Lo

seguía por todas partes y se le encaramaba a las rodillas al atardecer, cuando se sentaban cerca de la lumbre, mientras Arraona hilaba, para que le contara cuentos y rondallas. Y el abuelo se lo cargaba a las espaldas, aún fuertes, cuando se acercaba a echar un vistazo a los campos de lino, y le mostraba los misterios del mundo y los artilugios del molino. O de los telares, si se lo llevaba a la villa para echar cuentas y decidir asuntos del negocio con su socio, el hermano tejedor del carnicero.

Elisendis, aunque no tenía a ningún otro hombre en la cabeza, tenía aborrecido a su marido viejo, aquel viudo de casa principal con quien la habían casado. No le consolaba la perspectiva de acabar convirtiéndose en una viuda rica, como le decía Petronela, bromeando, cuando Elisendis se quejaba o se enfurecía.

—¡Mil veces habría preferido ser monja y vivir en un monasterio! —acababa exclamando siempre, cuando hablaban de los maridos y de la vida de casadas.

Elisendis no entendía qué de placentero podía haber en aquello que contaban Arraona y Petronela de besarse y yacer con sus hombres. A ella solo le producía asco y daba gracias al cielo por no quedarse preñada. No lo quería el viejo tampoco, porque ya tenía repartida la herencia. «Tu eres la muñequita de mi vejez, no quiero que te preñes», le decía.

—Aguanta, Eli —le decía Petronela, que ya le había parido a su Iu una niña y un niño—. Este marido tuyo no durará mucho y entonces, rica y joven, te podrás casar con quien quieras. ¡Si es un yayo!

El viejo, sin embargo, no se moría. Ni Elisendis tenía la menor intención de volver a casarse con nadie. Quería a Arraona. Y a los hijos de Arraona.

Solo se veían de vez en cuando, con Petronela. Nada era como antes, cuando eran pequeñas. Aquella especie de celos que tenía Petronela de Elisendis y Arraona había pasado a la historia y ahora estaba convencida de que eran las otras las que la envidiaban. Y en el fondo, muy en el fondo, restregarles su felicidad por las narices era para ella una especie de satisfacción, una compensación, una pequeña revancha, por las veces que se había sentido excluida. No había sabido nada más de la doble vida que llevaba Arraona, desde que se había escandalizado tanto cuando supo que se veía con el molinero de Tarrasa. No quería saberlo, tampoco. Y las otras callaban. Tampoco comprendía las quejas de Elisendis, que le parecían bobadas, del todo fuera de lugar. Petronela iba a lo suyo y los encuentros con las amigas eran cada vez más espaciados, porque iba de cabeza con los críos, el matadero y sus padres, que se le iban haciendo viejos, y se fueron convirtiendo en un mero acto social, un recordatorio de los viejos tiempos.

Elisendis iba a menudo al molino, donde era bien recibida.

—¡Madrina, madrina! —gritaba el pequeño Rafel si oía acercarse el rumor del carruaje por el camino del molino.

Desde que las cosas le habían ido tan bien al pelaire, Arraona tenía una criada, una moza de la mano menor que se ocupaba de las faenas más pesadas, y, desde que era madre, el pelaire la dejaba hacer y no ponía mala cara si iba a dar un paseo con la señora Mir en su carruaje. Quizás era que se hacía viejo. Quizás le parecía que relacionarse con los Mir era bueno para el negocio y para el nombre de su casa. Quizás, pensaba Arraona, ya había visto que la chica se comportaba y no era necesario tenerla tan vigilada.

Arraona sufría por Elisendis.

—Me duele verte tan furiosa con la vida que llevas, Elisendis —le dijo un día que iban en el coche de caballos a merendar a la orilla del río.

Estaban sentadas de lado, sin prestar atención a las sacudidas de los baches, que de más jovencitas las hacían reír como bobas. Elisendis le cogió la mano un momento y se la estrechó, dirigiéndole una sonrisa triste.

—¡Estoy tan harta! Pero no te preocupes, Arraona, ya se me pasará.

—Elisendis, eres mi mejor amiga, la única, diría. ¡Te quiero más que a nadie!

—¿Que a nadie? —preguntó Elisendis con una sonrisa picara que las hizo reír a las dos.

—Ya sabes a qué me refiero —le replicó Arraona sin dejarse distraer—. Me gustaría poder hacer algo para que estuvieras contenta.

Entonces Elisendis la miró como no lo había hecho nunca antes, con aquellos ojos de bosque, y Arraona sintió un calor dulce en el vientre.

—Quiéreme, Arraona —dijo Elisendis con la voz ronca—. Quiéreme. Solo quiero que me quieras.

—¡Oh, Elisendis! —exclamó Arraona muy bajito, y la abrazó, pasándole un brazo por la cintura, con el corazón que se le derretía de ternura como mantequilla, mientras con la otra mano le acariciaba la mejilla.

Elisendis se le abrazó, escondiendo la cara en el cuello de Arraona. Estuvieron así un buen rato. No hablaban. Otras veces, las pocas que Elisendis se permitía estallar, había más rabia que pena en sus arrebatos y Arraona sabía hacerla reír y se le pasaba todo. Aquella vez era distinto. Arraona sentía el aliento caliente de Elisendis en el cuello. Ni con su molinero se sentía tan segura como con ella. Nadie conocía a Arraona tan bien como Elisendis ni nadie conocía a Elisendis tan bien como Arraona. Cuando estaban juntas eran más

ellas mismas que en ninguna parte, más que con nadie. La mano de Elisendis, en su costado, le quemaba la piel atravesando la ropa. Arraona sentía su corazón repicar como un timbal. La estrechó más cerca, mientras los dedos se le volvían tela de araña por la piel de la mejilla y del cuello y del escote de Elisendis, y con un nudo en la garganta buscó su boca.

—Ven, ven, querida mía —le susurró sobre los labios con un hilo de voz, mientras los labios buscaban la piel y las manos descubrían rincones y no sabían dónde detenerse mientras las faldas se les hacían un embrollo y la ropa les estorbaba por todo el cuerpo.

Estaba ya muy oscuro cuando regresaron al molino. El pequeño Rafel ya dormía y el bebé berreaba sin que nadie pudiera hacerlo callar. El pelaire las esperaba junto a la esclusa. Y todos. La Coja y Ramón de los Papeles. Y el marido de Arraona. Sin decir nada.

—¡Ay, Rafel, qué sobresalto! —exclamó Elisendis mientras todavía estaba bajando del coche—. El caballo se ha asustado mientras estábamos en la orilla del río y el cochero se las ha visto negras para encontrarlo, después de que huyera hacia las cuadras. Qué angustia. ¿Verdad, Arraona?

—¡Ya lo creo! No sabíamos cómo mandaros aviso para que no pasarais ansia —dijo la otra mientras cogía al pequeño en brazos, que se calló de inmediato.

A partir de aquel día, Elisendis tomó una determinación. Se acabaron las lamentaciones. Decidió entonces sacar partido de su situación. Era una señora. La señora de la casa. Podía hacer lo que se le antojara. Durante demasiado tiempo, durante toda una vida, de hecho, en casa de su madre, había estado mirando el mundo desde la ventana. Había seguido haciéndolo en casa del marido. La vida estaba ahí fuera. Haría que la vida penetrara aquellos muros entre los que vivía recluida, donde solo se le pedía, se le exigía, que fuera la muñequita bonita que debía alegrar la vejez de aquel viudo rico con quien la habían casado. Pero estaba viva, después de aquella tarde en que Arraona le había enseñado a besar. Y la villa también estaba viva. Estaban pasando cosas. Sus hermanos lo sabían. Hablaban de ello a menudo, sentados a la mesa, cuando todavía vivían todos juntos en casa de su madre. Los tiempos estaban cambiando, repetían con frecuencia. Elisendis quería saber cuáles eran esas innovaciones. Incluso participar en ellas si estaba a su alcance. Las había promovido el rey Pedro, a pesar de las guerras en las que se enredaba aquí y allí, pero, de hecho, tenían su fundamento y sus raíces en decisiones políticas y libertades que ya había iniciado y encauzado el rey Jaime, ahora parecía, en el inicio de los tiempos. Elisendis quería conocer sus implicaciones, quería asomarse al futuro y hacerse un lugar en él.

Prestaba más atención que nunca a las conversaciones que

mantenían las señoras en el salón de su madre, cuando recibía los miércoles, a las que continuaba asistiendo, pero sobre todo a lo que decían sus hermanos. Estableció su propio salón, con reuniones en su casa. Su madre estaba encantada, aunque no conocía sus intenciones. Celebraba que Elisendis, por fin, se comportara como correspondía a una señora. La joven señora Mir organizaba comidas y cenas, a las que invitaba a las autoridades, pero también a aquellos que, sin ocupar ningún cargo de responsabilidad en el gobierno de la villa, cortaban el bacalao, y su madre no se entrometía.

Elisendis quería saber qué se cocía en la villa. No los chismorreos de salón o de los lavaderos del río, que para el caso eran los mismos, sino aquellas cosas de las que dependía el futuro. Estaba entusiasmada. Se maravillaba sola, porque veía con claridad las repercusiones que todos aquellos cambios tenían —o podían llegar a tener— en el mundo en que vivían. Cambios que respondían al deseo de la gente, que, tampoco hacía tanto, había celebrado la aparición de los jurados, porque no gustaba a nadie que el baile impuesto por el señor tuviera tanto poder en las decisiones que afectaban a todo el mundo. De aquel otro modo, aunque los eligiera el baile, al menos tenía que escogerlos entre los prohombres de la villa, que la representaban mejor que los antiguos consejeros, que aunque lo asesoraban no tenían ningún poder para decidir nada. Y nada de eso cabía atribuirlo a la generosidad de los señores. Elisendis ataba cabos y sacaba sus conclusiones.

El viudo rico, a pesar de que primero puso mala cara, porque decía que ya estaba viejo para jaleos y reuniones, pronto estuvo muy ufano de su muñequita y, cuando se dio cuenta de que aquella vida social que se había ingeniado su consentida niña no tenía nada que ver con los aburridos salones de las señoras de la mano mayor a los que estaba acostumbrado y tanto temía, hasta se sintió rejuvenecido.

Con el tiempo, a nadie le resultó extraño. La señora Mir era una magnífica anfitriona, juiciosa y mucho más informada que las agradables esposas de los caballeros y señores a quienes invitaba, y la casa del viejo Mirot, como lo llamaban en la villa con un tono afectuoso, se fue convirtiendo en un lugar de reunión, donde los hombres hablaban abiertamente de cuestiones serias, de política y del futuro. No de un futuro lejano, allá de los tiempos, sino, como quien dice, de pasado mañana, y si las señoras no intervenían era porque no querían o porque no les interesaba. Pero a Elisendis sí. Y ella era la mestressa de aquella casa y quien había dispuesto que se celebraran todos aquellos encuentros. La gente, incluso algunos de sus interlocutores, solía pensar que lo hacía para distraerse, eso de curiosear en los asuntos de la villa y en las novedades que iba introduciendo el rey en el gobierno de la corona y que la hija del

almotazaf seguía apasionadamente. Se lo tomaban como una excentricidad más. Siempre había tenido fama de estrafalaria, aquella joven, rezongaban las señoras en los salones. Pero a Elisendis eso tanto le daba. Estaba ilusionada. Pocas cosas podía decidir una mujer, ni aun perteneciendo a la mano mayor, pero en todo cuanto pudiera intervenir lo haría. No quería perdérselo. No quería perdérselo de ninguna de las maneras.

Donde Arraona no se resigna

EN EL MOLINO

-Hemos decidido marcharnos a Alguer —le dijo una tarde Arraona a Elisendis.

Elisendis no hizo el menor gesto mientras esperaba con el corazón encogido a que Arraona se explicara, si quería explicarse.

—Mi hombre y yo. Con los niños —añadió Arraona. Si estaban solas, cuando hablaba de su hombre, Elisendis sabía que se refería al molinero de Tarrasa. Si hablaba del hijo del pelaire, Arraona siempre lo llamaba su marido—. ¿Me ayudarás? —le preguntó entonces Arraona.

A Elisendis el corazón le dio un vuelco. La quería tanto que, si Arraona ya no podía más y había decidido huir con su molinero, tenía que apoyarla.

—¿Qué habéis planeado?

—Queremos ir hasta Barcelona y allí embarcarnos en alguno de los barcos que van a Cerdeña. Nos instalaremos con Guillem, mi hermano pequeño, y con mi tío almogávar y su familia.

—¿Cómo vais a encontrarlos? ¿Habéis vuelto a tener noticias suyas desde que se fueron?

—No. Pero Alguer no puede ser muy grande. Preguntando aquí y allí, una vez lleguemos, no creo que sea demasiado difícil averiguar dónde están.

Paseaban cerca del campo de lino. El pequeño Rafel las interrumpía a cada rato para enseñarles una lagartija o un gusano que había encontrado, y ellas se reían y después seguían hablando. No lo hacían en voz baja, porque estaban solas. El pequeño Rafel no estaba pendiente de ellas y el bebé, que Elisendis llevaba en brazos, qué iba a saber de lo que hablaban su madre y su madrina. De repente, sin saber de dónde había salido, tenían a la Coja al lado.

—¿Qué os contáis? —las saludó como si nada.

—Ahora le decía a Elisendis que no hemos vuelto a saber nada más de Guillem, ni de cómo les han ido las cosas desde que se

marcharon a repoblar Alguer —respondió Arraona, convencida de que la Coja las había oído, con la esperanza de distraerla, ocultando su inquietud ante la posibilidad de que las hubiera pillado urdiendo aquellos planes de huida.

La Coja la miró como miraba siempre que quería dar a entender que a ella nadie la engañaba, pero Arraona no flaqueó ni permitió que el miedo a delatarse la delatara, y entonces la mujer se rió y solo dijo, antes de tirar hacia el molino:

—¡Si no hay noticias, son buenas noticias, que las malas pronto se saben!

Ni Elisendis ni Arraona abrieron la boca hasta que la perdieron de vista.

—¿Crees que...? —empezó Elisendis.

—Quiero creer que no. Y aunque atara cabos, no diría nada. Nunca la he visto meterse en nada. La vida de los demás le da completamente igual. Vive en su mundo —la tranquilizó Arraona, aunque Elisendis pensaba que solo trataba de sosegarse a sí misma diciendo en voz alta aquello que le gustaría oír y creer. Pero aquel día ya no hablaron más del tema, porque todavía les duraba el sobresalto.

Elisendis, aquella noche, la pasó despierta. Tenía muchas ganas de llorar, pero se había aguantado. Quería que Arraona fuera feliz. Aunque no fuera a verla nunca más y fuera a echarla siempre de menos. Se le hacía una montaña pensar que si Arraona se iba... No sabía imaginarse la vida sin ella.

De madrugada, fresca y desvelada como si hubiera dormido toda la noche, mandó acudir a Argent a su habitación.

—¡Buenos días, señora!

—¡Ya no sé cómo decirte que no me llames señora si estamos solas, Argent! —replicó Elisendis con impaciencia, pero rectificó enseguida al ver la cara de pena que puso la joven—. Estoy inquieta, Argent —añadió como para disculparse—, y hoy tenemos que resolver muchas cosas.

Había días en los que Argent le exasperaba. Consideraba excesiva su devoción y a veces incluso le hacía sentirse incómoda con ella. Pero se decía que eran imaginaciones suyas, que la joven solo le estaba agradecida y le era leal. Elisendis estaba convencida de que hasta se habría dejado matar por ella. También se daba cuenta de que Argent, quizás sin tan siquiera saberlo, estaba celosa de Arraona. Estaría contenta si Arraona podía escaparse con su molinero. Entonces tendría a Elisendis para ella sola.

—Acércate a casa de mi madre para decirle a mi hermano Arnau que avise a Jofre y vengan a verme los dos. Necesito hablar con ellos. Le dices que es urgente. No dejes el recado. No te muevas de allí hasta que no hables directamente con él. A mi madre ni una palabra,

¿oyes? Anda, vete.

—¿No queréis vestiros y desayunar? —preguntó Argent, muy en su papel de camarera de la señora de la casa.

—Ya me vestiré —respondió Elisendis, divertida—. No soy una niña. Apresúrate, haz lo que te he dicho.

A Argent le encantaba conspirar con Elisendis. Para ella era como un juego. Una aventura sin peligros. Una vida nueva en la que podía moverse por aquel mundo tan grande, lejos de la cocina donde había crecido enjaulada y de las cenizas con las que debía bruñir día tras día la plata de los señores de la casa.

Elisendis pidió papeles y dineros a sus hermanos, y también que hicieran las gestiones para que una familia que ella conocía, un matrimonio y dos niños pequeños, pudieran embarcarse en Barcelona rumbo a Alguer. Papeles por si los detenían por el camino los hombres de la Guardia Real. Pasajes. ¿Aún estaba vigente el programa de repoblación que había promovido el rey y los privilegios que se habían otorgado a los repobladores? Necesitaba cartas de pago para que, cuando llegaran a la ciudad sarda, sus protegidos pudieran disponer de dinero suficiente para empezar una nueva vida.

Ellos se avinieron a todo. Las reuniones que Elisendis organizaba en su casa, sus razonamientos sensatos, su visión perspicaz de los asuntos de gobierno generaban en ellos un respeto creciente por aquella mujer en la que se estaba convirtiendo su hermana, y sus excentricidades, que años atrás solo les habían resultado graciosas, les parecían una manera nueva de ser, de pensar, que, aunque les sorprendía, hacía que se la tomaran cada día más en serio. Había sido en su salón donde los prohombres de la villa que aplaudían aquellos nuevos tiempos habían celebrado que las Cortes otorgaran carácter permanente a la Diputación del General —los doce diputados, con Berenguer de Cruilles, obispo de Gerona, a la cabeza, como primer presidente de aquello que se acabó llamando la Generalitat—. Consideraban un acierto y una necesidad la consolidación de aquella institución que debía controlar los gastos de guerra de la corona y el comportamiento de los funcionarios reales en el cobro de aquellos impuestos que se conocían como generalitats.

Los hermanos no hicieron preguntas. Seguro que Elisendis sabía lo que se traía entre manos y, si no les había contado nada más, aparte de lo que ya les había dicho, debía de tener razones de peso.

Costó, pero no mucho. O quizás solo se lo pareció a Elisendis por lo mucho que ansiaba conseguir la libertad de Arraona. Pronto, sus hermanos le hicieron saber que todo estaba listo. Sin necesidad de decir ni de justificar nada. Sus gestiones no habían levantado la menor sospecha, ni había razón alguna para que la levantaran. Todo el mundo podía haber pensado que las realizaban para la familia de

algún payés o de algún artesano de la villa. Arnau, solo por el hecho de ser el almotazaf, se relacionaba con un montón de gente dedicada al comercio y todo el mundo lo conocía. No tenía nada de extraño que a veces alguien de la mano mediana o de la mano menor le pidiera algún favor. Era un buen hombre y, si podía, lo hacía.

A medianoche. Arraona debía huir sola del molino, con sus dos hijos. Y acercarse a pie hasta el recodo del río, donde se encontraría con su hombre y con el coche de caballos de Elisendis. El hijo del ama, que seguía de cochero en casa de la madre de Elisendis, los llevaría hasta Barcelona. Llegarían allí de madrugada, justo a tiempo de embarcarse, antes de que el barco zarpara, de modo que al día siguiente, cuando se descubriera su desaparición y la de los niños, ya nadie estuviera a tiempo de atrapara los fugitivos, ni de averiguar dónde estaban ni adónde se dirigían.

La luna estaba llena. Arraona llevaba los papeles y los sueldos que le había dado Elisendis, entre el corpiño del vestido y la camisa. El pequeño Rafel había lloriqueado cuando su madre lo despertó, pero Arraona lo había hecho callar, cuchicheando, excitada, mientras lo vestía y lo abrigaba, que tenían que ir a un sitio. Era una sorpresa y no debían hacer nada de ruido, porque era de noche y todo el mundo dormía. Si alguien se despertaba en el molino, todo se iría al traste. El niño lo había comprendido de inmediato y los ojos le brillaban de emoción al pensar, mientras Arraona se apresuraba, que aquello de salir de noche era lo más parecido a las maravillas que contaban las rondallas. El pequeño dormía en la cuna y no se despertó cuando Arraona lo envolvió en una manta y lo cargó en brazos. No llevaba nada más. Un chiquillo en una mano y el otro al cuello.

No pudo ir a ninguna parte.

Cuando cruzó el umbral del molino, la luz de la luna iluminaba de lleno al pelaire, sentado junto a la esclusa, como si estuviera esperándola.

El pelaire cogió al niño que Arraona cargaba a cuestas, tomó de la mano al pequeño Rafel y se los llevó adentro.

—Todo el mundo a la cama —dijo tan solo.

—¿Y la sorpresa? —oyó aún Arraona preguntar a su hijo mayor. Pero ya no hubo respuesta.

Al cabo de un momento, el pelaire estaba de nuevo allí fuera, a su lado. Debía de haber acostado a los niños. Pero Arraona ya no tuvo tiempo de pensar nada más, paralizada de miedo como estaba, porque el pelaire, sin decir nada de nada, ya la había agarrado del pelo y la arrastraba lejos del molino. Cerca del campo de lino la soltó y, mudo como un muerto, con toda la fuerza de un hombre que se había pasado años batanando paños, le pegó una paliza fría, calculada, monótona. Un golpe tras otro, sin gritos, sin ira. Tampoco

Arraona gritó. Recibía los golpes, pensando que con el siguiente su suegro la mataría.

No la mató. La luna iluminaba aquella escena espeluznante y Arraona podía verle los ojos y los puños. El pelaire también le veía los ojos a ella, los dientes apretados y el miedo. Se detuvo de pronto. Como si hubiera ido contando los golpes y las patadas. Arraona estaba en el suelo, hecha un guiñapo. Entonces sí gimió. El pelaire tiró de ella por un brazo para ponerla de pie.

—Por tu madre no te mato. Y por mis nietos —dijo—. Te has desvelado durante la noche y cuando ibas a salir a tomar el aire has tropezado y te has caído escaleras abajo. Si no te portas bien te quitaré a los niños, chica. Mi hijo no será nunca el hazmerreír de la villa porque su mujer se haya escapado. —Hablaba en voz baja, sin rabia, como si le estuviera contando cuántos paños de hilo y cuántos de lana había pensado producir aquel año en el molino.

Arraona temblaba, con la sangre helada, el corazón latiendo en cada uno de los golpes que tenía repartidos por el cuerpo, el terror metido en el cerebro, toda ella un espanto.

Allí se acababa todo.

Por el ventanuco del dormitorio a donde la arrastró por el brazo el pelaire, Arraona vio llegar la madrugada que debería haber visto desde la cubierta del barco, en el puerto de Barcelona, mientras se alejaba de la costa. Desde la cubierta de aquella embarcación que debería habérselos llevado a los cuatro, su verdadera familia, allá de la mar, lejos del pelaire y de aquel marido suyo, que dormía en el jergón con la boca abierta. De aquel marido suyo que podía ser muy buen hombre, y sin duda llegaría a ser tan emprendedor como su padre, y trabajador y todo lo que se quisiera, pero con quien Arraona no podría ser nunca feliz, porque no lo quería.

Donde se habla de la venta de la villa a la reina Leonor

EN EL HOSTAL

Elisendis se quedó horrorizada. Al alba, el hijo del ama había avisado de que algo no había salido bien. El molinero y él habían esperado en el recodo del río casi hasta la madrugada, pero la señora Arraona no había comparecido, ni con los chiquillos ni sin ellos. Elisendis esperó hasta media mañana, hecha un nido de angustias, para que su visita no chocara a la gente del molino. Solo entonces se fue para allá y preguntó por Arraona, que no estaba por fuera ni por la cocina.

—Ayer se cayó y está arriba. Guardando cama. Se dio un buen batacazo, la pobrecilla —le dijo la Coja—. Ahora iba a cambiarle las cataplasmas.

Elisendis se pasó la tarde haciendo compañía a Arraona. Cuando se marchó para su casa lo hizo con el corazón decidido. Nunca perdonaría al pelaire que hubiera apaleado a Arraona de aquel modo y la hubiera amenazado con quitarle a los niños.

Después de aquello, Arraona se resignó a quedarse por siempre más en la villa. No se podía ni imaginar quién la había traicionado, pero tampoco tenía modo de saberlo. Con todo, tozuda, no quiso renunciar a verse con el hijo del molinero. Que la mataran si querían. Eso no se lo arrebatarían. Era su hombre. Y al cabo de un año parió una niña con el mismo puñado de lunares en la espalda. Y cuando la Coja la miró como cuando quería dar a entender que sabía muchas cosas, más de las que nadie suponía, Arraona irguió la cabeza y le regaló una sonrisa victoriosa que le hizo bajar los ojos.

Nunca más viviría asustada.

Aún criaba a la niña cuando corrió el rumor de que el vizconde de Castellbó quería vender la villa. No a carta de gracia, como solía, sino que esta vez quería deshacerse de ella definitivamente.

—Se ha hecho viejo y se ha vuelto avaricioso —decían los hombres en el hostal—. ¡Eso es lo que pasa!

—Pues sacará un buen pico. Una villa tan próspera como la

nuestra y tan cerca de Barcelona...

Pero el mayor alboroto se produjo cuando se supo, a principios de junio, que la reina en persona, Leonor de Sicilia, la quería comprar. No se hablaba de otra cosa y cada cual daba su parecer. Pero todo el mundo, tanto si pertenecía a la mano mayor como a la mediana o incluso a la menor, coincidía en una cosa:

—Si la reina compra Sabadell debe otorgarle la condición de villa real.

La gente estaba harta de que la villa fuera de mano en mano, sin poder opinar, de depender de si a los señores a quienes pertenecía les daba por empeñarla o por venderla cuando iban cortos de sueldos.

—¿Las villas se compran y se venden, mamá? —se sorprendió el pequeño Rafel, que escuchaba la conversación de los mayores, en la mesa.

—Sí, hijo —respondió el pelaire, adelantándose.

—Y a la gente que vive en ellas, ¿también la venden los señores? —se maravilló, aún más, el niño.

—¡Demonio de criatura! —rió el hombre, con un deje de orgullo—. Pero qué espabilado eres, pillastre. —Y le revolvió el pelo.

—Entonces, abuelo, ¿ahora nosotros seremos de la reina Leonor?

—Eso dicen... —replicó el pelaire.

—Pues sí que son ricos, los señores, que intercambian castillos y villas, como yo cambio canicas con Maties y Berenguer cuando bajamos al Mercadal y jugamos en la plaza.

Todo se resolvió muy deprisa.

La villa entera seguía de cerca las negociaciones con la reina Leonor, una vez Roger de Besora, el hombre a quien el vizconde otorgó poderes para tramitar la venta, fijó el precio y las condiciones con el tesorero de la reina.

El asunto era lo bastante importante como para que, por orden de los jurados, se convocara a la universitat a consejo general. Este solo se convocaba cuando había de tomarse alguna decisión que afectara tanto a la villa que no pudieran resolver solos, en consejo ordinario, los tres jurados y sus consejeros. El consejo general se anunció por las calles a voz de pregón y con el toque de campanas tanto de la iglesia de Sant Salvador, en la misma villa, como de la parroquia de Sant Feliu, en lo alto de la sierra, y el 3 de julio de aquel año histórico de 1366 se celebró en la plaza. Estaban todos los cabezas de familia de buena casa, noventa y seis personas con derecho a voto. Todo el mundo muy serio. Sabedores todos de que se jugaban el futuro de la villa.

—La reina Leonor firmó ayer en Zaragoza la promesa de que nunca se desprenderá de la villa y se ha comprometido a incorporarla a la corona —se hizo saber al consejo. Pero antes de que la gente se

pusiera a celebrarlo, los jurados acallaron los primeros gritos de júbilo de la gente—. No obstante, se nos ha impuesto una condición.

No era ninguna novedad que pudiera sorprender a nadie. Todo el mundo sabía lo que la reina quería.

—La reina quiere dinero —se decía aquellos días en el hostal, en el Mercadal, en la tahona, en los lavaderos del río, en los talleres de todo género, por toda la villa.

Elisendis había organizado una cena en su casa, donde se habían debatido toda la noche las implicaciones de aquella transacción.

—Aunque nos cueste dinero, hay que conseguir que la villa pertenezca directamente a la corona. Nos ahorraremos estar en manos de señores y barones, y solo deberemos rendir cuentas a la reina.

—Y nos beneficiaremos de los privilegios que la corona otorga a sus villas.

—¡De eso se vale la reina para apretarnos de esta manera!

Leonor de Sicilia quería que la villa se hiciera cargo de una parte del precio. La compraba por ciento cincuenta y cuatro mil sueldos barceloneses y pedía cincuenta mil a la villa.

—¡Como si fuéramos payeses de remensa! Nos hace pagar las libertades que nos dará —gruñó uno.

—Y las que nos da el vizconde —añadió otro—. Este tercio del importe que pagaremos tú y yo y todos se lo embolsará él.

—A los cincuenta mil de la reina hay que sumar los gastos de la operación, el precio de las escrituras, los corretajes... ¿No es así, señor notario?

—Habrá que hipotecar la villa de cabo a rabo —suspiró el notario Rosseta, mientras echaba cuentas—. La villa y todos los bienes y productos del término, incluido el término del castillo.

—Es una inversión. Vale la pena —decían los más osados.

—¿Y si no lo conseguimos? —se preguntaban los más apocados.

—¿Por qué no habríamos de conseguirlo? —replicaban los más entusiastas.

De aquello mismo se volvió a hablar en el consejo, entonces de manera oficial. Con el soporte y los votos de la universitat, la villa aprobó el acuerdo y en aquella misma asamblea se decidió la creación de censales, nombrando síndicos encargados de su venta a Ramón Marc y a Guillem Marquet, ambos hijos de la villa, a pesar de que Marquet vivía en Barcelona.

—¿Qué es eso de los censales? —preguntó Arraona a Elisendis, al día siguiente del consejo.

—Un documento que establece las condiciones de un préstamo. La villa vende el censal y recibe el dinero del comprador, a tocateja, al mismo tiempo que se compromete a devolverlo, pagando unos

intereses cada año, hasta que haya saldado la deuda, devolviendo todo el capital.

Los síndicos se las vieron y desearon para vender todos los censales hasta conseguir el importe que la villa había menester. En el caso de un censal de un elevadísimo importe, el comprador, el convento de los Predicadores de Barcelona, exigió también el compromiso de un puñado de personas notables de la villa que irían a prisión si se producía algún retraso en el pago, pero ni eso amedrentó ni arredró al consejo.

El marido de Elisendis, con lo viejo que era, pero reavivado por la actividad y la vitalidad de las reuniones que su muñequita había introducido en su salón, se ofreció con entusiasmo como rehén si, Dios no lo quisiera, surgía alguna complicación a la hora de pagar los censales. La villa apreció su gesto, pero fue rechazado, en atención a su avanzada edad, y se eligió a once nobles que responderían si surgía algún contratiempo cuando llegara el momento de hacer efectivos los pagos.

Aquellos días en los que se decidía el futuro de la villa murió de repente Pep, el carnicero.

—Estaba bien y, de golpe y porrazo, ¡cayó muerto! —lloraba Petronela, desolada, cuando Elisendis y Arraona fueron a verla, en cuanto lo supieron, y se quedaron con ella un buen rato, velándolo.

Cuando alguien, en la casa de bote en bote, inició una conversación sobre aquel asunto de la reina, Petronela se puso como una fiera. ¡Su padre estaba muerto! ¡Tanto le daba a ella la reina!

Iu se ocupó de todo. Encargó una misa solemne de difuntos a la parroquia, a la iglesia de Sant Feliu, en lo alto de la sierra. Media ciudad subió. Seguro que Pep se habría sentido más que satisfecho, y el párroco estuvo más que contento.

Petronela, hecha un llanto, presidió el duelo del bracito de su madre. Pero Petronela tenía a su Iu. Iu la consolaría de la muerte de su padre. Siempre lo vería como un héroe, a su Iu, por más años que transcurrieran. Después de tanto tiempo, los ojos le seguían haciendo chiribitas cuando lo miraba. Si Iu la quiso o no, jamás nadie lo supo, pero sí cumplió, y nunca hizo llorar a Petronela.

De la muerte de Pep solo guardarían memoria los suyos, y eso solo durante un par de generaciones, pero aquel verano pasaría a la historia. Por lo menos a la historia de la villa. El 14 de julio, todo el mundo que pudo asistió, aunque fuera de lejos, a la toma de posesión de la villa, que escenificaron, muy solemnemente y con mucha ceremonia, Roger de Besora, como procurador de Roger Bernat de Foix, vizconde de Castellbó, y Berenguer de Relat, tesorero de la reina, en representación de la señora Leonor. A continuación, los hombres de Sabadell pronunciaron, uno por uno, el juramento de

fidelidad primero, tocando los evangelios, y a continuación hicieron todos el homenaje de manos y boca en la persona de Berenguer de Relat.

Y en agosto, quizás para que no se dijera o porque le convenía a la corona o solo para que se cumpliera eso que se suele decir, de una de cal y otra de arena, el rey, para que la villa dispusiera de recursos propios y pudiera pagar los censales, que de eso se trataba, hizo la concesión de las sisas sobre la carne, el vino, el pan y la harina, y le otorgó nuevos privilegios, como el uso de la fuente de la Rossella, que habría que ver cómo se las compondrían para llevar el agua hasta la villa.

Donde se habla de la decisión de Elisendis de invertir en el tejido del lino

EN EL SALÓN

Por aquel entonces, una hija de los Rosseta, que, como le gustaba remarcar a la madre de Elisendis, no eran nobles, por muy notarios que fueran y mucha tahona que tuvieran, se casó con Huguet de Requesens, que sí era noble.

¡Cómo le dolió aquello a la madre de Elisendis!

—¡Qué descuido, hija, no nos anduvimos con bastante ojo! —le dijo una tarde que estaban solas, con la cara compungida y la voz disgustada, pocos días después de que se anunciara el compromiso y en los salones de las casas buenas no se hablara de otra cosa—. Puede que nos precipitáramos casándote con Vicenç, que ni tan solo pertenece a las ramas principales de su casa, cuando habríamos podido casarte con un título.

Pero Elisendis hizo como si oyera llover, que ya se veía que los tiempos estaban cambiando y que la nobleza acabaría viniéndose abajo.

Elisendis había disfrutado con los debates y discusiones que generó la propuesta de compra que planteó la reina Leonor cuando el vizconde se quiso deshacer de la villa, y con las negociaciones y gestiones que hubo que hacer previamente. No era que hubiera podido decir gran cosa, en aquellos debates de hombres, pero durante las reuniones y las cenas que se había empeñado en organizar, convocando a los señores que sí podían exponer su opinión y además influir en las decisiones que afectarían a la villa para mal o para bien, algo dejaba caer y sobre todo escuchaba, deseosa de seguir el hilo de cuanto se cocía en la villa. Todo aquello la apasionaba. Se levantaba con el impulso entusiasta de emprender un nuevo día y dormía a pierna suelta.

—¡Señora, señora! —Argent entró sin contemplaciones en la

habitación y sacudió a Elisendis para despertarla, fueran esas o no las maneras que una camarera debía tener—. ¡El amo, señora!

Aquel viudo rico con quien su madre la había casado yacía muerto en su cama, en su dormitorio del fondo del pasillo. Su administrador había llegado a primera hora de la mañana, como solía, para repasar las cuentas y poner al señor al corriente del estado de su patrimonio, pero el señor, cosa extraña en él, que se despertaba al alba, todavía no se había levantado. El criado que había ido a avisarlo se lo había encontrado frío entre las sábanas. El alboroto en la casa era considerable cuando Elisendis saltó de la cama.

—Id en busca del médico —ordenó mientras corría hacia el dormitorio del viejo.

El médico no tuvo otro trabajo que certificar que el hombre estaba muerto. Se había muerto de viejo. Mientras Elisendis se vestía, de luto riguroso, las campanas de Sant Salvador ya tocaban a muertos.

La madre de Elisendis fue una de las primeras en presentarse.

—¿Lo ves, hija? —le dijo a Elisendis, nada más llegar, mientras le daba dos besos, uno en cada mejilla, que se perdieron en el aire, sin tocar la piel—. Ya está. Ahora, por fin, eres una viuda rica.

Estaban solas en el salón. La gente no empezaría a desfilar hasta más tarde. Había que dar un margen decoroso a la familia para que se pudiera amortajar al muerto y preparar la casa para recibir a las visitas. Elisendis la miró. Aun conociéndola, se estremeció al verla tan satisfecha y se preguntó si también había mostrado aquella sonrisa complacida, casi cínica, cuando murió el almotazaf y ella misma se convirtió en una viuda rica. ¿Era aquella la única manera que una mujer tenía de prosperar, de ocupar un lugar en aquel mundo en el que vivían?

Mientras avanzaba la mañana, la casa se fue llenando de visitas. La familia, los amigos, las autoridades. La comitiva hasta el cementerio fue muy concurrida. El hijo mayor del viejo escoltaba a la joven viuda, a quien nunca, ni él ni sus hermanos, había considerado una madrastra.

La lectura del testamento, el día que correspondía, no desveló nada nuevo. Elisendis disfrutaría de una renta vitalicia, tal y como se había establecido en el contrato previo a los esponsales, y podría disponer de por vida de la casa donde había vivido con su esposo. Solo tras su muerte los hijos del fallecido —o a falta de ellos, porque quizás ya habrían muerto también, sus herederos— podrían tomar posesión de la propiedad.

Una vez las partes hubieron aceptado todas y cada una de las disposiciones y cláusulas del testamento del difunto, que de hecho no pasó de ser un trámite formal, porque nadie puso pega alguna a nada, Elisendis mandó llamar al administrador.

—No tenéis que preocuparos por nada, señora —le dijo el hombre con actitud condescendiente—. Yo me ocuparé de todo, como hasta ahora, y recibiréis puntualmente vuestras rentas.

Pero puso cara avinagrada cuando Elisendis le replicó que de eso no tenía la menor duda, pero que quería estar al corriente, con pelos y señales, de la gestión de su patrimonio y que se le consultara cualquier cambio.

—Vendréis a despachar conmigo como lo hacíais con mi esposo.

—¿Es que acaso no os fiáis de mí, señora? —repuso el administrador, dejando bien claro que aquello le ofendía profundamente—. El señor nunca tuvo la menor queja...

—El señor, apreciado administrador, está muerto, y es de mi patrimonio de lo que estamos hablando.

—No son cosas que pueda entender una mujer, señora. Seguro que vuestros hijastros...

—No soy una niña, señor mío, y os aseguro que el hecho de ser una mujer no me priva de poder comprender cuatro números.

A Elisendis no le gustó el administrador.

Ni al administrador que aquella viuda joven le pidiera explicaciones, en lugar de dejarlo todo en sus manos, afligida y llorosa, desvalida como correspondía a una mujer sola.

Al día siguiente, sin más dilación, Elisendis lo despidió. Reclamó —por mediación de la escribanía del notario Rosseta— los documentos y las cuentas de todo cuanto le pertenecía y se buscó un administrador con una visión del mundo más avanzada, entre los amigos y la gente con quien se relacionaban sus hermanos. Aprovechando que el luto riguroso de los primeros tiempos de su viudedad no le permitía hacer grandes cosas sin ser motivo de escándalo —hasta ella comprendía que no le convenía dar de qué hablar más de lo necesario por mucho que ya se la tuviera por excéntrica—, se encerró en casa. Todo el mundo sabía que la niña del almotazaf, como aún la conocía mucha gente que había tenido tratos con su padre, sin duda no se pasaba el día hecha un mar de lágrimas, pero agradecían que guardara las formas.

—Necesito un despacho —le dijo a Arraona, que había ido a visitarla con los pequeños.

Arraona tenía ya tres criaturas de su molinero de Tarrasa y, desde hacía más de un año, se había hecho cargo del hijo menor de su hermano Iscle, después de que Ermengarda hubiera muerto de parto. Arraona lo había ahijado y lo había criado como si fuera suyo, porque leche tenía en abundancia para criar a la vez a la niña y a su sobrino.

Elisendis encargó a Argent, que se entendía de maravilla con la gente menuda, que se ocupara de los cuatro, y ella y Arraona, alborozadas, se habían metido en la habitación que había sido el

dormitorio del señor de la casa.

Elisendis apartó las cortinas que no dejaban entrar la luz y con la ventana a sus espaldas dio una ojeada a la estancia.

—¿Qué te parece, Arraona? Haré quitar todo esto y voy a instalar aquí mi despacho.

Arraona se rió.

—¿Para qué quieres un despacho, Elisendis? ¿No te basta con el nuevo administrador?

—No —le replicó la otra sin siquiera la sombra de una duda—. Le he estado dando muchas vueltas estos días que no me está permitido salir de casa excepto para ir a misa o a casa de mi madre. Ya sabes cómo son estas cosas del luto —añadió con una mueca. Entonces se echó a reír y exclamó—: ¡Quiero que seamos ricas!

Arraona se reía con ella, solo porque las risas de Elisendis se le contagiaban.

—¿Qué es lo que estáis maquinando ahora, mi queridísima viuda? ¿Ricas?, ¿tú y yo?

—Sí, tú y yo. —A Elisendis se le había metido en la cabeza invertir en el negocio de los paños de lino. Quizás la manía de su madre de tener un molino de paños tuviera algo que ver, pero ella era más del parecer de su padre: asociarse con un pelaire que conociera bien el oficio, meter dinero en un negocio seguro, que ya estuviera en marcha —. Pero esperaremos a que tu suegro esté muerto y bien muerto.

Hacía días que el pelaire estaba desmejorado, como si de repente le hubiera caído encima el cansancio de toda una vida de trabajos. Ni el médico ni la Coja sabían ni el mal ni el remedio, pero coincidían en que Rafel estaba tocado de muerte.

Arraona la escuchaba. Elisendis nunca dejaba de sorprenderla, y la fascinación que habían sentido la una por la otra desde que eran niñas, en lugar de disminuir, crecía.

—Cuando el pelaire haya muerto —prosiguió Elisendis—, mi administrador irá a hablar con tu marido. Esperaré hasta entonces, porque no quiero de ninguna de las maneras que esa mala bestia de suegro que tienes gane con esto ni un solo sueldo. Nunca podré perdonarle que te apaleara de aquel modo y te amenazara con quitarte a los hijos de tu hombre.

Estaría de más mencionar que, cuando todo aquello se hizo realidad —una vez el pelaire hubo muerto y su hijo, el marido de Arraona, pasó a ser el amo del negocio— y se supo que Elisendis se había asociado con él, la hija del almotazaf pasó, una vez más, por extravagante.

La madre de Elisendis fue la primera en desaprobarlo.

—Deberías construir tu propio molino en lugar de asociarte con gente que no pertenece a tu mano —se limitó a comentar, apretando

los labios con disgusto, ofendida.

Pero Elisendis la dejaba hablar y hacía lo que le parecía.

Gozaba encerrándose durante horas en su despacho. Se dejaba asesorar por su administrador, que no tenía el pensamiento anclado en cosas del pasado. Repasaba las cuentas y hacía sus cálculos. Llevó a entendidos y expertos cuando el marido de Arraona le habló de un artilugio que batanaba los paños aprovechando la fuerza del agua en los molinos, descargando a los hombres de aquella tarea abrumadora. Le entusiasmaba arriesgarse con cosas nuevas, como aquella pasión del mala persona del pelaire, que había dado semejante paliza a su Arraona, pero a quien, a pesar de todo, había que reconocer el arrojo y el buen ojo en aquello de tejer paños con el lino, que era cosa novedosa y que no se había hecho nunca en la villa ni en sus aledaños. Al menos, que se supiera. Elisendis no era tacaña como su madre, que, pusilánime, prefería tener los sueldos bien guardados, antes de correr el riesgo de perderlos. Pronto se dio cuenta de que tenía olfato para los negocios, de que, como quien no quiere la cosa, sabía hacer crecer la herencia de su padre y la renta de su marido. También sabía entusiasmar a Arraona y hacerla reír, y nada le hacía más feliz que ver a su Arraona contenta, aun a pesar de la vida tan extraña que llevaba, casada a los ojos del mundo con el hijo del pelaire y siendo, en realidad, aunque siempre a escondidas, la mujer del hijo del molinero, con quien no se había podido casar por aquella tirria que se tenían los de un término y los del otro, que solo traía disgustos y enfrentamientos entre la gente y entre las autoridades* que parecía mentira que anduvieran a pedradas y cosas peores los unos con los otros. Qué vergüenza.

Elisendis estaba satisfecha de haber tomado las riendas de su patrimonio y no haber querido desentenderse de él.

—Seremos ricas, Arraona, que con dinero las penas son más fáciles de pasar, y penas, querida, ya tenemos bastantes.

Y más que habrían de tener.

Donde el párroco echa por la calle de en medio

EN LA TAHONA

La reina Leonor no había cumplido su promesa. No del todo. La hija de Arraona, que había nacido el año en que la villa pasó a ser villa real, tenía cuatro añitos cuando la reina la vendió. Más que venderla, la había cambiado, como si todo aquello no fuera más que un juego de mesa, por un castillo. El castillo de Sant Martí del Penedés. Y si aquel incumplimiento de la palabra, dada y rubricada, que había costado tantos dineros y esfuerzos a la villa, no originó ninguna revuelta fue porque se la había vendido al rey Pedro, su esposo, y, por lo tanto, seguía perteneciendo a la corona.

Sí hubo revuelo, y más que había habido hacía unos tres años largos, aunque de otro género, cuando la disputa que tenían el párroco y el pavorde pasó de las palabras, las quejas y los lamentos a los hechos.

Corría el año del Señor de 1373 cuando el señor párroco la armó buena.

Harto de que la feligresía no subiera a la parroquia, decidió echar por la calle de en medio y un buen día se plantó en la villa, con el hatillo y una mula cargada con las cosas de cantar misa, y ocupó la capilla del llano, instalándose en la casa del pavorde. El muy pícaro aprovechó que Pere de Saniàs, que entonces ocupaba el cargo y era el responsable de velar por los bienes y el buen rendimiento de la pavordía, había tenido que ausentarse unos días para resolver una urgencia, unos decían que en Barcelona; otros, que en el monasterio del que dependía.

Las mujeres, mientras guardaban la cola en la tahona, no se hartaban de reír.

—Ya me gustará ver la cara que pondrá el pavorde cuando vuelva —decía una, gozando de antemano y con fruición del escándalo que se avecinaba.

—Será cosa digna de verse —se reía otra.

—Esto traerá cola...

—Sí, pero por una vez no recibiremos los mismos de siempre.

—¡Oh, no lo digas muy alto!

—¡Ya se apañarán!

Efectivamente, cuando el pavorde regresó, ya fuera porque alguien lo había mandado avisar o porque ya había acabado de solventar esos asuntos suyos que lo habían mantenido lejos de su feudo, no hubo modo de echar al señor párroco y la disputa se fue alargando. En la villa había quien hacía mucha guasa con aquello de que el señor párroco se hubiera hecho fuerte tras los muros de aquel lugar de devoción, como si se tratara de un baluarte, y había quien se lo tomaba muy a pecho, y, a pesar de que nadie podía hacer nada por zanjarlo, que aquello eran cosas de la Iglesia y de las autoridades, cada uno tenía sus defensores y sus detractores.

—El párroco tiene toda la razón. La parroquia tenía que trasladarse un día u otro a la villa.

—¡No son maneras! No tiene ningún derecho a usurpar los bienes de la pavordía.

—Parece mentira, unos hombres hechos y derechos, y hombres de Dios, para acabarlo de arreglar, peleándose como niños.

Pero el párroco no se iba y el pavorde ya no sabía qué hacer.

A veces los ánimos se encendían y más de una riña había habido entre la gente que había tomado partido en aquel tema.

La madre de Elisendis estaba escandalizada.

—Este hombre ha perdido el juicio —exclamó indignada en la mesa, un día que el pavorde había ido a comer, como solía desde hacía tantos años.

—Es una cuestión de derechos, señora mía —replicó el pavorde, Pere de Saniàs, sin perder las buenas formas—. Ya comprendo que, tal y como ha prosperado la villa, sería bueno que el señor obispo determinara trasladar la parroquia al llano, de modo que el párroco, que debe pastorear su rebaño como el pastor hace con sus ovejas, esté cerca de las almas por las que debe velar, que como bien sabéis no es en absoluto mi tarea. Mi servicio a la Iglesia es de otra condición y me corresponde administrar sus bienes terrenales. Pero una cosa es comprender esa necesidad, que eso yo lo compartiría sin discusión con el señor párroco, y otra muy distinta, pasar por encima de lo que está establecido. Las cosas o se hacen bien o no se hacen.

—Qué palabras tan juiciosas —se maravilló la madre de Elisendis, a quien el pavorde le pareció talmente un santo con aquella comprensión hacia el usurpador—. Ya sabéis, señor pavorde, que podéis contar con nuestra casa para todo aquello que hayáis menester.

—También sabéis que os lo agradezco, señora.

—Así pues —aprovechó la ocasión la madre de Elisendis para chismorrear un poco—, ¿cómo lo tenemos?

—Estoy llevando a cabo gestiones —respondió el pavorde, discreto, con vaguedades, pero atento en extremo a no hacer ningún feo a su anfitriona—. La iglesia de Sant Salvador es de la casa de la pavordía y pertenece al monasterio de l'Estany. Mis superiores ya han iniciado las diligencias pertinentes.

Pero ni todas aquellas diligencias consiguieron que el párroco desalojara la casa del pavorde. Ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder y Pere de Saniàs, que a pesar de aquella comprensión de que hablaba se había tomado aquel asunto como una cosa personal entre él y el párroco, no se detenía ante nada, apelando a instancias superiores.

Tan alto llegó que finalmente resolvió hacerse escuchar por el mismísimo santo padre, cabeza de la Iglesia universal, y se fue a Aviñón, de la Provenza, sede de los papas desde hacía un montón de años. Una vez allí, movió cielo y tierra instando al tribunal del pontífice, que entonces era Gregorio XI, a proteger y defender de las pretensiones del párroco tanto su derecho como pavorde como los derechos de la pavordía.

Tan grande era el barullo y tanta la polvareda que aquel asunto, por otro lado tan local, había levantado, que ni el santo padre, que por embrollos que tenía la Iglesia católica no residía en Roma, sino allí, en Aviñón, no se quiso meter. Así pues, Pere de Saniàs fracasó en las gestiones y el párroco no se movió de la villa.

Mientras tanto, la vida continuaba.

El infante Martín, después de que su padre, el rey, lo nombrara senescal de Cataluña y antes conde de Besalú, se había casado con María de Luna, cosa que había celebrado mucho la madre de Elisendis, poco antes de que la villa se conmocionara con aquel asunto de la parroquia.

—Qué obsesión con los bodorrios, mamá —le dijo Elisendis, porque su madre no veía las implicaciones políticas de aquellos casamientos entre los miembros de alto linaje. Solamente le interesaba la pompa y el boato. Las fiestas de la corte y los banquetes. Ni se le pasaban por la mente las repercusiones que uno u otro enlace pudieran tener en sus vidas, que siempre acababan teniéndolas.

—A ver si no podría ser el infante Martín el hereu del rey Pedro —decía la madre de Elisendis si venía a cuento—. El infante Juan no me gusta nada.

Y Elisendis ponía los ojos en blanco, porque su madre no conocía ni al uno ni al otro, fuera de las cosas que se decían de ellos en los círculos en los que se movían los señores y, sobre todo, las señoras.

Pero tampoco le daba más vueltas. Otras cosas tenía en la cabeza. El rey Pedro, ante la amenaza de guerra con el infante Jaime de Mallorca, había ordenado mejoras en las fortificaciones de la villa, que ahora le pertenecía. Había autorizado al consejo a que se destinaran a ello las ganancias de las sisas, pero con aquel dinero no había bastante y todo el mundo debía contribuir al gasto, rascándose la bolsa.

La gente se quejaba.

¿Qué les iba a ellos en todo aquello? Pero sí que les iba, porque las disputas de familia, si se trataba de la familia real, siempre acababan en guerras.

—¿Es que no tenemos un representante en las Cortes, recién estrenado, para defender a la villa?

Era un privilegio real del tiempo en que la villa había pasado a ser propiedad del rey: todas las villas podían enviar a un síndico cuando se celebraban las Cortes y se les había otorgado a aquellos representantes de las poblaciones que lo tenían el derecho a votar las disposiciones que en ellas se tomaran.

—Ya era hora —dijo con satisfacción Arnau, el joven almotazaf, cuando se supo— de que las villas puedan intervenir cuando se deciden cosas que nos afectan a todos.

Y ahora el rey quería hacerles pagar a ellos el gasto.

¡Siempre con el alma en vilo, si los reyes guerreaban!

No hacía ni diez años, a raíz de aquella misma guerra entre los dos Pedros, que tan pronto se avivaba como se interrumpía, la villa ya había tenido que derribar las casas que estaban pegadas a los portales, en el lado exterior de las murallas. Y no había sido para protegerse de ningún enemigo, ni de las tropas del rey de Castilla, sino para evitar el pillaje y el asalto de las Compañías Blancas, las tropas mercenarias que el rey Pedro había hecho venir de Francia y que mientras avanzaban se dedicaban a rapiñar cuanto se les pusiera por delante, aunque los expoliados fueran los leales súbditos del rey a quien servían.

Las guerras no favorecían llevar una buena vida.

—Vivimos del comercio, nosotros. ¡Trabajamos por el pan y la prosperidad, no para financiar las guerras de los que siempre tienen el plato lleno en la mesa!

—¡Y ahora se nos exige reforzar las murallas y las fortificaciones! ¡Justamente ahora que estamos con el agua al cuello, la villa endeudada hasta las orejas con los censales! Nunca les parece que ya nos han exprimido bastante.

Los caballeros de la villa declararon que no pagarían, ya que se consideraban manumitidos. Los Rosseta, los Requesens, los Desfar, los Mir y los Martina se negaron en redondo a pagar y pusieron un

pleito al municipio. También se negaron los hermanos de Elisendis. Pero las mejoras en las murallas y en las fortificaciones acabaron haciéndose igual. El infante Jaime quería vengar la muerte de su padre, el rey de Mallorca, y ya había atacado el Ampurdán.

Tan bien protegida quedó la localidad que la reina Leonor, que había ordenado que las parroquias de Polinyà, Santiga y Santa Perpetua de Moguda se refugiaran en Caldes, cambió de parecer y mandó conducir a la gente a la villa de Sabadell.

Donde se habla de cómo al final acabó todo

EN LA FUENTE

-Argent, ¿tú te quieres casar? —le preguntó un día Elisendis a su doncella.

—¿Yo, señora? —La otra abrió los ojos como platos.

—¿Te gustaría?

—Sí que me gustaría —respondió la joven después de un silencio —. Me gustaría tener una familia.

—¿Hay algún hombre con quien te gustaría casarte?

—No, señora.

—¿Seguro? —insistió Elisendis.

Y como Argent solo decía que la única cosa que quería era que fuera un buen hombre, le habló del hermano de Arraona, Iscle, que era viudo y tenía dos hijos, además del niño que le subía Arraona en el molino. Iscle era un buen hombre. No había salido ni a su madre ni a su abuelo Salvador, sino más bien a su tío Genís, que tampoco había sido nunca un hombre hablador, ni lo era ahora que se hacía viejo, pero eso no era ningún defecto. En el hostal, Argent podría charlar a todas horas con quien le viniera en gana, y sería la mestressa.

—¿Ya no sería vuestra doncella?

—Me parece que vivir en el hostal te acabará gustando mucho más.

Y como a todo el mundo le pareció bien aquel arreglo, Argent se casó con Iscle. No era un príncipe ni un rey, pero Argent vio hecha realidad la esperanza de que la historia de su vida acabara como el cuento de la Cendrosa, que era, punto por punto, su propia historia, y se convirtió en una hostelera tan apreciada por la parroquia como lo había sido Felipa, si no más.

La madre de Elisendis se dolió mucho de la muerte en Lérida de la

reina Leonor —que era más joven que ella y era reina— aquel mismo año de peste, sequía y langostas en que habría de acabar por fin la guerra con Castilla. Y poco después, también murió Bernat Pastor, rico y libre, atendido por Iu y Petronela, con quienes había vivido los últimos años, y la madre de Elisendis, que parecía que no hubiera de morirse nunca.

Una vez más, una generación tomaba el relevo de la anterior.

No todo habría de acabar bien.

Las trifulcas con los de Tarrasa por el agua eran tan tremendas como siempre. Los destrozos en los molinos y en las esclusas de unos y otros eran el cuento de nunca acabar, se pusieran los bailes y los jurados de uno y de otro término como se pusieran.

Desde que el rey Pedro había hecho concesiones a la villa, proclamando que ni uno solo de sus habitantes podía ser reclamado ni juzgado por ninguna otra curia que no fuera la de la propia villa —en la que entonces ya era el procurador real quien impartía justicia—, y como se garantizaba a los de Sabadell que solamente cumplirían penas de prisión en la villa, los hombres se habían vuelto más y más osados en sus incursiones en el término vecino. Levantaban el somatén en cuanto les parecía que los de Tarrasa los habían injuriado o les habían hecho alguna gorda. Hasta que la sangre sí llegó al río y una noche hubo una desgracia.

El somatén salió por los portales con antorchas y garrotes para ir a castigar a saber qué agravio.

Era noche cerrada.

De camino, los hombres se fueron encendiendo, hasta que el descontento se convirtió en rabia y la rabia les nubló el juicio.

Alguien había visto a uno rondando en la orilla del río, demasiado cerca de uno de los molinos.

El molino del hijo del pelaire.

Al grito de alarma, pronto todo el mundo estuvo dispuesto, una vez más, a dar un escarmiento a aquella pandilla de malhechores que tenían por vecinos.

El hijo del pelaire a la cabeza de todos.

Después, nadie supo cómo sucedió.

El molino donde el somatén fue a vengarse estalló en llamas.

El molinero estaba solo. Dentro.

Nadie pudo o quiso hacer nada.

Decían que lo habían encerrado, atrancando la puerta por fuera.

El hijo del molinero que amaba a Arraona fue asesinado en el molino, quemado vivo.

—¡Lo ha hecho a propósito! ¡Lo ha hecho a propósito! —aullaba Arraona enloquecida, mientras Elisendis trataba de calmarla—. Me lo ha matado él, a mi molinero. ¿Qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer

ahora? Se acabó, todo ha terminado. ¡Ahora sí que ya no quiero vivir más! ¡Que me hubiera quemado a mí también, dentro del molino, ese marido que tengo! ¡A mí, debería haberme matado!

Arraona cayó enferma.

No comía, no dormía, solamente lloraba y lloraba.

Elisendis se la llevó a su casa.

Entonces sí que hubo escándalo, porque la gente, que primero no entendía que la hija de la hostelera se hubiera trastocado con la muerte desafortunada de aquel desconocido, empezó a atar cabos y se decía de todo en la tahona y en los lavaderos del río.

—¡Por lo visto, ha aborrecido al marido y lo ha dejado!

—¿La chica del hostal ha dejado a su hombre?

—¿Dónde se ha visto una cosa así?

—Ni que lo digas.

—¡Adónde vamos a ir a parar!

—Se ha instalado con las criaturas en casa de la viuda Mir.

—¡La viuda Mir! ¿Siempre tiene que hacerse notar, la niña del almotazaf?

—Mujer, es que les es madrina.

—¿Qué hay de verdad en eso que se cuenta? ¿La hija del hostal mueve pleitos para mandar a prisión al hijo del pelaire?

—¿A su hombre?

—Se ha trastocado.

—Pues la viuda Mir está de su parte.

—Han perdido del todo el juicio, las dos.

—Un desconocido que no le era nada...

—Quizás algo le era...

Y la gente no paraba de decir cosas, que de tan gordas ya las decían en voz baja y casi a escondidas, porque la gente del hostal era buena gente y a todo el mundo le merecía un respeto.

Tanto le daba todo a Arraona.

Ni sus hijos la hacían salir de aquella negrura.

Nunca más volvería a ver a su molinero.

Nunca más podría encontrárselo en la fuente donde se habían conocido.

Nunca más su molinero la esperaría en el recodo del río ni en ninguna otra parte.

Nunca volverían a reírse juntos, ni le podría contar cosas de sus hijos, ni alimentar la esperanza de que algún día...

Nunca.

Y se derrumbaba, hecha un llanto desesperado.

Elisendis vivía su pena como si fuera suya. Se le rompía el corazón al ver como Arraona había dejado de tener el menor interés por nada. No se recuperaba. Muerto su molinero, ya no hubo nada que volviera

a ilusionarla. Y ella, Elisendis, no podía evitarlo, porque, por mucho que la quisiera, a Arraona nada la consolaba.

Sí que, con el tiempo, a veces se reían y Arraona volvía a parecer la de antes, pero ya no era lo mismo.

Nunca volvería a ser lo mismo.

Arraona se hizo vieja de golpe la noche que el somatén quemó el molino con su molinero dentro y la vida no volvió a importarle nunca más. Pero vivió muchos años. Tantos como había vivido la reina Leonor. Ninguna peste ni ninguna plaga se la quiso llevar. A veces se acordaba de lo que le decía la abuela de las Viñas, cuando era pequeña y aún no sabía nada, que la vida era para disfrutarla, y esbozaba una sonrisa triste, porque no lo había conseguido.

Elisendis...

Elisendis siempre la quiso. Hasta la muerte, viejas las dos, fue fiel al título que se había otorgado, tanto tiempo atrás, y fue por siempre jamás Elisendis de Arraona.

Donde se habla de algunas cosas de este mundo...

Tiempo después del asesinato del molinero de Arraona, quemado vivo dentro de su molino, el rey Pedro amnistió a la población de todos los crímenes que hubieran podido cometer en el pasado, incluida la quema de molinos.

A pesar de la palabra dada, al cabo de los años, el 14 de noviembre de 1381, el rey Pedro vendió la villa al infante Martín, que, aun no siendo el hereu, acabaría siendo rey de Cataluña, a raíz de la súbita muerte de su hermano, Juan, cosa que habría puesto muy contenta a la madre de Elisendis, si hubiera vivido para verlo.

El contencioso entre el pavorde y el párroco se alargaría casi una veintena de años, antes de que el obispo de Barcelona aprobara oficialmente el traslado de la parroquia. La iglesia de Sant Salvador perdió su nombre y recibió el de Sant Feliu, justamente el mismo año que el infante Martín vendió la villa a la ciudad de Barcelona.

Por lo demás, dicen que un día, en la ciudad de Alguer, un viejo detuvo a Guillem, que estaba en el mercado charlando con un anciano a quien llamaba tío y a quien todo el mundo conocía como el almogávar.

—Perdonad, señor —le dijo el viejo—, me ha parecido oír que decíais no sé qué de allá del agua. Es una expresión que hace muchos años que no oía.

—Es un modo de hablar. En la villa donde nací llamamos así a las tierras que se encuentran al otro lado del río.

—Así que sois de Sabadell.

—¿Conocéis la villa, abuelo? —preguntó Guillem.

—¡Que si la conozco! —exclamó el viejo con una sonrisa triste—. ¡Si hasta fui su notario!

... y del otro

La dejé hacer, Felipa. La dejé hacer.

Deberíamos haberle preguntado si amaba a alguien, para que no pasara por lo que tuvimos que pasar nosotros, y no se nos ocurrió. Ni a ti ni a mí se nos ocurrió y le hicimos lo mismo a la muchacha.

La dejé hacer. Tanto como pude.

Más no podía ser.

Por el buen nombre de mi hijo.

Y por el mío también. Lo reconozco.

Solamente tenemos el nombre, nosotros. Tú ya lo sabes. Ya lo decías, entonces, cuando descubríamos que nos queríamos y tú no quisiste.

El buen nombre de nuestra casa. Es nuestro patrimonio.

No queremos tener mal nombre, los que vivimos de nuestro trabajo.

No nos lo podemos permitir. No seríamos nadie, entonces.

Solo quería que no se supiera.

Que no cayera la vergüenza sobre mi hijo. Sobre mí.

Ni tampoco sobre la muchacha y de rebote sobre vuestra casa.

La dejé hacer.

Tuvo con él los hijos que quiso.

Eran tus nietos.

Solo yo sabía que no lo eran también míos, tal como había soñado. Un montón de nietos nuestros. Tuyos y míos. Como si fueran los hijos que no hemos tenido nunca.

Hasta después de muerta, Felipa, hasta después de muerto, todavía te quiero.

Todo esto que os he contado ha pasado o no ha pasado;
si no ha pasado es mentira, y si ha pasado es verdad.

Glosario

Agrer de tasca: Censo que había que pagar al señor con una parte de los frutos obtenidos del campo.

Almotazaf: La persona que repasaba los pesos y las medidas para comprobar su lealtad.

Alodio: Heredad, patrimonio libre de cargas señoriales, de servicios y de toda prestación.

Baile: Representante del señor que regía la población con un consejo de prohombres elegidos por él mismo.

Banter: El encargado de velar por el cumplimiento de las órdenes de los señores y de la ejecución de las sanciones.

Batanar: Operación a la que eran sometidos los tejidos para fieltrarlos y modificar alguna de sus propiedades.

Beneficio: Altar dotado con patrimonio para mantener al clérigo que lo atendería y pagar todos los gastos.

Capdeguaita: El que mandaba en el servicio de vigilancia.

Cam d'olla: Carne cocida con verduras para obtener el caldo para la escudella.

Carta de gracia: Venta de una villa con pacto de volver a comprarla.

Censal: Trato por el que un vendedor se comprometía a pagar los intereses o pensiones anuales, y del que podía redimirse pagando de golpe el importe del capital que había recibido.

Censo: Pago al señor de parte de los beneficios obtenidos con el ejercicio del cargo.

Contrato de sòccida: Aquel por el que el pastor podía quedarse con parte del ganado y de los productos que obtuviera del ganado del señor que él cuidaba.

Derecho de menado: Censo para poder pastorear el ganado en tierras del señor.

Fogueación: Recuento de hogares o fuegos para determinar el número de habitantes de una localidad.

Franquicias: Exención de pagar determinados servicios oficiales.

Hereu: Heredero. Institución jurídica catalana por la que el hijo primogénito hereda todos los bienes de sus padres.

Lezna: Impuesto con que se gravaba la entrada de mercancías en

las villas donde había mercado.

Malos usos: Prestaciones de servicios o pagos de los vasallos a su señor.

Mestressa: Mujer que tiene el mando en algo o que es la dueña de una propiedad. También se usa para dirigirse a una mujer desconocida para llamar su atención.

Pavordía, pavorde: Título eclesiástico dado al canónigo o al monje que se ocupaba de la gestión de un lote de bienes de una catedral o de un monasterio.

Pelaire: Persona que trabaja la lana. Realiza las operaciones de acabado de las piezas una vez tejidas. El nombre le venía de preparar y disponer el tejido para su función definitiva.

Privilegios: Disposiciones de los señores consistentes en la liberación de cargas o en concesiones de derechos especiales.

Pilota: Masa de carne picada, parecida a una albóndiga pero más grande, que forma parte de los ingredientes de la escudella.

Pubilla: Mujer instituida heredera. También es un tratamiento usado a veces para referirse a las jóvenes en general, aunque no sean herederas.

Quadra: Término pequeño con señor propio. Se diferencia del castillo en que posee menos tierras.

Remensa, payés de: Payés adscrito a un dominio señorial que solo podía abandonar mediante el pago de una redención o remensa.

Saió, saonia: Alguacil que ayudaba al baile en las diligencias y pasos para administrar justicia.

Sisas o imposiciones: Impuestos o arbitrios sobre la carne, el vino, el pan y la harina o el grano, autorizados por el rey a fin de que el municipio o universidad tuviera recursos propios.

Universitat: Reunión de los cabezas de familia de buena casa.

NOTA: En el texto aparecen expresiones que pueden resultar algo chocantes, como «gente de mala piel» o «gente de mala raza», referidas a las personas de Sabadell o de Tarrasa, todavía vigentes en catalán: «Sabadell, mala pell» y «Terrassa, mala raga», que han querido mantenerse en la traducción.

Cronología

1236
La tahona: concesión del derecho exclusivo a cocer pan al notario Berenguer Rosseta y a sus sucesores.

1238
Jaime I refuerza las magistraturas populares, promueve la normalización del derecho y la transformación de las Cortes en un órgano reivindicativo y representativo de la voluntad del reino.

1283
Fundación del hospital. Donación de la familia Sa Muntada.

Pedro II el Grande (1276-1285), hijo de Jaime I el Conquistador y de Violante de Hungría, instituye las Cortes que se reúnen una vez al año y se consolida el derecho del país a intervenir en el gobierno.

1297
Jaime II el Justo (1291-1327), hijo de Pedro el Grande y de Constanza de Sicilia, recibe en feudo del papa las islas de Córcega y Cerdeña.

1323 y 1324
Jaime II, por mano de su hijo Alfonso, gana por las armas la isla de Cerdeña, que el papa le había dado en feudo en el siglo anterior.

1335
El privilegio del vino.

1343
Pedro III el Ceremonioso (1336-1387), hijo de Alfonso el Benigno y de Teresa de Entenza, invade Mallorca y el Rosellón porque Jaime II de Mallorca rehúsa serle vasallo, como había establecido el testamento de Jaime I.

1344

Otorgamiento de franquicias.

1346
El gobernador de Barcelona amonesta al baile de Tarrasa.

1348
El vizconde de Castellbó establece su parte de la escribanía a Bernat Rosseta.

1349
Pedro III el Ceremonioso se casa con su prima Leonor de Sicilia, hija del rey Pedro II de Sicilia y de Isabel de Corintia.

1350
Berenguer de Saltells asesina al abad de Sant Cugat, Arnau Ramón de Biure.

1353 y 1356
Se concede a Sabadell el privilegio real de la feria de verano y del Retorn de la Fira.

1354 y 1355
La reina Leonor acompaña al rey Pedro en la expedición a Cerdeña. Expulsión de los genoveses de Alguer y repoblación con catalanes.

1356-1375
Guerra de los dos Pedros: Pedro III mantiene una lucha intermitente con Pedro el Cruel de Castilla, que quiere recuperar Murcia.

1358 y 1359
Se configura la Generalitat. Las Cortes de Barcelona-Vilafranca-Cervera designan doce diputados, la Diputación del General, con atribuciones ejecutivas en materia fiscal (cobrar las generalitats), y oidores de cuentas para controlar los gastos de guerra de la corona.

1359
Fogueación o recuento de fuegos.

1362
En las Cortes de Montsó, la Diputación del General toma carácter permanente. Berenguer de Cruilles, obispo de Gerona, será el primer presidente de la Generalitat.

1366

La reina Leonor de Sicilia compra la villa de Sabadell al vizconde de Castellbó y se compromete a conservarla como villa real.

Concesión de las sisas y donación de las aguas de la fuente de la Rossella.

1372

El infante Martín se casa con María de Luna, hija y heredera del conde de Luna.

1373

El párroco de la parroquia de Sant Feliu d'Arraona, en la sierra, aprovecha la ausencia de Pere de Saniàs, pavorde de Sant Salvador, para «ocupar» la casa y la iglesia de la pavordía. Pere de Saniàs reclama su derecho ante el papa, en Aviñón.

1375

Muere en Lérida, a los cincuenta años, la reina Leonor. El infante Martín, a la muerte de su madre, hereda derechos sobre el reino de Sicilia.

1376

Renovación y aprobación de nuevas concesiones judiciales y perdón de crímenes, incluida la quema de molinos.

1381

El rey Pedro vende Sabadell a carta de gracia al infante Martín y la villa nombra síndicos para poner pleito al rey.

El hospital pasa a depender del municipio o universidad.

1387

Muere el rey Pedro el Ceremonioso.

1391

El infante Martín vende la villa, a carta de gracia, a la ciudad de Barcelona.

Fin